LAYLA HAGEN

USA TODAY BESTSELLING AUTHOR

hermanos Maxwell



# Amame para siempre

# Ámame para siempre
# Reese & Dominic ~ Los Hermanos Maxwell
# Libro 8
Layla Hagen

Ámame para siempre

Copyright ©2025 Layla Hagen

Traducido por Hana Fox Literary Boutique

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro de cualquier forma o medio electrónico o mecánico, incluyendo sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin permiso escrito y expreso del autor, excepto para el uso de citas breves en evaluaciones del libro. Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, negocios, lugares, eventos e incidentes son producto de la imaginación de la autora o se usan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o hechos reales es pura coincidencia.

# Tabla de Contenido

Derechos de Autor

Capítulo Uno

Capítulo Dos

Capítulo Tres

Capítulo Cuatro

Capítulo Cinco

Capítulo Seis

Capítulo Siete

Capítulo Ocho

Capítulo Nueve

Capítulo Diez

Capítulo Once

Capítulo Doce

Capítulo Trece

Capítulo Catorce

Capítulo Quince

Capítulo Dieciséis

Capítulo Diecisiete

Capítulo Dieciocho

Capítulo Diecinueve

Capítulo Veinte

Capítulo Veintiuno

Capítulo Veintidós

Capítulo Veintitrés

Capítulo Veinticuatro

Capítulo Veinticinco

Capítulo Veintiséis

Capítulo Veintisiete

Capítulo Veintiocho

Capítulo Veintinueve

Capítulo Treinta

Primer Epílogo

Segundo Epílogo

# Capítulo Uno

# Reese

—¡Pero qué monada eres!

—Oye, yo también quiero cogerla un rato —protestó mi hermana Kimberly—. Además, la tendrás todo el fin de semana para ti.

—Chicas —intervino la abuela—, dejad de pelear.

Le di un beso en la cabeza a la pequeña Rose antes de dársela a mi hermana. Tenía razón: le tocaba a ella. Yo la tendría todo el fin de semana para colmarla de mimos.

Kimberly cogió inmediatamente a la bebé en brazos, y la estrechó contra su pecho. Nuestro primo Travis y su esposa estaban de vacaciones y me ofrecí para hacer de canguro. Se me daban bien los bebés, los niños pequeños *y* los adolescentes, y adoraba a todas las hijas de mis primos.

—¿Quieres algo de beber, abuela? —le ofrecí—. ¿Café o algo más fuerte?

—Me apetece un café —respondió.

—Bueno, ¿cómo te trata la vida de casada? —le preguntó Kimberly a la abuela.

Nuestra enorme familia no paraba de crecer: mis seis primos se habían casado o al menos, prometido. Cuando la abuela contrajo matrimonio en junio, nos dio una inmensa alegría. Me llenaba el alma saber que, después de tantos años, hubiese encontrado a su alma gemela por segunda vez. Desde que yo tenía memoria, había estado viuda toda su vida.

—Adaptándome a vivir con otra persona después de varias décadas sola.

—Abuela, esa podría ser una de mis frases célebres —comenté.

—Aún no me creo la cantidad de bodas que tuvimos este verano —añadió Kimberly.

Nuestros primos Tyler y Declan nos sorprendieron cuando anunciaron que querían una boda doble en julio. Ambos habían esperado bastante tiempo para casarse, pero todas las piezas encajaron para que dieran el paso ese verano.

Preparé tres cafés, un descafeinado para mí, y volví a la mesa del comedor. Rose se había quedado dormida con la cabeza apoyada en el hombro de Kim. Todos mis instintos me gritaban que la abrazara de nuevo.

*Tranquila, Reese. Pronto la tendrás toda para ti. No seas pesada.*

Tomé asiento, cada una cogió su taza y brindamos.

—¡Por más bodas en la familia Maxwell! —exclamó la abuela.

—Tampoco quedan tantas parejas por casarse. Solo Luke y Megan, y Kimberly —dije y miré a mi hermana, con una sonrisa y un aleteo de pestañas.

—Todavía no hemos fijado la fecha.

—Por favor, dime que nos avisarás con un poco más de antelación que los demás.

—Claro que sí —respondió Kimberly.

—Quiero que planifiquemos todo al detalle.

Las dos miramos a la abuela. Solo tuvimos tres meses para organizar su boda, pero nuestros primos nos dieron aún más quebraderos de cabeza con apenas un mes de antelación. La parte buena fue que no tenían grandes expectativas, y aceptaron la mayoría de nuestras sugerencias.

—¿Qué planes tienes para el fin de semana? —preguntó Kimberly.

—Tengo que terminar unas hojas de cálculo —respondí.

Lo cierto es que no tenía ningún plan. En otro momento, quizá habría considerado tener una cita, pero el chico con el que salí en junio resultó un completo imbécil, y desde entonces decidí hacer una pausa. Y hasta llegué a pensar que él podría ser el indicado. ¡Qué ilusa!

La abuela frunció el ceño:

—Cariño, la vida es demasiado corta como para trabajar los fines de semana. Por favor, hazme caso.

—Es que me relaja. Y quizá también me pase por *The Happy Place*.

La familia Maxwell era conocida desde tiempos inmemoriales por poseer una cadena de librerías. Nuestro padre, junto con nuestro tío y tía la vendieron a cambio de una considerable suma de dinero.

Pero la abuela insistió en quedarse con la primera sucursal: *The Happy Place*. Y yo le estaba muy agradecida, porque, como su nombre indica, *era* mi lugar feliz. Había pasado gran parte de mi infancia allí, y ahora trabajaba justo en la planta superior, en el hotel que dirigía junto a Kimberly y Travis. El Hotel Maxwell estaba funcionando de maravilla, y no podía estar más orgullosa. Íbamos a abrir un segundo establecimiento en Aspen y, aunque teníamos mucho que hacer, me encantaba mantenerme ocupada.

—Por cierto, nos han invitado al evento benéfico anual De Monet. ¿Quieres venir conmigo? —le pregunté a Kimberly.

Era un evento local para recaudar fondos para niños en situación de vulnerabilidad, y nuestra familia llevaba años participando. Ya de pequeña la abuela me contaba de esos eventos. Había que ir de etiqueta, solían organizar cenas elegantes y, a veces, incluso un fin de semana de actividades.

—Claro. ¿Cuándo es?

—El próximo fin de semana.

Mi hermana frunció la nariz antes de responder:

—No puedo. Drake y yo tenemos previsto volar a Aspen otra vez.

Drake también trabajaba en el hotel, y los dos le dedicaban mucho tiempo al proyecto de Aspen.

Le hice un gesto como desestimando su preocupación:

—Está bien, iré sola. O puede que convenza a alguien para que me acompañe. —Que era algo que se me daba bien—. Voy a comprobar a qué hora es.

Abrí el correo electrónico y me desplacé hacia abajo. Habían adjuntado dos listas, una con los detalles y otra con los nombres de los asistentes. Como era de esperar, hice clic en la lista equivocada. Me disponía a cerrarla cuando se abrió en la pantalla, pero entonces un nombre familiar me dejó helada.

Malcolm Delaware.

*No puede ser.*

Tragué con fuerza, pero el nombre que seguía a continuación casi terminó de hundirme.

Francisca Delaware.

*No, no, no.*

Respiré hondo. Creía que ya no vivían en Chicago, pero esos nombres no eran una casualidad del destino. Mi exprometido y mi ex mejor amiga. Tragué saliva. *¿Qué hacen aquí?*

—¿Reese? —preguntó Kimberly—. ¿Qué pasa?

Me aclaré la garganta:

—Me he equivocado de lista. —¿Me estaba temblando la voz? Esperaba que no porque quería evitar a toda costa que la abuela y Kimberly se dieran cuenta de que algo no iba bien—. Es a las siete y media de la tarde.

—Estoy segura de que encontrarás a alguien que pueda acompañarte.

La miré confundida por un segundo, antes de recordar de qué estábamos hablando.

—En realidad, he cambiado de opinión. No me hace falta ir acompañada. Travis tampoco estará el próximo fin de semana, así que iré sola en representación de Hoteles Maxwell.

Lo último que quería era que alguien de mi familia se cruzara con Malcolm. Ya nos había causado suficientes dolores de cabeza a todos. Era mi responsabilidad.

Kimberly levantó una ceja. *Maldita sea*. Mi repentino cambio de opinión le habría hecho sospechar que ocultaba algo.

—Pásate por casa antes de ir al evento y así comerás como Dios manda —dijo la abuela—. En esos eventos tan elegantes, suelen poner migajas de cena.

—Vale —respondí agradecida. Me vendría muy bien una buena dosis de amor familiar antes de enfrentarme a mi ex.

Malcolm y yo estuvimos comprometidos hacía un par de años. Compré mi apartamento en esa época con la ilusión de construir un futuro juntos. Hasta creí que sería el hogar donde formaríamos una familia.

Incluso llegué a traspasar uno de mis límites personales, a pedido de él. Acepté hacer un reportaje en *Vogue* sobre la boda. El apellido Maxwell era muy conocido en Chicago, aunque rara vez dábamos notas a la prensa. A pesar de mi naturaleza reservada, accedí a ello para hacer feliz a Malcolm.

Y justo antes de la boda, descubrí que se acostaba con mi mejor amiga, Francesca. Solo recordar esa enorme traición me hacía sentir un dolor profundo en el pecho.

*Olvídalo, ¿vale? Han pasado unos cuantos años y tu familia no puede verte así.*

Después de que la abuela y Kimberly se fueron, no lograba tranquilizarme. Rose se quedó dormida, así que la puse en la cuna de viaje.

Me acerqué al columpio ovalado que colgaba del techo. Me gustaba acurrucarme allí con mi Kindle y leer durante horas. Era un lugar que me hacía sentir segura, como si estuviera en un capullo. Aunque no tenía frío, me arropé con una mullida manta de pelo, y me acomodé en el asiento.

No podía creer que tuviera que ver a Malcolm y Francesca. Aunque tal vez fuese para bien. Como decía mi terapeuta: "A veces tenemos que enfrentarnos cara a cara con nuestros peores miedos para seguir avanzando".

Pero me había cruzado cara a cara con él varias veces desde que rompimos y después de cada encuentro, terminaba completamente destrozada. Mi familia y yo tuvimos que soportar su acoso en varias ocasiones. La última vez, me chantajeó para que concediera una entrevista en profundidad a la prensa. Mi primo Declan lo amenazó y se aseguró de que ninguna empresa de Chicago lo contratara. Tras eso, Malcolm no tuvo más opción que mudarse a otra ciudad. ¿Estaría ahora de vuelta?

No podía creer que tuviera que enfrentarme a los dos juntos.

Aunque tal vez eso era justo lo que necesitaba para pasar página.

Rose se despertó a las siete, y tras su larga siesta, era probable que me costara mucho dormirla esa noche. Tenía que reconocer que no sabía organizarme los horarios; intentaba por todos los medios seguir las instrucciones de Bonnie y Travis, pero lo de las siestas se me daba fatal y la dejaba dormir demasiado.

—Ven, pequeña. Te he preparado un delicioso puré. Oh sí, la tía Reese te va a mimar todo el fin de semana. Y también vamos a pasar un buen rato con tu prima.

Al día siguiente llevaría de paseo a Paisley, la hija de mi primo Tate. Al principio, me ofrecí para llevar también a su hermanita, pero pronto me di cuenta que sería una locura. Aún no podía hacer malabarismos con dos niños pequeños al mismo tiempo, pero pronto aprendería a hacerlo.

Mi mente volvió a Malcolm y Francesca. Quizá podría intentar escaquearme del evento.

Pero en el fondo de mi corazón, sabía que no sería lo correcto. No podía defraudar a quienes estaban a cargo del acto benéfico. Incluso había ayudado a organizar una de las tantas actividades programadas.

Además, yo no era ninguna cobarde.

***

# Dom

—Señor Waldorf, lo tengo todo bajo control —dijo Dora, la cuidadora de mi padre.

—Avísame si hay algún problema con su medicación o cualquier otra cosa —le contesté.

—Lo haré, pero de momento estamos bien. Su padre se encuentra en el salón con el tablero de ajedrez preparado.

A pesar del delicado estado de salud de mi padre, que apenas podía moverse sin ayuda, su agudeza mental estaba intacta.

Seguía viviendo en la misma propiedad en la que yo crecí: una casa histórica cerca de Irving Park. Estar allí era como viajar al pasado. Lo había conservado todo tal y como estaba cuando vivía mi madre. Incluso el exterior seguía pintado del mismo color azulado, con alféizares y molduras blancas.

Había intentado convencerle de que se mudara a un piso, a un chalet, o una vivienda sin escaleras; pero él insistía en que su sitio estaba allí, así que me di por vencido. Fui directamente al salón.

—Qué elegante estás, hijo.

—Gracias, papá.

—¿Adónde vas?

—A un evento benéfico.

—Siempre con obras de caridad, ¿eh? —dijo mi padre que tenía el tablero de ajedrez delante—. Venga. Haz una buena partida.

Puso en marcha el reloj en cuanto me senté en la silla. Así era mi padre; no le gustaba perder el tiempo.

—Ni se te ocurra dejarme ganar.

—Jamás —le dije.

Me miró con desconfianza. Tal vez lo había hecho en los últimos meses, especialmente si él había tenido un día difícil.

—¿Qué tal todo en la empresa? —preguntó.

Dedicaba mi vida entera a *Waldorf Fashion*, y teníamos una gran presencia en el sector.

—El último trimestre del año siempre es muy ajetreado.

—No olvides tomarte un descanso de vez en cuando.

—Por supuesto.

Mi padre no solía dar consejos, pero desde mi divorcio, me había soltado algunas sabias palabras.

—Papá, ¡has ganado otra vez! —exclamé varias jugadas después.

—Sí, porque estás distraído. ¿Sigues pensando en tu exmujer?

—No —respondí con sinceridad—. No pienso en ella, pero todo el lío del divorcio me ha dejado con mal sabor de boca.

—Hijo, el tiempo lo cura todo. Ahora vamos, céntrate en la jugada. Llevo toda la semana preparándome para esto.

Una punzada de culpabilidad me atravesó el pecho. Era un pésimo hijo. El trabajo me mantenía ocupado, sí, pero sabía que, si me esforzaba, podría visitarlo más de una vez a la semana. Era uno de los pocos momentos en que tenía contacto con otra persona, aparte de Dora, su cuidadora. La mayoría de sus amigos tenían la misma edad y tampoco podían salir tanto como antes.

—¿A qué hora empieza el evento benéfico?

—Tengo tiempo de sobra.

—Te conozco. Sé que quieres escaquearte.

Levanté la mano en señal de desánimo y dije:

—Ya sabes que no me gustan los eventos. Y los de beneficencia aún menos. Prefiero firmar un cheque y seguir con mis asuntos. El solo hecho de que organicen una fiesta de esas características significa que parte del dinero va destinado a los propios gastos del evento.

—Sí, pero contar con asistentes famosos hace que más personas quieran participar. Hay gente que no tiene reparos en soltar pasta para codearse con gente como tú.

Me eché a reír:

—Es verdad. Aún así, no quiero ir.

—Te hará bien salir un poco. Y jaque mate. ¿Quieres una copa? ¿Un sabio consejo?

—No, no necesitas compadecerte de mí.

Mi padre puso los ojos en blanco:

—Sí, está claro que sí. Acabo de darte una paliza por tercera semana consecutiva. Venga. Tienes que estar a la altura.

—¿Quieres jugar otra partida? —pregunté.

—No, se supone que es una sola para que sea más emocionante. De lo contrario el juego sería muy aburrido.

Hablamos de los eventos de la semana durante otros veinte minutos, hasta que llegó la hora de marcharme.

—Bueno, es hora de irme —dije.

—Hasta la semana que viene, hijo.

—Me pasaré antes —le contesté.

—No, tampoco hace falta que me sobreprotejas. Bastante tienes con estar a cargo de *Waldorf Fashion*.

—El trabajo no es problema, papá. Solo que no me gusta perder el tiempo con este tipo de eventos.

—Espero que lo pases lo mejor posible, hijo.

Ese era su lema de vida, y podía dar fe de que siempre encontraba el lado positivo en cada situación. Podría haberse hundido tras la muerte de mi madre, pero no fue así. Estaba confinado en casa y, sin embargo, lleno de vida. Tenía mucho que aprender de mi padre, y me alegraba de que fuese mi ejemplo a seguir.

Empecé con *Waldorf Fashion* quince años atrás, con el apoyo incondicional de mis padres. Por supuesto, ninguno de nosotros habría imaginado que tendría un crecimiento tan meteórico. Había trabajado duro, sí, pero también tuve mucha suerte.

Al subir al coche, mi conductor me preguntó:

—¿Lo llevo directo al evento, señor? ¿O quiere pasar antes por la oficina? Tenemos el tiempo justo para hacer ambas cosas.

Me lo pensé un momento. Mi oficina estaba en la planta superior de nuestra tienda insignia en el barrio de Miracle Mile, y el tráfico era una pesadilla a esas horas.

—Mejor vamos directo al evento. —La puntualidad era mi fuerte. Puede que no me gustaran los actos benéficos, pero había confirmado mi asistencia e iba a hacerlo bien. Nunca hacía nada a medias.

Llegamos treinta minutos más tarde.

—Menos mal que no hemos pasado por la oficina —dijo el conductor, que me miró por el retrovisor—. ¿Necesita que venga a recogerlo?

—No, creo que voy a terminar tarde.

—Conozco un buen restaurante por esta zona. Puedo cenar allí mientras lo espero.

Me lo planteé. Me gustaba la comodidad de que alguien me recogiera y me llevara a casa a mi antojo, pero tampoco quería que hiciera horas extra.

—Haremos lo siguiente: ve a cenar al restaurante y mándame un mensaje cuando termines. Si yo también he acabado, te pediré que me recojas. Pero si tengo que quedarme más tiempo, te diré que te vayas a casa. —Me gustaba ser considerado con mis empleados.

—Como usted mande, jefe. Estaré esperando su mensaje —respondió con una sonrisa.

En cuanto salí del coche me di cuenta de que debería haber llevado un abrigo. Hacía más frío de lo habitual para estar a mediados de septiembre.

Eché un buen vistazo al edificio. Tenía que reconocer que los coordinadores habían elegido un sitio estupendo. Los eventos de empresa que habíamos celebrado allí salieron a la perfección. Aun así, hubiera preferido firmar un cheque en lugar de asistir.

Entré y me dirigí directamente a la joven que estaba junto a la puerta con una lista.

—Dominic Waldorf —me presenté.

Sus ojos se abrieron de par en par:

—Bienvenido, señor. Espero que lo pase muy bien esta noche. Su mesa es la número siete.

—Gracias.

—¿Hay algo que pueda hacer por usted? —preguntó—. Puedo pedirle a los camareros que le den un trato preferencial... o puedo ocuparme yo misma. —Su sonrisa se ensanchó—. Le daré mi número por si necesita cualquier cosa.

Desde que la prensa publicó un maldito artículo titulado "El soltero más codiciado de Chicago vuelve a estar disponible", recibía constantemente ese tipo de atenciones y comentarios.

—No necesito que me acompañen a la mesa. Pero gracias.

*Ya me estoy arrepintiendo de haber venido.*

# Capítulo Dos

# Reese

—Por Dios, niña, ¿qué te ocurre? Apenas has probado bocado —inquirió mi abuela.

—Estoy un poco nerviosa —admití.

Tal y como había prometido, pasé por su casa la noche del acto benéfico, no solo para cenar algo, sino para colmar de mimos a Rose. La abuela y su marido, John, cuidarían de ella ese fin de semana. La pequeña estaba sentada en mi regazo, jugando con el cinturón de mi vestido. Me dio pena que John no se encontrara en casa en ese momento, porque me hubiera gustado saludarlo.

—Pero si ya has ido a miles de eventos como este —insistió mi abuela—, no entiendo por qué estás tan nerviosa.

*Si supieras...* Pero me aclaré la garganta antes de responder:

—No lo sé.

No le había dicho a nadie que Malcolm también asistiría. Aunque conociendo mi bocaza, estaba a punto de delatarme en cualquier momento. Pero estaba decidida a controlarme. Podría pedirle a la abuela que no se lo contara al resto de la familia, pero eso solo la preocuparía, y era lo último que quería. Además, me había preparado mentalmente para lidiar con lo que me tocaba esa noche.

Pero no había preparación que valiese.

Estaba perdida.

Rose levantó las manos y la ayudé a ponerse de pie. Estaba descalza y apoyaba sus piececitos sobre mis muslos. Dios, cómo me gustaban los niños. Se me derretía el corazón cada vez que abrazaba a un bebé. Rose extendió los brazos y se inclinó hacia adelante. Sabía perfectamente lo que yo necesitaba.

Puso sus pequeños brazos sobre mis hombros y apoyó su mejilla en mi pecho, antes de enderezarse y ponerse aún más de puntillas. Incliné mi mejilla hasta su boquita, y me dio un beso lleno de baba, el cual probablemente arrasó con tres capas de base de maquillaje. De inmediato cogí una servilleta e intenté quitársela de los labios.

—La que ha liado la pequeña —dijo la abuela con una risa.

—No pasa nada —repliqué—. Me retocaré el maquillaje si es necesario.

—Pues vete ya o llegarás tarde. A menos que vayas a comer de verdad...

Miré a la abuela con una disculpa en la mirada. Había horneado su especialidad: tarta de manzana.

*Un momento.*

La abuela solo hacía tarta de manzana cuando quería sacarle información a alguien.

Levanté la vista del plato y la abuela me dedicó una sonrisa cómplice. *Pues sí, se ha dado cuenta de que algo me pasa.* ¿Y por qué me sorprendía? Si prácticamente nos había criado a Kimberly y a mí.

—Siento no haber comido tu tarta de manzana. —Y menos mal que no lo hice, porque bastaría con probar un bocado para soltarle todo lo que me estaba rondando la cabeza. Kimberly y yo estábamos convencidas de que tenía poderes mágicos.

—Sea lo que sea, Reese, eres lo suficientemente fuerte para afrontarlo, mi niña.

Esas palabras consiguieron calmarme por completo. Más aún cuando abrió los brazos y me dejé envolver en un cálido abrazo.

—Gracias, abuela. —Me conocía mejor que nadie, casi igual que Kimberly.

—Y también estoy aquí para hablar si lo necesitas.

Le guiñé un ojo, y riendo entre dientes respondí:

—Ahora mismo no, pero lo tendré en cuenta.

Pedí un Uber y me puse a pasear frente al bungaló de la abuela. Mientras esperaba, tuve la tentación de volver corriendo y desahogarme.

*No, Reese, vamos. Tienes que ser fuerte. Vas a estar bien, además, no deberías preocupar a la abuela.*

Llegué al sitio del evento veinte minutos más tarde. En cuanto bajé del coche, me puse tensa. Estaba en alerta máxima, buscando a mi exprometido y a su actual esposa. Por suerte, no había rastro de ellos allí fuera.

Me sorprendió la eficiente organización para ingresar. La amable anfitriona me informó que me habían asignado la mesa siete. Al ver la sala, contemplé la moderna decoración con lámparas de metal y madera. Había una mesa con diversos dulces, pero ningún *buffet* ni calientaplatos, con lo cual deduje que la cena se serviría en la mesa. Había asistido a varios actos benéficos, pero nunca en aquel salón de fiestas.

—¿Una copa de champán, señorita? —me preguntó un camarero que recorría las mesas con una bandeja.

—Sí, por favor. —Me vendría bien una copa para reforzar mi coraje. La acepté y me dirigí directa a mi mesa.

Mi teléfono vibró en mi pequeño bolso de noche. Intenté sacarlo con la mano izquierda, pero entonces ocurrieron varias cosas a la vez: perdí el equilibrio, me tropecé con la pierna derecha y, aunque logré estabilizarme rápidamente, no pude evitar derramar champán por todas partes. Pero quien sin duda se llevó la peor parte fue el único comensal de la mesa siete.

—¡Dios mío, lo siento muchísimo! —exclamé, dejando caer el bolso sobre la silla para intentar contener el líquido dentro de la copa. Fue entonces cuando me di cuenta de que había derramado la mitad sobre el pobre hombre.

*¡Mierda!*

Cuando levantó la vista hacia mí, sus ojos verde oscuro revelaban su fuerte indignación. Era tan guapo que olvidé dónde estaba, cómo me llamaba e incluso cómo respirar. Era imposible que alguien fuera tan atractivo. Me resultaba vagamente familiar, pero eso no era de extrañar ya que todos los asistentes eran conocidos por una cosa u otra.

—Lo siento. Iré a buscar más servilletas. No sé qué decir... Te pagaré la tintorería. O puedes darme la camisa y yo misma la llevaré para que la limpien —balbuceé.

*¿Pero qué estoy diciendo? Es lo más ridículo que ha salido de mi boca en toda mi vida. ¿Qué pretendía? ¿Qué el hombre ande sin camisa por la sala?*

—No me lo puedo creer, ¿es que no puedo tener ni un respiro? Así no conseguirás que me fije en ti.

Me erguí al escuchar su afirmación. *Parece que el tío cañón es además un gilipollas.*

—Perdona, ¿qué has dicho? ¿Crees que lo he hecho a propósito para llamar tu atención? Me ha tocado esta mesa y me he tropezado.

Me miró el vestido antes de replicar:

—Pero te las has apañado para que a ti no te cayera ni una sola gota.

—¿No te has tropezado nunca en la vida? ¿No sabes que apenas puedes controlar los movimientos?

—Lo que tú digas, voy al baño a limpiarme este desastre —dijo con un resoplido.

Di un paso atrás cuando se levantó de su asiento.

Madre mía, qué alto y esbelto era. Lástima que no pudiera controlar su temperamento. ¿Pero qué importaba? Tenía demasiadas cosas en la cabeza esa noche como para tener que lidiar con el mal genio de mi compañero de mesa. No era asunto mío.

Me senté antes de que los nervios me dominaran. Volví a echar un vistazo a la sala y seguía sin ver a Malcolm y Francesca por ninguna parte. Tal vez no fuesen al evento después de todo. Eso sería maravilloso.

*Pero se supone que no soy ninguna cobarde.*

Sin embargo, una vez sentada a la mesa, estaba segura de que verlos juntos no me ayudaría a sanar. Al contrario, reabriría la vieja herida.

Necesitaba refuerzos, por si acaso, de modo que cogí un plato y fui directamente a la mesa de los dulces.

Había una deliciosa variedad, pero en el fondo me moría por uno de los *brownies* de Liz, la esposa de mi primo Declan, que tenía una mano espectacular para la repostería.

Mientras me debatía sobre qué dulces poner en el plato, pensé que Liz podría montar un *catering* de eventos para ampliar su negocio. Estaba incursionando en bodas, y sería otra gran fuente de ingresos. Hice una nota mental para hablar con los organizadores más tarde y así tal vez mover algunos hilos. Liz lo agradecería.

—Sabía que te encontraría aquí.

Casi se me cae el plato al oír la voz de Malcolm por detrás. Agarré el borde con tanta fuerza que mis nudillos se pusieron blancos, y me di la vuelta, solo para ver que Francesca estaba justo detrás de él. Mi visión se tornó borrosa. Tragué con fuerza y parpadeé tres veces, tratando de desempañarme los ojos.

*Vamos, Reese, tampoco es para desmayarse. No puede ser tan malo como parece.*

Pero *era* peor de lo que pensaba. Sentía una apisonadora en el pecho. Me aclaré la garganta y solo atiné a decir su nombre:

—Malcolm.

—Hemos visto tu nombre en la lista de invitados —dijo Francesca — pero no sabíamos si realmente vendrías.

—¿Por qué no vendría al evento? —pregunté.

Malcolm apretó la mandíbula.

—Es obvio —respondió Francesca—, para evitar cruzarte con nosotros.

Había sido mi mejor amiga. ¿Cómo era capaz de hacerle algo así a su íntima amiga?

—¿Qué estáis haciendo en Chicago?

—Los Maxwell no sois los dueños de la ciudad —interpeló Malcolm con voz severa.

Un enorme miedo me invadió:

—No hace falta que te lo diga. Pensé que Declan lo había dejado claro la última vez.

Pero él se acercó un paso más.

—¡Malc! —exclamó Francesca.

Eso me rompió el corazón. *Malc*. Yo solía llamarlo así.

—Tú y tu familia dejaréis de intimidarme —se mofó—. ¿Vale? O tendrás serios problemas legales. Ya te saliste con la tuya una vez, pero no permitiré que vuelva a pasar.

Respiré hondo e intenté calmarme. No quería montar una escena.

—Si me disculpáis, tengo cosas mejores que hacer —dije y pasé junto a él.

*¿Cómo se me había ocurrido venir a este evento? Dios, lo único que esperaba era que no les hubiesen asignado la misma mesa que*

*a mí.*

Dejé el plato con los dulces y eché un vistazo alrededor de la sala. Por suerte, estaban en la mesa de la esquina opuesta.

Respiré otra vez y exhalé. *Tengo que salir de aquí. En este preciso instante*.

Fui hasta el vestíbulo, y me dirigí directamente hacia la recepcionista:

—Perdona, ¿hay algún sitio más privado donde pueda estar un rato a solas?

—¿Qué quiere decir? —preguntó con el ceño fruncido.

Una bombilla se encendió en mi mente:

—Necesito un lugar tranquilo para hacer una llamada. —Odiaba mentir, pero necesitaba un momento a solas.

—En la parte trasera disponemos de otro guardarropa que esta noche no hemos habilitado. Nadie le molestará allí, y tiene buena señal. Es por ahí —dijo y me indicó la dirección con la mano.

—Gracias.

Solo necesitaba unos minutos para recomponerme. La verdad era que disfrutaba de mi soledad, salvo cuando se trataba de mi familia. En ese caso podía estar todo el día con ellos sin sentir agobio. Pero por lo general, era de naturaleza solitaria, en especial si estaba pasando un mal momento.

Me dirigí al guardarropa con paso decidido, rezando para que Malcolm o Francesca no aparecieran. Necesitaba un rato de serenidad antes de volver a enfrentarme a ellos o podría acabar montando una escena.

No daba crédito al descaro de Malcolm. Si fue él quien nos amenazó en primer lugar e intentó chantajearme. ¿Qué hacía otra vez en Chicago?

Daba igual. Ya no formaba parte de mi vida. Incluso si nuestros caminos estaban destinados a cruzarse de nuevo en algún momento, tendría que aprender a lidiar con eso.

Entré en el guardarropa, cerré la puerta y respiré hondo.

—Tiene que ser una broma.

Me sobresalté y abrí los ojos. El imbécil de mi compañero de mesa me miraba apoyado contra la pared.

—¿Es que no puedes dejarme en paz?

# Capítulo Tres

# Dom

Me aparté de la pared. ¿Qué le pasaba a esa mujer? No podía creer que hubiera derramado la bebida sobre mí por casualidad. Nadie podía ser tan torpe. Estaba esperando que, en cualquier momento, me pidiera mi número para "devolverme" la camisa después de llevarla a la tintorería.

—¿O vas a decirme que esto es una coincidencia?

Me miró fijamente antes de responder:

—No entiendo nada de lo que dices.

—Venga ya, me has seguido hasta aquí.

Ella parpadeó y dio un paso atrás para alejarse de la puerta:

—Te tienes en alta estima, ¿verdad?

—Vale, te daré el beneficio de la duda.

—Gracias, pero no sabía que lo necesitara. Te lo agradezco enormemente —dijo con un tono muy irónico.

—Entonces, ¿*qué* estás haciendo aquí? —pregunté.

—Necesitaba un rato a solas en un sitio apartado ¿Y tú? ¿Por qué te estás escondiendo aquí?

Exhalé bruscamente mientras observaba su lenguaje corporal. Parecía diferente. Como triste.

*Ni se te ocurra preocuparte por ella, Dom*.

Era atractiva de cojones, pero eso no venía a cuento.

—¿Quién ha dicho que me estoy escondiendo? —Aunque era precisamente lo que estaba haciendo. El evento empezaba a llenarse de gente, y solo en el trayecto del baño al salón, ya se me habían insinuado cuatro mujeres.

—Pues yo *sí* —replicó.

Antes, esa mujer era puro fuego, y aunque ahora pareciera estar a punto de mandarme a la mierda, percibí algo diferente en ella. Estaba seguro.

—¿De qué? —pregunté.

Levantó las manos y las volvió a dejar caer resignada:

—Mi exprometido y mi mejor amiga, con la que me engañó, han venido al evento. Cuando vi sus nombres en la lista de invitados

pensé que podría soportarlo. Craso error. Cogí una copa de champán para que me ayudara a sobrellevar la velada, pero ni siquiera pude hacer eso, porque acabé derramándotela encima. Me abordaron antes de que pudiera coger otra copa.

Aquello me dejó mudo. Era imposible que estuviera mintiendo, a nadie se le ocurriría una historia así en tan poco tiempo.

Desvió la mirada y me di cuenta de que estaba llorando.

—¡Joder! —exclamé—. ¿De verdad no lo hiciste a propósito?

—No —respondió con la voz temblorosa mientras se secaba los ojos.

—Te pido disculpas por haber sido un imbécil contigo. —Repasé toda la escena en mi mente—. Maldita sea.

Me miró de nuevo, con una amplia sonrisa en la cara:

—Vaya manera de conocer a alguien. Y mira que me gusta ser una bocazas, pero creo que esta es la primera vez que se me suelta la lengua de este modo. Te he contado la historia de mi vida sin siquiera presentarme. —Extendió la mano—: Reese Maxwell.

—Dominic Waldorf —respondí al tiempo que le estrechaba la mano.

Ella se quedó boquiabierta:

—Oh, por eso me resultas familiar. De *Waldorf Fashion*, ¿verdad?

—Sí.

—La prensa ha estado bastante pendiente de ti últimamente. Ahora entiendo que hayas pensado que intentaba ligar contigo.

Me reí, pero no porque me causara gracia.

Reese señaló la puerta y dijo:

—¿Por eso te estás escondiendo? ¿Es que no te gusta que las mujeres se te echen encima? —Y ante mi fría mirada prosiguió—: Vale, no estás de humor para bromas. Lo lamento. Cuando estoy de mal humor, oscilo entre la tristeza y la felicidad extrema, además de hacer el ridículo y ser muy inoportuna. Puede que esta noche veas todas mis facetas. —Suspiró y miró al techo—. Dios, ¿por qué no he venido acompañada de un tío cañón? Eso sería suficiente para librarme de Malcom.

*¿Acaso esta mujer es real?*

—Reese, creo que necesitas este escondite más que yo.

—Pues claro, lo sé. Creo que me quedaré aquí hasta que termine el evento —dijo con una risa.

Fruncí el ceño antes de ofrecer:

—Puedo llamar un taxi, o pedirle a mi chofer, que está por aquí cerca, que te lleve a donde necesites.

—Hmm... puede que a veces se me vaya la olla, pero no voy a subirme al coche de un desconocido.

—Eso es relativo —dije con un tono más áspero del que pretendía—. Me conoce todo el mundo. Como quieras, voy a volver al salón.

—Yo iré en unos minutos —dijo, con los ojos empañados por un instante.

Asentí antes de dirigirme a la puerta, y al abrirla me giré para decirle:

—Tu situación es peor que la mía. No puedo ni imaginarme cómo sería encontrarme aquí con mi ex. Dales caña. Reese.

Se rió justo cuando cerré la puerta.

Volví rápidamente al salón de baile, y de camino a la mesa, cogí dos copas de champán de una bandeja, y puse una en el lugar de Reese.

A medida que llegaban más invitados, un hombre se detuvo en seco ante la mesa. Como ni siquiera intentó sentarse, deduje que su sitio estaba en otra.

—Eres Dominic Waldorf, ¿verdad? —me preguntó—. Tío, llevo años queriendo conocerte. No puedo creer que por fin tenga la suerte de encontrarme contigo.

—Soy Dominic Waldorf, efectivamente —confirmé.

—Mira, quiero hacerte una propuesta.

Mostré mi sonrisa de relaciones públicas. Me habían dicho que parecía más bien una mueca que otra cosa, pero era lo mejor que podía dar:

—No hago negocios en actos benéficos. Si me disculpas, tengo que ponerme al día con alguien. —Me levanté de la silla y eché un vistazo a ambos lados. *¿A dónde puedo escapar? ¡Ah, sí! Al bar.*

Mientras esperaba mi copa, dirigí la mirada a la anfitriona, Monika De Monet, buscando alguna señal que indicara que pronto

comenzaría el acto.

Me hizo un gesto con la mano y se acercó a mí:

—Señor Waldorf, es un placer tenerle aquí.

—Siempre es un placer contribuir a causas nobles. —Puede que no disfrutara el evento, pero me reconfortaba saber que el dinero se destinaba a un buen fin—. ¿A qué hora empieza la subasta? Ah, y también quería preguntar si aceptan donaciones.

—Oh, aún faltan unas dos horas. Antes quiero mimar un poco a los asistentes —dijo con un guiño—. Sé de primera mano que la gente es más generosa después de comer y beber a gusto.

*Maldita sea*. Monika tenía razón, pero no me entusiasmaba la idea de tener que pasar tantas horas allí.

Giré la vista y me fijé en Reese. Era una obra de arte, y sus curvas sencillamente impresionantes. Fue directa a nuestra mesa. Ni siquiera llegó a sentarse cuando una pareja se le acercó.

—Luego nos vemos —le dije a la anfitriona antes de coger el vaso de *whisky* que había pedido.

Me dirigí a la mesa y cuando estuve a pocos pasos de distancia, empecé a escuchar la conversación.

—En serio —dijo el tipo con sorna—, ¿y qué vas a hacer exactamente?

—¿Qué haces aquí? Pensé que no te gustaban estos eventos —dijo Reese.

—No es asunto tuyo.

—Esta no es vuestra mesa. ¿Por qué no volvéis a la vuestra y me dejáis en paz?

—¿Y qué pasa si no nos vamos? ¿Harás una escena? —inquirió.

Su comentario hizo que me preguntara si eso no era justamente lo que él buscaba. Me situé junto a Reese e intervine:

—¿Hay algún problema?

Ella me miró de reojo y respondió:

—Malcolm y Francesca ya se iban.

—A decir verdad, acabamos de llegar —dijo el tal Malcolm. Me miró y se quedó inmóvil. Por la expresión de su cara me di cuenta que me había reconocido.

Intentó contener el gesto, pero la mirada denotaba avidez:

—Dominic Waldorf, el hombre del momento. Vi tu nombre en la lista de invitados pero supuse que enviarías a alguien en representación de la empresa.

En vez de mandarle a tomar por culo, miré a Reese, que parecía muy tensa.

No tenía ni idea de qué me llevó a hacerlo, pero le pasé un brazo por los hombros, y la acerqué a mí.

—No quería que mi chica viniese sola al evento.

Los ojos de Reese se abrieron de par en par mientras separaba los labios.

Era obvio que se estaba preguntando *¿Qué demonios estás haciendo?*

Me volví para mirar a Malcolm y Francesca:

—¿Por qué no volvéis a vuestra mesa y dejáis a mi novia en paz? Bastantes dolores de cabeza le habéis dado ya.

—Dominic —dijo Reese en voz baja.

—¿Qué te parece, preciosa? ¿Quieres salir a tomar el aire? —pregunté, mirándola a los ojos.

Joder, era aún más atractiva de cerca.

Se relamió los labios, y todos mis instintos me gritaron para que me inclinara y capturara su boca.

—No. Pronto servirán la cena. Creo que deberíamos quedarnos.

—¿Vosotros dos estáis saliendo? —preguntó Malcolm.

—Así es —respondí, y Reese se acurrucó contra mí.

—Dicho esto, creo que no tenemos nada más que hablar, Malcolm —agregó con una sonrisa burlona.

***

# Reese

*¿Qué estaba ocurriendo?* Me lo tendría que estar imaginando.

Cuando Malcom y Francesca me volvieron a abordar, lo primero que pensé fue que ojalá hubiese ido acompañada al evento por un tío cañón. No tenía ni idea de qué mosca le había picado a Dominic, pero ¡madre mía! Las caras que pusieron no tenían precio.

*Y acurrucarme contra esa muralla de músculos que era Dominic Waldorf tampoco me supuso problema alguno.*

—Ya volveremos a vernos. Nos lo pasaremos en grande, especialmente el próximo fin de semana —dijo Francesca.

*Maldita sea*. Lo había olvidado. La organización benéfica había planificado varios eventos para recaudar fondos, y el siguiente era un fin de semana fuera de la ciudad.

*¿Puede esta noche empeorar todavía más? Mejor ni lo pienses, Reese. Si algo he aprendido, es que las cosas siempre pueden ir a peor.*

Dominic me acercó aún más contra su cuerpo. Podía oler su colonia; su aroma me recordaba al invierno. Era fresca, especiada e innegablemente masculina.

—Nos vemos. Y, por cierto, tío, quizá podamos hablar de negocios alguna vez —añadió Malcolm.

Tardé unos segundos en procesar sus palabras porque no me podía creer que tuviera la cara tan dura.

—No lo creo —repliqué—. Ya le advertí que no se involucrara con gente como tú.

—Venga ya, Reese. No es propio de ti ser así de rencorosa.

—He cambiado —respondí con frialdad.

—Ya la has oído. Ahora vete a tomar por culo —dijo Dominic.

Me encantó que alguien que no fuera yo lo mandara a la mierda. Aunque en el fondo, me cabreó que Malcolm hiciera caso a las palabras de Dominic pero no a las mías.

En cuanto se alejaron, miré a Dominic:

—¿Quieres salir de la sala y así hablamos?

Me dirigió una sonrisa burlona:

—¿Ahora mismo? ¿No están a punto de servir la cena?

—Así es.

—Vale. Vamos.

¿Cómo es que de repente estaba de tan buen humor? Antes parecía un auténtico gruñón. Además, le había *tirado* una copa de champán encima.

Por suerte, no había casi nadie en el pasillo cuando nos dirigimos al guardarropa. Una vez dentro, cerró la puerta. Respiré hondo y me mordí el interior de la mejilla mientras me concentraba en él. No podía creer lo atractivo que era.

—¿Qué ha sido eso? —pregunté.

—Dijiste que ojalá hubieses venido acompañada... y me dejé llevar. —Se encogió de hombros—. A decir verdad, no tengo una explicación. Vi cómo te abordaba ese gilipollas y no pude resistirme. Está claro que no se lo esperaba.

—Yo tampoco, pero gracias. Les ha pillado por sorpresa. Tendré que pensar en una excusa para mantenerme alejada a partir de ahora. Los de la organización benéfica han planificado un evento de recaudación que dura todo un fin de semana.

—Joder. Se me había olvidado —dijo con un gruñido.

Volvía a ser el mismo gruñón de antes.

—No te preocupes, no hace falta seguir con el paripé. No quiero que pienses que iba a pedirte ese favor.

*Así lo libero de la situación*. Como no dijo nada, continué:

—De todos modos, Malcolm encontrará cualquier cosa para echarme en cara, estoy segura. Así que no te preocupes. Te agradezco mucho tu ayuda.

Me miró fijamente y dijo:

—No tienes por qué volver a la mesa. Ni asistir al evento del fin de semana.

Sacudí la cabeza y me paré más recta. *¿Eso que veía en su mejilla izquierda era un hoyuelo?*

—No, represento a Hoteles Maxwell, y prometí que asistiría. No me gusta faltar a mi palabra.

Dom entornó la mirada como si estuviera conversando consigo mismo.

—Recaudarán aún más dinero con el evento del fin de semana. Es por una buena causa —añadí.

—¿De verdad eres capaz de soportar a ese gilipollas por una buena causa?

—Mira quién habla. Si es evidente que tú tampoco quieres estar aquí.

—Sí, me resultan insoportables estos eventos. Pero para ti... —vaciló, mientras me miró fijamente durante un instante—... supone algo mucho peor.

—Es una forma muy *amable* de describirlo. De todos modos, gracias de nuevo por lo de antes. Ha valido la pena solo por ver sus caras.

—La verdad es que no tengo pensado asistir a los próximos eventos.

*¿No le acabo de decir que no le pediría ese favor?*

—No te preocupes. Ya se me ocurrirá algo. ¿Volvemos a la mesa?

Dominic asintió antes de responder:

—Si estás lista.

—Lo estoy.

Abrió la puerta y me hizo un gesto para que yo saliera primero. Al pasar junto a él, volví a oler su colonia.

¡Maldita sea, qué bueno estaba!

Qué pena que no fuera a volver a verle.

# Capítulo Cuatro

# Dom

—Dom, han enviado los menús del fin de semana benéfico para que elijas tus preferencias. ¿Quieres que me ocupe? —me preguntó Charlene, mi asistenta.

—No voy a asistir. Estoy seguro de habértelo dicho.

—Sí, pero esperaba que cambiaras de opinión.

Levanté la vista hacia ella:

—¿Por qué?

Charlene se encogió de hombros antes de responder:

—Creo que te vendría bien salir un poco y no quedarte encerrado aquí todo el tiempo.

Me recosté en la silla y aparté una pila de papeles para revisarlos cuando Charlene saliera del despacho.

—¿Quién del equipo de Relaciones Públicas está disponible para asistir?

—Te he hecho una lista —respondió al tiempo que la dejaba sobre el escritorio—. Si me dices antes del fin de semana quién quieres que vaya, me encargaré de todos los arreglos.

—¿Algo más? —pregunté.

—No, eso es todo.

Examiné los cuatro nombres de la lista: eran los mismos candidatos de siempre. Iba a tomar una decisión antes de que acabara el día; no tenía por qué darle largas.

Lo de la noche anterior fue una auténtica locura. No recordaba la última vez que había hecho algo tan impulsivo como fingir ser el acompañante de Reese. Sentí que le tendí una mano al salvarla de ese imbécil, y me alegré de que el gilipollas finalmente se largara. No volvió a acercarse a ella durante el resto de la noche.

Cuando Charlene se marchó, empecé a leer de nuevo mi pila de papeles. Pero tras dos inútiles intentos por revisar las tres primeras hojas, me di cuenta de que no estaba concentrado.

Golpeé el bolígrafo contra el escritorio. Reese dijo que podía quitarse a su ex de encima ella sola, pero por lo que yo había visto la noche anterior, no tenía esa certeza. El tipo era exasperantemente

persistente. Cuando Reese derramó la copa de champán sobre mi camisa, me pareció una mujer sin pelos en la lengua dispuesta a plantarle cara a quien sea. Por eso, me sorprendió mucho ver que se acobardaba ante su presencia. Pero cuando alguien conoce los puntos débiles de una persona, tiene el poder de hacerle daño. Y era obvio que Malcolm conocía los de Reese.

*Maldita sea. Tengo cosas más importantes en las que centrarme que en problemas personales ajenos*.

Comencé a escribirle un correo electrónico a Charlene con la intención de comunicarle que enviara a Paul al fin de semana benéfico. Sin embargo, en el asunto del mensaje puse: **Consígueme el número de Reese Maxwell.**

Acto seguido, me concentré en mi pila de informes. Para mi sorpresa, me resultó mucho más fácil enfocarme, al menos hasta que Charlene irrumpió en mi despacho una hora después.

—¿Lo tienes? —le pregunté sin más rodeos.

—No, lo siento —respondió con una sonrisa nerviosa.

—¿Por qué no? —pregunté al tiempo que me ponía recto en mi silla.

—Es incluso más reservada que tú.

—¿Qué quieres decir? —pregunté con el ceño fruncido.

—No tiene ningún perfil en las redes sociales.

—No me importan las redes. Necesito su número de teléfono.

—Verás, tiene sentido pensar que, si alguien ni siquiera aparece en internet, conseguir su número personal será todavía más complicado.

—Ella trabaja para... o es dueña de la cadena de Hoteles Maxwell. Sigue esa pista.

—Lo he intentado. Nadie quiere darme su número.

—Intenta comunicarte con el coordinador de la organización benéfica.

Me dedicó otra sonrisa nerviosa:

—También lo intenté. Tiene instrucciones estrictas de no proporcionar el número de la Señorita Maxwell a nadie.

Estaba realmente intrigado. ¿A qué se debía tanta confidencialidad? Desde que era niño, sabía que el apellido Maxwell

tenía un peso importante en la historia de la ciudad. Pertenecían a la alta sociedad de Chicago incluso en el presente, pero lo habitual sería que ese tipo de personas alardearan de sus privilegios. Me impactó que los Maxwell mantuvieran un perfil tan discreto.

—Vale, veré qué más puedo averiguar.

—Sé que puedes conseguir lo que te propongas, pero creo que esta información podría estar fuera de tu alcance, incluso para ti —dijo mi asistenta.

—Yo me encargo —repetí. Tenía un plan—. Gracias, Charlene. Cierra la puerta cuando te vayas.

—Por supuesto.

Podría darme por vencido, pero no era mi estilo. Por otra parte, no entendía por qué me obsesionaba tanto. ¿Qué más daba si ella iba o no al fin de semana benéfico? No conocía a Reese Maxwell. Si apenas la había visto la noche anterior, por el amor de Dios. Pero no podía dejarlo pasar. Sentía una extraña necesidad de protegerla.

Busqué la información de contacto del hotel, e inmediatamente llamé al teléfono general. No sería fácil abrirme paso hasta llegar a Reese, pero no iba a bajar los brazos.

—Hoteles Maxwell. ¿En qué puedo ayudarle? —saludó una amable voz femenina.

—Hola, me gustaría hablar con Reese Maxwell.

—Si quiere puedo hacerle llegar su mensaje.

—Necesito hablar con ella sin intermediarios.

—Lo siento, pero eso no es posible.

¿Cómo demonios hacían negocios si era tan difícil contactar con ellos?

—Me puedes poner en espera, pero necesito que se lo preguntes directamente. Dile que es de parte de Dominic Waldorf.

Un pequeño jadeo siguió a mi frase.

—¿Cuál es su vínculo con Reese? —Di las gracias por que la mujer se contuviese de hacerme la pelota.

—La conocí anoche en un acto benéfico. Nos sentamos en la misma mesa. Si le dices que soy yo el que llama, te lo confirmará.

—Claro. ¿El número desde el que llama es el suyo personal?

—Sí.

—¿Está seguro que quiere esperar? Puedo pedirle a Reese que lo llame.

—Esperaré. —Según mi experiencia, que hubiese alguien esperando al otro lado de la línea hacía que todo se gestionara más rápido.

—Lo pondré en espera.

Cuando comenzó la melodía de espera, puse el teléfono en altavoz y lo dejé sobre la mesa. La llamada se cortó unos minutos después, pero acto seguido mi móvil sonó. No tardé un segundo en contestar.

—¿Dominic? —preguntó Reese con incredulidad.

Quité el altavoz y me lo llevé a la oreja:

—Hola, Reese.

—Me sorprendió cuando me dijeron que eras tú. ¿Por qué llamaste a recepción?

—Fue el único contacto que pude conseguir. Tu número está más protegido que el del presidente.

Se rió y, de repente, me pregunté cómo sería Reese sin el estrés de tener que aguantar a su ex rondando.

—Pues sí, no es fácil comunicarse con nosotros. Dime, ¿cuál es el motivo de la llamada? ¡Dios mío! Lo olvidé... Ayer me ofrecí a pagarte la tintorería.

Tardé unos segundos en recordar de qué estaba hablando:

—No te preocupes, eso ya está solucionado.

—Me siento culpable.

—Olvídalo. —Mi tono era casi cortante.

—De acuerdo, entonces, ¿por qué llamas?

Era una buena pregunta. ¿Por qué me había tomado la molestia de llegar hasta ella?

—Quiero hablar contigo sobre el fin de semana benéfico.

—¿En serio? Porque no quiero ni pensar que es dentro de pocos días.

Me levanté de la silla, me apoyé en el escritorio y miré por la ventana hacia la Miracle Mile.

—Enviaré a alguien de mi equipo de Relaciones Públicas.

—Me lo imaginaba. Ayer dijiste que no irías. —Parecía confundida —. Está bien, no hay ninguna regla que lo prohíba.

—Entonces, ¿por qué te empeñas en ir? Entiendo que es por una buena causa, pero si envías a alguno de tus empleados, estarías contribuyendo igualmente.

Reese suspiró antes de responder:

—Los organizadores dicen que tengo un don para hacer que la gente suelte pasta. Y me parece bien aprovechar ese talento para un buen fin.

Reese Maxwell tenía un gran corazón.

—Se me ha ocurrido una idea. ¿Y si voy al evento del fin de semana y continuamos con la farsa cada vez que el capullo de tu ex esté merodeando? —Otro acto impulsivo. Era muy desconcertante y solo me ocurría cuando estaba con Reese.

—No lo dices en serio, ¿verdad? —preguntó ella—. ¿Por qué harías algo así?

—Ni yo lo sé, pero no me gustó nada cómo se dirigió a ti anoche.

—Es que ni siquiera me conoces, Dominic.

La vacilación de su voz me desafió. De repente, me apetecía mucho pasar el fin de semana con ella.

—Puedes llamarme Dom.

—¿Dom? Suena mucho mejor.

*Joder.* Me encantó que pronunciara mi nombre.

—Me parece una locura —continuó—. A ver, está claro que no me quiero perder la cara de Malcolm cuando vuelva a vernos juntos, pero ¿qué ganas tú con todo esto?

—A decir verdad, a mí también me servirá mucho. La prensa, las mujeres, la gente en general, dejará de acosarme si creen que estoy saliendo con alguien.

—¿Pero cómo lo sabrán?

—El rumor correrá como la pólvora. Me prometí a mí mismo que nunca saldría con alguien conocido en el mundillo, pero tendré que romper esa regla. Me vendrá bien que se corra la voz de que estoy en pareja así dejarán de acosarme, sobre todo con las Navidades a la vuelta de la esquina.

—Esta es la conversación más extraña que he tenido en mi vida. No sé qué decir.

Estaba cruzando los dedos para que dijera que sí.

—A ver, ¿estás seguro de esto? —prosiguió—. La cara que puso Malcolm al vernos no tiene precio. He mirado el programa de actividades y tiene pinta de que el fin de semana será muy divertido. Habrá un concurso de tiro con arco y...

—¿Estás de broma?

—¿Qué? ¿No lo sabías?

—No. Eso no me parece para nada divertido.

Reese se rió y dijo:

—No sé si eres un caballero andante o un gruñón empedernido... o ambas a la vez. —Parecía que hablaba más para sí misma que otra cosa, o eso esperaba. De lo contrario, no entendía qué quería decir.

Cuanto más pensaba en asistir al evento, más sentido cobraba. Tenía unas cuantas invitaciones a distintas fiestas de Navidad a las que tenía que acudir personalmente, de modo que si me dejaba ver con Reese resultaría un beneficio añadido.

—¿Sabes lo que te digo? Iremos juntos. Ya estaba pensando cómo explicar la ausencia de mi flamante novio cañón, pero ahora parece que no tendré que hacerlo.

—¿Crees que estoy cañón? —le pregunté.

Ella resopló:

—Obviamente, no te hagas el desentendido. ¿Por qué crees que todas esas mujeres se te echan encima?

—Porque soy Dominic Waldorf.

—Sí, eso también. Pero además eres muy sexy. Y como tu falsa novia, tengo todo el derecho del mundo a decírtelo. Desde la más absoluta objetividad, por supuesto.

Me eché a reír. La conversación me estaba alegrando el día.

—¿Quieres que vayamos en mi coche? El lugar está a dos horas de Chicago —sugerí.

—Claro, y de camino podemos ultimar los detalles.

—¿Qué detalles? —pregunté y volví a sentarme en la silla.

—Necesitamos una historia.

—¿Para qué?

—Cómo empezamos a salir, cómo nos conocimos, y todo eso —explicó.

—No sabía que iba a ser tan complicado.

—Es que quiero extremar las precauciones. Si Malcom se entera de que me he inventado un novio, ya me pueden enterrar viva.

—Técnicamente, me lo he inventado yo, no tú.

—Eso da igual.

—Vale, podemos armar la historia durante el trayecto.

—Estupendo. ¿Este es tu número? —preguntó.

—Sí.

—Lo guardaré.

—Y yo guardaré el tuyo.

—Este no es el mío, es una línea del hotel.

—Estás bromeando, ¿verdad?

—No. Existía la posibilidad de que alguien se hiciera pasar por ti.

—¿Y eso por qué?

Reese suspiró antes de explicar:

—Todo el mundo sabe que estabas sentado a mi lado. La prensa me la ha colado un par de veces. Te enviaré un mensaje desde mi móvil.

—Estupendo. Que tengas un día muy productivo, Reese.

Volvió a reírse:

—¿Así es como te despides?

—Es un saludo igual que cualquier otro —respondí.

—Vaya, bueno, yo te deseo un gran y feliz día.

—Ese saludo es muy bonito también —concluí y negué con la cabeza, riéndome mientras colgábamos la llamada.

Dos segundos después, una notificación sonó en mi móvil.

**Desconocido: Este es mi número. Reese.**

Había triunfado. Tenía el número personal de la inexpugnable Reese Maxwell.

# Capítulo Cinco

# Reese

El sábado por la mañana me desperté a las siete, aunque Dominic no me recogería hasta las nueve. Estaba demasiado nerviosa. Había terminado de hacer la maleta la noche anterior, pero era un mar de dudas. ¿Había elegido la ropa adecuada? ¿Me había excedido? ¿O quizá me había quedado corta?

¿Por qué le daba tantas vueltas? Ya había asistido a muchos actos benéficos a lo largo de los años; no tenía nada de qué preocuparme. Pero lo cierto era que la idea de volver a ver a Malcolm me revolvía el estómago.

Y por otro lado estaba Dom. No terminaba de asimilar que se hubiera ofrecido a continuar con la farsa.

No es que me importara.

Ya se me había ocurrido una historia acerca de cómo nos conocimos, pero tenía que preguntarle a Dominic si estaba de acuerdo. Solo de pensar en él me hacía babear. No me cabía duda de que era el hombre más guapo que había visto en mi vida. Entendía por qué las mujeres se volvían locas por él.

Como me desperté tan temprano, decidí aprovechar el tiempo. En lugar de quedarme en casa comiéndome el coco, decidí pasarme por la pastelería de Liz. Además de comer algo delicioso, aprovecharía para preguntarle si le interesaría hacer *caterings* para eventos benéficos. Cogí mi bolso y le mandé un mensaje a Dom mientras me subía al Uber.

**Reese: Cambio de planes. Por favor, recógeme en esta pastelería en vez de en mi casa. Aquí tienes la ubicación.**

Me contestó a los pocos minutos.

**Dom: Claro. Ahora nos vemos, Reese.**

Llegué al negocio de Liz diez minutos después.

—Hola, guapa —saludé. Se encontraba detrás del mostrador, como de costumbre. Aunque tenía empleados, le gustaba atender personalmente a los clientes. Mi primo Declan siempre se quejaba de las largas jornadas de trabajo en la pastelería.

—Reese, ¿por qué no me has avisado de que ibas a venir? Habría hecho una tanda de tus favoritos.

Puse cara de fastidio:

—¿Ya te has quedado sin nada?

Asintió con tristeza:

—Los *brownies* vuelan.

—No pasa nada, me llevo lo que haya. Y un café, por favor. —Hacía seis meses que había comprado una cafetera *espresso* italiana, y desde entonces no había probado un café mejor en toda la ciudad.

—¿Adónde vas? —preguntó señalando mi maleta—. Ah, espera, creo que Declan me comentó algo sobre un evento benéfico de fin de semana.

—Así es. Oye, el otro día se me ocurrió que quizás podrías montar un *catering* para eventos. En los eventos benéficos está de moda poner una mesa de dulces. ¿Crees que es algo que pueda interesarte?

A Liz se le iluminaron los ojos:

—¡Claro que sí! Además tengo capacidad para hacer algo así en mi obrador.

Entrecerré los ojos antes de preguntar:

—¿Y podrías también contratar más personal? Lo último que quiero es que Declan me eche la culpa de cargarte aún más de trabajo.

—Me las arreglaré —dijo Liz.

—Genial, entonces puedo darle tu contacto a algunos organizadores de confianza.

Sonrió:

—Gracias por pensar en mí, Reese. ¿Te apetece un poco de tarta de avellanas? Si tiene éxito, puede que hasta me lance a hacer *brownies* con el mismo sabor.

—¡Mmm, suena delicioso!

Sirvió un trozo de tarta en un plato y se puso a preparar el café. Me aparté a un lado y empecé a comer mientras esperaba que la cafetera hiciera lo suyo, ya que el local era muy pequeño.

—Está riquísima.

—¿Quieres otro trozo?

—No, gracias. Con uno basta.

—¿Vas a conducir hasta allí? —preguntó.

—No, me recoge otra persona que va al mismo evento —dije mientras devoraba la tarta.

—Oh, Declan no lo mencionó.

Le dediqué una gran sonrisa de "no tengo nada que ocultar".

—Surgió a última hora. No es como para preocupar a la familia.

Liz frunció el ceño:

—¿Preocupar?

¿En qué momento pensé que podría salirme con la mía? Justamente por eso necesitaba planificar el falso noviazgo al milímetro; de lo contrario, todo el mundo se daría cuenta.

—Lo esperaré fuera.

Error garrafal. Liz abrió los ojos de par en par en cuanto escuchó la palabra *lo*.

—Vale —dijo ella—. ¿Quieres que prepare otro café?

—Buena idea. Gracias —respondí—. Y por favor, no menciones nada de esto a la familia.

Miró a su alrededor antes de inclinarse sobre el mostrador mientras me servía el primer café. Fue inútil, porque el local era demasiado pequeño para mantener una conversación privada.

—¿Estás saliendo con alguien?

—No —contesté—. Es complicado. Por favor, no se lo digas a nadie de la familia.

—¿A nadie? ¿Ni siquiera a Kimberly?

Mi hermana me cantaría las cuarenta si supiera en lo que estaba metida, pero lo que más le molestaría sería que se lo hubiese ocultado.

—No.

—¿Estás en problemas?

—No, Liz.

Sabía que estaba preocupada por mí, y eso era lo último que yo quería. Estaba agradecida de que mis primos hubieran elegido mujeres maravillosas, y que fuesen tan afortunados en el amor.

—Te lo contaré todo en cuanto vuelva, ¿vale? —le prometí.

—Claro, me muero por saber hasta el más mínimo detalle. Aquí tienes el otro café.

—¡Gracias! Ahora, ve a atender a los clientes. No quiero quejas por largas esperas.

Me envió un beso al aire antes de salir de la pastelería con mi diminuta maleta de mano, que era el resultado de haber dominado el arte de meter ropa y zapatos en bolsas pequeñas a lo largo de los años. Liz había puesto las tazas de café en una bandeja de cartón, lo que me permitía sujetarla con la mano izquierda y arrastrar el equipaje con la derecha.

Una vez fuera, solté la maleta y saqué mi móvil, para comprobar si Dom me había enviado un mensaje.

**Dom: Voy en un Range Rover**.

**Reese: Vale.**

Sentí un nudo en el estómago y sabía que era por los nervios. Estaba deseando verlo.

Mi corazón empezó a acelerarse cuando vi al Range Rover doblando la esquina. Detuvo el coche justo delante de mí y se bajó.

—No hace falta que bajes, aquí no se puede parar —dije en cuanto se acercó.

—No permitiré que cargues sola con el equipaje.

—Es pequeño y no pesa nada.

Se limitó a negar con la cabeza. Después, cogió mi maleta con una mano y abrió el maletero con la otra.

Con camisa y vaqueros, estaba aún más sexy que nunca. Por supuesto que el esmoquin le sentaba de maravilla y era irresistible, pero daba la sensación de estar incómodo.

—Gracias por venir a recogerme.

—No hay problema —respondió mientras me abría la puerta del coche.

Al cerrarla, me fijé en la cara de Liz tras el escaparate de la pastelería. Estaba sonriendo. Oh, Dios. ¿Guardaría el secreto? Esperaba que sí.

En cuanto Dom arrancó el motor, el coche comenzó la marcha.

—Por cierto, te he traído un café —dije, colocando el *espresso* en el portavasos entre los asientos.

—Gracias, lo necesito. Hoy solo he tomado dos.

Me paré un segundo a mirarlo y vi que tenía los ojos algo hinchados y la mirada perdida por el sueño. Su incipiente barba significaba que no se había afeitado. De algún modo, eso multiplicaba por diez su atractivo sexual.

—¿No eres una persona madrugadora?

Sacudió la cabeza:

—En absoluto.

—Bueno —dije al tiempo que abría mis notas del teléfono—, he hecho una lista de todo de lo que deberíamos hablar. ¿Quieres que empecemos ya?

Se echó a reír:

—Déjame tomar un sorbo de café primero, a ver si así se me encienden las neuronas.

—Por supuesto —murmuré.

Bebió un sorbo y me sonrió de lado mientras yo jugueteaba con los dedos:

—¿Estás nerviosa?

—Sí.

—Entonces empecemos. ¿Qué tienes en esa lista?

—Lo primero: cuándo y dónde nos conocimos, y si fue amor a primera vista o no.

—Tengo la sensación de que ya tienes algunas respuestas.

Me aclaré la garganta y respondí:

—Tengo algo pensado, pero creo que deberíamos hacerlo entre los dos para que sea creíble. Aunque sea un escenario inventado tiene que ser realista.

—¿Esto es algo que haces a menudo?

—No, pero sabes a lo que me refiero. Empecemos con una pregunta muy sencilla. ¿Cuánto hace que nos conocemos?

—Hace dos meses que firmé los papeles del divorcio, con lo cual prefiero que no sea anterior a esa fecha.

Sentí una punzada en lo más profundo de mi pecho:

—Lo siento. No sabía que era tan reciente.

—La ruptura fue hace bastante tiempo, pero el proceso de divorcio se alargó más de lo previsto. En ocasiones pensé que no

acabaría nunca.

—Entonces diremos que nos conocimos hace tres semanas. Es poco tiempo, pero suficiente como para asistir juntos a un acto benéfico. —Estaba tanteando mis palabras. ¿Por qué estaba tan nerviosa?—. También podemos decir que nos conocimos hace seis semanas pero que empezamos la relación hace tres.

—Prefiero dejarlo en tres semanas en total. Nos conocimos y empezamos a salir de inmediato. ¿De verdad piensas que alguien vaya a preguntar todo esto?

—Malcolm es capaz de hacerlo —dije en voz baja—. Entonces, tres semanas. ¿Y dónde fue?

Asintió y entrecerró los ojos. El café había sido un acierto; con apenas un par de sorbos ya parecía más despierto.

—¿En el gimnasio? —sugirió.

—Es poco creíble, al menos para Malcolm. Sabe que hago ejercicio muy temprano a la mañana en el gimnasio del hotel, al que solo tienen acceso los huéspedes —le expliqué—. Antes de inaugurar el hotel, hacía ejercicio en casa. Él lo sabe.

—Vale, gimnasio descartado.

Ahora que había salido el tema, era evidente que Dom debía de pasar mucho tiempo en el gimnasio.

—¿Te gusta ir de compras? —preguntó.

—Claro que sí.

—Entonces es fácil. Nos conocimos en mi tienda.

—¡Excelente idea! ¿Lo ves? ¡A esto me refería cuando dije que teníamos que hacerlo entre los dos! —exclamé—. ¿Sueles ir a la tienda a menudo?

—Todos los días. Sobre todo a última hora para comprobar que todo va bien.

—Parece que te tomas tu trabajo muy en serio.

—Siempre escucho las sugerencias de mis empleados.

—¿Pero cómo lo haces? ¡Si tienes tiendas por todo el mundo!

—Ya. Las otras sucursales me envían sus comentarios por escrito.

—Muy bien, entonces esa es nuestra historia. Fui a probarme uno de esos preciosos vestidos.

Me miró de reojo:

—¿Has comprado alguna vez en *Waldorf Fashion*?

—Estás de coña, ¿verdad? ¡Si es una de mis tiendas favoritas! Podemos decir que estaba buscando un vestido con corpiño de terciopelo, pero con mangas y falda de organza. Me encanta esa combinación. Por cierto, tienes un talento excelente para elegir diseñadores.

—Gracias. Son el activo más importante de la empresa. Puede que yo esté al mando, pero soy incapaz de elaborar un diseño.

Me gustó que lo reconociera, a diferencia de muchos empresarios que no dudaban en despedir y reemplazar a sus trabajadores.

—Muy bien, entonces entré en la tienda. ¿Y qué pasó después? —Contuve la respiración. *¿Por qué estoy tan emocionada?*

—Yo estaba intercambiando ideas con una vendedora. Llegaste justo antes del cierre y dijiste que necesitabas un vestido con urgencia para el próximo evento. Y me quedé tan prendado de ti que decidí mantener la tienda abierta un rato más.

—¿Amor a primera vista? Me gusta —dije con el corazón acelerado.

*Reese, recuerda que nada de esto es real.*

—Pero espera... ¿recuerdas lo que dijimos de ser realistas? Durante nuestro primer encuentro, derramé champán sobre ti, pero tú pensaste que te estaba tirando los tejos. —Resoplé al recordarlo.

Dom se rió entre dientes:

—Ahora que lo pienso, eso de "amor a primera vista" no va conmigo. Qué te parece lo siguiente: cuando entraste, pensé que tu único propósito era intentar ligar conmigo, así que me enfadé. Luego me aclaraste que realmente necesitabas un vestido.

Me pareció creíble.

—Suena muy convincente. Aunque también me gusta la versión del amor a primera vista. Siempre he tenido la fantasía de verme arrasada por un torrente de amor de forma espontánea. O al menos por una avalancha de deseo lo bastante intensa como para encenderme aún sin conocer bien a la otra persona.

Dom esbozó una gélida sonrisa:

—Es como juzgar a un libro por su portada: no creo que nada bueno salga de eso.

—Lo sé, pero aún así me gusta todo ese rollo de las almas gemelas.

Se volvió para mirarme y preguntar un poco confundido:

—¿Crees en... las almas gemelas?

—Sí.

—Tu prometido te engañó con tu mejor amiga.

Hice una mueca de dolor.

—Joder. Lo siento, no debería haber dicho eso —añadió.

—La verdad es que ha estado fuera de lugar —murmuré—. Aunque entiendo lo que quieres decir: la realidad es cruel y debería olvidarme de las fantasías románticas. —Fruncí el ceño—. Pero me niego a pensar que no existen los finales felices.

—Bien. Ya tenemos la versión oficial de cómo nos conocimos. A decir verdad, no creo que nadie vaya a preguntar cuántas citas hemos tenido o los detalles.

—Puede ser. Pero para que no nos pillen desprevenidos estaría bien saber cosas del otro.

—De acuerdo. Tú primero.

—Me crié en Chicago y fui a la universidad aquí.

—¿Trabajaste alguna vez en la cadena de librerías? —preguntó.

—No. Vendieron el negocio antes de que tuviera edad para trabajar. Estuve mucho tiempo currando en el sector financiero, y luego mi ex y yo quisimos abrir un *spa* en el mismo edificio donde mi abuela aún es propietaria de *The Happy Place*.

—¿Qué es eso?

—La primera librería que abrieron ella y mi abuelo.

—Entendido. ¿Doy por hecho que lo del *spa* no funcionó?

—Has dado en el clavo. Después de romper nuestro compromiso, todo el proyecto se canceló. Acabé trabajando en *The Happy Place* durante un tiempo. Luego, mi primo Travis compró las plantas superiores y abrió el Hotel Maxwell. Soy la directora financiera.

Dudé, insegura de cuánto más de mi pasado debía revelar, pero conociendo a Malcolm, sacaría el tema.

—Malcolm no se tomó nada bien que el negocio no se pusiera en marcha. Trabajaba para un fondo de inversión que tenía previsto

invertir en el *spa*. Pero cuando me bajé del proyecto, ellos lo despidieron.

—Se lo merece —se mofó.

—Intentó demandar a mi familia por ese asunto en repetidas ocasiones. —Tragué saliva—. Y el año pasado pasó directamente al chantaje. Dijo que, si no le devolvía su antiguo trabajo, daría una entrevista contando los motivos de la ruptura.

Dom se volvió de nuevo hacia mí.

—Oye, no apartes la vista de la carretera.

—Continúa. Me he quedado sin palabras.

—Sí, fue un golpe muy duro en ese momento.

—Por favor, dime que no se salió con la suya.

Negué con la cabeza:

—No, porque fui *yo* quien dio la entrevista. Así me aseguré de que los periodistas tuvieran la exclusiva y perdieran el interés en Malcom, evitando que él ganara dinero con eso.

—Debe haber sido una pesadilla.

—Lo fue. Tuve que soportar el acoso de la prensa un buen tiempo, aunque últimamente han perdido interés, gracias a Dios. Creo que ya he hablado suficiente sobre mí. En realidad, espera... Conoces a mi familia, ¿verdad?

—Solo habladurías.

—Vale, es que somos ocho.

—¿Ocho?

—Tengo una hermana, Kimberly, y seis primos. —*Y también una hermana pequeña en Londres, pero no quiero entrar en eso ahora...*

—¿Y todos trabajáis en Hoteles Maxwell?

—No, no. Mi primo Tate es el dueño de Bodegas Maxwell. Declan es abogado, y Luke propietario de Skye Designs.

—Tyler Maxwell juega al *hockey* —dijo como si acabara de recordar ese dato.

—Exactamente. Sam es médico. Travis es el del hotel, y Kimberly y yo trabajamos con él.

—Entendido.

—Todos estamos muy unidos, y Malcolm lo sabe. Por cierto, en caso de que surja, tú ya conoces a mi familia. Eso le sentará fatal.

Cuando estaba con él esperé mucho tiempo antes de presentarlo.

Dom no dijo nada durante unos segundos y luego preguntó:

—¿Intentas darle celos o solo quitártelo de encima?

—No lo sé. Ahora mismo me apetece fastidiarlo.

—Me parece bien.

—¿Y tú?

—Estudié en Harvard y viví en Boston unos años antes de trasladarme aquí y empezar con *Waldorf Fashion*.

—Es impresionante el enorme crecimiento que has logrado en tan pocos años.

—Lo único que hice fue poner en práctica lo aprendido en la escuela de negocios.

Humildad. Otra característica que no me esperaba de él.

—Me casé hace un año —continuó—. El peor error de mi vida.

—¿Puedo preguntar qué pasó?

—No creo que eso vaya a surgir.

—Vale.

Era evidente que la herida aún estaba fresca. Y aunque había sentido una cercanía instantánea con él, recordé los primeros días tras la traición de Malcolm en los que hasta respirar me dolía, de modo que entendía la reticencia de Dominic.

—Creo que hemos abarcado lo más importante —dije.

Me miró brevemente antes de volver a centrarse en la carretera. Noté un brillo en sus ojos antes de decir:

—Todavía no. Deberíamos especificar qué nos atrajo el uno del otro.

—¿Crees que es necesario?

—Nunca se sabe. Así que... tú primero.

—¿Aparte de tu evidente atractivo físico? —Me reí—. Veamos... tu voz grave y profunda, que sigue sonando sexy incluso cuando estás de mal humor.

Se quedó rígido y abrió los ojos de par en par. Estaba claro que no se esperaba que le soltara algo así. Y no pensaba disculparme por ello.

—Tu turno.

No lo dudó:

—Pues que estás buenísima. Además, tienes un gran sentido del humor y te preocupas por los demás.

Eso no me lo esperaba.

—¿Y cómo lo sabes?

—Porque, aunque tengas que enfrentarte a ese imbécil, vas a ir a este estúpido fin de semana benéfico solo para ayudar a una buena causa.

Me lamí los labios:

—No es culpa de los pobres niños que mi vida sea tan complicada. Ah, y tu tatuaje también me atrajo mucho.

—¿Qué tatuaje?

Me di un golpecito en la sien y respondí:

—El que estoy imaginando aquí.

Sonrió satisfecho:

—¿Pasas mucho tiempo pensando en mi cuerpo, Reese?

Tragué saliva y decidí ignorar la pregunta:

—En mi imaginación, el tatuaje está en un lugar tan privado que nadie podrá comprobar mi historia.

—¿Qué lugar? —preguntó.

—No importa —respondí sonrojada.

—Seguro que lo has pensado con mucho detalle. Eres muy meticulosa.

Miré por la ventana y esperé que me bajara el rojo de las mejillas.

—En tu nalga izquierda.

Se echó a reír, y el sonido llenó el coche. Lo miré y terminé riendo también.

Apartó una mano del volante y, antes de que me diera cuenta, desabrochó el botón de una manga y se la remangó. Luego cambió de mano para abrir el botón de la otra manga. Me quedé sin aire al ver sus antebrazos tatuados.

—Vaya, no me lo esperaba.

Sonrió:

—Es uno de los motivos por los que siempre llevo manga larga en las reuniones.

—No deberías esconder esos tatuajes. Son preciosos.

—Gracias. De todas formas, has dado en el clavo con lo del tatuaje.

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

—También tengo un tatuaje en un lugar muy privado.

Abrí la boca, atónita y tragué saliva. *Madre mía. ¿Dónde más tendría tatuajes?* De repente, sentí el impulso de escanear su cuerpo... y no solo con la mirada. Quería tocarlo, besarlo, saborearlo.

Con la imaginación desbordada, me lamí los labios:

—¿Dónde está?

—¿Por qué quieres saberlo?

—Tienes razón. No tengo por qué saberlo. Estoy segura de que no saldrá el tema.

—Está en un lugar muy privado, pero te daré una pista: no es la nalga izquierda.

Nunca me había ruborizado tanto en mi vida. Volví a apartar la mirada, pero el aire entre nosotros estaba muy cargado.

Cambié de tema de inmediato. Charlamos durante el resto del trayecto y llegamos una hora después.

—Bienvenidos —nos saludó la recepcionista cuando entramos en el local.

—Venimos por el acto benéfico —respondió Dom.

Ella sacó dos papeles y un par de bolígrafos:

—Con que pongan sus nombres y firmas, es suficiente. No hace falta más.

Dom asintió:

—Estupendo.

La recepcionista sonrió y desapareció por la parte de atrás.

—Deberíamos haber reservado una sola habitación —dijo Dom.

—¿Qué? No se me había ocurrido. —Me mordí el labio—. Diremos que la reserva la hicimos antes de conocernos.

—Tiene sentido. —Movió las cejas y se inclinó hacia mí—. O podemos decir que mis ronquidos son tan escandalosos que necesitamos habitaciones separadas.

Si en el coche creí que ya no podía ponerme más roja, estaba muy equivocada.

# Capítulo Seis

# Dom

No recordaba la última vez que había estado así de relajado, pero tras echar un ligero vistazo a la lista de actividades, me di cuenta de que el fin de semana sería un despropósito. Lo primero era tiro con arco. Maldita sea, ¿no era suficiente con haber ido hasta allí? No entendía por qué teníamos que participar en vez de simplemente extender un cheque.

Lo único bueno sería pasar tiempo con Reese. No sabía explicar la conexión que sentía con ella, pero era una mezcla entre familiaridad y atracción.

Cogí la tarjeta y salí de mi habitación con la intención de llamar a la puerta de Reese. La recepcionista, que asumió que estábamos juntos, nos asignó habitaciones contiguas, y no iba a poner ninguna pega.

Me reí al recordar la historia que nos habíamos inventado. No me caracterizaba por ser un tipo con sentido del humor. De hecho, según mi exesposa, era todo lo contrario. Pero estar con Reese me provocaba ese efecto.

Tras llamar a su puerta y no obtener respuesta, pensé que quizá ya había salido. No habíamos acordado cómo manejarnos, solo que teníamos que mostrarnos juntos en público lo suficiente para dar la impresión de que éramos pareja. Improvisaríamos sobre la marcha.

Eché un vistazo al hotel, muy recomendado para escapadas cerca de Chicago. Me ponía de los nervios que la organización benéfica gastara tanto dinero en un alojamiento de esas características, pero, en el fondo, lo agradecí.

Salí al exterior y seguí las señales de tiro con arco, que según la lista de actividades que nos habían enviado, empezaría pronto. Crucé el campo abierto, miré a mi alrededor y, a lo lejos, distinguí a un grupo de personas. Entre ellas estaba Reese, y mi cuerpo respondió de inmediato.

*Contrólate. Tu único cometido es ayudarle a quitarse un par de personas de encima... lo que también te beneficiará a ti. Nada más.*

*No compliques las cosas... aunque sea la mujer más interesante que hayas conocido.*

Al acercarme, me di cuenta de que su ex estaba allí. ¿Es que no le daba un respiro?

—Cariño, ¿por qué no me has esperado? —le dije a Reese con un tono exagerado. No conocía a ese payaso de nada, pero quería borrarle la sonrisa de la cara.

Reese giró la cabeza para mirarme. ¿Era cosa mía o parecía feliz de verme? No solo aliviada, sino realmente *contenta*.

—Podrías haberte duchado conmigo antes de venir —continué.

Ella se rió con nerviosismo, y noté un ligero rubor subiendo su cuello.

—Es que quería echar un vistazo a las instalaciones. ¿No viste el mensaje que te envié?

—No. —Lo cual era cierto—. Tengo el teléfono en modo avión para que nadie perturbe nuestro fin de semana juntos. —Miré a Malcolm con falso interés, y abracé a Reese por la cintura antes de preguntar—: ¿Has venido solo?

Por la cara que puso, supe que Malcom estaba tratando de asimilar mis palabras. Primero miró mi mano en la cintura de Reese y luego alternó la mirada entre ambos, claramente desconcertado.

—No, mi esposa llegará en cualquier momento. —Reese se puso rígida al oír la palabra *esposa*—. ¿Cuánto tiempo lleváis juntos? —preguntó el gilipollas.

Besé el costado de la cabeza de Reese y agradecí que hubiera tenido la genial idea de inventar una historia creíble antes de llegar allí.

—Unas tres semanas —respondí.

Malcolm frunció el ceño y puso cara de incredulidad:

—No es mucho.

—Pero parece como si nos conociéramos de toda la vida —repliqué.

Cogí la mano de Reese para besarle tanto el dorso como la palma. Luego sostuve su mano contra mi mejilla, y me incliné para poder mirarla a los ojos. La sonrisa de su cara no era falsa. Ni por asomo.

Volví a mirar a Malcolm, que parecía alterado.

*Mala suerte, campeón. Dejaste escapar a una mujer increíble, ahora te jodes.*

—¿Y cómo os conocisteis exactamente? —El tío tenía una cara que se la pisaba.

—Reese, ¿y si mejor le cuentas tú la historia? Estaba tan nervioso pensando en cómo invitarte a salir, que ya casi ni recuerdo los detalles.

Lo cual tenía todo el sentido. Si en la vida real ella hubiera entrado en la tienda y yo no hubiera sido un idiota pensando que solo quería ligar conmigo, seguramente la habría invitado a salir.

—Fui a su tienda porque necesitaba un vestido para un evento. No era para este... creo. La verdad, ya ni me acuerdo. El caso es que empezamos con el pie izquierdo, porque él creyó que yo solo pretendía pescar a un ricachón. Luego, bueno... una cosa llevó a la otra y terminó invitándome a salir. —Su historia sonó de lo más convincente, con esas pausas dramáticas y el ceño fruncido.

Sentí un peso en el pecho. A mi ex también se le daba bien inventar historias, y eso no me gustaba nada. Pero Reese no era mi exesposa, y, si al final resultaba ser como ella, ¿qué más daba? Solo pasaríamos un fin de semana juntos que nos beneficiaría a ambos.

—Ya veo —dijo Malcolm cuando Reese terminó de hablar—. Dominic, ¿se te da bien el tiro con el arco?

—No, pero animaré a Reese —respondí, ya con ganas de quitármelo de encima. Estábamos haciendo un buen paripé, pero le estaba pasando factura a Reese. Era hora de que se esfumara—. ¿A que sí?

En cuanto la giré ligeramente hacia mí, ella sacó la lengua para lamerse el labio inferior. Seguí mi instinto, y me incliné para capturar su boca. Al sentir su calor contra mi cuerpo, no pude evitar excitarme. Reese se acomodó contra mi pecho y se entregó al beso.

No necesité más permiso. Le sujeté la nuca y profundicé el beso. Había fantaseado con ese momento, y la verdad es que era incluso mejor de lo que había soñado. Tenía un sabor delicioso, a canela, con un dulzor sutil que me volvía loco. Su cuerpo era una combinación perfecta de suavidad y deseo.

Un cosquilleo electrizante me recorrió de pies a cabeza. ¿Ella también lo sentía?

Quería tocar cada parte de su ser. Quería hacerla mía.

***

# Reese

¿Cómo podía haber sido ese beso tan increíble? No era justo. En sus manos, me sentí más viva que en años. Al notar el latido acelerado de su corazón, lo único que quería era hundir los dedos en su cabello.

*¿Y por qué no? Es verdad que estamos actuando, pero un beso así de bueno no podía ser del todo fingido.*

Me puse de puntillas, tratando de canalizar la energía vibrante que me invadía. Le agarré el pelo y enredé mis dedos en él. Dom dejó escapar un gemido bajo y gutural, mientras su mano descendía lentamente desde el centro de mi espalda hasta la parte más baja, para apretarme aún más contra él.

—Vaya, parece que ya estamos todos aquí —dijo una voz a lo lejos.

*¡Noooo!* No quería que el beso se detuviera.

Me separé de él de mala gana. Dom y yo hicimos contacto visual durante una fracción de segundo, antes de apartar la mirada.

Unos segundos después, recordé que Malcolm seguía a nuestro lado. Estaba aún más pálido que antes. Pues bien, habíamos conseguido alterarle. ¡Genial! Siempre había dicho que era demasiado recatada cuando se trataba de muestras de afecto en público, y no le faltaba razón. Pero ese beso... me había devuelto a la *vida*.

—Reese, sabía que estarías aquí —dijo Monika.

Alternó la mirada entre Dom y yo antes de soltar un suspiro. Dios mío, Dom tenía razón: era un imán irresistible para las mujeres. Y eso que ni siquiera sabían lo bien que besaba... ni que, en el fondo, era una buena persona. Quizá tampoco fuera tan gruñón como pensé cuando lo conocí. Desde luego, estaba interpretando de maravilla su papel de novio devoto.

—Reese es una muy buena tiradora —añadió Monika que se dirigió al grupo en general.

Ni siquiera me atreví a mirar a Dom. ¿Se daría cuenta de lo mucho que me había gustado el beso? ¿O ya lo habría hecho?

Respiré hondo y por fin me arriesgué a mirarlo. Madre mía. Casi me derrito. Sus ojos estaban clavados en mí como si quisiera leer todos mis pensamientos. Me removí en mi sitio, respiré hondo y sonreí a la anfitriona antes de responder:

—Si alguien necesita ayuda con el equipo, puedo enseñarles cómo usarlo.

Dom caminaba justo detrás de mí mientras nos dirigíamos a recoger nuestros arcos y flechas. Las dianas estaban colocadas a diferentes distancias. Hacía años que había aprendido esa inútil habilidad en un campamento, y desde entonces, no hacía más que superarme a mí misma.

—¡Invoco mi privilegio de novio! —oí decir a Dom desde la distancia—. Quiero estar cerca para no perderme ningún tip.

Eché un vistazo hacia atrás. Un buen número de personas se había unido a nosotros. Dom, pavoneándose por el campo con toda la confianza del mundo, me pareció aún más sexy que antes. Se acercó a mí:

—Vamos, Reese, muéstrame cómo se hace.

Volví a echar otro vistazo para asegurarme de que nadie nos escuchaba y me incliné hacia él:

—Eso no me lo esperaba. Me has dejado sin palabras. No hemos llegado a hablar de... —Mi voz se apagó. No sabía qué decir: ¿besos, caricias, arrancarse la ropa?

*No, Reese, eso está completamente descartado.*

—¿Te ha molestado? —preguntó. Su voz sonaba diferente, aunque no sabía por qué. Cuando levanté la vista, su expresión era ilegible.

—No, en absoluto. Ha sido un bonito detalle, solo que no me lo esperaba.

Su expresión pasó de ilegible a petulante:

—Ya que estamos metidos en este lío, hagámoslo bien ¿no?

Tuve la tentación de preguntarle qué quería decir con eso. ¿Más besos? ¿Podría echarme encima de él en público y fingir que solo quería un beso? ¿Que quizás podríamos practicar a puerta cerrada?

*Contrólate. Dom no te ha besado porque se sienta atraído por ti, sino porque, además de beneficiarse de la situación, también siente*

*pena por ti.*

De eso no tenía duda. Lo había visto en sus ojos cuando le conté mi historia en el guardarropa.

—Venga, presta atención —le ordené. Levanté el arco y deslicé la mano sobre las flechas. Eran todas idénticas, pero quería sentirlas. Cogí la que más me gustó, la coloqué en posición y tensé el arco, colocando el índice de la mano izquierda en la parte flexible y la flecha encima del dedo—. El dedo, la flecha y el blanco deben estar alineados.

—He oído que eres la mejor arquera —dijo.

Sonreí sin moverme de mi sitio. Dom se colocó detrás de mí. Si me tocaba, no iba a poder concentrarme.

—Está mirando —me susurró al oído. Su mano se deslizó hasta mi cintura y siguió bajando hasta mi vientre. La extendió por completo, y sentí cada uno de sus dedos presionando mis músculos.

Tragué saliva, e intenté concentrarme.

Era el blanco más fácil, y yo toda una profesional. Nunca había fallado en mi vida.

Coloqué los dedos, pestañeé un par de veces y abrí mucho los ojos. Disparé la flecha, pero se desvió de forma espectacular. En cuanto escuché los vítores detrás de mí, me sonrojé furiosamente. Dom estalló en carcajadas.

—¡Qué mal has chutado! —exclamó, y yo también empecé a reír.

—Dios mío, ¡muy mal! Estoy descentrada. —No sabía si por el beso o por tener a Dom tan cerca de mí. De cualquier manera, quería más de él... pero no precisamente para hacer tiro con arco.

# Capítulo Siete

# Reese

Una hora después, nos pasamos a los dardos y, aunque tampoco era mi fuerte, ya no me importaba en absoluto. Me sentía en las nubes por el beso apasionado que me regaló ese hombre tan sexy e irresistible, que además logró enfurecer a mi ex.

Por otra parte, me alegró descubrir que la gente, al ver que yo estaba perdiendo en el juego, se esforzó aún más para obtener un buen resultado, lo que se traduciría en más recaudación para los niños.

En un momento dado, Monika anunció:

—¡Atención por favor! La actividad finalizará en treinta minutos. Dispondréis de una hora para cambiaros antes de la cena. No es nada del otro mundo, pero creo que os gustará. —Luego se acercó a nosotros y dijo—: Se rumorea que lleváis saliendo un par de semanas.

Miré a Dom, que se tensó, pero aun así logró emitir un silbido y responder:

—Vaya, ¡las noticias vuelan!

—Más si se trata de una buena. Me alegro por vosotros. —Aunque, a decir verdad, no parecía contenta en absoluto. De hecho, me miraba como tratando de descifrar qué había visto en mí. Levantó una ceja y añadió—: Es curioso que ninguno de los dos mencionarais nada al respecto cuando organicé la distribución de las mesas. De hecho, pensé que os conocisteis en la fiesta.

Se me desencajó la mandíbula y Dom me cogió de la mano, para entrelazar los dedos y apretarlos con seguridad. Aquel contacto me electrizó.

—No, pero fue una bonita coincidencia —respondí, intentando parecer indiferente.

—Bueno, me alegro por vosotros. —Se giró bruscamente y se alejó sin mirar atrás.

Cuando llegó el momento de la cena, me puse un discreto y clásico vestido de noche negro, y lo combiné con mis zapatos turquesa favoritos de Manolo Blahnik. Al salir de la habitación, me

detuve frente a la puerta de Dom. No lo habíamos hablado, pero supuse que daríamos mejor impresión si llegábamos juntos a la mesa. ¿O serían exageraciones mías? Tampoco era normal que una pareja pasase todo el tiempo pegada como una lapa. Con paso decidido, fui sola al restaurante principal y hacia la zona del bar.

Había bastante gente reunida allí, incluido Dominic. De pie junto a la barra, me recorrió lentamente con la mirada de arriba a abajo. ¿Lo hacía a propósito o no podía evitar reaccionar así?

—¿Qué te apetece beber? —me preguntó cuando llegué a su lado.

—Un Negroni, por favor.

Se quedó pensando un momento antes de dirigirse al *barman*:

—Yo tomaré lo mismo.

Observé cómo el *barman* preparaba las bebidas. Me llamó la atención que agregara lima, ya que nunca antes lo había probado así.

—Es mi cóctel favorito —le dije a Dom.

—Será la primera vez que lo pruebe.

—No hay nada mejor para desconectar después de un largo día: un Negroni y un poco de música jazz.

Dom frunció la nariz.

—¿No te gusta la música jazz? —pregunté.

—La verdad es que no es el estilo que más escucho.

—Es uno de mis pequeños placeres culpables, junto con las patatas fritas y los postres, pero no los pido muy a menudo. Por lo general, prefiero robarle a mi hermana un poco de su plato cuando salimos a comer fuera.

Monika se acercó a nosotros:

—Reese, estás despampanante como siempre.

—Gracias. Tú también estás estupenda, Monika.

—¿Te gustaría decir unas palabras a los invitados? Y así los incentivas para que suelten pasta.

—Claro —respondí, echando los hombros hacia atrás para ponerme recta.

Pese a que no me gustaba ser el centro de atención, sabía que era por una buena causa. Sí que disfrutaba organizando eventos,

pero prefería pasar desapercibida. A Kimberly y a mí nos encantaba planear eventos familiares y cumpleaños para nuestros primos, pero jamás ser el centro de atención.

—No te hace falta micrófono, ¿verdad? —preguntó.

—No creo, la sala no es demasiado grande.

Monika se giró para dirigirse a los asistentes:

—¡Atención por favor! A Reese Maxwell le gustaría decir unas palabras antes de empezar.

El grupo aplaudió mientras yo miraba alrededor de la sala, feliz de que Malcolm y Francesca no hubieran llegado aún.

—Bienvenidos a todos —comencé—. Quiero agradecerles por su esfuerzo y energía el día de hoy. Me complace anunciar que la organización benéfica De Monet dispone de trescientos mil dólares más en su patrimonio. Pero estoy segura de que conseguiremos aumentar esa cifra antes de que acabe el fin de semana. —Monika me había enviado un mensaje con la suma total mientras me preparaba.

Proseguí con mi monólogo explicando el destino de los fondos, y luego algunos asistentes hicieron preguntas sobre las donaciones.

Entonces un hombre preguntó:

—¿Qué ha pasado hoy, Reese? ¿Cómo es que has perdido en el tiro con arco?

No recordaba su nombre, pero había asistido a la edición del año pasado. No estaba segura de si bromeaba, pero decidí seguirle la corriente.

Miré a Dom, moviendo las cejas antes de responder:

—Estaba distraída. —Que por cierto, no era mentira—. Volviendo al tema, me comprometo a donar el equivalente al importe de la mejor puja que resulte de esta noche. Les animo a todos a ser lo más generosos posible. Como ya saben, es por una gran causa: brindarles felicidad a todos esos niños.

—¡Amén! —dijo el mismo tipo.

Todos los presentes chocaron las copas antes de volver a sus conversaciones.

—Ha sido un discurso breve y directo —dijo Dom—. Y también donaré el equivalente a la puja de mayor importe.

Me giré para mirarle:

—Eso es una burrada de dinero.

—Lo sé, es que tu discurso me ha conquistado. —Se inclinó más hacia mí—. Así como tu beso. —Me dedicó una genuina sonrisa que hizo que me derritiera. ¿Lo decía en serio? ¿O solo pretendía juguetear para provocarme sensaciones y que así el espectáculo resultase más creíble? No lo sabía y, para ser sincera, tampoco me importaba lo más mínimo. Estaba disfrutando de la velada mucho más de lo que creía posible.

Entonces, me incliné hacia él, hasta prácticamente rozar su mejilla para decirle:

—Podría decir lo mismo de ti. Estuve a punto de desmayarme.

—Genial, porque justo esa era la reacción que buscaba.

Por un instante, pensé que volvería a besarme, giró la cabeza en mi dirección y sentí su aliento contra mis labios, pero en lugar de sellar su boca sobre la mía, enderezó su postura.

—Venga, vamos.

—¿A dónde? —pregunté.

—¿No has oído a Monika? Están a punto de servir la cena.

—No, supongo que me he distraído otra vez.

Me cogió de la mano y nos dirigimos a nuestros asientos.

La cena no resultó tan mal como había imaginado. Francesca y Malcolm no se acercaron a mí, y además, entablé conversación con algunos participantes que conocía de años anteriores. Como nadie se dedicaba al sector hotelero, no tuve que hablar de negocios. Aunque siempre estaba atenta a cualquier información que pudiera ayudar a algún miembro de la familia. Nunca se sabe cuándo puede surgir una oportunidad.

Durante la velada, se había dispuesto un bufé con lo necesario para mantener la comida caliente. Una vez terminada la cena, los invitados se pasaron a las copas, pero yo no estaba de humor para eso. No podía dejar de mirar el reloj que había detrás de mí. No me había llevado el móvil, y estaba deseando volver a mi habitación.

*¿Dónde estará Dom?* Se había alejado hacía un rato para hablar con otros asistentes; pero no me parecía correcto retirarme sin avisarle. Finalmente, lo vi junto a la ventana, en plena conversación

con una mujer que desconocía. Decidí acercarme a ellos. Su cara me resultaba familiar, pero no sabía quién era.

—De todas formas, siento mucho que hayáis terminado. Hacíais buena pareja —le oí decir a ella cuando estuve lo bastante cerca.

*Mierda. ¿Le estaba hablando de su ex?*

—Hola, te estaba buscando —saludé a Dom, que se giró hacia mí. Pese a que su mirada era fría, pude notar un atisbo de alegría al verme.

Entonces, me dirigí a la mujer con la que hablaba y le pregunté:

—¿Te importa que me lo lleve?

—En absoluto —respondió con indiferencia, lo cual agradecí.

Me alejé unos pasos, y Dom se acercó un momento después.

—¿Quién es? —pregunté, y entonces pensé que quizá no tenía que saberlo todo. Al final lo nuestro era solo una farsa.

Aun así, se aclaró la garganta y me contestó:

—Alguien que conocí cuando estaba con mi ex.

—Debería haber venido antes a rescatarte.

—No pasa nada. Puedo cuidarme solo.

—Ya, pero se supone que el objetivo de este fin de semana es cubrirnos las espaldas. Cambiando de tema: la gente se está pasando a las copas, pero voy a dar la noche por terminada y subir a mi habitación. Te lo digo por si alguien pregunta por mí —dije para dejar claro por qué lo estaba buscando como una loca.

—Claro. Hasta mañana, Reese.

¿Qué había sido esa punzada en el pecho? ¿Decepción? Sí, efectivamente. En el fondo, esperaba que se ofreciera a acompañarme a mi habitación para... ¿Para qué? ¿Para pasar la noche hablando?

No podía ser más ridícula.

—Hasta mañana —me despedí, y salí a toda prisa de la sala. Había tenido suerte de que Malcolm y Francesca se hubieran mantenido alejados durante la cena. Atravesé los estrechos pasillos mientras bostezaba. Necesitaba una noche de sueño reparador antes de enfrentar el día siguiente.

Cuando llegué a mi habitación, cerré la puerta con llave, me quité los tacones y el vestido. Tras una ducha rápida, me puse el

camisón, me tumbé en la cama y cogí el Kindle.

Normalmente me bastaba con leer un capítulo para caer rendida. Sin embargo, dos capítulos después, acepté que eso no sucedería aquella noche. Siempre había tenido problemas para conciliar el sueño, pero últimamente lo estaba llevando mejor. Aun así, el insomnio volvía cada vez que estaba estresada. Y, tener que lidiar con Malcolm una vez más podía considerarse como una situación estresante.

Decidí levantarme y pasear por la habitación. Mi médico me había aconsejado levantarme de la cama cuando no pudiera dormir; si era posible, también debía salir del dormitorio.

En mi apartamento no suponía un problema, pero no quería deambular por el hotel como un bicho raro.

Miré la enorme luna que asomaba por la ventana. Aún no estaba llena, pero iluminaba todo alrededor, así que podría dar un paseo. Lo más probable era que la mayoría de los huéspedes siguieran en el bar y que no hubiera nadie en el porche trasero, donde antes aquel día, había visto un área con asientos.

Me puse unos vaqueros, un jersey y una chaqueta, y me dirigí hacia allí.

***

# Dom

No había terminado de beber mi copa en el bar cuando me di cuenta de que ese ambiente no era para mí. No quería volver a la habitación; sabía que no podría dormir. Estaba seguro que fantasearía con Reese. La verdad era que no comprendía cómo había llegado a obsesionarme con ella en tan poco tiempo.

Necesitaba despejarme, así que decidí salir. Hacía más fresco que durante el día, pero era justo lo que necesitaba. Tenía que aclarar mis ideas y calmar mi deseo.

Doblé la esquina, recordando que había un área con asientos y, como todos los invitados parecían estar dentro del bar, con un poco de suerte la encontraría vacía.

Me detuve en seco. No era el caso. Reese estaba sentada allí, sosteniendo su móvil. A decir verdad, parecía un dispositivo más grande. Tenía que ser una *tablet*. La luz iluminaba su cara, tensa por la concentración. *¡Qué guapa es, por Dios!*

¿Cómo era posible que me hubiese desarmado con tanta facilidad?

*Contrólate, Dom. Mantén la guardia alta. Recuerda lo que pasó la última vez que te relajaste.*

—Veo que no te has ido a dormir después de todo —dije.

Reese se sobresaltó y se llevó una mano al pecho.

—Lo siento. No pretendía asustarte.

—Estaba tan inmersa en mi libro que no me he dado cuenta de que estabas aquí. —Pulsó un botón para bloquear la *tablet*. Aún así, la luz de la luna era lo bastante intensa, que podía verla perfectamente.

Subí los escalones del porche y ella se movió para hacerme sitio. El pequeño sofá era como un balancín y, al sentarme, se meció un poco.

—¿Qué estabas leyendo? —pregunté.

—Un *thriller*. No ha sido mi mejor idea teniendo en cuenta lo oscuro que está por aquí. Me preguntaba cómo me las arreglaría para volver a mi habitación.

Me acerqué un poco más a ella y levantando las cejas dije:

—No te preocupes. Yo te escoltaré hasta allí

Reese apretó los labios un momento, y los dos empezamos a reír al mismo tiempo.

—No es mi mejor frase —admití.

—No, pero era justo lo que necesitaba —respondió con las manos en el abdomen, partiéndose de risa—. Pensé que no me cruzaría con nadie aquí.

—No estaba a gusto en el bar. Y sabía que no podría dormir.

—¿Tú también tienes problemas para dormir?

Fruncí el ceño antes de responder:

—No, es que aún no tengo sueño. ¿Tú tienes problemas para conciliar el sueño?

Asintió y se pasó la mano por el pelo. A duras penas me contuve de estirar la mano y envolverla en mis brazos. Llevaba todo el día cerca de ella y me resultaba antinatural reprimir mis instintos.

Tuve que recordarme que todo era para mantener las apariencias.

—Tengo problemas para dormir desde pequeña —dijo—. Empezó cuando perdí a mi madre y no paraba de buscarla por las noches.

—Lo siento mucho.

Se quedó callada un momento antes de responder:

—Gracias. No sé por qué he sacado ese tema.

—Te escucho. —Me interesaba su historia. Reese era una mujer hermosa con un corazón enorme. Nunca había conocido a nadie como ella.

—La cosa es que he visitado a muchos terapeutas a lo largo de los años, incluso tengo una rutina de sueño. Evito las pantallas unas horas antes de acostarme, aunque hoy no he podido resistir la tentación de leer. Todos coinciden en que, si no puedo dormir, lo mejor es que no me quede en la cama. Si es posible, debo salir de la habitación y caminar un poco. Me acordé de este lugar y quería disfrutarlo en soledad.

—Pues ya somos dos. ¿Quieres que nos quedemos los dos aquí en silencio?

—Podemos intentarlo —respondió con una tierna sonrisa.

Durante unos minutos, ninguno de los dos emitió palabra, y fue simplemente perfecto. Era justo lo que necesitaba, y también lo que ella quería.

—Gracias por lo de hoy —dijo al fin.

—¿A qué te refieres?

—Al espectáculo que montaste. Fue muy útil y bastante convincente.

—Ah, claro.... —El puñetero paripé. Empezaba a preguntarme hasta qué punto era solo una actuación. Había aprovechado cada oportunidad para estar cerca de ella, y no me arrepentía de nada.

—¿Todavía sientes algo por él? —solté sin pensar. No era asunto mío, pero necesitaba saberlo.

—Esa es una pregunta difícil. Quiero darle una bofetada cada vez que lo veo. ¿Eso cuenta como un sentimiento?

Me reí entre dientes:

—Pues sí.

—Pero también me duele cada vez que lo veo con ella, así que puede ser que en algún lugar profundo, aún sienta algo por él. Ni siquiera mi terapeuta ha sido capaz de resolver eso.

Joder, ¿por qué sus palabras me sentaron como un puñetazo en el estómago? Si no estaba buscando una relación y acababa de librarme de la pesadilla del divorcio, por el amor de Dios.

—Pero no me imagino volviendo con él... jamás —continuó—. Me ha hecho mucho daño, tanto a mí como a mi familia, durante muchos años.

—¿Qué quieres decir? ¿Daño físico...? —Quería darle un puñetazo a ese imbécil.

—No, no —respondió, sacudiendo la cabeza—. Pero como te dije, intentó causar muchos problemas con demandas y todo tipo de amenazas. Sin embargo, mi primo Declan, el abogado, lo asustó de verdad. O al menos eso creía yo. Malcolm se fue de Chicago por un tiempo, y no me hace ni un pelo de gracia que haya vuelto.

—¿Quieres que averigüe por qué está aquí?

—No te preocupes, seguro que mis primos ya están en ello. Aunque no les haya contado aún sobre él.

—¿Entonces cómo sabrán que ha vuelto a Chicago? —pregunté.

—Lo saben todo.

—¿Y no te importa?

—No, ni un poco. Siempre han sido protectores conmigo y con mi hermana. De todos modos, hacía tiempo que no teníamos que lidiar con Malcolm. Espero que no cause problemas. Quizá solo haya vuelto a Chicago porque es su ciudad natal.

—¿Hace cuánto os separasteis?

—Unos años.

Eché la cabeza hacia atrás. *¿Y la había estado acosando todo ese tiempo? Menudo cabrón.*

Reese inclinó la cabeza y agregó:

—He estado en proceso de sanación desde entonces. Pero aún no me he curado del todo.

—No seas tan dura contigo misma. Tu prometido te engañó con tu mejor amiga. Es un palo muy grande.

—Sí. Y eso que he intentado tener citas mientras tanto.

Que hubiese salido con otros hombres me llamó la atención.

Reese se aclaró la garganta antes de continuar:

—Pero todo lo que pasó me dejó destrozada, y la verdad es que ya no me divierte salir con alguien.

Quería cambiar eso. ¿Por qué, de repente, sentía la necesidad de demostrarle lo divertido que podía ser?

# Capítulo Ocho

# Dom

—¿Y tú? —preguntó.

—No he salido con nadie desde mi divorcio.

—¿Pero te apetecería?

Me quedé inmóvil y la miré fijamente durante unos segundos antes de responder:

—Solo si aparece la persona adecuada. A mí también el divorcio me dejó un sabor agrio en la boca.

—Te entiendo. ¿Sigues en contacto con ella?

—No, no le veo sentido. Prefiero cortar por lo sano.

—Es lo mejor, si puedes hacerlo, claro. ¿Te acosan los periodistas? Aunque, pensándolo bien, solo encontré un artículo en el que te nombraban el soltero más sexy de Chicago.

—No, en absoluto. Ese artículo salió de la nada. Soy conocido, pero no una persona de interés para el gran público. Siempre he sido extremadamente reservado, aunque al parecer no tanto como los Maxwell.

Reese se rió:

—Sí, lo intentamos. Por desgracia, hemos descubierto que si abres la puerta, aunque sea un poco, ya no puedes librarte de la prensa. Mi entrevista no ayudó, todo lo contrario, renovó el interés por mi familia. Pero aprendemos de nuestros errores.

—No puedo ni imaginar lo horrible que debe ser hablar con un periodista sobre una ruptura amorosa. Creo que nunca podría hacerlo.

—¿Tú has hablado alguna vez con *alguien*? —preguntó con timidez.

—¿Te refieres a un profesional?

—Sí. —Frunció el ceño y añadió—: Es un tema personal, dime si prefieres que lo deje.

—No, adelante.

—Creo que hablar con alguien que no te conoce, o al menos no demasiado, puede ser de gran ayuda. Te permite ver las cosas desde otra perspectiva.

—No me gusta la idea de abrirme con un desconocido.

—Si quieres, puedes practicar conmigo.

—Reese, creo que ya tienes bastante como para tener que soportar mis problemas personales.

Había guardado la ruptura bajo la alfombra, y me enfoqué en mi padre y *Waldorf Fashion*. Con eso tenía suficiente para mantenerme ocupado y llenar mi tiempo. Cuando alguien me preguntaba qué había sucedido, le daba largas. Podía hacer lo mismo con Reese, pero no quería.

Como ella siguió mirándome, claramente esperando que dijera algo, agregué:

—Nunca imaginé que mi esposa no sintiera nada por mí.

—Estoy segura de que eso no es así —protestó, y luego levantó una mano—. Lo siento, no debería haber dicho nada. Continúa.

—Fueron sus palabras textuales. Se casó con la esperanza de que le allanara el camino en el mundo de la moda. —Para mí, que siempre me había considerado una persona de buen criterio, fue un gran golpe enterarme que me utilizó y engañó con tanta facilidad.

Reese contuvo el aliento:

—Dios mío. Es horrible. Lo siento mucho. —Su mirada denotaba una autenticidad que me llegó al corazón.

—Así es. Aún sigo sin creérmelo y me pregunto cómo no vi las señales.

—¿Cómo te enteraste?

—Estábamos en un evento y ella coqueteaba con otro hombre. Se enfadó cuándo le pregunté qué estaba pasando. Pensé que estaba borracha, pero al volver a casa, me confesó todo. Se había *pasado* con el alcohol, pero eso no significaba que no dijera la verdad. A la mañana siguiente, intentó arreglar las cosas, aunque ya no había nada que salvar. Y cuando se dio cuenta de que me había perdido, se convirtió en un ser despiadado. Le pedí el divorcio a la semana siguiente. Fue un proceso horroroso.

—No entiendo cómo alguien puede hacer algo así.

—Yo tampoco —respondí sacudiendo la cabeza.

—Umm... me encantaría darte un sabio consejo, pero no tengo ninguno. Siento no poder ayudar —dijo y agachó la cabeza.

—Reese. —Cogí su mano y la apreté. Se sobresaltó un segundo, pero luego se relajó. En el fondo de mi mente, sabía que estaba cruzando una línea, pero no me importaba. Me gustaba tocarla y hablar con ella, y no quería ocultarle nada—. Tenías razón en una cosa: hablar contigo me ha ayudado.

Reese pareció animarse un poco:

—Vale, me alegro. Conozco a un terapeuta estupendo para recomendarte...

—No, no voy a ir a terapia. No va conmigo.

—Lo respeto. Solo para que lo sepas, puedes llamarme en cualquier momento para hablar de lo que sea. Lo que me digas quedará entre nosotros.

—¿Por qué? Soy prácticamente un desconocido para ti.

—Creo que a esta altura ya no somos dos desconocidos —dijo Reese.

Tenía razón, y la verdad era que quería llamarla cuando terminara el fin de semana. Pero no para hablar de mi exesposa.

Una ráfaga de viento nos envolvió y ella se estremeció:

—Oh, ¡qué frío hace de repente! Cómo me gustaría tener una manta calentita ahora mismo.

—Toma —dije al tiempo que me quitaba la chaqueta para ponérsela sobre los hombros. Reese llevaba un abrigo que parecía muy ligero.

—Dom, te vas a morir de frío.

—No, llevo una camiseta por debajo de la camisa.

Un pequeño sonido tronó en el fondo de su garganta.

—¿Qué ha sido eso? —pregunté.

—Nada. —Reese se sonrojó—. Gracias por la chaqueta.

El viento se intensificó de la nada y parecía que iba a desencadenar una tormenta.

—Creo que deberíamos entrar —sugirió.

—Sí, ven. Te abrazaré y te calentaré.

Bajamos los escalones del porche y giramos a la izquierda hacia nuestros dormitorios, pero entonces sentí que Reese perdía el equilibrio y soltaba un "¡Ay!".

—¿Qué pasa...?

Y, en un instante, resbaló hacia la derecha. Me tomó tan desprevenido que no tuve tiempo de reaccionar y caí con ella. Cuando quise darme cuenta, estábamos los dos en el suelo, y por poco evité caerme encima de su cuerpo.

Reese estaba temblando. Unos segundos después, me di cuenta de que era de risa.

—Dios mío, lo siento mucho. No sé qué ha pasado, debo haber pisado mal.

—¿Te has hecho daño? —pregunté.

—No. ¿Y tú?

—Tampoco. Me alegro de no haberte aplastado.

Estaba preciosa riendo a carcajadas. Había una farola a unos metros, lo que me permitía verla mucho mejor que en el porche. El impulso de besarla fue tan fuerte que me incliné en su dirección. Ella tragó saliva y se mordió el labio inferior. Todo su cuerpo parecía palpitar bajo el mío y su pecho subía y bajaba a gran velocidad.

Sentí su aliento en mi mejilla, pero sabía que no estaba preparada para eso. Tampoco quería incentivar algo que no sabía si sería capaz de sostener.

—Deberíamos entrar —dije, y me puse de pie. La cogí de la mano y la ayudé a levantarse.

—Con esta pinta, la gente pensará que nos hemos revolcado por el suelo —dijo, y señaló las ramitas y hojas que se le habían pegado al pelo. Le quité un par, pero aún tenía muchas.

Me apartó la mano:

—No te preocupes, igual me tengo que lavar el pelo.

Caminábamos lado a lado, apurando el paso. El viento empezaba a parecer un maldito tornado. Y entonces, escuchamos un trueno.

—Oh, no —dijo Reese—. Lo único que falta es que nos pille la lluvia.

Ya sentía algunas gotas en la cara, pero logramos entrar antes de que la lluvia arreciara. Justo cuando abrí la puerta, el cielo desató su furia. Los dos irrumpimos dentro, riéndonos tan fuerte que casi volvemos a caernos.

—Dios mío. ¿Cómo puede ser? —preguntó una vez que recobró el aliento—. Hoy el día había empezado precioso, y ahora esta

tormenta descomunal. Aunque, para ser sincera, me encantan las tormentas.

Recorrimos el pasillo que llevaba a los dormitorios, giramos a la izquierda... y nos encontramos cara a cara con Malcolm.

—Oh —dijo Reese que dio un paso atrás, pero ambos seguíamos sonriendo.

—¿De dónde venís? —Su tono no me gustaba ni un pelo.

—Nos apetecía pasar un rato a solas —respondí.

—Así es —se rió Reese. Me sorprendió, aunque era verdad y no formaba parte de la actuación—. Pero la lluvia y el viento ya se han hecho notar, así que si pensabas salir, te sugiero que cojas una chaqueta con capucha. El paraguas no te servirá de mucho.

Malcolm tragó saliva.

—Ahora vamos a continuar lo que empezamos fuera —añadió.

Pasamos a su lado, riendo de nuevo. Reese era divertidísima. Ni siquiera necesité mirar atrás para saber que Malcolm estaba flipando.

*Bien merecido. ¿Cómo demonios dejó ir a esta mujer? ¿Cómo no se dio cuenta de lo maravillosa que es?*

Dimos otra vuelta y nos encaminamos a nuestras habitaciones. Al llegar a la puerta, Reese apretó los labios, claramente tratando de contener más risas.

—Buenas noches, Dom. Gracias por las risas, por la compañía y por estar aquí.

—Tienes más hojas pegadas. Y un... —Me aclaré la garganta para no decirlo pero Reese se dio cuenta.

—Dime que no es un bicho, por el amor de Dios. ¡Quítamelo rápido!

—No te muevas.

—No me digas eso, porque ahora tengo unas ganas locas de sacudirme el pelo.

—Pues no lo hagas. —Tenía un gusano en el pelo. Lo alcancé, pero la maldita cosa se adentró aún más en su preciosa melena.

—¿Se ha ido? ¡No se ha ido! ¡Tu cara lo dice todo! —Sus ojos se abrieron tanto que pensé que se le saldrían de sus órbitas.

—Por favor, tranquilízate.

Inspiraba y exhalaba, y volvía a inspirar. Después de varios intentos, tuve que usar ambas manos para atrapar al gusano. Definitivamente, no era así como había imaginado acariciar la melena de Reese.

—Ya está —dije, con el bicho entre los dedos.

—Gracias. Espero que sea el único.

—¿Quieres que te revise?

Ella se estremeció y sacudió la cabeza:

—No, está bien. Yo me encargo. Buenas noches.

Antes de que pudiera responder, me dio la chaqueta y se apresuró a entrar.

Sí, Reese Maxwell era adorable, y yo estaba jodido. Me quité unas ramitas de la ropa al entrar en mi habitación.

Me reí entre dientes, imaginando lo que estaría pensando Malcolm.

Los dos estábamos despeinados y parecía que nos habíamos revolcado por el suelo. Como si hubiéramos intimado.

Y en muchos sentidos, lo habíamos hecho. Reese Maxwell ahora me conocía mejor que la mayoría de las personas que me rodeaban.

# Capítulo Nueve

# Reese

Cuando me desperté a la mañana siguiente, la tormenta seguía arreciando y hacía un tiempo de mierda. La lluvia era tan fuerte que apenas se podía ver a un metro de distancia. No había manera de que pudiéramos salir para continuar con las actividades, así que no me sorprendió en absoluto el correo que Monika envió a todos los participantes.

**Asunto: Actividades canceladas.**

**Lamento enviar este mensaje, pero las previsiones meteorológicas no indican que el tiempo vaya a mejorar hoy. Por supuesto, pueden quedarse en el hotel el resto del día. Mi equipo y yo planearemos otro evento para compensar este inconveniente.**

Antes de que pudiera responder, alguien llamó a la puerta:

—¿Quién es?

—Dom.

Me puse de pie, cogí el albornoz del gancho de la puerta del baño y me lo eché por encima. Me lo ajusté por la cintura antes de abrir la puerta.

—Pasa. ¿Has leído el correo electrónico?

—Sí. ¿Qué quieres hacer? ¿Quieres quedarte por aquí?

—Ni hablar. ¿Puedes imaginar algo peor que estar atrapado con Malcolm en un hotel?

—Sí. Estar atrapado con él *y* con todos los demás —dijo con un bufido.

—Vale. Dame unos minutos y hago la maleta —respondí con una sonrisa.

No sabía por qué estaba tan nerviosa. La noche anterior sentí como si algo hubiera pasado entre nosotros, una especie de conexión. Algo más real que todo lo que había experimentado en años.

Me encantó que se abriera conmigo. Cuando caímos al suelo, me dio la impresión de que estaba a punto de besarme. O puede que

estuviese proyectando mis deseos porque eso era lo que yo quería... aunque solo sirviera para complicar las cosas.

—Mi maleta ya está lista —dijo.

—Vaya. ¿Cómo es posible?

—Me levanté muy temprano y no tenía nada más que hacer.

—Nos vemos en recepción en... —Miré el reloj de la mesita de noche—. Digamos en quince minutos.

—Me parece bien. Puedo buscar algo para desayunar si quieres.

—Sí, por favor —respondí y asentí.

Habíamos hecho un gran equipo, pero me aliviaba no tener que fingir. El día anterior había sido más complejo de lo que tenía previsto... y más confuso. No creía que pudiera aguantar otro día de actuación.

Mi maleta estaba encima del armario, y como era muy alto, necesitaba subirme a la silla del escritorio para alcanzarla. No sabía cómo había logrado lanzarla hasta allí en primer lugar.

Era obvio que Dom vio que estaba en apuros y se ofreció:

—Yo te bajo la maleta.

—No, está bien —dije con chulería.

Puse una pierna sobre la silla y, en ese momento, oí a Dom respirar hondo. Fue entonces cuando me di cuenta de que sus ojos estaban clavados en mi entrepierna.

Todo mi cuerpo ardía, y sentí cómo mi estómago se encogía en un nudo. Había olvidado que no llevaba ropa interior. Y Dom tenía una vista directa a mis partes femeninas.

Me quedé sin aliento, bajé rápidamente la pierna y me envolví los muslos con la bata.

Se aclaró la garganta, y se giró para decirme:

—No he visto nada.

—Sí claro, no me mientas.

—Intento ser un caballero.

*¡Qué vergüenza, por favor!*

—Te espero en recepción —me dijo.

—Buena idea —murmuré cuando pasó a mi lado. Me puse las palmas de las manos en las mejillas, cerré los ojos y respiré hondo para intentar calmarme. Era inútil.

*¿Cómo voy a pasar las próximas dos horas en el coche con él? ¿Por qué pensé que venir a este evento sería una jugada inteligente?*

Unos segundos después, logré controlarme. Me centraría en hacer la maleta y después seguiría con mis asuntos. Le había enseñado por accidente mis partes íntimas a Dom, ¿cuál era el problema? Eran cosas que podían pasar.

Aunque no sabía en qué universo.

Metí rápidamente mis cosas en la maleta. Como la noche anterior me había lavado el pelo para quitarme todos los restos —y ningún bicho, gracias a Dios—, esa mañana no me molesté en ducharme. Me limpié la cara, me lavé los dientes y me maquillé.

Ahora solo tenía que encontrarme con Dom.

Ya había pasado por bastantes situaciones embarazosas en mi vida. Podía con eso.

Cinco minutos más tarde, al ver a Dom en la puerta de la recepción, ya no estaba tan segura. Iba a ser incómodo. Como todo estaba pago, no había necesidad de hacer cola en el mostrador, bastaba con dejar las tarjetas de acceso en una caja.

Respiré hondo y me acerqué a él con mi maleta. Estaba increíblemente sexy con su polo, que dejaba ver sus tatuajes, y me encantaba. Debería dejar de usar camisas por completo. ¿Por qué ocultar unos antebrazos y bíceps así?

—Lista para irnos —dije con la voz entrecortada.

—Yo llevaré tu maleta. Este es nuestro desayuno, por cierto —dijo y levantó una gran bolsa de papel.

—Pues yo llevaré la comida —dije antes de coger la bolsa. Era evidente que también había café porque estaba caliente.

No parecía incómodo en absoluto por lo que había ocurrido antes en mi habitación. *¿Debería sacar el tema?* Tenía toda la intención de hacerlo, pero simplemente no podía.

—Vale, vamos —dije con la voz aún más entrecortada que antes.

—Tenemos que correr hasta el coche. Aquí tengo una chaqueta para ti. En el hotel no tienen paraguas, aunque de todas formas no servirían de nada. El viento es demasiado fuerte.

—Ya llevo una chaqueta puesta —dije confundida.

—Póntela encima de la cabeza, o se te mojará el pelo.

—No hay problema. —Hice un gesto con la mano y sonreí—. Hagamos una carrera a ver quién llega primero.

—Con tu historial, espero que no te tropieces —dijo con una sonrisa y se echó a reír.

—¡Atrápame si puedes! —grité mientras salía corriendo por la puerta.

Tuve que esforzarme de verdad para ver dónde pisaba y encontrar el coche.

No éramos los primeros en marcharnos, ya que el aparcamiento estaba mucho más vacío que el día anterior. Me di cuenta de que estaba junto a su coche cuando oí el ruido del motor encendiéndose.

Le llevaba unos metros de ventaja, pero Dom había pulsado el mando a distancia y desbloqueado el coche.

—Qué frío tengo —murmuré para mis adentros cuando entré. La ropa se me pegaba al cuerpo. No era horrible, pero sí incómodo. Me quité la chaqueta y la dejé en el asiento de atrás. La bolsa con nuestro desayuno estaba empapada.

Dom se subió al coche unos segundos después con el pelo chorreando.

—¿Quieres que encienda la calefacción? —preguntó mientras se quitaba la chaqueta.

—Sí, por favor.

Abrí la bolsa del desayuno y vi que tenía pan tostado, beicon y café. El beicon no me entusiasmaba, pero necesitaba algo para entrar en calor.

Cogí una de las tazas, bebí un sorbo y suspiré.

—Oh, qué bueno. Siento que la vida vuelve a mis extremidades. Por cierto... he ganado.

Me guiñó un ojo:

—Has llegado sana y salva, así que lo considero un mérito *mío*.

Había un brillo juguetón en sus ojos, pero no podía seguir evitando el tema:

—Siento lo que pasó antes... en la habitación.

Sus ojos brillaron aún más:

—Como te he dicho, no vi mucho.

—Claro, solo lo esencial —completé por él.

Dom sonrió y respondió:

—Algo así, pero no te preocupes, Reese. Fue un accidente, nada más.

—No me digas. Que alguien te enseñe sus partes íntimas por accidente es algo que ocurre todos los días....

Tragó saliva y se tapó la boca con la mano para contener una carcajada... y entonces se empezó a atragantar de la risa.

*Bueno, puede que al final el día no haya empezado con el pie izquierdo.*

—Lo siento, mi comentario ha estado fuera de lugar. Me pasa cuando estoy nerviosa.

Se aclaró la garganta y respondió:

—No tienes por qué estar nerviosa, Reese.

Le entregué el café y el desayuno para que pudiera prepararse antes de iniciar la marcha, y cogí mi teléfono.

—Voy a enviarle un mensaje a mi abuela para decirle que volveré antes. Tal vez pueda verla.

—Parecéis una familia muy unida. ¿Qué hay de tu padre? Solo mencionaste a tus primos.

—Se mudó a Londres después de que vendieron la cadena de librerías. Se volvió a casar hace poco y ahora tenemos una media hermana pequeña. Me gustaría estar más cerca de ellos, pero es difícil, incluso con todos los avances tecnológicos. Intento compensar mi ausencia con regalos, y más en Navidad. Le encantará todo lo que he puesto en mi lista.

—¿Ya tienes una lista de Navidad?

—Por supuesto. Tengo que comprar para mucha gente, así que siempre empiezo lo antes posible.

Continuamos conversando de compras navideñas y de otros temas al azar. Era muy fácil hablar con él.

—¿Dónde quieres que te deje? ¿En tu casa? —preguntó cuando entramos en la ciudad.

—No. Mi abuela me avisó que está en *The Happy Place*.

—Entonces te llevaré allí.

La ciudad estaba sorprendentemente vacía, pero ni siquiera era la hora de comer. Me decepcionó que la tormenta hubiera interferido

en nuestros planes. Significaba que tendría que volver a cruzarme con Malcom.

Cuando llegamos frente a la librería, me moví para coger mi taza de café medio llena del portavasos y estuve a punto de volcarla. Volvía a estar nerviosa.

Me apretó la mano y dijo:

—Todavía estás nerviosa.

—Así es.

—Pensé que habíamos aclarado lo que pasó en la habitación.

—No estaba pensando en eso, pero gracias por recordármelo —dije con las cejas levantadas y expresión divertida.

Se rió entre dientes:

—Lo siento, entonces, ¿por qué estás así?

—Creía que después de este fin de semana daría por terminado el rollo de los actos benéficos, pero Monika ha dicho que organizará algo nuevo para compensar lo que se ha cancelado hoy. Ahora tengo que pensar en cómo voy a apañármelas.

Los dos salimos del coche. Sacó mi equipaje del maletero y con el ceño fruncido preguntó:

—¿Qué quieres decir?

—No sé qué voy a decirle a la gente cuando me pregunten por ti.

—*Iré* contigo, Reese.

—Oh. —Mi cuerpo empezó a vibrar—. ¿Estás seguro? Va mucho más allá de lo que acordamos en un principio.

—Me ofrecí a ser tu novio falso durante todo el evento.

—¿De verdad? Porque estoy segura de que mucha gente no podrá asistir, y nadie sospechará nada si digo que ya tenías otros compromisos previos.

—¡Reese! No quiero dejarte sola con ese imbécil.

Eso me calentó el vientre. Su voz destilaba autoridad e incluso una pizca de protección.

—No sé qué decir.

—No tienes que decir nada. Estaremos en contacto. Y a juzgar por cómo ha ido este fin de semana, el próximo evento será explosivo.

No sabía lo que eso significaba, pero instintivamente supe que tenía razón.

# Capítulo Diez

# Reese

Entré con mi maleta a *The Happy Place*. Había un par de clientes hojeando libros y sabía que mi abuela estaría junto al mostrador, pero lo que no me esperaba era ver a Kimberly de pie al lado de ella.

Me encantaba la librería. De niña había pasado incontables horas allí cada vez que mis tíos no daban abasto, lo que con seis hijos, era muy frecuente. Kimberly y yo íbamos después del colegio, y mi abuela nos preparaba un rincón para hacer los deberes. Si ella no estaba, alguno de los empleados se hacía cargo de nosotras. Crecí rodeada del olor de los libros y, en invierno, del cálido resplandor de la chimenea.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté a Kimberly.

—La abuela me dijo que vendrías. Y me pareció curioso, porque sueles venir a la librería cuando algo te preocupa.

Reprimí una carcajada porque no podía tener más razón. Me sorprendió que mis primos no aparecieran también "por casualidad".

—¡Kimberly! —exclamó la abuela—. No le des la lata a mi pobre niña. Ya nos contará qué le ocurre en su debido momento.

Me coloqué detrás del mostrador, entre mi abuela y mi hermana.

—Nos ha contado un pajarito que ayer pasaste por la pastelería de Liz.

Mi cara estalló en una sonrisa:

—Lo sabía. Os lo ha contado todo.

—No es culpa de Liz. La pobre intentó mantenerlo en secreto, pero en cuanto le di una porción de mi tarta de manzana, no tuvo ninguna oportunidad. Pude sonsacarle toda la información —explicó la abuela—. Aunque lo intentó con todas sus fuerzas.

Kimberly se cruzó de brazos:

—¿Por qué no me has contado que estás saliendo con alguien?

—¿Quién es y desde cuándo sales con él? —interrogó la abuela.

Suspiré y me apoyé contra el escritorio:

—No estamos saliendo.

—Entonces, ¿de qué va todo esto? —preguntó Kimberly.

Respiré hondo antes de responder:

—Que no cunda el pánico, pero Malcolm también ha ido al acto benéfico.

Mi hermana se puso blanca.

—¡¿Cuándo te va a dejar en paz ese hombre?! —exclamó mi abuela, con la voz temblorosa.

—De momento, no me ha hecho nada. Solo estaba *allí*. —No pensaba contarles la sutil amenaza que me lanzó. Lo conocía bien; sus humillaciones solo servían para alimentar su ego—. La noche del primer evento, fue acompañado de Francesca.

Kimberly se agarró ligeramente al borde del escritorio:

—Lo siento mucho. Reese, ¿por qué no dijiste nada?

—No quería preocuparos. Para resumirlo un poco, Dom fingió ser mi novio esa noche.

Los ojos de Kimberly se abrieron de par en par, y luego se echó a reír:

—Tienes que estar de broma.

—No.

La abuela se quedó callada.

—Pero, ¿por qué lo hizo? —preguntó Kimberly.

—No importa. Una cosa llevó a la otra, y se ofreció a seguir ayudándome con la farsa durante el fin de semana. Por eso fuimos juntos en su coche y de paso aprovechamos el viaje para conocernos un poco e inventarnos una historia convincente.

—Dios mío, ¿lo dices en serio? —preguntó la abuela, sorprendida.

Kimberly me señaló:

—Quiero saber los motivos por los que se ofreció a ser tu novio falso y cada detalle del fin de semana.

—¿Quieres ir a tomar un café más tarde?

—Muchacha, aquí hay café y galletas —intervino la abuela.

—Sí, y las dos somos extremadamente curiosas —añadió Kimberly, alternando su peso de una pierna a otra.

—Vamos a sentarnos —dijo la abuela.

Tomamos asiento en un pequeño sofá, uno de los muchos que había repartidos por la tienda, al fondo de la sala. Eran una

invitación perfecta para que los lectores se relajaran y exploraran los libros con calma antes de decidirse a comprarlos.

—¿Cuál es su nombre completo? —preguntó Kimberly antes de agarrar su teléfono.

—Dominic Waldorf.

—Me suena, voy a buscarlo en Google. —Tocó la pantalla varias veces—. Hostia puta. *Waldorf Fashion*. Lo acaban de nombrar el soltero más codiciado de la ciudad.

—Kimberly, ¿desde cuándo lees revistas de cotilleos? —le regañó la abuela.

—Nunca, pero aquí dicen que es un empresario muy respetado en el sector. En esas listas de solteros codiciados suelen haber deportistas o actores. —Se volvió hacia mí, con una ceja levantada —. ¿Estás segura de que lo vuestro es falso? Porque el tío está cañón.

Me reí, más por nervios que por otra cosa. No sabía cómo explicarlo:

—Mirad, lo único que quería... —Suspiré—. A decir verdad, reconozco que querer impresionar a Malcom ha sido bastante infantil por mi parte.

—Ja, es algo así como la "cita de la venganza". Me parece bien —dijo Kimberly con una sonrisa.

—¿Cita de la venganza? ¿Qué es eso? —preguntó la abuela.

—No podía soportar el tener que enfrentarme a Malcom y a *ella*. Él dio por sentado que yo había acudido sola al evento y usaba eso como pretexto para humillarme. Ahora que lo pienso, quizá en realidad se compadecía de mí; quién sabe. Y es probable que a Dom... también le diera pena y por eso me tendió una mano. Por suerte, todo salió bien.

—Claro —dijo la abuela, poco convencida con mi explicación.

—Entiendo que haya sido algo puntual para la gala benéfica. ¿Pero por qué continuar con la farsa todo un fin de semana? —preguntó Kimberly. A mi hermana no se le escapaba nada.

—Es difícil de explicar sin que parezca una ridiculez total. No entiendo cómo Dom accedió a hacerlo, pero le estoy muy agradecida. De lo contrario, el fin de semana habría sido un calvario.

—Deberías haberte bajado del evento o haberme enviado a mí —dijo Kimberly.

La abuela asintió:

—Reese, la vida es demasiado corta para pasar por momentos desagradables. Y más si ese cabrón está involucrado.

Me quedé de piedra. Kimberly se limitó a parpadear. No recordaba a la abuela despotricar tan abiertamente.

—¿Por qué me miráis así? —resopló—. Por supuesto que digo palabrotas, pero trato de evitarlo delante de Paisley.

—O de nosotras —acotó Kimberly.

Acto seguido, ambas me miraron con atención, a la espera de una explicación convincente. Pero no tenía ninguna.

—No quiero mostrarme como una cobarde, sería como darle la razón a él —murmuré.

—¿Y qué hace Malcolm en Chicago? —preguntó Kimberly, y se me erizó el vello de la nuca.

—No lo sé —admití—. Tal vez solo quiera vivir aquí, es su ciudad natal después de todo.

—Hablaremos con Declan. Está claro que no lo asustó lo suficiente la última vez.

—No. Lo digo en serio, Kimberly. Esa es una de las razones por las que no te lo dije.

La abuela negó con la cabeza:

—Reese, puedes contarnos lo que sea. No tienes por qué guardarte estas cosas, y si prefieres que quede entre nosotras, así será.

—Gracias. Os agradecería que no lo hicierais. Deberiais haber visto la cara de Malcolm cuando Dom, que es mucho más alto y atractivo que él, se puso a mi lado...

Kimberly y la abuela se miraron, y ésta entornó la mirada y me señaló:

—Solo diré una cosa sobre el asunto: ese hombre te hace brillar de una forma especial, y hacía tiempo que no veíamos eso. Ni siquiera cuando empezaste a salir con el cabrón.

—Abue... —quise intervenir.

—Déjame terminar. Si hay aunque sea una mínima posibilidad de que pueda pasar algo entre vosotros, o si de verdad sientes algo por él, no lo descartes sin más.

Negué con la cabeza con vehemencia:

—No. Eso ni siquiera es una opción.

La abuela suspiró y miró a Kimberly, que hizo un gesto de negación:

—A mí no me mires. Voy a apoyar a mi hermana diga lo que diga. —Luego se volvió hacia mí—. Pero que conste que estoy de acuerdo con la abuela.

—No lo dudaba. En fin, ya me he puesto al día con las dos. Y ya que estoy aquí, subiré a mi oficina.

—¡¿Un domingo?! —exclamó Kimberly.

—Lo sé, pero el viernes dejé cosas sin terminar y quiero empezar la semana con todo en orden.

—Si cambias de opinión, estaremos aquí abajo unas horas más.

—Vale.

Ambas me hicieron señas para que me fuera y subí a mi planta.

Me encantaba ir a la oficina cuando estaba vacía. No era madrugadora, pero a menudo me quedaba después de que todos se fueran, sobre todo si tenía que hacer números.

Las palabras de la abuela y de Kimberly seguían resonando en mi cabeza. ¿Por qué insistían en darme ideas?

Empecé revisando las previsiones para el trimestre; luego pasé a comprobar las reservas para el resto del año cuando sonó mi teléfono.

**Dom: He intentado preparar un Negroni, pero no recuerdo la receta. ¿Estás ocupada**?

De repente, me encontré sonriendo de oreja a oreja y mi corazón se aceleró. ¿Era normal que se me acelerara el pulso solo porque quisiera hablar conmigo?

Le contesté enseguida.

**Reese: No**.

Me llamó en una fracción de segundo. En mi prisa por contestar, casi se me cayó el móvil al suelo.

*Si me vieran la abuela y Kimberly ahora mismo...*

—Hola —saludé con voz temblorosa.

—¿Interrumpo algo?

—Sí, pero me viene muy bien porque llevo horas pegada a la silla.

—¿Haciendo qué?

—Revisando las previsiones financieras para este trimestre.

—¿Un domingo? —preguntó incrédulo.

—Venga ya, no seas tan criticón.

—Solo estoy sorprendido. No pareces el tipo de persona que trabaja los fines de semana.

—No es propio de mí, pero el viernes estuve ocupada pensando en la historia que inventaríamos para el evento, y no pude terminar el trabajo pendiente.

—Ya veo. Entonces... ¿me dices la receta para preparar el cóctel?

Dudaba seriamente que de verdad no la recordara, o que al menos no pudiera buscarla en Google. Por algún motivo, eso me puso aún más nerviosa, lo que hizo que me tropezara con las palabras y me costara expresar bien la receta.

—Ha quedado buenísimo —dijo unos minutos después. Al oír su suspiro de placer, me recorrió una corriente de calor por todo el cuerpo y se me erizaron los pezones—. Pero le falta algo.

—También se le suele poner un poco de lima —agregué tan pronto lo recordé—. No es parte de la receta, que yo sepa, pero queda muy bien.

—No tengo lima. Veo que tienes buen gusto para los cócteles.

—Me gusta experimentar en el bar del hotel de vez en cuando. Ahora que lo pienso y que casi he terminado con el trabajo, voy a subir a tomarme una copa yo también. Mañana terminaré lo que tenía pendiente.

—O podemos tomar algo juntos.

Tragué saliva:

—¿Ah, sí? —pregunté haciéndome la desentendida, y jugando con un mechón de mi pelo.

—Ayer pasamos mucho tiempo juntos, pero al mismo tiempo me dio la sensación de que no fue suficiente —dijo, y sus palabras me dejaron completamente sin aliento.

—Dom —susurré.

—Lo que pasó anoche en el porche no era parte del teatrillo. Y quiero volver a repetirlo.

—Yo también.

—Dime a qué hora te recojo y vamos a tomar algo.

—A ver... me encanta la idea... pero me da miedo a la vez —respondí después de tragar saliva.

—¿De qué tienes miedo?

—De que me hagan daño.

—Reese, yo jamás te haría daño.

—Sé que no tienes esa intención, pero... Madre mía, estoy desvariando.

Dom se rió entre dientes:

—No pasa nada. Tranquila, vamos a tomárnoslo con calma y a compartir un cóctel a distancia, tal como has sugerido.

—¡Sí! Sí, por favor —respondí con una risa nerviosa.

El hecho de que él mismo hubiera sugerido pasar tiempo juntos lo hacía diferente, más cercano e íntimo, y no quería colgar la llamada.

Puede que pareciese un poco ridícula subiendo las escaleras del bar con el teléfono en la oreja. Ni siquiera estábamos hablando, pero sentía su presencia al otro lado de la línea. Escuché cómo tomaba un par de sorbos y respiraba hondo justo cuando me acerqué a la barra a pedir. Si yo me encargaba de preparar el cóctel no podríamos hablar con tranquilidad.

—Espera un segundo, el bar está petado. Le pediré a Tom que me lo prepare.

Me llevé el teléfono al pecho y le hice señas al *barman*:

—Tom, un Negroni, por favor. Ya sabes cómo me gusta.

Asintió y me encaminé a la mesa que tenía un cartel de "Reservado" permanente para nosotros. Me gustaba subir al bar de tanto en cuanto. El edificio no era especialmente alto, así que las vistas eran, más que nada, una extensión de tejados rojizos y marrones de las casas cercanas, junto con algunos edificios más pequeños. Aquí y allá, algún árbol asomaba entre las construcciones.

Un camarero me trajo la bebida unos segundos después de sentarme.

—El servicio del hotel es estupendo. Y muy rápido —dije al teléfono.

—¿Ya tienes tu copa? —preguntó Dom.

—Sí.

—Salud, Reese.

—¿Por qué brindamos?

—Por esta amistad completamente inesperada. No, esa no es la descripción correcta. ¿Podría decirse que somos "buenos conocidos"?

—Nunca había escuchado esa expresión —respondí, riendo mientras tomaba un sorbo.

—Yo tampoco estoy muy seguro de su significado.

—¿Qué tal tu día? —pregunté.

Dudó un momento antes de responder:

—Visité a mi padre.

—Oh, qué bien. ¿También vive en Chicago?

—Sí —respondió un poco desanimado.

—¿No quieres hablar de ello?

Pareció dudar de nuevo:

—No me molesta hablar del tema. Mi padre está confinado en su casa y no tiene mucha interacción social. Desde que murió mi madre, la única persona que le acompaña a tiempo completo es su cuidadora. Jugamos al ajedrez una vez a la semana.

La preocupación por su padre me resultaba aún más irresistible que esos brazos musculosos y tatuados.

—¿Quién juega mejor? —pregunté.

—Últimamente, yo. Le dejo ganar de vez en cuando, pero no muy a menudo porque no quiero que se de cuenta.

Mi corazón estaba a punto de explotar.

—Es muy considerado por tu parte —dije.

—¿Así que has estado trabajando desde que te dejé en la librería?

—No. Estuve un rato en *The Happy Place* con mi hermana y mi abuela... charlando.

—Te ha cambiado la voz. ¿Hay algo que quieras contarme?

Me sonrojé de pies a cabeza:

—N... No —tartamudeé. Dios mío, no podía evitar desvariar cuando hablaba con él—. Les conté de ti y de nuestro noviazgo fingido. Al principio se quedaron de piedra, pero luego me animaron a seguir adelante y hacer caso a mi intuición, si es que existe algo más entre nosotros.

*¡Por el amor de Dios! ¿Por qué le he soltado eso?*

—Me alegra saber que tengo a tu abuela y a tu hermana de mi lado.

—Dom, no hay que elegir ningún bando —dije con un bufido.

—¿Y cuál fue tu respuesta?

—Que no quería confundir las cosas.

—Reese. —Su voz grave me resultaba sumamente atractiva.

Le di un sorbo a mi bebida. La copa de coraje que tanto necesitaba comenzaba a hacer efecto, soltándome la lengua. Me pregunté si Tom lo había hecho más fuerte de lo habitual. Entonces recordé que ese día apenas había comido. Sí, seguro que era eso.

No me lo podía creer. Estaba achispada mientras hablaba con un tipo que me atraía pero del que quería alejarme. No me estaba ayudando a mí misma, de eso estaba segura.

—Es que apenas he comido, por eso estoy tan dicharachera. No me hagas caso si digo alguna tontería.

—En absoluto. Me gusta conocer esos aspectos más íntimos.

Una corriente de calor me recorrió y se intensificó entre mis muslos. Tragué en seco.

—¿Has visto el correo de Monika? —preguntó Dom, y se me revolvió el estómago.

—No, aún no he revisado mi bandeja de entrada. ¿Cuándo lo envió?

—Hace unas horas. Ya lo tiene todo planeado.

—Cuéntame —dije con una sonrisa.

Me preparé mientras Dom continuaba:

—Ha propuesto otra cena en lugar de un día de actividades, ya que con tan poca antelación solo ha encontrado un sitio, y es lo único que puede ofrecer. Será dentro de dos semanas, el viernes.

—Déjame comprobar mi calendario. —Abrí la aplicación en mi teléfono y me desplacé hasta esa fecha—. Estoy disponible.

—Yo también. Aunque remarcó que es comprensible que dadas las circunstancias muchos no puedan asistir.

—La excusa perfecta para escaquearse —dije.

—¿Es eso lo que quieres? —Su voz bajó hasta convertirse en un susurro, con un matiz aprehensivo.

—No, no lo sé —respondí con la misma cautela.

*Dios, ¿qué estoy haciendo? ¿Qué estamos haciendo los dos?*

Yo no estaba preparada, y era obvio que él tampoco.

¿Pero por qué entonces no podíamos alejarnos el uno del otro?

# Capítulo Once

# Dom

No estaba en mi naturaleza evitar la autocrítica y no reconocer cuando cometía un error. Jamás me mentía a mí mismo.

No tenía sentido negar que me sentía atraído por Reese Maxwell. Después del divorcio, me impuse la regla de no salir con nadie en un futuro cercano, y mucho menos con alguien que, de una forma u otra, pudiera atraer la atención de los medios de comunicación. Sin embargo, no podía dejar de pensar en ella. Pero quería respetar sus límites, así que durante las dos semanas siguientes, mantuve el contacto al mínimo.

Pero sabía que esa noche iba a ser todo un reto.

El evento se llevaría a cabo en una galería de Bucktown. Le había echado un vistazo a los detalles que Monika había incluido en el correo electrónico, pero me tenía sin cuidado, porque no pensaba hacer ninguna de esas tonterías. Me limitaría a firmar un cheque bien gordo y a estar con Reese. Asistiría al evento solo por ella.

Y así, sin darme cuenta, una vez más, estaba rompiendo otra regla: ir tras una mujer que no estaba preparada para una relación. ¿Qué demonios me estaba pasando? Yo tampoco estaba listo... ¿o sí?

Durante las últimas semanas, también hice algo que nunca había hecho antes: investigué a Malcolm para averiguar qué había estado haciendo en los últimos años. Trabajaba en una dudosa empresa de inversiones. Era probable que tuviese un buen sueldo, pero no lo suficiente como para asistir a actos benéficos.

—Bienvenida señorita Maxwell —escuché que decía alguien detrás de mí.

Me di la vuelta, y casi se me cortó la respiración. *¿Acaso quiere matarme?*

Estaba completamente deslumbrante con un vestido rosa claro con un delgado tirante que le cubría un solo hombro. Me dirigí directo a ella, ignorando por completo a quienquiera que estuviera llamándome.

—Buenas noches —saludé.

—Hola —respondió con timidez.

—¿Preparada para otra cita falsa? —dije al tiempo que le ofrecía mi brazo.

—Pues claro.

—Por cierto, estás guapísima.

Desde mi altura, tenía una vista gloriosa de sus pechos. Respiré hondo y traté de mirar hacia otro lado. Joder, tenía que controlarme o de lo contrario la aprisionaría contra la pared más cercana y la besaría con pasión.

—¿A que sí? Esta noche quiero llamar la atención de todo el mundo. Es una especie de "vestido de la venganza", por llamarlo de alguna manera.

En ese momento, sentí como si me hubieran echado un cubo de agua helada. Se había vestido así por *él*, no por mí.

—¿Has recibido las pegatinas de la subasta? —preguntó.

—Sí, pero no tengo ni idea para qué son.

Ella soltó una risita:

—Veo que no has leído las instrucciones, ¿no?

—No, pensaba extender un cheque y a otra cosa mariposa.

—Bueno, esta vez es fácil. Las pujas se hacen poniendo pegatinas en los cuadros que pueden llegar a interesarnos.

—No soy coleccionista de arte —dije de forma categórica.

—Puedes colgar el cuadro en tu oficina o donarlo. —Esa era una buena idea—. Como siempre, gana el mejor postor.

—Menos mal que esta vez es más sencillo.

—No puedo creer que hayan cerrado la galería exclusivamente para el evento. Monika sabe lo que hace —dijo mientras seguía mirando a su alrededor.

Pero yo sabía muy bien a quién estaba buscando:

—No los he visto por ninguna parte.

—Tal vez no hayan llegado —dijo más relajada.

—Apostaría una buena suma a que aún no han llegado. De lo contrario, ya nos habríamos topado con ellos. Lo primero que hace Malcom al llegar es venir a molestarte...

—No puedo llevarte la contraria.

De repente, su lenguaje corporal cambió. Ya no se aferraba a mí como si su vida pendiese de eso, sino que enlazó su brazo con el mío, y echó los hombros hacia atrás. Su sonrisa era auténtica. Incluso su mirada parecía brillar. Quería borrarlo por completo de su vida; estaba claro cuánto le afectaba ese gilipollas. Hacer sufrir a otra persona debería ser ilegal. Reese no se lo merecía.

Recorrimos el perímetro una vez mientras ella colocaba pegatinas en media docena de cuadros, y yo hice lo propio en tres que, al menos, no me parecieron tan malos. Lo cierto es que el arte nunca había sido lo mío.

—No puedo creer que la gente llame a esto arte.

Reese se rió antes de contestar:

—Oh, deja de ser tan criticón. ¿Qué puedo hacer para que cambies ese mal humor?

—Podríamos tomar algo.

—Venga, han puesto una barra en una de las salas.

—Se nos da bien eso de estar junto a la barra —le dije guiñándole un ojo—. Te sigo.

—Sí, es de gran ayuda, ¿no? —dijo con una risa—. Gracias a Dios que Malcolm no está aquí esta noche. Estoy mucho más relajada sin él.

—Justo iba a decírtelo. Cambiaste por completo cuando te dije que no lo había visto.

Atravesamos dos salas llenas de cuadros antes de entrar en una que estaba tenuemente iluminada. También tenía obras de arte colgadas en las paredes de ladrillo, pero pasaban desapercibidas. El improvisado bar no estaba nada mal y todos los presentes se encontraban sentados en mesas bajas repartidas por la sala.

La gente nos miraba al pasar, y yo sabía muy bien por qué. Reese estaba impresionante y acaparaba todas las miradas.

Una vez que llegamos a la barra, le pregunté:

—¿Lo de siempre?

Reese parpadeó un par de veces, miró hacia abajo y se dirigió al *barman*:

—Dos Negroni, por favor. Con lima si es posible.

—Enseguida —respondió.

—Me tiene enganchado —le susurré al oído.

—Es adictivo, ¿a que sí?

—Y tú también.

—¿Sí? —sonrió.

—Sí.

Y entonces la besé.

Lo hice sin obligación alguna porque el gilipollas de su ex no estaba allí presente. Simplemente la deseaba y necesitaba ese beso con desesperación. Quería saber si ella sentía esa fuerte conexión tanto como yo.

La besé con pasión, y ella me respondió con la misma intensidad. Algo se desató en mi pecho cuando me rodeó el cuello con una mano y me pasó los dedos por el pelo. La besé tan fuerte que se tambaleó hacia atrás, pero la sujeté por la cintura. Se le aceleró la respiración y soltó un delicioso suspiro. Ese beso era real, lo sabía en mis entrañas. Puede que lo demás fuese una farsa, pero eso estaba a punto de cambiar.

Ella gimió contra mi boca y fue entonces cuando recobré el sentido. No fue un sonido fuerte, pero resonó en nuestros cuerpos. Se apartó y miró a su alrededor.

—Me gusta cómo tienes los labios ahora —dije.

—¿Crees que alguien me habrá oído? —preguntó llevándose una mano a la boca.

—No, ha sido un sonido suave. Tranquila —murmuré mientras ponía mi mano en la parte baja de su espalda.

El *barman* parecía a punto de echarse a reír mientras nos servía los cócteles. Chocamos las copas, pero Reese seguía mirando hacia abajo mientras bebía un sorbo.

—Reese, ¿me estás evitando?

—No, es que... —Dejó su copa y finalmente hizo contacto visual. Su boca ya no estaba roja, pero sus mejillas sí—. No entiendo por qué has hecho eso. Quiero decir, Malcolm no está presente.

—Así es, no te he besado para aparentar. Te lo he dicho, eres demasiado irresistible y adictiva.

Reese entrecerró los ojos y replicó:

—Me pareció que antes dijiste solamente "me tienes enganchado".

—Había que corregir eso —respondí con un guiño—. Y quería besarte por que sí.

—Oh. —Se llevó la mano al estómago, bebió otro sorbo y tragó con fuerza—. Me siento halagada, pero... —Miró a su alrededor—. ¿Nos vamos a otro sitio?

—¿A un guardarropa vacío?

—Algo así —respondió con una risa.

Cogimos las copas y echamos un vistazo alrededor hasta que encontramos una mesa en una esquina. No hacía falta escondernos en ningún guardarropa.

—Dime qué estás pensando, Reese. Puedo ver cómo tu cabeza trabaja a toda velocidad.

Apenas me contuve de extender la mano para atraerla hacia mí, sujetarla por la parte baja de la espalda y pegarla a mi cuerpo. No podía explicar ese incesante deseo de tocarla.

Apretó los labios y luego dijo:

—Me ha gustado mucho el beso.

*Madre mía*.

—No me esperaba esa respuesta.

Se encogió de hombros y agregó:

—Yo tampoco, pero es la verdad, y es lo único de lo que estoy segura ahora mismo, Dom. Pero...

Me gustaba que pronunciara mi nombre. Quería oírlo enterrado en ella y envuelto en sus piernas.

—¿Qué? ¿Cuál es el pero?

—Hay muchos, y no sé cómo expresarlos.

—¿Me dejas ayudarte?

Se rió. Me encantaba verla relajarse.

—Dom, ni siquiera me acuerdo de cómo ligar.

—Eso no es un problema. Yo tomaré las riendas.

—Ya lo acabas de hacer junto a la barra.

—Y no me arrepiento —respondí con un movimiento de cejas.

—Yo tampoco. —Bebió un sorbo, y añadió—: A veces analizo en exceso las situaciones, pero no estoy segura de que este sea el

caso. Creo que esto no es una buena idea.

—¿Quieres otro beso, solo para ver si te aclara las cosas?

Su cara se abrió en la mayor sonrisa que le había visto nunca:

—No me tientes. Puede que te tome la palabra.

—Puedo hacer el sacrificio por una buena causa.

—Vaya, ¡qué generoso de tu parte! —dijo con un resoplido.

—Siempre.

Bebimos nuestras copas, y entonces Reese se mordió el labio antes de sugerir:

—¿Qué te parece si nos vamos de aquí?

—Joder, sí. Pensé que nunca me lo pedirías —dije.

No me definía como una persona impulsiva, y me aventuraba a decir que Reese tampoco lo era, pero sucedía algo entre nosotros que hacía que nos comportáramos de esa manera. La cogí de la mano y entrelazamos nuestros dedos mientras caminábamos hacia la salida. Ella no la retiró. Los límites se desdibujaban, ya no sabía qué era fingido y qué era real, pero no importaba.

Nos despedimos de Monika por todo lo alto. No se sorprendió al vernos marchar, pero vi su mirada fija en nuestras manos entrelazadas durante la conversación.

—He venido en mi coche. ¿Y tú? —pregunté una vez que estuvimos fuera.

—En Uber.

—Entonces conduzco yo.

—¿Adónde vamos? —preguntó.

Me di la vuelta y le levanté la barbilla para decirle:

—Donde quieras, Reese.

—Vale.

La guié hasta mi coche y cuando le abrí la puerta, evitó mi mirada. No era un buen presagio. Me apresuré a sentarme en el asiento del conductor. Ella tragó saliva con fuerza y entonces escuché a su estómago rugir.

—Tengo una propuesta —empecé.

—Soy toda oídos.

—¿Quieres cenar algo?

—Sí, por Dios. Me muero de hambre. Ni siquiera he visto los canapés. ¿Estaban buenos?

—Ni idea, no los he probado. ¿Qué te apetece?

—Taco Bell. Podemos pasar rápidamente y comer en el coche.

Me volví hacia ella y dije:

—Reese, puedo llevarte a un lugar mejor.

—Pero Taco Bell es rápido. Y mi placer culpable.

—Vale. Parece que es la noche de los placeres culpables, ¿eh?

—O solo placer —la oí murmurar, y mi polla se sacudió. Tenía que controlarme.

Puse Taco Bell en el GPS y tomé la ruta hacia el restaurante más cercano. Durante el trayecto, sentí cómo aumentaba el nerviosismo de Reese.

Una vez que me ubiqué en la cola del autoservicio, la miré de verdad. Jugueteaba con los pulgares y se removía inquieta en el asiento. Le abrí la palma de la mano y ella puso la suya en la mía.

—Reese, dime qué pasa.

—Estoy nerviosa. Esto parecía una buena idea cuando estábamos en la galería.

—¿Quieres que te lleve a casa después de recoger la comida?

Giró la cabeza rápidamente para mirarme:

—¿No te importaría?

—Por supuesto que no. ¿Qué clase de idiota crees que soy?

—No lo sé. No quería darte falsas esperanzas y que luego te llevaras un chasco.

Negué con la cabeza:

—No es así, Reese. Eres un ser humano, con emociones. Y lo entiendo. Dime, ¿qué quieres pedir? —pregunté cuando llegamos al altavoz de pedidos.

Acto seguido se inclinó hacia mi asiento y dijo en voz alta sin siquiera pensarlo:

—Un taco crujiente y un *wrap* de queso.

—Pero si ni has mirado el menú.

—No hace falta. Te dije que era mi placer culpable —respondió con una sonrisa.

—Lo mismo para mí, por favor —dije por el altavoz.

—Puede recogerlo en la ventanilla de al lado —respondió el dependiente.

—Ah, y dos Pepsis. —Miré a Reese y añadí—: A no ser que quieras otra cosa.

—No, está bien.

En cuanto llegamos a la siguiente ventanilla, ya estaba todo listo. Miré a Reese y señalé el *parking*:

—¿Quieres comer por el camino o...?

—No, comamos aquí. Así tú puedes comer tranquilo y no se te enfría la comida.

—Bien pensado. A ver de qué va todo esto. Nunca he... —Me detuve porque no quería parecer un esnob de la comida.

—¿Nunca has comido en Taco Bell? —preguntó, casi sin aliento.

—No.

Entrecerró los ojos y preguntó:

—¿Chipotle?

—Tampoco.

—¿KFC?

—No.

—¿Acaso eres un alienígena?

—Mis padres nunca me llevaron cuando era niño, y supongo que no cogí el hábito.

—¡Pff! —exclamó Reese—. Mi padre tampoco nos llevaba, pero ¿adivina quién terminó haciéndose adicta a estas cadenas después de clase? La tienes justo delante de ti.

Le di un mordisco al *wrap*:

—Está buenísimo. —Fruncí el ceño y agregué—: Increíble, tengo que reconocerlo.

Sonrió:

—Bienvenido al mundo de la comida chatarra superdeliciosa. Puede que tenga un infarto a los cincuenta, pero no hay nada que me haga sentir mejor que esto.

La miré de costado. Estaba centrada en su comida, pero ese comentario me perturbó.

—¿Necesitabas este atracón para sentirte mejor esta noche? Reese... sé que he cruzado una línea.

—No se trata de ti —dijo tan rápido que no estaba seguro de haber escuchado bien, aunque capté el mensaje.

—Cuéntame —insistí, volviéndome hacia ella a pesar de la penumbra del rincón del aparcamiento. La farola más cercana estaba a cinco coches de distancia.

—Me lo he pasado bien esta noche. Me lo paso bien contigo. Y me gustó el beso. —Intuía que venía un *pero*, así que no la interrumpí—. Pero tengo miedo a que todo esto empiece a gustarme, que tú empieces a gustarme de verdad.

No tenía una respuesta, así que ambos comimos en silencio durante un rato antes de que Reese preguntara:

—¿Estás enfadado conmigo?

—No, y no quiero que pienses que debería estar enfadado. Solo estoy procesando lo que acabas de decir. Por favor, dime que ese imbécil nunca se pasó de la raya contigo.

—Jamás me puso una mano encima, pero analizándolo ahora, sufrí mucho maltrato emocional. En aquel momento no era consciente. Estaba tan desesperada por complacerle, por hacer que la relación funcionara, que no me di cuenta de que no era para mí. No era el indicado.

—¿Así que no te arrepientes de haber cancelado la boda?

—No. Habría sido muy infeliz con él. No me arrepiento de no haberme casado con él.

Una vez terminada la comida y tras limpiarme las manos con una servilleta, tiré los restos en uno de los cubos y salí del aparcamiento.

—¿Quieres que te lleve a tu casa? —pregunté.

—Sí, te lo agradezco.

—No hay problema. Te dije que haríamos lo que quisieras.

—Pero apuesto a que no esperabas que la noche terminara así —dijo con una risa nerviosa.

—De todos modos, Reese, me lo he pasado genial.

—¿De verdad?

—Sí. Le di a una mujer preciosa el mejor beso de mi vida. Y luego probé Taco Bell.

Negó con la cabeza:

—Espera, ¿qué? Rebobina. ¿Qué ha sido eso del mejor beso de tu vida?

Giré hacia la calle principal y respondí:

—Es la verdad. No veo por qué debería mantenerlo en secreto.

—Mmm.

—¿Qué? —pregunté.

—Nada. Yo tengo que reconocer que para mí también ha sido el mejor beso de mi vida.

—Me alegro de que coincidamos.

Llegamos a su edificio demasiado rápido. Paré el coche justo delante de la entrada:

—¿Hay algún sitio donde pueda aparcar para acompañarte hasta tu piso?

—No. —Su voz salió casi en un chillido.

—¿Reese?

Se aclaró la garganta y dijo:

—Quiero decir, prefiero que no lo hagas.

—¿Por qué no?

—Porque a menos que me equivoque, podrías volver a besarme.

—Existe una alta probabilidad, sí —admití.

—Y entonces caeré presa de tus encantos y te invitaré a entrar.

—Ya veo.

—¿Y tú?

—Tienes razón. Si apenas puedo contenerme para no besarte sin freno y arrancarte la ropa aquí mismo, no me imagino estando a solas en tu casa.

Reese se quedó sin aliento.

—¿He sido demasiado directo?

—Eh... guau... no me lo esperaba... nada más. Me he quedado sin palabras, pero cuando me recupere, te enviaré un mensaje. —Y al escuchar que me reía, agregó—: Oh, venga ya. Sé que parezco una friki, es que... esta noche no ha ido para nada como pensaba.

—Lo mismo digo —dije, logrando por fin reprimir la risa. Era tan fácil sentir alegría cuando estaba cerca de Reese.

—Buenas noches, Dom.

—Buenas noches. Envíame un mensaje cuando estés dentro.

—¿Crees que podría perderme por el camino?

—Solo envíame un mensaje, Reese.

—Vale. —Y entonces se inclinó hacia mí. Por un breve segundo, pensé que quería que la besara, pero se limitó a poner los labios en mi mejilla antes de retirarse rápidamente—. Gracias por esta noche.

La vi entrar y esperé unos minutos hasta que por fin recibí el mensaje.

**Reese: Estoy en mi apartamento y no dejo de pellizcarme para confirmar que lo que ha pasado esta noche ha sido real. Estoy tentada de pedirte que vengas y me lo demuestres.**

No pude reprimir un gemido.

**Dom: Yo también estoy dudando si llamar a tu puerta o no.**

**Reese: ¿Todavía estás aquí?**

**Dom: Te dije que estaría esperando tu mensaje. Ahora sí me voy.**

Entonces encendí el motor y arranqué de inmediato. Necesitaba poner distancia entre nosotros, o acabaría cometiendo una imprudencia.

# Capítulo Doce

# Reese

Una de las cosas que más me gustaba de tener una familia tan numerosa era la enorme cantidad de regalos que había que comprar para los niños. Era una actividad que disfrutaba muchísimo y hasta tenía un sistema organizado: buscaba en *blogs* y seguía las recomendaciones de *influencers* respecto a qué juguetes eran los más apropiados acorde a las edades, y creaba listas en Amazon para no olvidarme de nada. Intentaba comprar a vendedores locales siempre que podía, pero a veces no me quedaba otra que recurrir al gigante del comercio electrónico. Pedía que me entregaran todos los paquetes en mi oficina, ya que siempre había alguien en recepción.

Antes los enviaba directamente a mi casa, pero el repartidor no se los dejaba al portero y pedía al resto de vecinos que recibieran los paquetes por mí, y como no quería molestarlos con tantas cajas, empecé a enviarlos a mi trabajo. Con lo cual, mi despacho parecía el taller de Papá Noel, y había al menos once regalos más en camino. Alguien con sentido del humor, probablemente Larissa, mi asistente favorita, dispuso las cajas emulando un árbol de Navidad.

Me asomé fuera del despacho para llamarla:

—Larissa, ¿puedes venir un momento?

Cuando apareció en la puerta, llevaba una enorme sonrisa de satisfacción. Sí, había acertado.

—¿Tú has hecho esta obra de arte? —pregunté.

—Por supuesto. ¿Quién más si no?

—Nadie más. —Éramos como dos gotas de agua—. ¿De verdad he pedido tantas cosas?

—Sí, jefa. Y aprovecho para recordarte que tanto Travis como Tate dijeron que a los niños no les hacían falta tantos regalos.

—Venga ya, no me cortes el rollo.

Puede que fuese un poco adicta a las compras, pero mis primos y yo habíamos acordado que no le daríamos a los niños todos los regalos a la vez. Pero eso no significaba que no pudiera pedirlos al mismo tiempo. Además, también había comprado cosas para los mayores. Siempre estaba atenta cuando alguien decía que le

gustaba algo. Por supuesto, todos podíamos permitirnos algún capricho, pero siempre era bonito recibir un regalo de un ser querido.

—¿Vas a abrir las cajas y envolver los regalos? —preguntó Larissa.

—No, ahora no —le dije—. Tengo muchas cosas que hacer. Gracias por alegrarme el día, Larissa.

Sonrió cálidamente:

—De nada, jefa. Sabía que te gustaría.

—Sí, me ha encantado.

Sonreí de oreja a oreja, sentada en mi escritorio. Tenía tiempo de sobra para envolverlo todo antes de Navidad.

Según mi lista de tareas pendientes, me esperaba un día muy ajetreado. Tenía la costumbre de preparar un listado el día anterior para la mañana siguiente. Eché un vistazo a mi bandeja de entrada para asegurarme de que no había nada urgente que fuese prioritario. Comprobé también mi teléfono y vi un nuevo mensaje de un número desconocido. Lo primero que pensé fue que era una notificación de alguna rebaja en una de las tantas tiendas donde solía comprar los regalos.

Sin embargo, me hundí en la silla al leer el texto. No era una oferta. El mensaje era de mi ex.

**Malcom: He hablado con un montón de abogados y me han asegurado que tengo todas las de ganar contra ti y tu familia. Impediste que el *spa* siguiera adelante para beneficiar al hotel. Actuaste con premeditación.**

Se me cortó la respiración y apreté los labios. Inspiré profundamente, con la esperanza de calmarme. Mi puerta estaba abierta y cualquiera podía pasar y ver que estaba alterada.

Me levanté para cerrarla, volví a mi asiento y leí el resto del mensaje.

**Mi equipo de abogados se pondrá en contacto contigo y no creas que te saldrás con la tuya. Que Travis se prepare. Tampoco me importa lo mucho que Declan intente intimidarme. Voy a luchar por lo que es mío.**

*¿Por lo que es suyo? ¿Cómo se atreve?*

Apreté los párpados y me sequé las lágrimas.

*¡No! Ya he derramado suficientes lágrimas por Malcolm. Esta vez no. Él no las merece.*

Ya me había enfrentado antes a ese tipo de situaciones, y siempre salí victoriosa. Respiré hondo y aparté el teléfono.

Mi lista de tareas pendientes me miraba fijamente, pero en ese momento no podía hacer una mierda. Apoyé la cabeza en las palmas de las manos y volví a respirar.

Lo sabía. Nunca debí aceptar trabajar con Travis en el hotel. Mi primo tardó meses en convencerme, pensando que solo me hacía la difícil o que quería más tiempo libre. Pero ninguna de las dos cosas era cierta. Eso era exactamente lo que temía: si Malcolm se enteraba de mi implicación en el hotel, sería lo primero que atacaría.

Pensé que se mantendría alejado de Travis, pero ahora podría interpretar mi participación como una provocación. Después de todo, Malcolm y yo *teníamos* el plan de abrir nuestro *spa* en el mismo edificio en aquel entonces.

Pero eso era una gilipollez. Tenía derecho a hacer lo que me diera la gana con el edificio de mi abuela. Pensé que nos habíamos librado de él, pero estaba claro que nunca me dejaría en paz. Sobre mi cadáver recibiría dinero del hotel. Era un legado de mi familia, y Malcom no era un Maxwell. Jamás lo sería.

Mi primer instinto fue llamar a Declan, pero me contuve. Quería rumiar la idea en mi mente por un rato.

Empezaron a asaltarme las dudas. Los meses posteriores a la cancelación de la boda pasaron como dentro de una nebulosa, y estaba tan desconsolada que decidí no tratar con Malcolm. Nos comunicábamos principalmente a través de Declan, que había sido implacable, como era habitual en él. Pero por primera vez, me pregunté si quizás se había pasado de la raya, y que si le hubiéramos dado *algo*, nos habría dejado en paz para siempre.

Me levanté del escritorio y empecé a pasearme por la habitación, agradeciendo que nadie más pudiera verme mientras me mordía el labio inferior, sujetándolo entre el pulgar y el índice. Me regañé mentalmente, consciente de que debía detenerme antes de

lastimarme. Tenía que contárselo a Travis en algún momento. Y al resto de la familia. Pero no ese día.

*¿Por qué Malcolm ha esperado tanto? ¿Por qué no atacó antes?*

Con una punzada en el pecho, me di cuenta de por qué. La semana anterior habíamos emitido un comunicado de prensa para informar que además de Aspen y Chicago, teníamos previsto inaugurar un nuevo hotel en Los Ángeles. Malcolm sabía que había mucho dinero para hincarle el diente. Dinero de mi *familia*.

No podía salirse con la suya.

Tenía que serenarme. No iba a resolver eso en ese momento.

Volví a tomar aire y abrí la puerta. Así tendría que mantener la compostura; de lo contrario, me pasaría todo el día hecha una furia. Odiaba que Malcolm tuviese tanto poder sobre mí, con ese único mensaje me había hecho caer en picado. Yo era una mujer fuerte, pero estaba completamente descolocada.

Sentada de nuevo detrás de mi escritorio, retomé mi lista de tareas pendientes y puse el teléfono lejos de mi alcance. No creía que Malcolm volviera a enviarme un mensaje y sabía que no debía contestarle. Eso solo conseguiría más provocación.

Pude trabajar a gusto, al menos hasta el almuerzo, cuando cometí el error de mirar el teléfono. No me envió otro mensaje, pero el problema volvió a mi mente. ¿Qué había estado haciendo Malcom durante los últimos años?

Lo busqué en LinkedIn, pero no apareció nada. Busqué a Francesca. Tampoco. Nada.

*Hmm.*

¿Qué hacían en Chicago? ¿Por qué habían asistido al acto benéfico de De Monet? Estaba desesperada por obtener información y no quería hablar con él para averiguarlo. Si un simple mensaje me había dejado en ese estado, no quería ni pensar en lo que supondría hablar con él.

Durante el almuerzo, Kimberly llamó a mi puerta:

—Oye, ¿quieres almorzar con Drake, Travis y conmigo en la sala de reuniones? No te puedes perder la pelea por la pizza.

Forcé las comisuras de los labios hacia arriba; no quería que mi hermana percibiera que estaba fatal:

—No, estoy bien. Tengo mucho que hacer hoy, así que me quedaré en mi oficina.

—¿No vas a comer?

—No —dije.

—¿No te apetece pizza? —preguntó Kimberly, como si no pudiera creerlo.

La pizza era mi *kriptonita*, y mi hermana lo sabía.

—No, me he llenado con el desayuno.

—Vale. —Negó con la cabeza y miró la pila de regalos—: No me lo estás poniendo nada fácil con lo de los regalos, así será imposible ganarte. ¿Puedes enviarme tu lista así evito comprar las mismas cosas?

—Claro —respondí, un poco distraída.

—Reese, ¿segura que va todo bien?

*Maldita sea*. Mi sonrisa falsa aún se dibujaba en mi cara.

—Sí, es solo que... he empezado el día un poco tarde y ahora estoy como una obsesa intentando dejar todo resuelto.

—Vale, no te molestaré. ¿Quieres que cierre la puerta?

—No, déjala abierta. —Era probable que si me quedaba a solas volviera a entrar en bucle.

Cuando se marchó, volví a mi lista de tareas pendientes, pero debido a mi mentira descarada, me entró hambre a eso de las tres. Pensé en ir hasta la bocatería que le gustaba a mi hermana, pero no quería perder tiempo.

A pesar de esforzarme por mantener la concentración, me había retrasado en el trabajo y no quería rendirme. Siempre me había enorgullecido de mi ética laboral.

Una llamada a la puerta me sobresaltó una hora más tarde:

—¿Reese? —Mi asistente estaba de pie con lo que parecía un sándwich club.

—Dios mío, ¿eso es comida? ¡Me has salvado la vida! —exclamé.

—Sí, un sándwich club. Kimberly me dijo que no ibas a almorzar con ellos porque habías desayunado mucho, lo que me pareció raro porque antes mencionaste que estabas en ayunas.

Me aclaré la garganta. Teníamos un pacto tácito de no brindar información a terceros.

—Y como tuve que ir hasta la farmacia, pasé a comprar esto que sabía que te gustaría.

Sonreí agradecida:

—Gracias. Y ni una palabra a Kimberly, ¿de acuerdo?

—Ni falta hace que lo digas, jefa.

—Más vale prevenir que curar.

Cuando se fue, engullí el bocadillo y volví al trabajo.

Acabé haciendo horas extras. Terminé mi última tarea a las cinco y media, pero cuando todo el mundo se fue, disfruté de la tranquilidad de la oficina vacía. Mi ansiedad disminuyó. Aún no había conseguido averiguar por qué Malcolm se creía con derecho a tomar acciones legales, pero ya no me sentía tan angustiada como esa mañana. Aun así, una sensación de inquietud persistía en mi pecho.

Sonó el teléfono y me sobresalté. No quise mirarlo, temía que fuera Malcolm exigiendo una respuesta. Entonces me regañé a mí misma: ese no era un comportamiento propio de mí. No era ninguna cobarde, ni debía esconderme por miedo y mucho menos, ocultarle nada a mi familia.

Cuando por fin eché un vistazo a la pantalla, me relajé.

Era Dom quien llamaba. Se me revolvió el estómago, pero por motivos totalmente distintos a los de antes. Me ardían los labios por el recuerdo del beso. Contesté de inmediato.

—Hola, Reese.

—Hola, Dom.

—¿Estás ocupada?

—No, estoy sola en la oficina.

—¿A estas horas?

—Ha sido un día complicado. *—¿Por qué tengo la tendencia a desahogarme con él?*

—¿Qué ocurre? —preguntó.

*¿Cómo ha podido notar la preocupación en mi voz?*

—He recibido malas noticias.

—¿Qué ha pasado?

—No quiero entrar en detalles.

—Ya veo.

—Tampoco es que puedas hacer nada al respecto —añadí.

Era la pura verdad; no sabía quién *podría* hacer algo al respecto. Declan, en todo caso, pero Liz y él estaban muy liados.

—Tengo una propuesta para ti.

—Me encantan las frases que empiezan así —dije, balanceándome en la silla.

—Me alegro. Podemos ir a dar un paseo a algún sitio... y *permanecer en silencio* —sugirió.

Me reí, mordiéndome el labio inferior:

—Entonces, si no hablamos, ¿qué haríamos exactamente?

—Compartiste un placer culpable conmigo. Ahora quiero hacer lo mismo.

—¿Qué significa eso? —pregunté—. Necesito un poco más de información.

—¿Por qué? ¿Acaso tienes miedo?

—Un poco.

—Hmm, pues no te diré nada. Tendrás que confiar en mí.

Mi pulso empezó a latir con locura, lo sentía en los oídos, en el cuello y en todo el pecho, como si mi corazón se hubiese expandido.

—Vale —dije—. Iremos adonde quieras. Pero que conste que llevo vaqueros y un jersey.

Lo normal es que vistiera ropa más formal en el trabajo, pero ese día me apetecía ir cómoda.

—Podrías no llevar nada y seguirías estando espléndida. —Emitió un quejido y luego añadió rápidamente—: Lo siento, no pretendía decir eso.

*Madre mía.* De repente tenía tanto calor que sentí el impulso de deshacerme de toda la ropa que llevaba puesta.

—Insisto en que me digas a dónde vamos. ¿Es algún sitio al que haya que ir vestido?

—¿Acaso quieres ir a algún sitio conmigo donde nos exijan estar desnudos?

Me eché a reír, repitiendo mi frase anterior en mi mente.

—Por supuesto que tenemos que ir vestidos, Reese. Si fuera lo contrario, te lo avisaría con antelación —murmuró.

—Bien, te lo agradezco. Y solo quería saber si el lugar requiere vestimenta formal.

—No, no te preocupes. ¿Quieres que pase por la oficina a recogerte?

—Sí, claro. ¿Por qué no?

Había ido a trabajar en mi coche, pero pensaba tomarme una copa, o dos, o diez, y no pensar en conducir. Al día siguiente iría a la oficina en Uber.

—Te veo en un rato, Reese.

—¿Vienes de la tienda?

—Sí.

—De acuerdo. Me aseguraré de estar lista en unos minutos. —No estaba lejos, así que llegaría en diez, tal vez quince minutos si había mucho tráfico.

En cuanto colgó, abrí el portátil, encendí la cámara y me maquillé. Era la forma perfecta de arreglarme sin necesidad de ir hasta el baño. La cámara me servía de espejo, aunque la iluminación de la oficina no era la mejor para maquillarse, pero yo era una profesional. Me puse colorete y me pinté los labios. Pasaba olímpicamente de la máscara de pestañas; incluso las más resistentes al agua terminaban arruinando mi maquillaje antes de que acabara la cena, dejándome como un oso panda.

Estaba un poco nerviosa, lo que no ayudó en absoluto al momento de aplicarme el pintalabios. Tardé dos intentos en conseguirlo. Cuando terminé, bajé las escaleras hasta el vestíbulo, agradeciendo la oportunidad de liberar algo de energía. No había entrenado ese día y sentía la adrenalina acumulada.

Al salir, saludé a los chicos de recepción.

—Adiós, Reese —dijeron, con un tono atónito. Probablemente pensaban que me había ido hacía una hora.

Una vez fuera, comencé a pasearme de un lado a otro frente al hotel. Todo mi cuerpo vibró cuando vi el Range Rover de Dom.

# Capítulo Trece

# Dom

En cuanto la vi aparecer como una visión celestial, salí del coche y me dirigí hacia ella. Me gustó verla con ese *look* informal de vaqueros y jersey; le sentaba muy bien. Llevaba el abrigo abierto, dejándome libre acceso para fisgonear todo lo que quisiera.

—No hacía falta que salieras del coche —protestó ella.

—Ni hablar —respondí al tiempo que le abría la puerta. ¿Cómo era posible que fuese tan guapa? No sabía si alguna vez me acostumbraría a su belleza.

—Gracias por recogerme.

—Llámame siempre que necesites despejarte.

—¿En serio?

—¿Por qué te cuesta tanto creerme?

—No lo sé. Es que... —suspiró—. Es que pareces de otro mundo.

Me incliné más hacia ella para decirle:

—Es que me gusta darlo todo.

—Ya veo —respondió con una tímida sonrisa.

Entramos en el coche y arranqué el motor. Cuando Reese empezó a quitarse el abrigo apenas pude mantener la vista en la avenida.

—¡Qué calor hace aquí dentro! —exclamó.

—Encendí la calefacción del asiento de camino.

Se detuvo, con un brazo aún dentro del abrigo, para mirarme:

—¿La encendiste por mí?

—Sé que no te gusta pasar frío.

Por fin se quitó el abrigo y lo dejó sobre su regazo. Miró sus manos por un instante y luego se giró hacia mí:

—Gracias.

—¿Quieres hablar de lo que te ha pasado hoy?

—Pensé que nuestro acuerdo era precisamente no hablar.

—Es verdad. De todas formas, te encantará el lugar al que vamos. Además, no requiere conversación.

—Me tienes intrigada.

—Te estoy llevando a un club de jazz.

—Pero si a ti no te gusta el jazz.

—Pero a *ti* sí, y el objetivo de esta noche es hacerte olvidar lo que sea que te esté preocupando. Además, me gusta probar cosas nuevas, y confío en tu buen gusto.

—Pero por teléfono me dijiste que compartiríamos uno de *tus* placeres culpables.

—Parece ser que últimamente... mi placer culpable es complacerte a ti.

Reese se quedó inmóvil pero consiguió preguntar:

—¿Dónde está el club?

—En la Avenida Michigan.

Le brillaron los ojos:

—Ah, sé exactamente a dónde vamos. Es uno de mis lugares favoritos.

Llegamos unos minutos más tarde y estacioné en un lugar techado a un lado del aparcamiento. Salí del coche y caminé hacia la puerta del acompañante mientras Reese se ponía el abrigo, para ayudarla a salir. Por supuesto que no necesitaba ayuda, pero cualquier excusa para tocarla me valía.

El club de jazz tenía una iluminación tenue y estaba decorado con muchos paneles de madera, lo que le daba un cierto aire clandestino. A primera vista, parecía un poco agobiante, pero a medida que nos adentrábamos en la sala, me empezó a gustar, en especial su atmósfera increíblemente íntima. Era incluso mejor de lo que esperaba.

Un camarero nos condujo a un rincón flanqueado por dos mesas ocupadas. Hubiera preferido que la nuestra estuviera en una esquina, pero tampoco estaba mal.

En cuanto nos sentamos, el camarero empezó a desplegar unos paneles divisorios transparentes que yo había pasado por alto, y me di cuenta de que ésa era la razón por la que ese hueco parecía diferente a los que estaban ocupados.

—Me encanta este sitio —dijo Reese.

—Parece como si estuviéramos solos.

—Así es. ¿Lo elegiste por ese motivo? —preguntó con una risa nerviosa.

—No, pero es una grata sorpresa. —La miré con atención y pregunté—. ¿Estás incómoda?

—No, en absoluto. Es solo que no me lo esperaba.

Cogió el menú que estaba en la mesa delante de nosotros y dijo:

—A ver qué podemos beber y comer... Bueno, ya que estamos en un bar con temática de los años veinte y música acorde, pediré el cóctel de autor de los años veinte. Creo que es nuevo porque es la primera vez que lo veo. —Levantó una ceja—. Vaya, es una mezcla potente de alcohol, pero es justo lo que necesito esta noche. ¿Te paso la carta?

Cuando me la entregó, nuestros dedos se rozaron.

Se sobresaltó un poco y apartó la mirada. Juraría que se mordía el labio inferior. Por instinto, miré hacia abajo y me di cuenta de que tenía las piernas muy juntas y que su respiración era irregular.

Sí, me encantó que reaccionara así por mí.

El camarero se acercó a nosotros:

—¿Han podido echar un vistazo a nuestra carta de bebidas?

—Sí. Dos cóctel de autor, por favor —contesté, pues me resultaba más fácil pedir lo mismo que ella que molestarme en mirar la carta.

—Enseguida. Y aquí les dejo el menú de la comida.

Ambos abrimos las cartas y Reese se aferró a la suya como si quisiera esconderse.

Como era habitual en mí, en un par de minutos ya sabía qué pedir. Reese también parecía tenerlo claro, porque levantó la cabeza y dijo al camarero:

—Creo que estamos listos para pedir la comida. —Se volvió hacia mí y añadió—: Dom, ¿necesitas más tiempo?

—No, ya lo tengo claro.

Volvió a mirar al camarero:

—Para mí, salmón con verduras a la plancha, por favor.

—Y para mí un chuletón con doble ración de patatas fritas —pedí.

—Por supuesto —respondió al camarero y cogió los menús antes de desaparecer.

—¿Por qué has pedido doble ración de patatas? —preguntó con desconfianza.

—Porque estoy seguro de que una mujer increíblemente sexy querrá robármelas todas del plato.

Soltó una risita y se tapó la boca con la mano:

—Lo siento, no sé de dónde ha salido eso. Pero llevas todas la razón, es imposible que pueda resistirme ante un plato de patatas fritas. Ya bastante me cuesta resistirme a ti.

Su comentario resonó directo a mi polla.

—¡Reese!

Se quitó la mano de la boca y prosiguió:

—No debería haberlo dicho en voz alta. La próxima vez me guardaré el comentario.

Ladeé la cabeza, pensando si era pertinente que insistiera:

—¿Qué más te estás guardando, Reese?

—Que eres el hombre más considerado que he conocido. Sigo sin creer que encendieras la calefacción del coche solo para mí.

Parpadeé y eché la cabeza un poco hacia atrás:

—No entiendo por qué te parece gran cosa.

—No te das cuenta, ¿verdad?

—La verdad es que no —respondí con sinceridad.

—Con ese gesto me has demostrado que te importan mis necesidades. Que pensaste en *mí*.

¿Y por qué le sorprendía tanto?

—Además, me has traído a un club de jazz aun cuando ni siquiera es tu estilo musical —continuó.

Me acerqué un poco más a ella y le dije al oído:

—Te confesaré algo: lo estoy disfrutando, y creo que es todo gracias a ti.

—Y para colmo, has pedido doble ración de patatas fritas —añadió.

Volví a mover las cejas:

—Si quieres, puedo pedir postre también.

—Tampoco te pases.

El camarero trajo nuestros cócteles y los colocó sobre la mesa. Chocamos las copas y me bastó con un sorbo del dudoso líquido rosa para percatarme que sabía aún peor de lo que imaginaba.

Reese me miró, pero no pude leer su expresión. Dejó el cóctel sobre la mesa y se echó a reír:

—¡Madre mía! Después de esto no querrás venir nunca más a un club de jazz en tu vida. Te aseguro que no todos los cócteles son tan asquerosos como este.

Me reí con ella y dejé mi vaso en el suelo. No quería arriesgarme a que se derramara, así de fuerte nos estábamos riendo.

—No te preocupes, no me molestan en absoluto los bares de jazz. De hecho, estoy dispuesto a conocer algunos otros siempre y cuando tú vengas conmigo.

—¿Es esa una forma de pedir que nos volvamos a ver?

—Claro que sí. No estaba siendo precisamente sutil, Reese.

—Tengo una lista de mis lugares favoritos y hay un par que pueden gustarte.

Tragué saliva antes de responder:

—No esperaba que accedieras tan rápido, pero bienvenido sea.

Se encogió de hombros y volvió a coger su copa:

—¿Sabes lo que te digo? —Bebió otro sorbo—. Por muy malo que sea, necesito reforzar mi coraje como sea.

—¿Necesitas alcohol para relajarte conmigo?

—No, pero sí para deshacerme de las inhibiciones —comentó, haciendo un ademán para restarle importancia al asunto. —Total, que entre la calefacción y esa ración extra de patatas fritas, no puedo decirte que no... al menos esta noche.

Emití un gruñido tan potente que Reese se volvió para mirarme, primero a la boca y después a los ojos.

Respiré hondo. Deseaba besarla con locura y estaba casi seguro de que ella también lo anhelaba, pero no lo haría hasta que me lo pidiera expresamente. No quería presionarla ni hacer que se sintiera incómoda, aunque mi ansia era tal que tuve que aferrarme a los bordes de la silla para no inclinarme aún más hacia ella.

Estaba a punto de decir algo pero entonces apareció el puñetero camarero que se estaba convirtiendo en un jodepolvos en toda regla.

—¿Qué tal los cócteles? —preguntó.

Reese le miró directamente y respondió sin más rodeos:

—Lamento decirlo, pero están asquerosos.

El chico dio un paso atrás con sorpresa.

—Creo que la bebida me ha reforzado demasiado el coraje —me dijo Reese por lo bajo.

Miré al camarero y añadí:

—No son de nuestro agrado, en absoluto.

El hombre inclinó la cabeza en señal de disculpa:

—Les traeremos otra bebida por cuenta de la casa. ¿Qué desean?

—Un martini, por favor —dijo Reese.

—Y yo tomaré un *bourbon*. —No me importaba ni la comida ni la bebida, sino estar con Reese y pasármelo bien con ella.

Y también era cierto que me estaba empezando a gustar la música jazz. Disfrutaba de la armonía musical y en especial, cómo Reese se mecía al son del ritmo. Encajaba con su elegancia clásica y su sutil seducción.

—Dios mío —dijo ella cuando el hombre se fue—. Qué desconsiderada he sido con el camarero, no es propio de mí.

—Está bien, Reese, tal vez así quiten esa porquería de la carta de cócteles. No muchos clientes tendrían las agallas de darles una opinión tan honesta.

—Bueno, lo hecho, hecho está. No tiene sentido ofuscarme. —Y empezó a tararear la canción que estaba sonando para sí misma.

—¿Conoces esta melodía?

—Sí. La tengo en mi lista de mis canciones favoritas.

—No me puedo creer que seas tan preciosa —le solté.

Abrió los ojos de par en par, se apartó un mechón de pelo detrás de la oreja antes de fruncir el ceño:

—Algo está vibrando. Mi teléfono.

Lo sacó rápidamente del bolso y se echó a reír.

—¿Qué? —pregunté.

—Mi hermana dice que seguro me supera con los regalos.

—No me estoy enterando de nada —dije.

—Creo que se me ha ido de las manos el asunto de las compras navideñas. Mi asistente montó un pequeño árbol de Navidad con los paquetes de mi despacho, y Kimberly se ha puesto un poco celosa al ver que le llevaba tanta ventaja.

—¿Para quién son todos los regalos? —Aún seguía confundido.

—Para mis primos y sus hijas. Hice varias listas con cosas que les gustan y las actualizo constantemente en los sitios *web* de las tiendas. A veces eso me juega en contra. Se supone que solo tengo que elegir unos pocos artículos pero como todos tienen tan buena pinta acabo pidiendo demasiado. Me gusta hacer feliz a los demás, y ver cómo se iluminan los ojos de los peques al recibir un regalo no tiene precio.

—¿Te gustan los niños?

—Desde luego. Siempre he soñado con tener muchos niños.

—¿Cuánto es "muchos niños"? —pregunté con sospecha.

—Seis.

—¡¿Qué?! ¿Cómo que seis?

Se rió:

—Lo sé. Era mi número ideal hace ocho años, probablemente porque tengo seis primos y siempre me encantaron las casas llenas de gente. —Suspiró—. Pero soy consciente de que ya no tengo veinte años y parir seis hijos no es una posibilidad. —Se detuvo un momento, con los ojos un poco tristes, y preguntó—: ¿Y a ti? ¿Te gustan los niños?

—Sí. Aunque siempre pensé en tener uno o dos. No tantos como tú.

Quería preguntarle más sobre cómo veía su futuro, pero no tuve oportunidad porque el camarero apareció con los platos. Necesitaba tener a Reese solo para mí, lejos de bares, restaurantes, hoteles o eventos.

—Aquí están sus bebidas. Invita la casa. Y la comida. Por favor, díganme si algo no es de su agrado y lo cambiaremos.

El camarero se paró junto a la mesa después de dejarlo todo. Sospeché que estaba esperando a que probáramos la comida y la bebida antes de marcharse.

Reese le miró con dulzura:

—Siento haber sido tan brusca antes. Y gracias por cambiarnos e invitarnos las copas.

El camarero preguntó con inquietud:

—¿Hay alguna posibilidad de que no nos deje una mala crítica?

Reese echó la cabeza hacia atrás y respondió:

—Eso ni se me pasó por la cabeza. No te preocupes, te avisaremos si necesitamos alguna otra cosa.

Detecté impaciencia en su voz. Quería que se fuera tanto como yo.

En cuanto se retiró finalmente, nos zambullimos en la comida. Era un regio chuletón, pero a decir verdad, lo único que me importaba era Reese.

Dio un sorbo a su martini:

—Mmm, *esto* es justo lo que necesitaba, una copa como Dios manda. Me lo merezco, después de haber experimentado con cócteles de dudosa procedencia.

En ese momento, lo único que quería era terminar la cena de una vez. A pesar de haber dicho que no hablaríamos de nada esa noche, cada vez sabía más cosas sobre ella y me moría de ganas de hacerle más preguntas o, mejor aún, de que se abriera conmigo.

Comí con prisa, pero Reese se tomó su tiempo y disfrutó de la velada. Justo cuando tragué el último bocado, el volumen de la música estalló de repente.

—¡Madre mía! ¿Qué es eso? —exclamó.

A través de los paneles, percibimos mucho movimiento en la parte delantera de la sala.

—Creo que es un grupo en directo —dijo Reese—. Van a montar una buena.

—¡¿Qué?! ¡No te oigo!

Reese acercó su boca a mi oído:

—Cuando un grupo toca en vivo ponen la música a tope. No creo que podamos hablar.

Sentir su aliento caliente sobre mi piel me la puso dura, y por instinto, llevé una mano a su espalda. Ella se puso recta y suspiró. De forma involuntaria, hundí mis dedos con delicadeza en su espalda.

—¿Quieres que nos vayamos? —murmuró. Su voz había cambiado. Estaba impregnada de timidez pero la intención era clara.

Giré la cabeza y le hablé al oído:

—Sí. Joder, claro que quiero que nos vayamos.

—¿Tu casa queda más cerca de aquí que la mía?

*Joder, no puedo creer que esto esté pasando.*

—Sí —respondí, haciendo un gesto al camarero para que trajera la cuenta.

—¿Va todo bien? —el hombre apareció tan rápido que casi se rompe el cuello.

—Sí. Nos gustaría pagar.

—Pero si ni siquiera se han terminado las copas —dijo, visiblemente sorprendido.

—Hemos tenido un día muy largo —respondió Reese. Menos mal que había intervenido, porque me pareció que estaba dejando de ser cortés para convertirse en un completo entrometido.

—Ahora mismo les traigo la cuenta —contestó, y se dirigió rápidamente a la caja.

Mientras tanto, la música seguía subiendo de volumen, y yo no veía la hora de salir de allí.

Por suerte, el camarero trajo la cuenta en cuestión de minutos. Después de pagar y dejarle una generosa propina, Reese y yo nos apresuramos a salir.

—¿Dónde vives exactamente? —me preguntó cuando le abrí la puerta del coche.

—En el barrio de South Loop.

Asintió una vez, pero no dijo más nada.

—¿Segura que no quieres que vayamos a otro sitio? —Era una pregunta retórica y esperaba que no se diera cuenta de mi impaciencia.

—Estoy segura —afirmó.

La noche había dado un giro inesperado, y no podía ocultar mi felicidad.

Poco después, cuando llegamos a mi apartamento, la acompañé al interior con la mano en la parte baja de la espalda.

Reese se dirigió directamente a lo que yo había bautizado como "la pared ventana", una enorme cristalera, con unas impresionantes vistas de Chicago.

—Guau, este lugar es increíble. Apuesto a que con luz natural debe ser impresionante. Aunque ahora también lo es, claro está.

Encendí la lámpara de lectura que colgaba sobre un sillón.

—Me gusta la paleta de colores —dijo, y se dio la vuelta—. Muy masculina.

Intenté verlo desde su perspectiva: una alfombra negra con rayas grises, una mesa de centro negra y redonda y un sofá azul oscuro.

—¿Vas a poner adornos de Navidad? —preguntó.

—No lo he pensado, pero puede que sí. Aún hay tiempo.

Sonrió antes de responder:

—Nunca es demasiado pronto. Yo ya he puesto algunas cosas en mi apartamento.

—Vaya, sí que te has adelantado. ¿Quieres algo de beber? —ofrecí.

—¿Puedes prepararme un martini?

—Claro que sí. Tengo de todo en el bar.

Se sentó en el sofá, y en ese momento me pareció más hermosa que nunca. Verla en mi casa despertaba algo primitivo en mí.

Preparé su martini y me serví un *bourbon*.

—No tengo aceitunas —dije, acercándome con los vasos hacia donde ella estaba sentada.

Se rió y dijo:

—Mientras lleve el alcohol, lo demás es irrelevante. De todas formas, nunca como la aceituna, la cereza o lo que sea que le pongan. —Echó un vistazo a la habitación y volvió a mirarme—. ¿Vivías aquí con tu exesposa?

—No, compré este piso después de la separación. Quería algo distinto y que me representara.

—Ahora entiendo la atmósfera tan masculina. Es muy elegante además.

Me senté a su lado en el sofá y le entregué la bebida. Nuestros dedos se rozaron y, al igual que en el restaurante, surgió una chispa entre nosotros. Pero esa vez, no pude contener un gemido.

Me miró los labios antes de atreverse a mirarme a los ojos y murmurar:

—Dom.

Necesitaba probarla. En ese preciso momento.

# Capítulo Catorce

# Dom

Ambos dejamos nuestros vasos en la mesa. Su mano tembló ligeramente cuando le cogí la palma para entrelazar los dedos.

Me incliné y llevé mis labios a su boca. Tenía un delicioso olor a martini. Suspiró contra mi cara y no podía dejar de pensar en lo mucho que la deseaba. Era la primera vez que nos besábamos sin que nadie nos mirara y sin tener que fingir. Era un momento genuino. La tenía para mí, y parecía desear ese beso tanto como yo.

Pero un beso jamás sería suficiente.

Cuando la atraje para sentarla sobre mi regazo, colocó sus muslos a ambos lados de mi cuerpo y sus manos en mis hombros. Profundicé el beso, hundí los dedos en su pelo y tiré suavemente. Quería más. Me moría por cogerle del pelo y que me envolviera la polla con la boca.

Reese posicionó su pelvis justo contra mi entrepierna.

—Reese —gemí y ella dio un profundo suspiro—. Te deseo con locura.

—Yo también te deseo —susurró contra mi boca.

—¿Estás segura de... esto? —La necesitaba completamente convencida antes de seguir adelante.

—No —dijo negando con la cabeza y se me contrajo el estómago —. Pero no importa —continuó.

—De ninguna manera —repliqué—. No quiero que hagas algo de lo que luego puedas arrepentirte.

—No creo que me arrepienta, para nada —dijo con una sonrisa —. Mira, de lo único que estoy segura esta noche, es de lo mucho que te deseo. Quiero que suceda y de eso no tengo la más mínima duda. Pero no me pidas más que eso.

Cerré los ojos en un intento de recobrar la cordura pero fracasé estrepitosamente por primera vez en mi vida. No podía concentrarme. Sus palabras parecían contradecir lo que acababa de decir unos minutos atrás.

Entonces presionó sus labios contra los míos, y todos los pensamientos se evaporaron de mi mente, excepto uno: la haría mía

esa noche.

Necesitaba tocarla y sentir su piel, de modo que le quité el jersey. Llevaba un sujetador irresistiblemente sexy.

—Me encanta —murmuré. Sus pechos, que apenas se contenían dentro del negro encaje, eran mucho más hermosos de lo que había imaginado. Me moría por venerarlos.

La levanté de mi regazo y la coloqué de espaldas en el sofá. Le besé desde la clavícula hasta los pechos, pasando la boca justo por la línea del sujetador. Reese arqueó la espalda y llevó las manos a los reposabrazos. Tenía el pelo alborotado en todas las direcciones.

Me aparté para observarla.

—¿Qué? —preguntó ella.

—Reese Maxwell, eres la mujer más hermosa que he visto en mi vida.

Me quitó la mirada e incluso se sonrojó un poco antes de decir:

—Eso no puede ser cierto.

—Sí, lo es.

Volví a besarle los pechos y la detuve cuando estuvo a punto de desabrocharse el sujetador por la espalda.

—Espera —dije—. Todavía no, preciosa.

Le besé el vientre, y ella parecía contraerse mientras descendía a su ombligo y más abajo. Desabroché el botón de sus vaqueros, bajándole rápidamente la cremallera. Su tanga negro hacía juego con el suetador. Pasé la nariz a lo largo de su raja, por encima de las bragas.

—¡Dom! —jadeó.

Me fui a su muslo derecho para plantarle un rastro de besos y tocarlo con la punta de la nariz. Aproveché para quitarle los vaqueros por completo, junto con los calcetines.

Apretó los muslos y no pude evitar murmurar:

—Eres increíble.

Luego pasé hacia la otra pierna, y repetí el mismo sendero de besos hasta llegar al vértice de sus muslos. Ella meció las caderas ante el simple contacto y presioné el pulgar contra su abertura, por encima de las bragas, extendiendo los dedos sobre su muslo izquierdo mientras le acariciaba el vientre con la punta de la nariz.

—Ahora puedes quitártelo —dije.

Sin abrir los ojos, se llevó la mano a la espalda para desabrocharse el sujetador y arrojarlo junto al sofá. Tragué saliva al verla y empecé a adorar su pecho derecho, trazando grandes círculos con la boca antes de abordar el pezón. Repetí los mismos movimientos en su pecho izquierdo pero con las manos. Reese ya se retorcía, meciendo las caderas de un lado a otro. Cada vez que rozaba la bragueta de mis vaqueros, me ponía más duro. Me estaba volviendo aún más insaciable por ella.

Me bajé del sofá y casi me arranco los botones de la camisa en mi prisa por quitármela. Reese se apoyó en los codos para mirarme. A continuación me quité los pantalones, los bóxers y me toqué la polla, presionando la punta con el pulgar.

—Ven aquí —susurró—. Quiero hacerte algo.

Me puse delante de ella que sonreía al tiempo que se relamía los labios. En una fracción de segundo, se incorporó y me rodeó la punta del pene con la boca.

—¡Reese! —grité y le agarré un puñado de pelo.

Me miró, y la imagen fue tan puñeteramente sexy que casi exploto en ese mismo instante.

—Llévala bien adentro, preciosa, lo más que puedas.

Poco a poco empezó a acogerme dentro de su boca. Cuanto más entraba, más cerca estaba de perder completamente el control.

Pero no consiguió llegar hasta la base. En un momento retrocedió y volvió a envolverme más profundo con sus labios. Ella gemía y se removía en el sofá y yo sentía que estaba flotando. Quité la polla de su boca y bajé hacia ella para enredar nuestras lenguas. Al mismo tiempo, llevé la mano entre sus muslos y le pasé dos dedos por encima de las bragas. Las había empapado por completo.

Se estremeció y movió las caderas hacia delante y hacia atrás. Necesitaba frotarse. Y estaba dispuesto a darle mucho más que eso.

Deslicé dos dedos por debajo de sus bragas y en cuanto los introduje en su interior, gimió con fuerza contra mi boca. Era el ángulo perfecto, ya que también me permitía frotarle el clítoris, y supe que no duraría mucho. Necesitaba correrse. Estaba cerca y sería rápido. No iba a ser devastador, pero no importaba; tenía

tiempo para volver a excitarla después, y la segunda vez la sacudiría por completo.

Pero de momento, iba a darle lo que necesitaba.

Besé su cuello antes de acercar mi oreja a su boca. Quería sentir cada respiración y cada gemido, por alto o bajo que fuera.

—Dom, Dom, no puedo... voy a...

—Lo sé, cariño. Te vas a correr ahora, y luego te volverás a correr.

Se contrajo en torno a mis dedos y explotó. Su cuerpo se inclinó sobre el sofá, pero la mantuve firme.

—Dom, ¡no puedo creer lo rápido que ha sido! —dijo entre jadeos para recuperar la respiración.

—Lo sé. Ahora voy a tomarme mi tiempo contigo y hacer que tengas un segundo orgasmo.

Parpadeó como si no lo entendiera. Pero no tenía que entenderlo, sino sentirlo.

Con la polla dolorosamente dura, le quité las bragas empapadas. Después de separarle las piernas cuanto fuera posible, la besé los muslos, alternando de derecha a izquierda. Luego soplé una bocanada de aliento frío sobre su piel sensible.

—¡Oh, Dom! —exclamó cuando le pasé la lengua por la entrada. Acto seguido la introduje en su interior.

En una fracción de segundo su suave piel se erizó. Comencé a embestirla con lametones al tiempo que le rozaba el clítoris con el pulgar, primero de arriba abajo y luego en círculos. Observé su cuerpo en busca de señales de que lo estaba disfrutando. Quería atiborrarla de placer.

Reese se estaba deshaciendo justo delante de mí. Apoyó los talones en los cojines, se agarró a los bordes del sofá y se encogió de hombros, y cerró los ojos para concentrarse.

Elevé sus nalgas para acomodar la postura y así proseguir con mi acometida tal como ella quería. Le chupé el clítoris al tiempo que introduje primero el pulgar, luego dos dedos que me permitían acariciar mejor sus paredes internas.

Volvió a explotar, esa vez más fuerte que la primera e infinitamente más salvaje, retorciéndose y agarrándose a los cojines

del sofá.

—Dom, ya no siento mi cuerpo —susurró mientras volvía a apoyar las nalgas en el sofá.

—Aún no he terminado contigo esta noche, preciosa.

—¿No? ¿Te parece que no he tenido suficiente con dos orgasmos?

—Ha estado muy bien, pero para que sea perfecto necesito enterrar mi polla dentro de ti.

Se mordió el labio inferior y bajó la mirada. Me rodeó la polla con la mano y la presionó antes de susurrar:

—¿Estás sano? Porque yo sí lo estoy, y además tomo la píldora.

—Sí, estoy sano —respondí.

Estaba a punto de penetrar a esa preciosa mujer sin ninguna barrera de por medio. *¿Cómo era posible que tuviese tanta suerte?*

Me sentí el hombre más afortunado del planeta.

Me arrodillé en el sofá, y le pasé los codos por debajo de sus rodillas para levantarle las piernas. De ese modo, su centro quedó a la altura de mi polla, y aproveché para excitarla con la caricia de mi erección a lo largo de su entrada.

Reese dejó caer la cabeza hacia atrás y emitió un suave gemido. Me froté hacia delante y hacia atrás, con la certeza de que ya no la estaba provocando, sino que le estaba chocando el clítoris con la punta del pene, y se estaba volviendo insostenible para mí. El contacto directo con su piel, lejos de satisfacerme, me encendía cada vez más. Necesitaba estar completamente dentro de ella.

La penetré sin más dilación hasta quedar enterrado en su centro. Una sacudida de placer me recorrió con tanta fuerza que me debilitó los músculos e hizo que casi perdiera el equilibrio.

—Joder, Reese —gemí mientras la tensión se acumulaba entre mis omóplatos, y los músculos de mi estómago y mi trasero se contraían. Me iba a correr tan fuerte que los dos perderíamos la cabeza.

Retrocedí para volver a embestirla una y otra vez. El placer me recorrió en espiral; sentí que tiraba de cada célula de mi cuerpo. Se me nubló la vista, pero aún podía ver a Reese intentando arañar todo lo que tenía a su alcance: el reposabrazos, las almohadas, su

propio cuerpo. Se tocaba y amasaba los pechos. Tenía los sentidos agudizados, igual que los míos. Al sentir cómo ella se contraía, apenas pude respirar, y mucho menos continuar con mis acometidas.

Pero de algo estaba seguro: iba a hacer que se corriera una vez más antes de sucumbir a mi propio orgasmo.

La toqué con la mano izquierda, primero el vientre y luego los muslos. Luego volví a llevar la mano a su pelvis, atento a su inminente clímax.

Cuando su respiración se agitó, supe que el momento había llegado. Le acaricié el clítoris con la palma de la mano y sus paredes internas me apretaron tanto la polla que perdí el sentido durante unos segundos. Fue entonces que exploté dentro de ella, pero aún no había terminado.

Bajé una de sus piernas al sofá y me incliné sobre ella para cambiar de ángulo. Acerqué mi oreja a su boca y la embestí con movimientos largos y fuertes para cabalgar la cresta de la ola.

Sus gemidos se hicieron más suaves conforme bajaba del clímax.

Continué bombeando hasta que cada célula de mi cuerpo se rindió completamente ante ella.

# Capítulo Quince

# Reese

—Tu gel de ducha huele de maravilla —dije, oliendo mi piel al salir del baño—. ¿Me dices cuál es? —pregunté, ya que ese moderno y elegante dispensador no revelaba el producto.

Dom abrió un cajón bajo el lavabo y sacó una botella:

—Toma, llévatelo

—¿De verdad? Gracias.

Me tendió un albornoz, y me lo puse tras dejar a un lado la toalla con la que me había secado.

—Es superesponjoso, y lo mejor es que huele a ti. ¿Tienes otro para ti?

—No, solo tengo ese.

—Entonces póntelo tú —protesté a punto de quitármelo, pero Dom me lo volvió a colocar sobre los hombros y me ajustó el cinturón.

—No —respondió—. Con la toalla pasarás frío y quiero que estés a gusto.

¿Cómo era posible que ese dios del sexo fuese a la vez un ser humano tan considerado? Toda la noche había sido increíble y necesitaba pellizcarme para saber que no era un sueño.

Bostecé mientras ponía el gel de ducha en uno de los estantes junto al espejo:

—Espero que no se me olvide cogerlo cuando me vaya.

Se inclinó hacia mí para acercar su boca a mi oído:

—Sabes que puedes venir a buscarlo cuando quieras. De hecho, no me importaría si te lo olvidas a propósito. Te daría una buena excusa para volver.

*¡Quiere que vuelva! ¡Toma ya!*

Me volví hacia él, intentando sonreír, pero acabé bostezando de nuevo.

—Venga, vamos a la cama —me instó—. Estás cansada.

—A decir verdad... tengo un poco de hambre.

—Es cierto que no has comido mucho. ¿No te gustó la cena?

—Sí me gustó, pero los nervios me quitaron el apetito.

—¿Por mi culpa? —preguntó con una sonrisa irónica.

Me di un golpecito en los labios, tratando de contener una sonrisa.

—A ver... puede que haya sido por el camarero buenorro y sus cócteles extravagantes. —Ante su fría mirada, admití rápidamente—: Claro que fue por ti.

Pero Dom no se relajó; siguió escrutando mi rostro, como si buscara alguna señal de que decía la verdad.

—Venga, veamos qué puedes comer —dijo finalmente.

—¿Qué sueles pedir a domicilio?

—Antes prefiero ver qué tengo en la nevera que pueda gustarte.

Mis ojos se abrieron de par en par:

—¿Qué? ¿Tienes comida en tu casa?

—¿Por qué te sorprende tanto?

—No lo sé. No pareces el tipo de hombre que se preocupa por tener la nevera llena.

Dom se rió y respondió:

—Aunque te cueste creerlo, sé cocinar. Mi padre me enseñó. Me contó que al principio de la relación con mi madre, se dio cuenta de que, si quería comer bien, o al menos evitar que la comida terminara chamuscada, tendría que encargarse él mismo.

—Qué bonito —Se me llenó el corazón al oírle hablar de sus padres—. Tus padres parecen maravillosos.

—Así es. Él nunca tuvo el valor de decirle que era una pésima cocinera, de modo que tomó las riendas de la cocina.

—¿Cuánto hace que tu madre falleció? —pregunté.

—Cuatro años.

—Lo siento mucho.

Me cogió de la mano mientras nos dirigíamos a la cocina y fue una sensación celestial. Envuelta en su bata, me llevaba sin prisa a la cocina para prepararme de comer.

Hasta me resultaba raro que todo fuese tan sencillo y sin complicaciones. No estaba acostumbrada a eso. Las cosas con Malcolm nunca habían sido fáciles; todo era una constante negociación o una pelea. Cualquier reclamo de mi parte le parecía

un disparate. Con el tiempo, dejé de pedirle citas románticas o escapadas.

Algunos días seguía enfadada conmigo misma por haber estado tanto tiempo con él. Mi experiencia sentimental posterior había sido, en el mejor de los casos, olvidable.

Dom, que solo llevaba unos calzoncillos, abrió la nevera y preguntó:

—¿Tienes mucha hambre?

—Puedo esperar, ¿por qué? ¿Qué tienes en mente? ¿Deberíamos pedir a domicilio?

—No, estaba pensando en hacer una quiche, si es de tu agrado.

Tenía los ojos bien abiertos por la sorpresa y no podía articular palabra.

Dom se giró en mi dirección:

—¿Reese?

—Lo siento, estaba demasiado aturdida para responder. ¿Vas a ponerte a hacer una quiche *ahora*?

—Sí, tengo todos los ingredientes.

—¿Sabes hacer quiche? —pregunté para confirmar que había escuchado bien.

—¿Tú no?

Negué con la cabeza:

—La cocina no es lo mío. A menos que se trate de una reunión familiar en casa de mis tíos.

—¿Por qué? ¿Llevas tu propia comida?

—No, pero somos tantos que a cada uno se le asigna una tarea específica. Es lo más sensato, de lo contrario, mi tía acabaría cargando con todo el trabajo.

Dom cogió huevos, queso y un montón de otros ingredientes de la nevera.

—¿En qué te ayudo? —pregunté.

—Yo me encargo. No estoy acostumbrado a delegar como tu tía, y me resulta más fácil hacerlo sin ayuda.

—Me parece bien —respondí. Eso significaba que tenía todo el tiempo del mundo para verlo en acción. Y *mmm*... esos músculos

eran un festín para la vista—. ¿Qué significan tus tatuajes? —pregunté, admirando los dibujos de su cuerpo.

El tatuaje "privado" con el que habíamos bromeado durante el trayecto al evento de aquel fin de semana se encontraba en la parte baja de su espalda. Parecía un halcón en pleno vuelo y era asombroso. Los tatuajes de sus brazos eran más sutiles: parecían enredaderas.

—Que a los veinte años tuve una etapa rebelde.

—El de la espalda es un halcón, ¿pero qué tienes en los brazos?

—La idea es que se parecieran a las cuerdas de una guitarra. Me gustaba tocar cuando era más joven.

—Oh, qué sexy. ¿Por qué lo dejaste?

—Porque empecé con *Waldorf Fashion* y ya no tuve más tiempo. Me encanta la música pero he dejado de tocar.

—Lo entiendo. Por cierto, yo diría que todavía tienes algo de rebeldía. Solo que la ocultas muy bien con esos trajes tan sensuales.

—Lo oculto muy bien —dijo con un guiño.

***

Cuarenta minutos después, sacó la quiche del horno. La parte superior estaba dorada y crujiente, e inmediatamente la cortó en porciones.

—¿No tenemos que esperar a que se enfríe? —pregunté.

—No, puedes hincarle el diente.

Y sin más preámbulos cogí el tenedor, soplé un poco para enfriarla y me la llevé a la boca. Cerré los ojos y suspiré:

—¡Qué buena está! Tengo que esconderte de mi hermana, le encanta la quiche y si se entera de que eres capaz de hacer esto tan rico, no tendrás forma de escapar de ella.

—¿Ya quieres presentarme a tu hermana?

Abrí los ojos y me puse recta:

—Era una forma de hablar. No quise decir.... —Me mordí el interior de la mejilla y no aparté la mirada del plato.

—Reese, relájate. —Me cogió la mano y me acarició el dorso con el pulgar—. Me encantaría conocer a tu hermana algún día.

Mi cara se iluminó con una sonrisa:

—¿En serio?

—Sí.

—Vale. —Sentí mi estómago dar volteretas de felicidad.

—¿Por qué le gusta tanto la quiche?

—Vivió en París unos años y no para de decir que aquí no consigue buenas quiches, pero creo que la tuya le encantará. —Y otra vez estaba desvariando. No entendía por qué estaba tan nerviosa—. ¿Tú no vas a comer? —pregunté al ver que ni la había probado.

—No, no tengo hambre. Pero seguro que me la zampo en el desayuno.

—¿Has cocinado todo esto para mí? —pregunté con la mirada fija en él.

—Reese, ¿por qué te sigue sorprendiendo que disfrute de hacer cosas por ti?

—No lo sé. No pensé que... No importa.

El silencio se extendió entre nosotros durante unos segundos antes de que él dijera:

—Cuando estés preparada para hablar de ello, estaré aquí para ti.

—Gracias.

Por alguna razón, seguía esperando que la velada se torciera, que él hiciera un comentario socarrón sobre a qué hora me iría o que lo ocurrido esa noche sería cosa de una sola vez. Tendía a sobrepensar las cosas, pero aún así, me daba cuenta que esa noche mi ansiedad estaba por las nubes.

Después de mi relación anterior, no bajaba la guardia ni un segundo a la espera de que ocurriese lo peor. Pero Dom no había hecho nada para merecer eso y tenía que dejar de anticipar escenarios negativos.

—Me has hablado de tus tíos. ¿Os veis a menudo? —preguntó.

—Depende. Desde que todos mis primos y mi hermana están en pareja, y algunos incluso tienen hijos, no nos reunimos tanto como antes. Pero estoy muy unida a ellos, mis tíos son como mis padres en cierto modo.

—¿Y eso?

En lugar de decir simplemente "porque estamos unidos", me salieron palabras que rara vez compartía con alguien fuera de mi familia:

—Como mi padre no pudo asimilar la muerte de mi madre, se refugió en el trabajo, y puso todo su empeño en ampliar la cadena de librerías. Mi abuela y mis tíos fueron quienes en definitiva nos criaron a Kimberly y a mí.

—¿Pero las cosas están bien entre vosotros ahora?

—Sí, claro. Como te he dicho, vive en Londres, no nos vemos tanto como me gustaría, pero hablamos mucho y nos visitamos. Le he pedido que me envíe fotos de mi media hermana una vez a la semana para que, aunque no esté allí, al menos pueda verla crecer.

Dom guardó un silencio sospechoso. Le miré atentamente:

—¿Qué?

—Nada. Creo que nunca he conocido a alguien que haya pasado por una situación difícil con sus padres y no le guarde algo de rencor.

Me encogí de hombros y respondí:

—Es que mi padre no se levantaba todos los días pensando en cómo hacernos la vida más miserable, sino que hizo lo mejor que pudo con los recursos que tenía. Y las generaciones anteriores no eran tan partidarias de hacer terapia. Tras mi estrepitoso fracaso matrimonial, supe que necesitaba ayuda profesional.

Dom bordeó la encimera hasta situarse justo delante de mí:

—Quiero que dejemos algo bien claro, Reese. Que tu ex se acostara con tu mejor amiga no puede ser jamás tu fracaso personal.

—Mmm —dije con indiferencia y me llevé una mano al estómago. Hablar del tema nunca me resultaba fácil.

—Lo que sucedió fue una absoluta falta de decencia. Si él no quería seguir, podría haberse sincerado y dejarlo, pero no engañarte. No hace falta destruir a la otra persona para terminar una relación.

No estaba segura de si lo decía por mí o por él. Le puse una mano en el pecho y dibujé pequeños círculos con los dedos sobre su

torso. Estaba tenso, pero prácticamente notaba cómo sus músculos se relajaban bajo mi contacto.

—Tienes razón —dije en voz baja.

Me acarició la mejilla con el pulgar:

—No pienses que tienes la más mínima responsabilidad porque ese cabrón te engañara o que tu mejor amiga te traicionara. Aún no te conozco del todo, pero ya puedo decir que eres una persona maravillosa, Reese. Toda la responsabilidad es de ese idiota.

Incliné la cabeza y esbocé una tímida sonrisa:

—Gracias por tus palabras.

—De nada. ¿Has terminado de comer?

—Sí. Estaba deliciosa.

Se rió y luego, sin previo aviso, me pasó un brazo bajo las rodillas y otro alrededor de la espalda para alzarme. Instintivamente le rodeé el cuello con los brazos y me acurruqué contra él.

*Santo cielo. Me siento como en una película.*

—Vale, ahora nos vamos a la cama.

—¿En serio? No estoy cansada.

—¿Segura? Antes estabas bostezando.

—Mmm. Si es lo que quieres, entonces dormiré —dije en tono de burla—. Aunque creo que podríamos hacer cosas más interesantes en la cama.

Cuando llegamos al dormitorio, la luz estaba apagada. Me colocó justo en el centro de la cama antes de apartar las sábanas.

—Venga, no quiero que pases frío —dijo mientras me despojaba del albornoz. Estaba completamente desnuda, ya que no llevaba pijama ni ropa interior.

Se deslizó junto a mí bajo las sábanas. Con las lámparas apagadas, pero con la tenue luz de la ciudad filtrándose por las ventanas, el ambiente se sentía como una invitación a la lujuria.

Me acerqué para entrelazar mis piernas y llevé mis manos a su torso para acariciarle:

—No vas a darme un respiro, ¿verdad? —preguntó.

—Ni lo sueñes —respondí con una sonrisa.

# Capítulo Dieciséis

# Reese

Los días siguientes estuve hecha un desastre, al punto de no querer participar en las celebraciones de Halloween que organizó el hotel. No dejaba de pensar en el mensaje de Malcolm. No me había vuelto a escribir, pero eso tampoco era un buen síntoma. Que se hubiese tomado la molestia de ponerse en contacto conmigo era indicio suficiente de que no iba a darse por vencido ante mi falta de respuesta.

Por mucho que quisiera proteger a mi familia, no podía seguir ocultando el problema; les afectaba tanto a ellos como a mí. Al principio pensé en decírselo únicamente a Travis y a Kimberly. Mi primo sería el principal damnificado, ya que era el propietario del hotel de Chicago, aunque Kimberly y yo también éramos copropietarias de la sucursal de Aspen. Pero sentía que la cuestión afectaba a todo el legado Maxwell.

Me agobiaba solo de pensar en sentarme frente a todos ellos para contarles lo que estaba pasando, pero, por otro lado, tampoco tenía fuerzas para hablar con cada uno por separado y repetir la historia una y otra vez.

—Toc, toc. ¿Puedo pasar? —preguntó Kimberly.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí de pie, mirándome como una acosadora?

—Unos minutos. ¿Va todo bien?

*Para nada*, pensé, antes de recostarme en la silla.

Mi hermana abrió los ojos como platos:

—Joder. ¿Qué está pasando aquí?

—¿Podemos reunir a toda la familia para una cena?

Kimberly se quedó inmovil y respondió:

—Reese, me estás asustando. ¿Qué pasa?

—Quiero hablar con todos vosotros de algo.

Atravesó el despacho corriendo para sentarse frente a mí:

—Necesito saberlo ahora.

—No hace falta que entres en pánico, pero no tengo ganas de repetir la misma historia una y otra vez. Prefiero soltarlo del tirón,

con todos presentes.

—Se trata de Malcolm, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabías? —pregunté con un gesto de dolor.

—Porque siempre eres muy reservada cuando se trata de él, y es un tema que a día de hoy te sigue afectando.

Suspiré y respondí:

—Cada vez que creo que me he librado de él, aparece para demostrarme que estoy equivocada.

Kimberly se incorporó bruscamente y asintió:

—Convocaré una reunión familiar urgente, pero no en tu casa, porque no hay espacio suficiente para todos. Llamaré a la tía Lena, seguro que estará encantada de organizar una comida.

—Gracias, Kimberly.

—Me ha contado un pajarito que el otro día un tío cachas te pasó a buscar.

Se me iluminó la cara y sentí cómo mis facciones pasaban de estar contraídas a relajadas, y luego a felicidad total.

—Así es. Ya te contaré los detalles, pero ahora no.

—¿Qué sentido tiene trabajar juntas si no podemos cotillear cuando nos venga en gana? —se quejó mi hermana—. Ahora tengo un rato libre.

—Yo también estoy libre hasta las diez.

—Perfecto. Traeré café.

Me levanté de la silla y dije:

—Iré contigo a la cocina, a ver si queda algún dulce.

—No hay nada. Creeme, ya lo he comprobado. —Hizo una pausa por un momento, era obvio que estaba tramando algo—. ¿Qué te parece si le pedimos a Liz que haga dos entregas semanales de la pastelería?

—Oye, eso estaría bien —dije—. A nosotras nos encantan los dulces, y a ella le vendrá bien para el negocio.

Fuimos a la zona de descanso y preparamos dos cafés. Tal como dijo Kimberly, y tras revisar todos los armarios para asegurarme, no había nada dulce. Pero no quería quejarme, teníamos una máquina excelente y el café en sí era una delicia. Nos sentamos, y con voz baja le conté la noche con Dom.

—¡Madre mía! No lo he conocido aún pero desde ya te digo que me gusta. Jamás pensé que diría algo así.

—¿Qué? ¿Que te gusta el tío con el que salgo?

—Aún no ha pasado la prueba de fuego, por así decirlo. ¿Cuándo vas a volver a verlo?

—Espero que pronto, aunque todavía no hemos hecho planes. Pero fue tan increíble que me niego a creer que fue solo un rollo de una noche.

—¡Esa es mi hermana! Me encanta verte optimista por una vez —dijo con una sonrisa.

—Ni yo me lo creo, para ser sincera.

La oficina comenzó a llenarse a medida que llegaban los empleados. La hora del cotilleo había terminado casi antes de empezar. No quería que todo el mundo supiera sobre mi vida personal.

Casi había olvidado que Kimberly dijo que se encargaría de convocar la reunión familiar, hasta que vi un mensaje en nuestro grupo de WhatsApp.

**Tía Lena: Hola a todos. ¿Quién se apunta a una reunión? Me apetece hacer *boeuf bourguignon.***

En el mensaje, además, proponía varias fechas, siendo la primera opción esa misma noche.

Diez minutos después, la reunión quedó fijada para el viernes a mediodía. Me encantaba que todos viviéramos cerca y pudiéramos reunirnos con tan poca antelación. No entendía cómo Kimberly y Sam habían soportado vivir lejos durante tantos años; para mí, eso era imposible de imaginar. Recordaba aquellas semanas de vacaciones en Londres; aunque estaba feliz de estar con mi padre y su nueva familia, echaba muchísimo de menos a todos al otro lado del charco y me moría de ganas de volver a casa.

Mi teléfono volvió a vibrar. Pensé que sería alguien de mi familia, pero entonces me di cuenta de que era un mensaje de Dom.

**Dom: No dejo de pensar en la noche que pasamos juntos.**

Mi ritmo cardíaco aumentó y mi estómago daba volteretas.

**Dom: Quiero volver a verte. Tengo reuniones hasta tarde todos los días excepto el viernes. ¿Te viene bien?**

**Reese: He quedado con mi familia para almorzar. Después estoy libre.**

**Dom: Envíame un mensaje cuando hayas terminado y te recojo.**

Me relamí los labios con una sonrisa de oreja a oreja. Iba a volver a verle. Me moría de ganas de verlo.

***

En cuanto llegué el viernes a casa de mis tíos, me invadió un delicioso aroma.

—¿Ya está lista la comida? —pregunté a la tía Lena.

—Sí, la carne ha estado tres horas en el horno. Pero tuve mucha ayuda. John, Beatrice y Paisley pasaron el día aquí, además de Lexi. —Lexi, la esposa de Tate, estaba dedicada a su pequeña hija y pasaba mucho tiempo en casa de Lena.

Mi tía me miró con una ceja levantada:

—Cuando Kimberly me pidió hacer la reunión, me dio la impresión de que era por ti.

—Así es —respondí.

Fue una buena idea reunirnos allí, aunque no fuese la misma casa donde crecieron mis primos, porque Lena siempre lograba hacerme sentir segura y feliz.

—Vale, avísame cuando estés lista —dijo.

Otra cosa que me encantaba de ella era que no me presionaba para hablar, y respetaba los tiempos de los demás.

Fui al salón para sentarme junto a Lexi y coger al bebé en brazos.

—Kimberly y tú sois las tías más cariñosas del mundo —dijo con alegría.

—Es que los niños son tan monos que no puedo resistirme.

—¿Queréis algo de beber? —preguntó mi tío Emmett que entró al salón.

—Vino blanco para mí, por favor —pedí.

—De momento, no voy a beber nada —dijo Lexi.

—Ahora vuelvo —respondió antes de retirarse de la sala.

El resto del clan llegó con minutos de diferencia.

—¡Qué alegría veros! —exclamó la abuela una vez que estuvimos todos en el salón.

Liz estaba sentada en el regazo de Declan. Me preocupaba especialmente la reacción de mi primo cuando se lo contara. Sabía que él querría tomar las riendas del asunto, y no me parecía justo porque estaba muy liado con su trabajo. Pero por otro lado, confiaba en él con los ojos cerrados.

Travis y Bonnie estaban junto a la ventana con su pequeña, que parecía fascinada con el alféizar.

Tate mantenía una conversación seria con Paisley junto a la barra. Por el ceño fruncido de mi primo, estaba segura de que estarían hablando de uno de los temas que más quebraderos de cabeza le había dado últimamente: los chicos. Tyler y Kendra estaban junto a Luke y Megan, charlando en voz baja.

Kimberly me miraba fijamente desde donde estaba sentada junto a la abuela y John. Drake la había acompañado, y agradecí su presencia en silencio. Trabajaba con nosotros, y podría verse afectado de un modo u otro. Drake le masajeaba discretamente los hombros a Kimberly, justo donde siempre acumulaba todo el estrés.

Me alegraba mucho que mi hermana hubiese encontrado a alguien especial. Algunos días incluso no dejaba de sorprenderme.

Sam y su prometida, Avery, estaban sentados en otro sillón. Sam parecía agotado tras un largo turno en el hospital, el motivo por el cual habíamos quedado ese viernes a mediodía.

—Bueno mamá —empezó Declan, que sobresaltó a todos—, doy por hecho que no se trata de una reunión común y corriente, ya que parecía bastante urgente. ¿Qué ocurre?

Maldita sea, a mi primo no se le escapaba una.

—Soy yo la que está detrás de esta reunión, no Lena —dije.

La energía de la sala cambió al instante. El silencio era total. Incluso Paisley y Tate dejaron de discutir. Me sentí como si estuviera bajo un microscopio.

Declan me clavó la mirada:

—¿Está Malcolm al acecho otra vez?

Me aparté un mechón de pelo detrás de la oreja:

—Sí —admití, con un poco de alivio porque lo dedujese con tanta facilidad y no cayese como una bomba—. Primero, quiero decir que esto no os concierne directamente a todos, pero no me gustan los secretos. En principio, nos salpica a Travis, a Kimberly y a mí.

—Creía que Malcolm se había ido de Chicago —dijo Tyler con un tono que denotaba enfado. Teniendo en cuenta que una vez lo mandaron al banquillo por culpa de Malcolm, tenía motivos para guardarle rencor. Eso también había sido culpa mía.

Joder, temía que eso no acabara nunca.

—Quiere demostrar que me bajé del negocio del *spa* de forma premeditada para participar del hotel. Está dispuesto a iniciar acciones legales —expliqué.

—Envíame cualquier información que tengas —dijo Declan.

—¿Estás seguro? Prefiero que me recomiendes a un compañero de trabajo, y librarte de todo este asunto.

—Joder, Reese. —Declan cerró los ojos, y acto seguido miró de reojo a Paisley, que se limitó a hacer un gesto con la mano. A veces se nos olvidaba que ya no era una niña inocente—. Por supuesto que yo me encargaré de esto.

—Pero es que estás muy liado.

—Reese —empezó la abuela, con una voz baja y un tono inusualmente serio—. No es momento para hacerte la Quijote, ¿vale? Déjanos ayudarte.

—Superaremos esto —dijo Tyler—, pero lo haremos juntos, como familia. ¿De acuerdo?

Se me pusieron los ojos vidriosos. Respiré profundamente por la nariz y expulsé el aire por la boca para calmarme. Ese sentimiento de amor hacia ellos me llegó hasta lo más hondo. La familia era lo primero, y mis primos me lo demostraban una y otra vez.

—Me siento muy culpable por arrastraros a todos a esto.

—Insisto, no tienes nada de qué preocuparte, ¿vale? —dijo Lena —. Todos hemos tenido que enfrentarnos a un sinfín de problemas en nuestras vidas.

Era cierto. Y fue como quitarme esa enorme losa que llevaba en la espalda durante los últimos días. No era mi intención que la

familia cargara con todo el trabajo, pero contar con su apoyo marcaba una gran diferencia.

—Bien, necesitamos saber algunos detalles —dijo Declan—. ¿Has hablado con él? ¿Cuándo contactó contigo?

Les conté que me lo había encontrado en el acto benéfico, relatando cuidadosamente la historia para no mencionar a Dom. No quería mantenerlo en secreto, pero no era el día para hablarles de él.

Cuando terminé, Lena nos llamó a todos para que pasáramos al comedor. Me sorprendió que Declan se sentara a mi lado, y aproveché para enseñarle el mensaje.

—¿Qué te parece? —le pregunté después de leerlo.

—Si vuelve a ponerse en contacto contigo, avísame enseguida.

Se me removió el estómago:

—¿Crees que tiene posibilidades de salirse con la suya?

—Creo que Malcolm no sabe darse por vencido. Está todo bajo control, Reese. Ahora, a comer.

—Sí, me muero de hambre.

***

Nos quedamos en casa de mis tíos hasta bien entrada la tarde. Lo bueno de tener un negocio propio era que los viernes podíamos darnos el lujo de trabajar un poco menos. Eran las cuatro cuando me fui.

Una vez en el coche, le mandé un mensaje a Dom.

**Reese: Perdona, el almuerzo se extendió un poco más de lo que pensaba.**

No contestó de inmediato. Cerré los ojos para disfrutar del silencio en mi coche. Hasta que la pantalla se iluminó y el teléfono empezó a vibrar. Contesté de inmediato.

—Hola —saludé.

—Hola —respondió. Me encantaba su voz de barítono, profunda y sexy—. ¿Qué tal el almuerzo?

—Estaba delicioso, y me lo he pasado muy bien con todos.

—¿Era una ocasión especial?

Dudé un momento antes de decidir que no le vomitaría todos mis problemas.

—No, solo una reunión para ponernos al día.

—Pareces apagada. ¿Pasa algo?

—Hoy me he dado cuenta de algo importante —admití, cerrando los ojos.

—¿Algo malo?

Sentí que la voz me temblaba al responder:

—No necesariamente. Pero hoy me he dado cuenta de que mi dificultad para salir con alguien desde la ruptura tiene que ver con el hecho de que aún no he sanado del todo. —Hice una pausa, intentando serenarme.

Tras unos segundos, añadió:

—Poco a poco, Reese.

Suspiré y proseguí:

—Como te decía, creo que aún no he sanado completamente. Y mira que no siento nada por él, más bien todo lo contrario. El problema es que el enorme vacío en mi interior me hace sentir que no tengo nada que ofrecer —dije y golpeé el volante con los dedos.

—De eso nada, Reese, tienes mucho que ofrecer. Que tengas esa inseguridad es terrible. Pero entiendo lo que quieres decir.

—¿En serio?

—Sí. En cierto modo, a mí me pasa algo similar.

—¿Por eso te apiadaste de mí y fingiste ser mi novio aquella noche? ¿Porque entendías lo que me estaba pasando?

—Sí. Pero también porque necesitaba una buena excusa para estar a tu lado.

De repente me sentí tan despierta que parecía que acababa de tomarme tres cafés.

—¿Cómo?

—Ya me has oído. En cuanto te vi...

—Estabas muy enfadado.

Se rió entre dientes:

—Es verdad, pero era más que eso. Desde entonces no puedo dejar de pensar en ti.

Respiré hondo y dije:

—No sé qué decir.

—No digo que esto vaya a ser fácil, pero te aseguro que no voy a darme por vencido sin antes luchar por lo que quiero.

Y así, mi corazón se llenó de alegría.

—No me refería a eso. Yo tampoco quiero darme por vencida a la primera.

—Bien, ahora mi pregunta... ¿Te apetece una escapada de fin de semana?

—¿A dónde?

—Tengo una casa en el lago. ¿Qué te parece?

—¡Sí! —respondí sin dudarlo.

*¡Qué día más increíble!* Primero mi familia me brindó su apoyo incondicional y ahora iba de camino a pasar el fin de semana con Dom. No pareció preocupado por lo que acababa de soltarle. Por supuesto, él podía cambiar de opinión y salir corriendo, pero no creía que fuese el caso.

—Vale, entonces ve a casa y haz la maleta. Estoy deseando verte, Reese.

—Yo también.

Tenía la sensación de que el fin de semana iba a ser memorable. Puede que aún no estuviera preparada para entregar los fragmentos de mi corazón, pero estaba lista para lo que Dom tuviera planeado.

# Capítulo Diecisiete

# Dom

—Dom, ¿podemos hablar un momento? —preguntó Charlene, mi asistente.

Levanté la vista del ordenador y asentí:

—Claro. Pensé que ya te habías ido.

La mayoría de los empleados se iban temprano los viernes, como una retribución tácita por esforzarse al máximo los demás días de la semana.

—Alguien tiene que quedarse hasta tarde —dijo con humor—, pero en realidad, me alegro de encontrarte ahora que todos se han ido.

—¿Qué pasa?

—Necesito tratar un asunto algo delicado. —Se aclaró la garganta —. Ayer recibí un correo de Kelly.

Me quedé completamente inmóvil:

—¿Qué? ¿Por qué Kelly se ha puesto en contacto contigo?

No me había vuelto a comunicar con mi ex desde que firmamos los papeles del divorcio.

—Quiere que le cedamos los derechos de unas fotos que se hizo cuando era modelo para la empresa. Podría pasarle el asunto al departamento legal, pero pensé en consultártelo primero.

—Dale lo que pida, me da igual. Me sorprende que no lo haya solicitado en el proceso de divorcio —dije.

—Es probable que no supiera que tenía derecho a reclamarlo, o tal vez lo olvidó. —Pero cuando llegó a la puerta, vaciló.

—¿Qué pasa, Charlene?

—Puede que tal vez solo quiera ponerse en contacto contigo.

—No lo creo. Confía en mí.

—¿Quién sabe? Después de tener que buscarse la vida en ese ambiente tan hostil, quizás se dio cuenta de lo tonta que fue por dejarte escapar.

Me eché a reír.

Charlene sonrió:

—Qué bien. Vuelves a reír, jefe. Por un momento parecía que se te había olvidado.

—Sabes que me gusta mantener un tono profesional en la oficina.

—Sí, pero hay una diferencia entre ser profesional y estar de luto. Aunque sería válido decir que estabas de luto por el divorcio. —Se encogió de hombros—. Bueno, eso es lo que quería decirte. Ahora me voy.

—Yo también, ya he terminado lo que tenía pendiente.

—Es un gran avance. ¿Tienes planes?

—A decir verdad, sí.

Sus ojos se abrieron como platos:

—Me alegro por ti. No voy a entrometerme y me da igual el plan que sea, pero hacía años que no veía esa sonrisa en tu cara.

Nos apresuramos juntos hacia el ascensor. Primero nos detuvimos en la planta baja para que Charlene cogiera su bicicleta, y luego seguí solo hasta el aparcamiento del subsuelo. No entendía cómo lograba la gente trasladarse en bicicleta en el brutal invierno de Chicago.

*Kelly*. No quería volver a oír su nombre. Había quedado todo muy claro después del divorcio. Le había prometido un fin de semana divertido a Reese y estaba decidido a dejar atrás a mi ex y sacarla por completo de mi mente.

Lo cierto era que tenía toda mi atención puesta en Reese y en el imbécil de Malcom, tanto que ni siquiera me detuve a pensar en mi exesposa, ni en qué pasaría si nuestros caminos volvían a cruzarse. Pero eso no iba a ocurrir. Kelly y yo ya nos habíamos dicho todo lo que había que decir, y aunque la separación fue difícil, quedó completamente zanjada. Ambos sentíamos alivio de haber disuelto el matrimonio.

Mientras entraba en el coche, tomé la decisión de no volver a pensar en ella. Era parte de mi pasado, no tenía cabida en mi futuro, y mi única prioridad en ese momento era Reese.

Volví a casa y preparé rápidamente la maleta. En un instante, decidí hacer una parada en el camino para comprarle flores.

—Hola, ¿en qué puedo ayudarle? —me preguntó la dependienta de la floristería cuando me acerqué al mostrador.

—Quiero el ramo más grande que puedan hacer.

—¿Es para una ocasión especial? ¿Para su esposa?

Me puse nervioso. ¿Por qué dio por hecho que estaba casado? No llevaba anillo en el dedo.

Su sonrisa se desvaneció al notar mi expresión.

*Joder, Dom. Es solo una forma de hablar. No le des más vueltas.*

—Lo único que quiero es sacarle una sonrisa —dije con sinceridad.

—Guau. Es la primera vez que un cliente dice algo tan bonito. ¿Sabe qué tipo de flores quiere en el ramo?

—Prepara un ramo como si fuese para ti.

La chica sonrió y preguntó:

—¿Cuál es el presupuesto máximo?

—El dinero no es problema.

—Es usted el cliente ideal. Espere un momento, por favor.

Tardó quince minutos en volver al mostrador, pero al instante supe que había valido la pena. No sabía nada de flores, pero el ramo tenía muy buena pinta con sus rosas blancas, rosadas y otras en un tono entre naranja y rosa.

—Utilicé flores de color salmón para acentuar el degradado —explicó.

Ese era el color: *salmón*.

Después de pagar y subirme de nuevo al coche, atravesé la ciudad a toda velocidad, porque detestaba llegar tarde. Pero en el fondo, sabía que merecería la pena. Mi plan era sorprender a Reese con el ramo en la puerta de su casa, pero cuando llegué, ella ya estaba frente al edificio con la maleta más grande que había visto en mi vida.

Salí del coche con las flores en la mano y la observé atentamente.

Al principio, su rostro apenas mostró expresión, con una leve elevación de sus labios y la mirada entornada, pero luego su cara se iluminó con una radiante sonrisa.

—Dom, ¡qué flores tan bonitas!

Se las entregué con una sonrisa:

—¡Sorpresa! Siento llegar tarde.

—No me importa que llegues tarde si es por un ramo como este. —Era tan grande que tuvo que sostenerlo con las dos manos—. Las rosas son preciosas y huelen de maravilla. —Pero su mirada se ensombreció.

—Reese, ¿qué pasa?

—Absolutamente nada, solo que eres un hombre maravilloso e increíble.

—Venga, vámonos —dije, mientras observaba su enorme maleta.

—El pronóstico del tiempo es una locura. Se supone que hará frío por la mañana y por la noche, pero calor durante el día.

Enarqué una ceja:

—¿Y por eso metiste todo tu armario en la maleta?

—No, para eso me harían falta unas seis maletas —respondió con una sonrisa.

Esperé que me dijera que era broma, pero no sucedió. Definitivamente, tenía toneladas de ropa.

Mientras colocaba la maleta en el coche, ella abrió la puerta y depositó con cuidado las flores en el asiento trasero.

—¡Qué bonitas! —exclamó—. Estoy deseando poner el ramo en un jarrón con agua.

—La casa no está lejos, a una hora aproximadamente —le informé cuando ambos nos acomodamos en el coche.

—¿Por qué has comprado una casa tan cerca de la ciudad?

—Quería una vivienda junto al lago, alejada de vecinos.

—¿Pero por qué no vives allí? No es un trayecto tan largo como para que sea un problema hacerlo a diario.

—Me gusta ir allí para desconectar, es distinto de mi apartamento en Chicago, donde suelo teletrabajar mucho. Cuando estoy en esa casa, quiero que todo sea tranquilidad, sin obligaciones.

—Tomo nota. Así que la casa del lago es solo para relajarse, ¿eh?

—¡Exacto!

Miró por la ventana y pude ver su reflejo por el rabillo del ojo. Sonreía.

—¿Qué tal tu día? —preguntó.

—Bien. Productivo. —No sé qué me impulsó a hacerlo, pero de repente me encontré diciendo—: Hasta que mi asistente me contó que mi exesposa quiere que le cedamos los derechos de unas fotos suyas.

—Oh. —Reese se tensó al instante, y encogió los hombros hasta casi tocarse las orejas.

*Maldita sea, ¿por qué tuve que sacar el tema?*

Tomé su mano entre las mías y acaricié suavemente su muñeca con el pulgar.

—No te preocupes. Es algo común en esta industria; las modelos quieren rentabilizar las fotos por su cuenta. No debería haber sacado el tema.

—No, me alegra que lo hayas compartido conmigo. Después de todo, ya te he dado suficiente lata con todos los problemas de mi ex.

Parecía querer añadir algo más, pero en lugar de eso, ladeó la cabeza y evitó mi mirada.

—¿Y eso qué significa? ¿Vas a volver a verla? —preguntó tras unos segundos de silencio.

—No. No hace falta. El equipo legal y de Recursos Humanos pueden manejarlo sin problemas. Mi asistente solo quería avisarme.

—¿Y cómo te ha sentado... no sé... que se pusiera en contacto contigo?

—Cada vez que hablo de ella, siento un regusto amargo. Espero que eso deje de pasarme.

Reese soltó una risa nerviosa:

—Lamento decirte que puede que eso nunca ocurra. Por supuesto, depende de qué tan complicadas fueran las cosas, pero en mi experiencia, la mejora es mínima.

—Entonces hablemos de otra cosa. Cuéntame sobre todos los regalos de Navidad que has comprado para tu familia.

—¡Ja! Eso me va a llevar todo el viaje.

No exageraba. Para cuando terminó con el último regalo —un kit de maquillaje para Paisley—, ya habíamos llegado a la casa. Aparqué despacio y miré a Reese. Reaccionó tal como esperaba.

—¡Oye, no me dijiste que lo tenías todo decorado! —exclamó con una sonrisa de oreja a oreja. Y por dentro, di las gracias a Dios por

que las luces de Navidad de la empresa de decoración fuesen de buen gusto.

—Después de que estuvieras en mi casa, busqué una empresa de decoraciones para que se encargara de todo. Ya tenía en mente invitarte aquí, y pensé que te gustaría la idea.

—Esto es increíble.

Era adicto a hacerla sonreír. Verla feliz me llenaba de una satisfacción que nunca antes había sentido.

Además, Reese era increíblemente agradecida. No esperaba que nadie hiciera nada por ella, así que cuando recibía algo, como las flores, su reacción era desbordante, y me encantaba.

Saltó del coche y dio unos pasos hacia la casa, pero de repente se detuvo, giró sobre sus talones y volvió corriendo al vehículo para abrir el maletero y coger las flores.

Solté una risa y me dirigí al maletero para sacar nuestro equipaje.

—¡Vamos, démonos prisa! —dijo con impaciencia. Estaba claro que no podía esperar. Su entusiasmo infantil era contagioso.

Movía ligeramente las caderas de izquierda a derecha mientras caminábamos hacia la puerta. Intenté mirar la casa con objetividad y no ser un amargado. Siempre había pensado que la decoración navideña era una pérdida de tiempo, pero la reacción de Reese, hizo que ahora la viera con otros ojos. Todo el lugar parecía más acogedor.

Tuve que reconocer que la empresa hizo un excelente trabajo al colocar ristras de luces blancas por todas partes, bañando el exterior con una amplia iluminación.

Desbloqueé la puerta principal antes de abrirla. Reese lanzó un grito ahogado y por un momento me pregunté qué había pasado: una tubería rota o algo por el estilo.

Pero no. Solo era su reacción al árbol de Navidad. Una vez más, la empresa hizo un trabajo espectacular al combinar rojo y dorado, con unas elegantes luces blancas.

—No puedo creer que les hayas pedido un árbol. La mayoría de la gente diría que es demasiado pronto para montarlo.

Intenté reprimir la risa, pero fue inútil.

—¿Qué? —preguntó frunciendo el ceño con sospecha.

—Yo sería el *primero* en decir que es demasiado pronto. De hecho, ni siquiera lo pedí. Creo que venía con el paquete y pasé por alto ese detalle.

—Es una obra maestra. ¿Puedes darme el contacto de la empresa?

—Claro. ¿Lo quieres para tu casa?

Parpadeó, como si acabara de decir una locura:

—¡Por supuesto que no! De mi casa me encargo yo, que tengo montones de adornos que he ido acumulando a lo largo de los años. Decorarlo es algo demasiado personal como para delegarlo. Pero no me convenció la empresa que utilizamos el año pasado para el hotel y quiero ver otra alternativa.

—Claro, te lo enviaré.

Reese miró por la ventana y dijo:

—También han puesto luces en el jardín. ¿Podemos salir a verlas?

Emití un gruñido y me acerqué a ella:

—Ya tendremos tiempo para eso. Ahora mismo quiero explorarte a ti.

Se movió entre mis brazos y se recostó contra mí:

—Sí, señor. Lo que usted diga —dijo con voz seductora—: Me tiene a su entera disposición este fin de semana. Puede hacer conmigo lo que quiera durante ese tiempo.

Sentí un tirón en mis calzoncillos y solté un leve gemido:

—Mujer, no me digas esas cosas o no llegaremos a la cena.

—Primero me traes flores y ahora quieres darme de comer. Esto se avecina como uno de los mejores fines de semana de mi vida.

—Me alegro de que pienses eso.

Miró a su alrededor hasta que encontró un jarrón en el salón y colocó las flores. Luego, se dirigió a la cocina y dijo:

—Vaya, es impresionante.

—Ya estaba así cuando compré la casa. Al principio me pareció demasiado grande, pero ahora me gusta.

—¿No tenemos que ir a hacer la compra?

—No, tenemos de todo. Mira en la nevera y dime si te parece suficiente.

—¿Vas a cocinar otra vez para mí?

—¿Por qué la sorpresa?

Se encogió de hombros mientras se dirigía a la nevera.

La rodeé con un brazo y me coloqué justo detrás de ella:

—Voy a hacerlo más a menudo hasta que dejes de sorprenderte.

Suspiró, con una expresión satisfecha:

—Creo que nunca dejará de asombrarme. —Abrió la puerta de la nevera y silbó—. Vaya, cuando dijiste que estaba llena, no sabía que te referías a tanta comida. No sé ni por dónde empezar.

—¿Quieres dejarlo en mis manos?

—Por mí, genial. —Se dio la vuelta para mirarme—. ¿Y esa sonrisa traviesa?

—Ya lo verás más tarde. ¿Quieres ponerte algo más cómodo? —pregunté antes de plantarle un rápido beso en el cuello.

Soltó una risita y, al frotar su pelvis contra mí, apenas pude contener otro gemido. Me estaba matando.

—Podría, pero no quiero cambiarme porque me muero por salir a ver todo lo que hay fuera.

Su entusiasmo era entrañable.

—¿Qué te parece un entrecot con ensalada? —sugerí.

—Suena delicioso y fácil de preparar.

Diez minutos después, estaba cocinando la ternera mientras Reese preparaba la ensalada.

—¿Dónde están los cuencos? —preguntó.

—No lo sé. Se me olvida porque no vengo muy a menudo.

—Voy a buscar —dijo y abrió dos armarios hasta que encontró un bol en donde vertió la ensalada.

Incluso el simple acto de preparar la cena resultaba fascinante con ella a mi lado. Hizo el aliño con vinagre balsámico, aceite de oliva y sal.

—Les presento el plato estrella de Reese Maxwell: ensalada de bolsa.

—Me apetece... —dije con una risa. Luego me incliné hacia ella y susurré—: Me apeteces tú.

Apretó ligeramente el costado de su cadera contra la mía.

—Qué descarada estás esta noche —murmuró.

—He aprendido del mejor.

Comimos sentados uno frente al otro en la mesa del comedor.

—Se está tan tranquilo aquí... Me imagino que las vistas deben ser preciosas por la mañana. Creo que nunca volvería a la ciudad si viviera en un lugar así —admitió Reese.

—Entonces, ¿por qué no compraste una casa fuera de la ciudad?

Suspiró antes de responder:

—Tienes razón, pero no me imagino lejos de mi familia. Y tener que conducir una hora cada vez que quiero ver a mis sobrinos sería un fastidio.

—¿Solo por ver a tus sobrinos? —pregunté con una sonrisa.

Reese esbozó una tímida sonrisa:

—Mis primos también, aunque últimamente los ignoro un poco cuando voy de visita. Los pequeños acaparan toda mi atención, y yo no me opongo. Les encanta contarme sus cosas y me hace feliz saber de ellos, sobre todo de la mayor, Paisley.

Me gustó que se interesara genuinamente por sus sobrinos y que no viera a los niños como una molestia.

—Eres un gran cocinero —dijo después del primer bocado de entrecot—. ¿Alguna vez has pensado en ser chef?

—No. Mi padre siempre decía que reservaba sus habilidades culinarias para la familia, y yo opino igual. Creo que si tuviese que hacerlo de forma profesional dejaría de disfrutarlo.

—Me pasa lo mismo con la decoración navideña. Me gusta hacerlo para mi apartamento, pero no para el hotel. De hecho, este año mi abuela me pidió ayuda para decorar su casa, y tengo sentimientos encontrados al respecto.

—¿Por qué? —pregunté antes de tomar un bocado de ensalada.

—Me encanta ayudarla en la decoración, pero también significa que ya no tiene la energía para hacerlo sola. No lo dijo abiertamente, pero me doy cuenta. —Gimió al saborear la carne—. Madre mía, no era consciente del hambre que tenía. La verdad es que casi no comí nada en casa de mi tía —dijo Reese, que se llevó otro bocado de entrecot a la boca.

Nos quedamos en silencio durante unos minutos mientras terminábamos de comer. Reese no dejaba de mirar por la ventana.

—Ya podemos salir —dije, evitando a duras penas soltar una carcajada.

—Puedo esperar hasta que termines. O a comer el postre, si es que hay.

Negué con la cabeza:

—Comeremos el postre a la vuelta.

—¿Por qué?

—El tiramisú está congelado. Necesita reposar un rato a temperatura ambiente.

—Ah, claro. Sin prisa.

Se puso el abrigo mientras yo sacaba la caja del congelador, la dejaba en el fregadero y cogía mi chaqueta.

# Capítulo Dieciocho

# Dom

Reese, que estaba junto a la puerta, daba pequeños saltos de emoción y preguntó:

—¿Tienes salida al jardín o tenemos que ir por la puerta delantera?

—Hay una puerta trasera —respondí. Un pequeño sendero empedrado comunicaba dicha puerta con el lago.

—Este sitio es realmente bonito —dijo en cuanto salimos fuera.

Permanecimos en silencio durante unos segundos, y el aire se llenó del sonido de nuestras respiraciones. La cogí de la mano y la guié por el sendero. La empresa de decoración había colocado ristras de luces en algunos árboles, y había quedado precioso.

—Me imagino las fiestas que debes montar aquí con tus amigos.

—A decir verdad, no invito amigos a la casa del lago.

—¿Y por qué me has traído a mí? —murmuró.

—Porque quería compartir este sitio contigo. —Me costaba admitirlo y no le encontraba una explicación lógica, pero lo cierto es que quería compartirlo todo con ella.

Decidí dejar de pensar y me acerqué para besarla con pasión. Estaba sediento de ella. Tenía las mejillas frías pero la boca caliente, suave e irresistible. Reese emitió un gemido y me recibió con los labios abiertos, pero no me bastaba. No podía calmar mi sed. No importaba cuánto me diera, siempre necesitaba más.

Profundicé el beso, y Reese se movió unos centímetros antes de pegar un grito. No sabía qué estaba pasando hasta que vi que había perdido el equilibrio y estaba a punto de caerse.

En una fracción de segundo me percaté de que nos estábamos cayendo. Por insitino, intenté aferrarme a la rama del árbol más cercano, pero al escuchar un crujido y ver que era una delgada ramita, ambos nos caímos con un golpe seco.

Reese se echó a reír, y me contagió su risa. Me apoyé en un codo para no aplastarla:

—¿Te has hecho daño? ¿Te has golpeado la cabeza? —pregunté.

—No, tengo buenos reflejos. Pero no me di cuenta de que el suelo estaba tan resbaladizo.

—Yo tampoco. —Aún no había nevado, pero las bajas temperaturas habían congelado todo.

—Así es el crudo invierno en Chicago, si por lo menos nevara sería más bonito —se quejó—. ¿Qué ha pasado con las luces? —preguntó con la mirada puesta en el árbol a nuestro lado.

—Es probable que haya tirado del cable antes de caer y cortara la electricidad —admití.

Efectivamente, el cable estaba roto junto a la rama que había cogido para sostenerme.

—Siento haber estropeado el árbol —dijo Reese con un mohín.

—Madre mía, eres la cosa más tierna del mundo. Y estás helada —añadí con un tono más fuerte, al darme cuenta de que le tiritaban los dientes—. Volvamos a la casa.

—Pero no hemos terminado de ver todo.

La ayudé a ponerse en pie y le acaricié la cara:

—Hace mucho frío y no quiero que te pongas mala. Mañana tendremos tiempo de sobra para recorrer los exteriores. Venga, vamos a calentarnos.

—Vale —respondió y me cubrió las manos con las suyas, que estaban heladas.

—¿No tienes guantes? —pregunté.

—No, ¿para qué quiero guantes si tengo tus manos calientes y sexys para calentarme? —respondió con picardía. Nos apresuramos a entrar en la casa y, una vez dentro, no se quitó el abrigo; sus mejillas estaban muy coloradas.

—¿De verdad no te has hecho daño en la cabeza? —pregunté para estar seguro.

—No, aunque sí tengo muchísimo frío. Y no puedo creer lo que estoy a punto de decir, pero no creo que pueda comerme el tiramisú.

—Normal, no apetece con este frío. Primero voy a quitarte el abrigo y calentarte un poco.

Le quité la chaqueta y me di cuenta de que aún le castañeteaban los dientes. Le besé la mejilla y bajé hasta el lóbulo de la oreja, para tirar de él.

En un instante pasó de estar tensa a relajada. Cuando le llevé una mano en la parte baja de la espalda, se arqueó ligeramente. Sellé mi boca sobre la suya, y dejé las sutilezas de lado. No podía hacer otra cosa, llevaba días soñando con ese momento. Tomé sus manos entre las mías para calentarlas.

—Estoy entrando en calor —susurró.

Volví a besarla y me quité el abrigo por el ansia de tener un contacto más estrecho. Qué bien olía, a un aroma floral que desconocía, pero que me hacía pensar en ella.

Entonces di un paso atrás.

—¿Qué pasa? Ven aquí —pidió Reese al tiempo que tiraba de mi camisa.

—Vamos al dormitorio antes de que pierda la cabeza por completo y olvide dónde estamos.

*¿Pero qué me pasa? Me estoy comportando como un auténtico cavernícola.*

—Lo que tú digas.

La cogí de la mano y la llevé escaleras arriba.

—Primero vamos al baño. Una ducha caliente te hará entrar en calor —sugerí.

—Como te he dicho, soy tuya y puedes hacer conmigo lo que quieras —bromeó, y mi polla se tensó. Sabía cómo encenderme, y me encantaba.

Di las gracias por la enorme ducha del baño, que hasta ese momento me había parecido excesiva. Abrí el grifo del agua caliente aunque aún estábamos vestidos. Quería que todo el cuarto se llenara de vapor para que ella entrara en calor cuanto antes. Luego me volví para quitarle el jersey. Debajo llevaba solo el sujetador, no me extrañaba que se estuviera congelando.

Estaba tan sexy que me moría por paladearla. Pero sabía que la tendría todo el fin de semana, así que iría poco a poco.

Arrojé su jersey al suelo y ella me quitó el mío con la misma desesperación. A continuación le bajé los vaqueros de un tirón tan fuerte que Reese casi perdió el equilibrio, pero logró aferrarse a mi hombro. Llevaba un tanga a juego. Por instinto, la giré y casi pierdo

la razón al ver el diminuto hilo entre sus nalgas, que no pude resistir besar.

—Ohhhh —gimió con voz temblorosa.

Me desabroché el botón de los vaqueros, y los deslicé hacia abajo con ambas manos mientras dibujaba con mi boca una línea recta ascendente sobre su nalga izquierda. Luego descendí sobre la derecha. Reese jadeó ante mis caricias, se inclinó hacia delante y se aferró al borde de la ducha. Había suficiente vapor en el cuarto de baño para entrar en calor.

La di la vuelta para mirarla con mi polla erecta.

—Quítate el sujetador —le ordené.

Asintió, se echó la mano a la espalda para abrir el cierre y tiró el sujetador a un lado. Al mismo tiempo, le bajé el tanga hasta que cayó por los tobillos. Le separé las piernas con una mano y ella se apoyó en el cristal de la ducha.

—Todavía tengo un poco de frío —murmuró, y gimió cuando, sin previo aviso, llevé mi boca directamente sobre su clítoris—. ¡Dom!

Le di un lametón antes de enterrar mi lengua en ella. Reese inclinó las caderas hacia delante para que pudiera lamerla mejor y apoyó la cabeza contra el cristal, mientras continuaba mi asedio. Al sentir un ligero temblor en sus muslos, acaricié sus piernas, desde las nalgas hasta los tobillos, y otra vez en sentido ascendente.

No podía dejar de tocarla y ver cómo se incendiaba. Qué feliz sería si pudiera pasar el resto de mi vida complaciéndola con la boca entre sus muslos.

Cuando sus temblores se hicieron más intensos, decidí cambiar de estrategia. Llevé una mano a su entrepierna y aparté los labios para besarle el abdomen.

—¡Dom! —protestó ella.

—Tranquila, Reese. Haré que te corras con mi mano, pero quiero verte la cara de cerca cuando lo hagas.

Ella se contrajo en torno a mis dedos mientras la acariciaba con precisión, alternando la presión entre mi palma que se ocupaba del clítoris, y mis dedos corazón e índice que le estimulaban el punto G.

Empezó a gritar mi nombre. Maldita sea, estaba a punto de correrse, pero yo no tenía ninguna prisa.

Continué besando su cuerpo para sentir cada vibración. Me incorporé cuando percibí que se frotaba contra mí. La sostuve con la mano que tenía libre para que pudiera sucumbir al orgasmo.

Con ambas manos sobre mi pecho, recostó la cabeza contra el cristal de la ducha con tanta fuerza que tuve que dar un paso atrás. Quería sentir las vibraciones de sus gemidos contra mi boca, pero al final me conformé con verle la cara al correrse. Se entregó al placer con salvaje abandono antes de dedicarme una sonrisa satisfecha.

—Vaya manera de hacerme entrar en calor —murmuró.

—Un placer.

Me quité la ropa en el tiempo que tardó en ponerse bajo el chorro y regular la temperatura del agua a su gusto.

—Así está mejor.

Me uní a ella bajo el agua, se echó gel de ducha en las palmas de las manos y me hizo un gesto para que me apartara del chorro. Me empezó a extender el jabón por los hombros y el pecho. Su mano se deslizó hacia abajo hasta llegar a mi erección.

—Un poquito más de jabón aquí —bromeó, y me frotó con ambas manos.

*Joder, qué sensación tan increíble*. Sonreí y mecí mis caderas hacia delante y hacia atrás mientras me enjabonaba el pene. Me estaba volviendo loco, pero lo que yo realmente quería era estar dentro de ella.

—Reese, te necesito.

—Yo también te necesito —susurró, y me soltó.

Volví a colocarme bajo el chorro para enjuagarnos y la acomodé para que su espalda quedara apoyada contra las baldosas. Reese era demasiado bajita para follármela de pie, pero tenía una idea.

La alcé para que apoyara sus manos sobre mis brazos, y la bajé hasta mi erección. Estaba tan mojada que no fue necesario ningún preliminar más.

Reese gritó y apretó las rodillas contra mi cintura:

—¡Dios! ¿Cómo puede ser tan increíble?

—No lo sé —admití—. Pero me está volviendo loco.

No podía decir nada más, no podía expresarlo con palabras, pero podía mostrarle cómo me hacía sentir.

La recosté con cuidado contra la pared, a una distancia que me permitiera moverme libremente, y cerré el grifo, que ya no necesitábamos. Había tanto vapor que apenas podía respirar o verla, pero sí podía sentirla con intensidad.

Reese se aferró a mí y presionó con fuerza los dedos en mi pecho antes de pasarme las manos por los hombros. Gritó de placer y luego suspiró frustrada.

—Necesito que me empotres fuerte —susurró—. Ya mismo.

—Tus deseos son órdenes, cariño.

Sabía exactamente a qué se refería. No tenía un punto de apoyo y solo podía aferrarse a mí, de modo que salimos de la ducha.

Cogí unas toallas y la llevé al dormitorio, pero no me detuve a secarnos; estaba demasiado ciego para eso. Aún estaba dentro de ella, y la sentía contraerse con cada paso que daba, lo que era una sensación totalmente nueva. Arrojé las toallas sobre la cama para que pudiéramos tumbarnos sobre ellas.

—Qué inteligente —murmuró—. No sabía qué pretendías hacer con las toallas.

Apoyé a Reese en el suelo y dije:

—Date la vuelta, preciosa, y enséñame ese precioso culo. —Ella tragó con fuerza antes de girarse—. Ahora ponte en cuatro patas.

Jadeó, subió a la cama e hizo lo que le pedí.

En cuanto posicioné mi polla justo en su entrada, me enterré lentamente hasta el fondo.

—¡Joder! —gemí.

Me ardía todo el cuerpo. Las paredes internas de Reese estaban tan contraídas que me apretaban como un puño.

—Reese —gruñí.

—Estoy muy cerca.

Casi me corro al sentir sus dedos junto a mi polla. Estaba tan perdido que ni siquiera me había dado cuenta de que se estaba tocando el clítoris.

La embestí con un frenesí tan intenso que no supe quién se corrió primero. En un segundo, sentí que mi cuerpo ardía y mi visión se oscurecía, y al siguiente, Reese estaba gritando, se estremecía, y

sus músculos internos se tensaban a mi alrededor. Arqueó la espalda y bajó la cabeza contra el colchón para aferrarse a las sábanas.

Quería decirle que no se escondiera, pero en cambio, me corrí con fuerza. Quería que ella también me oyera, que supiera lo que había desencadenado en mí y que era dueña de ese poder. Quería que tuviera la llave de mi cuerpo.

—Me duelen las rodillas —gimoteó.

—Túmbate, preciosa —respondí.

Retiré mi polla y ella cambió de postura con una sonrisa aún más amplia que antes. Me gustaba ver esa expresión de satisfacción en su cara.

Me senté a su lado y le puse una mano en la barriga:

—¿Estás bien?

—No sé qué decir... Me has dejado sin palabras. —Hizo un extraño ademán, pero a juzgar por su sonrisa, lo había hecho bien. Abrió los ojos y echó la cabeza hacia atrás—. ¿Sabes lo que te digo? Tengo tanto calor ahora mismo que podría comerme un poco del tiramisú helado.

Me eché a reír:

—Buena idea. Además, ya se habrá descongelado un poco.

—Empecé a pensar en eso cuando estábamos en la ducha —reconoció con una tímida sonrisa.

—¿Estabas pensando en el postre mientras estaba enterrado en ti? —pregunté con un gruñido.

—Un poquito, nada más. La mayor parte de mi cerebro estaba nublada por ti.

Aparté mi mano y le besé el vientre:

—Quédate aquí.

Primero me dirigí al baño a por una toallita húmeda para limpiarme, y luego fui a atender a Reese. Después, fui rápido a la cocina para coger el recipiente y dos cucharas, antes de volver a la cama.

Se me hinchó el pecho de orgullo al darme cuenta de que Reese había seguido mis instrucciones. No se había movido y seguía tendida sobre las toallas.

Sus ojos se centraron en el tiramisú. En cuanto lo puse sobre la cama cogió una cucharada:

—Mmm, ¡qué rico! Una pregunta: ¿estarías dispuesto a hacerme entrar en calor otra vez si el tiramisú me da frío?

—Cuenta con ello —le aseguré.

—¿No vas a comer? —preguntó con el ceño fruncido.

—Claro que sí, pero para eso necesito que te recuestes.

—¿Por qué?

—Porque tú serás mi postre.

Soltó una risita y se tumbó en la cama con los labios apretados.

Le puse tiramisú alrededor del ombligo y lo lamí. Giró la pelvis y, aunque sabía lo que necesitaba, antes quería excitarla un poco más. Pasé a sus pezones, unté el izquierdo y luego el derecho antes de pasar la lengua por cada uno lentamente, como una suave tortura.

—Dom —murmuró.

—Te dije que quería explorarte, Reese. Y pienso hacerlo toda la noche.

# Capítulo Diecinueve

# Reese

Al día siguiente, tuve que resistir la tentación de pellizcarme para asegurarme de que no era un sueño. La noche anterior había sido maravillosa, pero ese día lo superaba con creces. El tiempo no había mejorado y una espesa niebla cubría el lago, pero Dom tenía encendida la chimenea eléctrica.

—Vaya, ¡qué acogedor! —dije, dejándome caer en el espléndido sofá en forma de L, en el que cabían cómodamente dos personas tumbadas.

Dom se sentó justo detrás de mí y me rodeó con sus piernas. Cuando sentí sus labios rozar mi nuca, aparté el pelo a un lado sin pensarlo.

A pesar de todo lo que tenía en la cabeza, mi cuerpo estaba completamente relajado. No tenía noticias de Declan con respecto a Malcolm, pero intentaba no pensar en ello.

—¿Qué ocurre? —preguntó contra mi piel.

—¿Qué?

—Te has puesto tensa de repente.

—Es que tengo mucha tensión acumulada justo aquí —respondí, señalando un punto exactamente debajo de donde acababa de besarme.

No quería contarle lo que pasaba con Malcolm y arruinar el bonito fin de semana que estábamos pasando. Además, Dom no podía hacer nada al respecto.

—¿Es solo una estrategia para que te toque aquí?

—No sabía que necesitara una estrategia —respondí con una risa.

—Tú no. —Me bajó la parte de arriba del pijama hasta la mitad de la espalda y me besó en línea recta desde la base del cuello hasta donde la tela cubría la piel. Mi centro palpitaba con cada beso.

—Me encanta sentir cómo se me relajan todos los músculos. ¿Por qué pierdo el tiempo con masajistas profesionales si tus besos son mucho más efectivos?

—Cuando necesites una sesión, solo tienes que avisarme.

—¿De verdad? ¿Y cómo piensas hacerlo? ¿Apareciendo en mi oficina? —pregunté con una sonrisa.

—No te sorprendas si aparezco por allí. Estoy a tu entera disposición.

*¿Está diciendo que no le importaría cruzarse con mi familia?*

—Te vuelve a pasar lo mismo —dijo antes de presionar suavemente mi vientre con una mano y besarme otra vez el cuello—. Hay algo que te pone tensa.

Me di la vuelta con la mirada entornada para preguntarle:

—¿Puedes leer la mente o algo así?

—No, pero puedo leer tu cuerpo.

—¿Y qué te dice?

Bajó la mirada y respondió:

—¿Ahora mismo? Que tienes ganas de mí.

Miré hacia abajo con curiosidad por averiguar qué estaba viendo. Se me había abierto la blusa del pijama y se me veían los pezones.

—¿Qué quieres que haga si me estás tocando y besando?

Puso dos dedos bajo mi barbilla, para darme un beso antes de decir:

—No lo sé, pero yo sí puedo hacer todo lo que quiera.

—Así es —respondí—. Y hoy es el día perfecto para quedarnos en la cama, ¿verdad? Qué tiempo tan terrible. Menos mal que salimos a recorrer anoche.

—Aún no te he enseñado la casa.

—Ya la he visto —respondí con el ceño fruncido.

—No has visto el sótano. Creo que te gustará.

—No suele ser mi estancia favorita. Siempre me han parecido sitios oscuros y espeluznantes —dije con un gesto de desagrado.

Dom me besó la sien y dijo:

—Pero este no. Dime cuando quieras bajar a verlo.

—Me has despertado la curiosidad, así que vamos ahora.

Me tomó de la mano y me guió hasta la puerta del sótano. Era imposible que me gustara más que el salón.

Pero qué equivocada estaba. Para empezar, no era un sótano típico. Tenía una ventana que daba al jardín, así que no era oscuro ni claustrofóbico. Era mucho más pequeño que el salón, por

supuesto, pero definitivamente no era una cueva. Había un *spa*, una sauna, una bañera de hidromasaje e incluso un gimnasio.

Solté un suspiro mientras recorría todo con la mirada:

—No creo que vuelva nunca más a Chicago. ¿Puedo quedarme aquí y ser tu ama de llaves?

Sonrió y me abrazó por detrás. Me encantaba cuando me abrazaba sin motivo. Me hacía sentir segura... y eso era algo nuevo para mí.

—Podemos venir el próximo fin de semana si quieres, Reese.

No solo me hacía sentir segura, sino también feliz.

Me di la vuelta y deslicé mis manos por sus brazos hasta llegar a sus hombros.

—Quiero probarlo todo: el gimnasio, la sauna y el *jacuzzi*. Aunque... no he traído bañador.

—Eso no es un problema.

—¿Quieres que me bañe desnuda? —pregunté, alzando una ceja.

—Tú lo has dicho.

—Es verdad. Mmm... creo que empezaré por el gimnasio.

—¿Has traído ropa de entrenamiento? —preguntó.

Puse los ojos en blanco antes de responder:

—¿Has visto mi maleta? He contemplado todo tipos de escenarios, pero no he traído bañador porque pensé que haría demasiado frío. ¿Y tú?

—Salgo a correr todas las mañanas, así que me he traído las zapatillas.

—Me gusta entrenar, pero verte hacer ejercicio será una motivación extra —dije.

El gimnasio era pequeño: unas cuantas máquinas de pesas, una bicicleta elíptica, una cinta de correr y una máquina de remo. Sencillo, pero más que suficiente.

—Venga, vamos a ponernos la ropa de entrenamiento.

Media hora más tarde, Dom corría en la cinta y yo en la bicicleta elíptica, desde la cual tenía una excelente vista de él y del jardín exterior.

Era el día más feliz que había tenido en mucho tiempo. Me encantaba ver a Dom sudando, y eso me motivaba aún más a seguir

con el entrenamiento.

Después de terminar mi sesión de cardio, fui a la colchoneta e hice mi rutina de Pilates mientras él pasaba al banco de abdominales y luego a las pesas. Esa última actividad fue, sin duda, mi favorita. Ver sus músculos marcándose con cada repetición me hizo la boca agua. Al terminar mis ejercicios, me tumbé y me apoyé en los codos para observarlo.

—¿Te gusta lo que ves? —preguntó con una sonrisa, mientras se sentaba erguido en el banco de pesas.

—Sip, y ni siquiera siento culpa por ello.

—¿Has terminado? —preguntó.

—Sí, pero no tengo fuerzas para levantarme.

Caminó hacia mí con paso relajado. Mmm, qué sexy estaba. Era la primera vez que me sentía atraída por un hombre sudado. Me tendió ambas manos y me ayudó a ponerme de pie.

Nos duchamos en el pequeño baño que había junto al gimnasio. Tuvimos que turnarnos, lo cual no dejaba espacio para ninguna actividad sexual.

Mientras Dom se lavaba, me quedé en la puerta de la ducha. Cada vez que se daba la vuelta, le tocaba el culo y escuchaba su risa mezclándose con el sonido del agua.

Después de cerrar el grifo y mirarme, intentó tocarme, pero retrocedí rápidamente.

—¿Así que esto no es un toma y daca? —preguntó.

—Así es. Tengo barra libre, pero tú no.

—¿Y eso por qué?

—Porque si me acaricias, podríamos acabar de nuevo en la cama.

—¿Y cuál sería el problema?

—Que antes quiero probar todo lo que hay en el sótano —dije mirando a mi alrededor.

—Entonces entremos a la sauna.

Dom lo había encendido antes de empezar a hacer ejercicio, así que estaba muy caliente. Me envolví en la toalla para evitar que mi piel entrara en contacto con la madera.

—¿Puedo echarle un poco de agua a la brasas? —pregunté. Había un cubo de agua junto al falso carbón que aportaría un poco

de humedad al aire.

—Claro. Si quieres, también puedes poner algún aceite esencial. Están en la estantería de fuera.

—¿Alguna preferencia? —pregunté.

—No. Elige lo que quieras, Reese.

Elegí la esencia de pino y eché unas gotas en la cesta antes de volver a dejar el frasquito fuera.

—Yo echaré el agua —insistió—. Está caliente y no quiero que te quemes.

—Vale. —Sabía que no sería tan torpe de quemarme, pero me gustaba que fuera protector conmigo.

En cuanto el agua cayó sobre las brasas, la habitación se llenó de vapor y de un delicioso aroma.

Inhalé profundamente y suspiré:

—Me encanta. El olor a pino es muy relajante.

Se sentó a mi lado con una sonrisa radiante:

—Me alegro de que estés disfrutando del fin de semana.

—Así es. ¿Cuánto tiempo crees que podremos aguantar el calor? —pregunté.

—Puede que unos cinco minutos.

—Bien.

Tres minutos después tuve que salir, al igual que Dom.

—¡No aguantaba más! —exclamé.

Los dos estábamos rojos y sudando.

—En el norte de Europa tienen la costumbre de bañarse en agua fría después del sauna —explicó.

—Gracias, pero paso. Odio el frío.

—Sabía que dirías eso.

—Vamos a tomar otra ducha solo para quitarnos el sudor, ¿vale? Te prometo que no te tocaré —dije y le guiñé un ojo.

—Mmm, eso ya lo veremos.

Moví las caderas de forma exagerada justo antes de que un sonido a tela desgarrada invadiera la habitación. Un segundo después, me di cuenta de que me había arrancado la toalla.

Jadeé y me di la vuelta para decirle:

—¡Oye! ¿Es que me quieres volver loca?

Me apresuré a abrir el grifo. Aunque la ducha era pequeña, entró conmigo y me besó profundamente. No tardó un segundo en llevar las manos hacia mi culo para acariciarme, y esa vez no se lo impedí. El fin de semana estaba siendo increíble y no quería que terminara.

# Capítulo Veinte

# Reese

El domingo por la tarde, mientras íbamos de regreso a Chicago en el coche, me invadió la melancolía.

—¿Puedes dejarme en *The Happy Place*? —pedí.

—¿Sueles ir allí todos los domingos?

Parpadeé un momento antes de responder:

—¿Lo dices por que la otra vez también me llevaste allí? La verdad es que no suelo ir los domingos, a menos que esté mi abuela. Y resulta que hoy también está mi hermana, y no me quiero perder eso. Este año, y hasta finales de febrero, quiere ofrecer a los clientes chocolate caliente y dulces.

—No es mala idea.

—Creo que le vendrá bien para mantenerse ocupada, aunque estoy segura de que ha sido idea de Kimberly. La abuela también ha horneado galletas, otra cosa que le encanta hacer. Mi hermana y yo nos turnaremos para asegurarnos de que no se esfuerce demasiado. Aunque, para ser sincera, John ya se encarga bastante de eso. Y Travis también.

—Vaya, veo que hacéis todo en equipo —dijo con una risa.

—Sí, así es como funciona nuestra familia.

Cuando entramos en la ciudad, Dom puso la dirección en el navegador, ya que llegábamos desde una ruta diferente a la de la última vez. La verdad es que no estaba preparada para despedirme de él. Habían sido dos días increíbles, todo fluyó como la seda y me divertí muchísimo, algo inédito para mí.

Cuando llegamos le indiqué que aparcara el coche en una calle lateral, donde había menos tráfico.

—Voy a sacar tu maleta —se ofreció cuando apagó el motor.

Con un suspiro, salí del coche. Cuando llegué al maletero, él ya había descargado el equipaje.

—¿Dónde está la entrada de la librería? —preguntó.

—No hace falta que lleves mi maleta, yo me encargo.

Me miró fijamente y añadió:

—Me gustaría saludar a tu abuela y a tu hermana.

Ese simple comentario bastó para que se me iluminara la cara con una enorme sonrisa.

—Vale, pero primero voy a coger las flores del asiento de atrás.

—¿Para qué las quieres?

—Porque es un ramo precioso, y se habría echado a perder si lo dejaba en la casa del lago. Además, se me ha ocurrido una idea. —Quería secar las flores y guardarlas. Ya había empezado a ver un tutorial en YouTube, aunque daba la impresión de que sería más complicado de lo que parecía. Sostuve el ramo en mis brazos mientras Dom llevaba mi maleta.

Una vez inaugurado el hotel, habíamos trasladado la entrada a *The Happy Place* a la parte lateral del edificio. De pronto, vimos una larga cola delante de la puerta.

—¡Vaya! —exclamé—. Creo que la abuela lo está petando con el chocolate caliente.

Varios personas que estaban en la fila nos miraron con mala cara.

—Trabajamos aquí —me excusé mientras nos colábamos sin miramientos y abríamos la puerta.

La fila se extendía hasta el mostrador, donde Kimberly servía el chocolate. A su lado, mi abuela se ocupaba de la caja registradora. John también estaba al fondo, sacando las tazas de plástico de una caja. Me encantaba que estuviera allí, apoyando a la abuela.

—¿Qué es todo este lío? —pregunté.

—No nos ha quedado otra que arremangarnos. Las dos dependientas que tenían turno hoy han pillado una gripe —me explicó mi abuela.

—Es la época —dijo Kimberly antes de quedarse paralizada—. ¡Dominic! Estaba deseando conocerte. —Apretó los labios, y miró de reojo a la abuela, quien también saludó a Dom.

—Espero que podamos charlar en unos minutos... o en una hora, dependiendo de cuánto tardemos en atender a todo el mundo.

—Abuela, ya he pedido refuerzos —le dijo Kimberly.

—¿Quién viene? —me apresuré a preguntar. No quería que nadie abrumara a Dom.

—Travis, que ya está en el hotel poniéndose al día con el trabajo. Y Declan dijo que se pasaría.

Me volví hacia Dom:

—No hace falta que te quedes hasta que lleguen ellos. Estaremos a tope sacando el trabajo adelante.

—¿Es que no quieres que me conozcan? —preguntó juguetonamente.

Me aclaré la garganta antes de responder:

—No, pero no quiero que te agobien.

—Te prometo que eso no pasará. Además, ya que estoy aquí, también puedo echar una mano.

—¡Excelente! —exclamó la abuela—. John, ven un minuto para conocer a Dominic.

John se giró y le tendió la mano:

—Encantado de conocerte, Dom. Beatrice, estaré atrás organizando las provisiones.

—Oh, pero no quiero dejarte solo.

—No pasa nada. Disfruta de la familia —respondió con un beso en la frente.

La abuela no discutió, y yo suspiré cuando se fue. Eran adorables.

—Bueno, ¿qué hacemos? —pregunté.

Kimberly cogió su teléfono con disimulo, pero enseguida me puse a su lado. El cliente que teníamos delante ya me miraba con mala cara. No quería ser grosera, pero si no detenía a Kimberly, convocaría a toda la familia a la librería.

—Yo me encargo —dije, arrebatándole el teléfono de las manos.

—¿Qué haces?

—Si me quedo de brazos cruzados, en menos de cinco minutos estarás avisando a toda la familia de que Dom está aquí.

Kimberly hizo una mueca de enfado y el cliente que teníamos delante empezó a reírse. Obviamente, no había sido tan discreta como pensaba.

—Es verdad, *estuve* tentada de avisar a todos. Pero ahora que me has pedido que no lo haga... ¿puedes devolverme mi teléfono?

Se lo entregué de mala gana:

—¿Cuándo vienen Declan y Travis?

—Travis está entrando por la puerta ahora mismo.

Levanté la cabeza justo a tiempo para verlo entrar. Se dirigió directamente a Dom, sin saludos ni rodeos. Se limitó a tenderle la mano y decir:

—Travis Maxwell. Creo que no nos conocemos.

—No, no nos hemos presentado. Soy Dominic Waldorf.

Travis parpadeó un momento mientras le reconocía. En una fracción de segundo, me acerqué a ellos.

—¡Hola, primo!

—Hola —dijo, sin apartar la mirada de Dominic—. ¿Cuánto tiempo lleváis juntos?

—¡Travis! ¿Puedo hablar contigo? —exclamé con fastidio.

—Sí, te escucho.

—En privado —recalqué.

Finalmente, me miró con cara de sospecha. *¿Qué le pasa a Travis por el amor de Dios?*

—Claro. Ha sido un placer, Dominic.

—Lo mismo digo. —Percibí sarcasmo en la voz de Dom, pero no podía culparlo.

Llevé a mi primo a la parte trasera, y en cuanto estuvimos solos, le solté:

—¿Se puede saber qué estás haciendo?

—Quiero saber qué pasa entre vosotros dos.

—Sí, me lo imaginaba. ¿Pero puedes ser más sutil? Nos conocimos la noche del evento benéfico. Me hizo un favor.

—Madre mía, no hacen falta *tantos* detalles.

—¡No fue un favor sexual! —Dios mío, mis primos me sacaban de mis casillas—. ¿Cómo se te ocurre eso? Olvídalo, prefiero no saberlo —dije—. En pocas palabras, cuando me crucé con Malcolm en el evento, como te conté, Dom fingió ser mi novio.

Los ojos de Travis se abrieron de par en par:

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque Malcolm se estaba comportando como un idiota. Una cosa llevó a la otra... y ahora ya no estamos fingiendo.

Mi primo parecía aliviado y dejó la hostilidad de lado.

—Bueno, eso le hace ganar puntos. Ahora volvamos antes de que la abuela lo asuste.

—No creo que el problema sea precisamente la abuela —dije con ironía.

Me quedé boquiabierta cuando volvimos junto al mostrador. Kimberly y Dom estaban sirviendo las tazas de chocolate caliente.

—Travis, Dom y Reese, por favor servid el chocolate, que Kimberly y yo nos encargaremos de los pagos. Será más rápido si lo hacemos así —ordenó mi abuela.

Me pareció un buen plan, así que me metí de lleno en mi nuevo papel.

—¿Cómo es que ha venido tanta gente? —preguntó Dominic. No podía creer que se pusiera a trabajar codo con codo con nosotros.

—Le pedí a Kimberly que publicara en Facebook lo del chocolate caliente —explicó la abuela—. Es todo un éxito.

Pusimos las tazas en unas bandejas que Kimberly había preparado y atendimos a los clientes. Travis, Dom y yo no paramos hasta que todos tuvieron sus bebidas y volvimos a entrar.

—Hacemos un gran equipo, Dominic —dijo Travis.

—Así es. He pasado por aquí muchas veces pero nunca había entrado en la tienda ni en el hotel.

—¿Quieres subir a tomar algo al bar cuando acabemos aquí?

Dom entornó apenas la mirada. Apuesto a que se cuestionaba el repentino interés de Travis.

—Me parece una gran idea —dijo Kimberly, que claramente nos había escuchado. Y además, estábamos a pocos pasos de distancia de la caja.

La abuela tenía razón. Todo funcionó mejor desde que Kimberly y ella dejaron de servir el chocolate.

—Pero no creo que pueda acompañaros. Alguien tiene que quedarse aquí abajo con la abuela —añadió mi hermana.

—Tonterías —respondió ella—. Puedo ocuparme de todo. Vosotros, jóvenes, id a divertiros.

—¿Qué hay que hacer? —nos sobresaltó la voz de Declan. El continuo vaivén de la puerta me había hecho perder la noción de quién entraba y salía.

Se detuvo en seco cuando vio a Dominic.

*Otra vez lo mismo.*

—Declan, este es Dominic Waldorf —los presenté—. Dom, este es mi primo Declan.

Se estrecharon la mano. Declan me miró fijamente, pero no preguntó nada.

*Algo no cuadra. Mi primo es desconfiado por naturaleza, ¿cómo es que ni siquiera ha preguntado qué pinta Dominic aquí?*

Entonces lo entendí. Su buen comportamiento tenía un motivo. Saludó con la cabeza a Kimberly, y ella le respondió con un gesto de aprobación. Era obvio que mi hermana le había advertido. Punto para ella. La próxima vez confiaría más en su criterio.

—Bueno —dijo la abuela—, subid todos al bar.

—Sí, fuera de aquí —ordenó Kimberly—. Me reuniré con vosotros en cuanto terminemos, ¿vale? —La librería cerraría en media hora.

—Abuela, ¿cómo vas a volver a casa? —preguntó Travis.

—John y yo vinimos juntos en el coche.

—Bien. Kimberly, abuela, ¿estáis seguras de que podéis manejar todo esto? —insistió Declan.

—Sí —confirmó Kimberly—. Ve y pídele a Tom que te prepare un margarita. La nueva receta está triunfando entre los clientes.

Me volví hacia Dom:

—¿Quieres quedarte, o tienes otros planes?

—Me quedaré.

—Entonces vamos —dijo Travis.

Declan seguía evaluando a Dom mientras yo cogía la maleta que había dejado en un rincón, junto con el ramo. Coloqué las flores de manera estratégica para que todos pudieran verlas. Mis primos se fijaron al instante, y supe que Dom había sumado otro punto a su favor.

—¿Vas a subir todo? —preguntó Dom señalando la maleta.

—Sí, así no tengo que volver a pasar por la librería cuando me vaya. Para entonces, ya estará cerrada. ¿Estás listo?

—Sí. Hace tiempo que quiero conocer el bar.

Me pasó un brazo por los hombros mientras nos dirigíamos hacia el ascensor de la parte trasera.

—¿Dónde estábais? —preguntó Declan. Su tono no era exactamente cortante, pero tampoco amistoso.

—Reese y yo pasamos el fin de semana en mi casa del lago —respondió Dom.

Estaba segura de que se había anotado otro tanto por haberme llevado de escapada romántica.

*Quizá no lo espanten después de todo.*

# Capítulo Veintiuno

# Reese

—Vamos a sentarnos —dijo Declan cuando llegamos al bar.

Mis primos y Dom fueron a tomar asiento a nuestra mesa de siempre. Mientras tanto, yo me apresuré a la barra para pedir las copas. Tom estaba muy ocupado con los clientes, pero me hizo un gesto con la cabeza para indicarme que me había visto.

Unos segundos después, se acercó y dijo:

—Me ha parecido ver un caballero con vosotros que no conozco.

Tom llevaba trabajando en el bar desde su inauguración. Aunque tenía edad para jubilarse, desde que había enviudado, decía que no podía quedarse en casa. Pasaba una cantidad desmesurada de tiempo en el hotel, incluso cuando no estaba de turno. Sabía todo lo que se cocinaba allí, como por ejemplo, que yo llevaba un par de años soltera.

—Sí, estoy saliendo con él. ¿Puedes preparar una poción mágica para evitar que mis primos le den el coñazo? Kimberly me ha comentado que habéis cambiado el margarita.

—Enseguida me pongo a ello.

—Gracias, Tom. Eres mi salvador —dije antes de volver a la mesa.

—No tengo la intención de... —decía Dom cuando me acerqué a ellos. Estuve a punto de tropezarme contra la mesa, por lo que la conversación se detuvo.

Me aclaré la garganta y me senté en un taburete:

—Por favor, decidme que no le habéis preguntado qué intenciones tiene conmigo.

Declan me miró fijamente:

—No, le he preguntado si *Waldorf Fashion* tiene intención de abrir más tiendas en Chicago. Pero en algún momento iba a preguntarle eso también.

*Tierra trágame, por favor, y no me devuelvas.*

Travis se echó a reír, al igual que Declan. Dom, por su parte, me cogió la mano por debajo de la mesa.

—¿Podemos olvidarlo y hablar de otra cosa? —pregunté, al tiempo que cruzaba y descruzaba las piernas en un intento de liberar parte de mis nervios.

Dom me dio un beso en la sien antes de susurrarme al oído:

—Eres adorable, Reese. Relájate, solo hemos venido a tomar una copa.

No sabía cómo relajarme. Llevaba años sin presentar a nadie a la familia y me resultaba totalmente ajeno. No podía evitar pensar que en algún momento dado todo se torcería.

—Dom —dijo Declan después de que nos sirvieran las bebidas—, me ha llegado el rumor de que te ofreciste a ser el acompañante de Reese la noche que la conociste.

—Vaya, las noticias vuelan en vuestra familia —respondió Dom.

—No es que yo sea una persona escéptica... —comenzó Declan.

—*Es* la persona más escéptica que conozco —intervine.

—Es que no lo entiendo. ¿Por qué te ofreciste a montar ese teatro? —terminó.

Dom se colocó más recto y respondió:

—Malcolm se estaba comportando como un gilipollas, y aunque no conocía a Reese de nada, no podía permitir que la tratara así. Un rato antes aquella noche, me confesó todo lo ocurrido entre ellos.

—¿Por qué? —preguntó Declan.

—Eso queda entre Reese y yo —respondió Dom.

Tragué saliva. Era todo un caballero por no comentar sobre mi ataque de nervios en el guardarropa.

—Vale, me parece bien —dijo Declan—. Bueno, brindemos otra vez.

—¿Por qué brindamos? —pregunté.

—¿Por los comienzos poco convencionales? —sugirió Travis.

—Me gusta.

No dejaba de contemplar las flores que había dispuesto en una de las sillas vacías de la mesa. Me parecía increíble lo que estaba sucediendo: estaba presentando a Dom a mis primos y, además, nos lo estábamos pasando genial.

Veinte minutos después se unió Kimberly. Nos quedamos en el bar dos horas más antes de dar la noche por terminada.

—Chicos, tengo que deshacer las maletas y mañana quiero llegar temprano a la oficina —anuncié.

—Yo le dije a Bonnie que estaría en casa para cenar —dijo Travis.

—¿Necesitas que te lleve? —me ofreció Declan.

—Yo la llevo —respondió Dom, que puso inmediatamente su mano en la parte superior de mi espalda.

¿Acaso era normal que me sintiese tan pletórica? Estaba con un hombre que, además de regalarme flores, se ofrecía a llevarme a casa. La vida me sonreía.

Media hora más tarde, cuando Dom aparcó el coche delante de mi edificio, tuve que aceptar que el fin de semana había acabado oficialmente. Mientras rodaba la maleta hasta mi apartamento, mi móvil vibró en el bolsillo de mi abrigo. Lo saqué justo cuando entramos, pensando que sería mi hermana, uno de mis primos, o incluso la abuela.

Lo último que esperaba era que fuera Malcolm.

Me quedé paralizada, incapaz de hacer otra cosa que leer su mensaje varias veces. Había borrado su número. A decir verdad, lo tenía bloqueado, pero era evidente que consiguió uno nuevo.

***Quiero hablar contigo, no con Declan.***

***Malcolm***

Puso su nombre por las dudas, por si no me quedaba claro que era él.

—Reese, ¿qué ocurre? —preguntó Dom. Inmediatamente guardé el teléfono en mi bolsillo y levanté la vista—. ¿Qué ha sido eso? —añadió, dirigiendo su mirada hacia la mano que, apenas un segundo antes, sostenía el móvil.

—Nada. Solo un mensaje.

—¿De quién?

—No... no importa.

—¿Entonces por qué estás nerviosa?

Me pasé la mano por el pelo y respondí:

—No lo sé. Es... Olvídalo, ¿vale? Es solo un mensaje.

—Era de Malcolm. Lo he visto, Reese.

*Mierda.*

—Sí, era de él.

—¿Y no me vas a decir de qué se trata?

Respiré hondo y contesté:

—No. Lo siento, pero no me apetece hablar de ello.

—No me dijiste que estabas en contacto con él.

—No estoy en contacto, me acaba de mandar un mensaje de la nada.

—Mírame a los ojos y dime que no has tenido noticias suyas durante todo este tiempo.

—¿A qué viene esto? —pregunté con la mirada entornada.

—Es que me siento un idiota. ¿Necesitas que te proteja o es que tienes pensado volver con él? ¿O es que ya has vuelto con él, y yo soy un simple amante?

***

# Dom

Me negaba a creerlo, pero tampoco podía engañarme a mí mismo. Tenía las pruebas delante. Lo había guardado bajo llave.

—¡¿Pero qué dices?! —exclamó.

—Es que mira cómo te has puesto.

Reese se cruzó de brazos y me espetó:

—Después del fin de semana que hemos pasado, ¿es eso lo que piensas de mí?

—¿Qué quieres que piense, Reese? Es evidente que estás en contacto con él, y no quieres que me entere.

—¿Y esa es la conclusión a la que llegas? En tal caso, no me queda más remedio que pedirte que te vayas.

*Vete, Dom. No puedes enamorarte otra vez de una mujer que juega contigo. ¿Es que no has aprendido nada?*

Sus ojos se empañaron y siguió mirándome.

*Joder. No puede estar pasando esto. Reese jamás haría algo así. ¿Por qué estoy siendo tan gilipollas?*

Por experiencia, que me estuviese ocultando información nunca podía significar nada bueno.

—Reese, si estoy equivocado...

—¿*Si* estoy equivocado? ¡Por el amor de Dios! ¡No puedo creerlo! Vete, por favor.

—Dime que estoy equivocado. Es lo que más quiero en el mundo.

—¡No solo estás tremendamente equivocado sino que te has pasado de la raya!

Me coloqué delante de ella:

—Entonces cuéntame qué está pasando, Reese. Dime por qué te está mandando mensajes y por qué no quieres que lo sepa.

Respiró hondo y respondió:

—Porque no quería involucrarte en los problemas con Malcolm. Está claro que he hecho lo correcto dada tu reacción ante un simple mensaje. A fin de cuentas, parece que no estamos tan unidos como creía.

—Reese, sabes que eso no es verdad. Hemos pasado un fin de semana espectacular.

Ella tragó saliva antes de preguntar:

—Entonces, ¿por qué te has puesto así?

Retrocedí un paso. No encontraba las palabras adecuadas, y era imprescindible que no la cagase. Reese estaba al borde del abismo; si decía algo equivocado, la perdería.

—Porque la última vez que una mujer no fue sincera conmigo, mi vida se vino abajo. Esa es la verdad. La única verdad. Te pido disculpas por reaccionar así, pero no tengo nada más que decir en mi defensa. Al ver que me escondías algo, saqué la peor conclusión.

Durante unos segundos, Reese se quedó completamente inmóvil. Sabía que era un momento decisivo para nosotros.

—Quiero saber qué está pasando en tu vida, Reese. A juzgar por lo que he visto y oído de Malcolm hasta ahora, no pueden ser buenas noticias.

—¿Y aún así pensaste que estaba intentando volver con él? ¡Parece que no me conocieras!

Incliné la cabeza en señal de aceptación:

—Te pido disculpas otra vez. No debería haberme precipitado así.

—No, no deberías haberlo hecho —respondió, y por un momento tuve la impresión de que estaba sopesando sus opciones—. Bien, te contaré lo que pasa. —Jugueteó con los pulgares y comenzó—: No era así como pretendía terminar el fin de semana, sino por todo lo alto. Pero tampoco te quiero seguir ocultando nada. —Todavía sonaba un poco distante, pero no podía culparla. Después de todo, me *había* comportado como un completo idiota.

Hicimos una pausa para quitarnos los abrigos y los zapatos, y Reese dijo:

—Voy a prepararme una copa. ¿Quieres una?

—No.

—Entonces dejaré la copa para otro momento. Mejor acabar con esto de una vez. —Se sentó en el sofá, y me senté a su lado—. Hace un tiempo me envió un mensaje diciendo que nos demandaría a mí y a mi familia por cancelar el proyecto del *spa* para construir luego el hotel. No voy a entrar ahora en todo el tema legal porque no

entiendo ni la mitad; lo mío son las finanzas. Declan está al tanto de todo.

—¿Por qué no me lo contaste?

Se puso recta y echó los hombros hacia atrás:

—Porque es *mi* problema, y tú no tienes nada que ver con esto.

—Estamos saliendo. Quiero saber todo lo que te ocurre, tanto lo bueno como lo malo.

—¿Para qué? ¿Para sacar las peores conclusiones?

Tomé una de sus manos entre las mías:

—Te juro que no volverá a ocurrir. Fue un momento de debilidad. Pero no me ocultes cosas, Reese, aunque sea lo peor. Todos necesitamos apoyo, y sé que cuentas con tu familia, pero quiero tener el privilegio de estar a tu lado, pase lo que pase.

—¿Lo dices en serio?

Sus ojos buscaron los míos. Era evidente que aquel cabrón le había hecho daño. Tendría que esforzarme más en demostrarle cuán importante era ella para mí.

—Joder, claro que sí.

Reese asintió y dijo:

—El mensaje dice que quiere tratar directamente conmigo y no con Declan. Como si fuese a dar un paso sin el asesoramiento legal de mi primo. —Respiró hondo y exhaló con lentitud—. Mira, siento no habértelo dicho y entiendo que esta situación te haya generado inseguridad. No era mi intención. Solo quería mantenerte alejado de mis problemas.

La subí sobre mi regazo con tanta rapidez que soltó un jadeo y casi pierde el equilibrio. Pero yo la estaba sujetando para que nada le pasara.

—No tienes que protegerme, Reese. Quiero estar siempre a tu lado. ¿Entendido?

Asintió y añadió:

—También me envió un mensaje la noche que me llevaste al club de jazz.

—Eso explica algunas cosas.

—¿Ves lo que te digo? Aún sin entender lo que me estaba ocurriendo, *estuviste* al pie del cañón.

—Quiero saber qué te ocurre en todo momento. Así podré cuidar mejor de ti.

Se rió y se relajó por primera vez desde que yo había empezado la maldita pelea.

—¿En serio? Porque hasta ahora has estado impecable.

La acerqué para besarle el cuello:

—Siempre se puede mejorar, Reese. Y quiero hacerte otra promesa: a partir de ahora, solo verás mi mejor versión.

—Pues no coincido. En las relaciones hay una de cal y otra de arena. Para que esto funcione tenemos que compartir todo, lo bueno y lo malo. ¿Me lo prometes? —preguntó.

Asentí, pero no dije nada. Por primera vez me di cuenta por qué había intentado mantenerme al margen. No estaba acostumbrada a compartir sus cosas con un compañero, al igual que yo. Me había casado e intercambiado los votos correspondientes, pero Kelly nunca estuvo presente en "las malas". Y, sin embargo, eso era exactamente lo que Reese quería hacer.

Me sentí más conectado con ella que antes, como si acabáramos de crear un lazo invisible que nos unía aún más. Era una sensación extraña, pero al mismo tiempo estimulante.

# Capítulo Veintidós

# Dom

—Papá, parece que te has quedado sin opciones —bromeé. Nuestra partida de ajedrez habitual estaba siendo interrumpida por un partido de fútbol americano.

—Y tú estás en una posición aún peor. De todos modos, con la edad he perdido la habilidad de hacer muchas cosas a la vez, así que podemos quitar el partido. Los Bears van a perder, y no quiero verlo.

Apagué la televisión. Mi padre era un gran aficionado a los Bears, pero no quería sufrir viendo la derrota.

—Papá, quería comentarte que para Acción de Gracias...

Levantó la vista, y se quedó inmóvil un instante antes de mover su peón y decir:

—¿Vas a decirme que por fin harás planes con una mujer que está a tu altura y pasarás olímpicamente de este anciano?

Fruncí el ceño:

—No, iba a preguntarte si quieres cenar antes de lo habitual.

Miró el tablero:

—¿Sigues saliendo con esa chica que llevaste a la casa del lago hace unas semanas?

Le sostuve la mirada antes de preguntarle:

—¿Cómo te has enterado?

—Se lo dijiste a Dora. No pensarás que iba a ocultármelo, ¿verdad? —bromeó—. Hijo, espabila, ella me lo cuenta todo.

—Tomo nota.

—Entonces, ¿sigues saliendo con esa chica?

—Sí —respondí sin entrar en detalles. Reese y yo habíamos pasado mucho tiempo juntos desde entonces.

—Bien. Quiero conocerla.

No había pensado en eso. Estaba seguro de que Reese tendría planes con su familia para el Día de Acción de Gracias, de modo que no se me pasó por la cabeza invitarla a cenar con nosotros.

—¿Quieres que traiga a Reese a la cena de Acción de Gracias? —pregunté para estar seguro de haber entendido bien.

—Sí, quiero conocer a la mujer que tiene a mi hijo tan embobado que ni siquiera aprovechó mi despiste con los Bears para ganarme la partida. Eso es un buen augurio. Cuando conocí a tu madre, olvidé a qué hora empezaban las reuniones o de qué trataban. Mis compañeros de trabajo estaban indignados.

Nunca, ni una sola vez, había oído a mi padre hablar de mi madre desde que falleció.

—Háblame de ella —insistió.

Le conté sobre Reese mientras terminábamos la partida de ajedrez. Mi mente iba a mil por hora. No era un genio, pero estaba cien por cien seguro de que ya tendría algo organizado con su familia. Hacía muy poco tiempo que estábamos juntos, pero algo me decía que ella encajaría perfectamente con nosotros. Así que ideé un plan, pero no lo pondría en marcha hasta después de salir de casa de mi padre.

Por supuesto que me ganó la partida, pero me gustaba verle ganar porque le levantaba el ánimo. Cenamos temprano con Dora, y cuando empezaron con su rutina nocturna aproveché para irme.

Llamé a Reese en cuanto salí, aún asimilando la idea de que mi padre quería conocerla. Me contestó justo cuando subía al coche.

—Hola. ¿Cómo está tu padre?

—Feliz. Me ha ganado al ajedrez.

—Eso es bueno, ¿no?

—Sí. Pero se dio cuenta de que no daba pie con bola porque estaba pensando en ti.

—Oh.

—Y tiene razón.

—¿En serio? ¿Qué más dijo? —preguntó con un tono juguetón.

—Que quiere conocerte. Y ahora mi pregunta es: ¿qué vas a hacer en Acción de Gracias?

—Hay una gran cena en casa de mi tía Lena.

Tal como había imaginado.

—Tengo una propuesta para ti.

—Te escucho.

—Papá y yo solemos almorzar juntos ese día. Incluso puedo organizar un *brunch*, si te viene mejor. Y así después, tendrás el

resto del día para estar con tu familia.

—¡Me encantaría! —exclamó.

Habría dado cualquier cosa por verle la cara en ese momento. Me gustaba cómo se le iluminaban los ojos cuando estaba contenta. De hecho, su energía cambiaba.

—Pero con una condición —continuó.

—Te escucho.

—¿Te gustaría venir conmigo a la cena? Toda mi familia estará allí, y por supuesto, tu padre también está invitado.

—Se negará rotundamente. ¿Pero no sois ya demasiados? —pregunté.

—Confía en mí, no pasa nada porque vengan uno o dos más. Seguro que se alegrarán de verte.

—¿Eso te haría *feliz*, Reese?

—Muy feliz.

—Entonces cuenta conmigo —dije con una sonrisa.

***

El Día de Acción de Gracias, llegué a casa de mi padre a las seis y media de la mañana para asegurarme de que el pavo estuviese listo a tiempo.

—Dora, ¿qué tal estoy? —preguntó mi padre. Hacía años que no lo veía tan elegante, con camisa de vestir y corbata.

—Estás estupendo. Si fueras quince años más joven, hasta intentaría ligar contigo —dijo Dora con un guiño.

—¿Quince? Yo diría más bien cincuenta años menos, muchacha.

—No eres tan viejo —respondió ella con el ceño fruncido.

—No, pero así es como me siento.

Me alegraba que mi padre y Dora se llevaran así de bien. Tuvimos suerte de encontrar una cuidadora tan buena como ella.

Cuando sonó el timbre, fui directamente a abrir. Al pasar junto a Dora, me susurró:

—Quiso arreglarse para recibir a Reese.

Me había dado esa impresión, así que sonreí.

Cuando abrí la puerta principal, me eché a reír, porque apenas podía ver a Reese detrás de una torre de cajas.

—¿Por qué has traído tantas cosas? —pregunté, aliviándole parte de la carga.

—Encargué una tarta y unos dulces en la pastelería de Liz. Hace unas cosas riquísimas.

Le di un recatado beso, con las cajas de por medio, ya que mi padre estaba justo detrás.

Me di la vuelta para presentarlos:

—Papá, Dora, os presento a Reese.

—Hola, encantada de conoceros —dijo Reese.

Mi padre le estrechó la mano:

—Soy Theodore. El placer es mío, muchacha. Has sido muy amable por venir hoy a casa.

—Por supuesto. No me lo perdería por nada.

—Espero que tengas hambre, porque Dom ha cocinado como si esperara a un batallón.

—Así es. Por eso me salté el desayuno. Y me alegro mucho de no haber pecado con los dulces que traje de la pastelería.

—Ya me caes bien —dijo mi padre. Lo normal era que fuera distante, pero percibí un sutil cambio en él desde que Reese entró en la casa.

—Venga, enséñame la cocina, y dime en qué puedo ayudar —dijo Reese.

—Tonterías —respondió mi padre—. Ven a hacerme compañía. Dominic lo tiene todo bajo control, ¿verdad?

Reese me miró sorprendida, y me reí:

—Es un mandón de primera.

Ella me guiñó un ojo y agregó:

—Ahora entiendo de dónde has sacado tu carácter. ¿Qué te parece si charlamos mientras ayudo a Dom? —preguntó Reese.

Le di un beso en la sien y le puse una mano en la cintura:

—No hace falta, Reese. Lo tengo todo bajo control, ya tengo experiencia preparando el pavo. Ve con mi padre.

—Vale. Eso significa que soy toda tuya, Theodore.

Se sentó con mi padre en el salón mientras yo volvía a la cocina.

El pavo estuvo listo a tiempo y Reese me ayudó a poner la mesa.

—¡Qué buena pinta! Tengo que hacerle unas fotos —dijo, mientras cogía el teléfono, pero se detuvo—. Bueno, mejor no.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Pensaba enviarle las fotos a la tía Lena, pero puede que se ponga celosa.

Le sonreí:

—Vamos, sentémonos y veamos si me ha quedado tan rico como parece.

Los cuatro nos reunimos alrededor de la mesa y charlamos durante la comida. Me alegró ver lo bien que se llevaban mi padre y Reese. Dora no dejaba de sonreír al verlo tan animado y dicharachero.

Cuando terminamos la comida, mi padre le preguntó a su cuidadora:

—¿Hay algún programa en la tele que retransmita el encendido de las luces de la ciudad?

—Que yo sepa, no —respondió ella.

—Tengo una idea —dijo Reese, y se sentó más recta. Una oleada de su perfume me envolvió. Era nuevo, pero igual de adictivo que el anterior. Poco a poco me fui dando cuenta de que, sin importar cuál usara, era adicto a *ella*—. ¿Por qué no salimos a ver las luces? Están por todo Chicago.

Mi padre frunció el ceño:

—No sé si es el mejor plan para un viejo decrépito como yo con este frío glacial...

—Podemos ir a *Light Up the Lake* en Navy Pier. Está cubierto y además es precioso. —Reese sonaba muy entusiasmada. No le había contado que, desde que mi madre murió, mi padre no había vuelto a recorrer las luces de Navidad—. Seguro que nos lo pasaremos muy bien.

Mi padre alternó la mirada entre Dora y yo:

—Tienes razón, Reese. No había pensado en ese sitio resguardado. Voto porque vayamos.

Dora echó la cabeza hacia atrás, tan sorprendida como yo. Jamás se me habría ocurrido que mi padre aceptaría.

—Puedo recoger y marcharme ahora para que tengáis tiempo en familia, si queréis —ofreció Dora.

Mi padre le clavó la mirada:

—Dime con sinceridad, niña: ¿quieres tiempo libre o piensas que serías un estorbo?

—Como sabéis, mi familia no está en Chicago, así que no tengo ningún plan. Pero si los tres queréis pasar tiempo juntos...

—Tonterías —dijo mi padre haciendo un gesto con la mano—. Si me dejas tirado, me tocará ser el sujetavelas de la pareja.

—Iremos todos juntos —dijo Reese, sonriendo de oreja a oreja.

Dora se levantó:

—Muy bien, entonces, vamos a prepararte —le dijo a mi padre. Yo seguía esperando que cambiara de opinión en el último segundo y se inventara una excusa, pero no ocurrió.

Cuando entraron en el dormitorio, Reese se volvió hacia mí:

—¿Pasa algo? Tienes cara seria.

—Estoy sorprendido —admití—. Mi padre lleva mucho tiempo sin salir de casa.

—Me lo comentaste, pero también dijiste que le gustaba ver las luces de Navidad. Por eso se me ocurrió un sitio que no estuviese a la intemperie.

—Espera, ¿te has tomado la molestia de buscar un sitio así?

Asintió antes de responder:

—Sí. Me encantan los mercadillos navideños, pero hace tiempo que no voy a uno cubierto.

—Eres increíble, ¿lo sabías?

Sonrió tímidamente y agachó la cabeza. La atraje hacia mi regazo, incapaz de resistirme a tocarla.

—Eh, ¿qué haces? —dijo, y echó un vistazo nervioso hacia un costado—. Podrían volver en cualquier momento.

—No, tardarán un rato. —Le besé el cuello y se relajó en mis brazos. Ver cómo se rendía a mis caricias era mi momento favorito.

Sonrió con satisfacción:

—No eres capaz de comportarte ni en casa de tu padre, ¿eh?

—No puedo evitar querer estar más cerca de ti y tocarte.

—Me gusta —murmuró.

Un sonido nos sobresaltó. Reese saltó de mi regazo y agarró un par de platos como tratando de disimular. La puerta se abrió y Dora entró en el salón.

—Ya casi estamos listos —dijo, pero su mirada enseguida se posó en Reese, que tenía la cara roja y apretaba los platos con fuerza—. No tienes que recoger, yo me encargaré a la vuelta.

—Son solo un par de platos, no hay problema —dijo Reese rápidamente.

Yo también me levanté para coger el último plato y los cuatro vasos.

—Estaremos listos en unos minutos —anunció Dora—. Iremos en dos coches, ¿verdad?

Le había comprado a Dora un vehículo adaptado para que pudiera desplazarse con la silla de ruedas. Aunque él no quería salir de casa, quise que tuviera esa opción.

—Claro —respondí, y ella se dirigió de nuevo al dormitorio con mi padre.

Reese y yo llevamos todo a la cocina. Puse los vasos y el plato junto al fregadero, donde ella ya estaba enjuagando el resto. Me acerqué, presionando mi cadera contra la suya, y le sonreí.

—No —dijo en voz baja—. ¿Ves? Sabía que pasaría algo así y nos pillarían.

Su comentario me hizo reír:

—Reese, somos adultos. Eso de "pillarnos" ya no aplica.

—Pues a mí aún me da apuro cuando estoy en casa de mi padre o de mis tíos.

—Lo que tú digas —murmuré, besándole la nuca, luego la sien, y después mordisqueándole suavemente el lóbulo de la oreja. Cuando se trataba de Reese, nunca tenía suficiente. Siempre necesitaba más —. Nos comportaremos lo mejor posible.

Dora terminó de asistir a mi padre justo cuando acabamos de fregar los platos. Nos montamos en nuestros respectivos coches y llegamos a Navy Pier media hora más tarde. Yo aparqué primero y esperé a Dora. No necesitó mucha ayuda para bajar a mi padre, ya que el coche estaba diseñado para eso.

Una vez acomodado, Reese se dirigió directamente a él:

—Hay un montón de cosas increíbles. Nos lo vamos a pasar pipa.

Él la miró con una sonrisa. Hacía mucho tiempo que no le veía tan feliz. Pero ese era el efecto que Reese provocaba en los demás. Su calidez interior, su alegría y su inmensa bondad contagiaban a quien estuviese a su lado sin que ella se lo propusiera.

No podía entender cómo Malcolm no la había valorado. ¿Cómo pudo tener a una mujer así a su lado y no estar locamente enamorado?

Ese fue el momento exacto en que lo supe. Allí, en la penumbra del aparcamiento, al ver a mi padre y a Reese reír juntos, supe que la amaba.

Y nunca jamás había sentido algo así por nadie.

# Capítulo Veintitrés

# Reese

*Light Up the Lake* se convirtió al instante en uno de mis nuevos paseos navideños favoritos. Theodore observaba todo a su alrededor con curiosidad. Me hacía feliz verlo tan contento.

El pabellón estaba abarrotado, lo cual no era una sorpresa. Sin embargo, su amplitud evitaba que se sintiera agobiante, y el alto techo hacía que no pareciera un espacio cerrado. Por suerte estábamos resguardados del gélido viento de Chicago.

Mis ojos necesitaron unos segundos para adaptarse a la multitud de luces mientras atravesábamos un túnel de iluminación dorada. Dora empujaba la silla de ruedas de Theodore, y ambos miraban a su alrededor con interés.

—Eres una hechicera —me dijo Dom al oído.

—¿Cómo has dicho? —pregunté y me giré hacia él.

—Tienes hechizado a mi padre.

—¿Porque le convencí para salir?

—Le gustas. Y a mi padre no le gusta nadie. Créeme.

—Bueno, le gusta Dora.

—Es su decimoquinta cuidadora en un periodo de tres años.

—Guau —respondí con un gesto de sorpresa.

Mi teléfono sonó en mi bolsillo. Lo saqué y puse mala cara.

—Oh, no.

—¿Qué pasa? —preguntó Dom con el ceño fruncido.

—No me he ganado el árbol.

—Sigo sin entender nada.

—Todos los años busco un árbol de Navidad gigante para el salón de mi casa. Como es difícil de conseguir, me apunto a un sorteo, pero no me ha tocado.

—Lo siento, Reese.

—No importa. Igualmente compraré un árbol grande, pero no *tan* enorme como este que te digo.

—¿Cuándo montas el árbol?

—Ah... es una historia curiosa. Lo cierto es que pongo dos: uno desde principios de diciembre hasta el veintitrés, y luego uno

enorme en Nochebuena.

Dom me lanzó una mirada, pero se abstuvo de hacer comentarios. Al pasar junto a un pato gigante decorado, se me escapó una carcajada, aún más cuando Theodore comentó:

—La gente está chalada. ¿Qué tiene que ver un pato con la Navidad?

—Déjalo, papá —dijo Dom.

—Lo intento pero no puedo evitar preguntarme qué sentido tiene el pato.

Estábamos rodeados de luces blancas, amarillas y rojas. La multitud charlaba animadamente. El olor a ponche de huevo y vino caliente era intenso, incluso más que en un mercado navideño al aire libre. Me encantaron los árboles de luces y los renos gigantes.

—¿Puedes hacerme una foto con los renos y con Theodore? —le pedí a Dom.

—Claro.

—¡Tonterías! —exclamó Theodore—. Reese, no querrás arruinar la foto con mi cara.

—Eso no va a pasar. Aunque creo que lo mejor sería hacer un *selfie* para que salgamos todos. Vamos, Theodore, di "patata" —dije mientras me ponía a su lado.

—¿Cómo sabes que no sonrío? —preguntó en tono combativo.

—Tuve una corazonada.

Se echó a reír. A reír de verdad.

Dom, que estaba a punto de hacernos una foto, bajó ligeramente el teléfono y nos miró incrédulo. Le guiñé un ojo.

*Dios, ¡qué gran día!*

En ese momento hizo la foto, aunque ni Theodore ni yo estábamos posando. ¿Pero qué más daba? Las fotos espontáneas siempre eran las mejores.

—Venga, hagámonos una foto todos juntos —dijo Dom antes de pedirle ese favor a un chico que estaba haciendo la cola para hacerse una foto con los renos y su familia.

Cuando Dom volvió hacia nosotros, noté algo diferente en su sonrisa. No sabía qué, pero parecía feliz, y eso era lo único que

importaba. Se acercó y me rodeó la cintura con un brazo. Dora se unió a nosotros en la foto, colocándose junto a la silla de Theodore.

El desconocido tomó unas cuantas y luego dijo:

—Bueno, alguna servirá. —Por su tono impaciente, era obvio que quería que nos apartáramos.

Tenía razón. Estábamos acaparando los renos, aunque eran una de mis atracciones favoritas.

—Vamos a los iglús —dije.

—¿Qué cosa? —preguntó Theodore.

—Bueno, así los llamo yo porque se parecen mucho.

—¿Te refieres a esas bolas gigantes de ahí? —preguntó, y todos nos echamos a reír.

—Sí, papá, las pelotas gigantes —respondió Dom con una sonrisa.

Nos dirigimos hacia las bolas y aprovechamos el camino para contemplar todas las luces y decoraciones.

—Tienes razón. Parecen iglús —dijo Theodore cuando los tuvimos delante. La mayoría eran dorados, aunque algunos también rojos.

—Me da curiosidad dormir en un iglú —le dije a Dom—. Pero cuando recuerdo que detesto el frío, ni me lo planteo.

—Pero me tendrías a mí para darte calor humano —me murmuró Dom al oído.

—Ahora que lo mencionas, voy a reconsiderarlo. Pero de momento, prefiero recorrer este sitio cálido y acogedor.

Junto con Theodore, entramos en uno de los iglús. Lo observé de reojo, y, para mi sorpresa, tenía la mirada un poco vidriosa.

—Theodore, ¿estás bien? —pregunté en voz baja.

—A mi esposa le habría encantado venir aquí. Solíamos ir a menudo a algún mercadillo y al desfile de Navidad en Magnificent Mile. Le habría gustado conocer este sitio. Y tú le habrías gustado mucho también.

—Gracias —atiné a decir realmente conmovida, antes de llevarme las manos al pecho—. Es muy amable de tu parte. —Miré a mi alrededor para ver si Dom había escuchado nuestra conversación, pero ni él y Dora estaban por ningún lado.

—¿Adónde habrán ido? —pregunté—. Hace un momento estaban aquí.

—Dora dijo que le apetecía vino caliente. Se debe haber hartado de mi carismática personalidad.

—Pero hoy te estás portando muy bien —dije con un ligero codazo.

—Hago lo que puedo.

—¿Qué te parece si nos hacemos unas *selfies* más? —pregunté, y saqué mi teléfono.

Se rió, sonrió a la cámara e hicimos unas cuantas fotos. Nos lo pasamos en grande haciendo el tonto dentro del iglú. Había sitio de sobra, así que no tuvimos que darnos ninguna prisa, y me encantó hacer reír a Theodore.

—Alguien está tan contento que no le hace falta vino caliente —dijo Dora.

Cuando levanté la vista, vi que Dom y ella sostenían dos tazas cada uno. Inmediatamente cogí la mía y en cuanto le di un sorbo, disfruté del calor y el sabor a especias.

Pero enseguida otro aroma me invadió las fosas nasales:

—Huelo a almendras tostadas, garrapiñada o algo así.

Dom miró a Dora:

—Te dije que se daría cuenta sin siquiera verlo —dijo y sacó un cucurucho de papel del bolsillo.

—¡Oh! ¡Yo quiero! —En mi excitación, casi derramo el vino.

—Ten cuidado de no quemarte, mi amor —dijo.

Casi me derrito. Me había llamado "mi amor" delante de su padre.

Dom abrió el cucurucho y cogí unas cuantas nueces glaseadas con miel, canela y vainilla en polvo.

—Están buenísimas —dije después de saborear un buen bocado —. Y van muy bien con el vino caliente.

—Valió la pena salir de casa solo por esto —comentó Theodore.

Tomé pequeños sorbos de mi taza mientras engullía las nueces.

—¡Sí que combina bien! —exclamó Dora.

—¿A que sí? —dije con una sonrisa.

Una vez terminada su bebida, Theodore dijo:

—Dora, creo que es hora de volver a casa y dejar que la flamante pareja disfrute el resto del día.

—¿Qué? No. Podéis quedaros con nosotros todo el tiempo que queráis —dije con toda sinceridad. Pero en el fondo, sabía que no iba a convencerle. Ese gesto tan suyo, manteniendo la cabeza bien erguida, me recordaba a Dom cuando ya había tomado una decisión.

—Muy bien. Theodore, vámonos —dijo Dora con su característico tono serio.

No pude contenerme y me acerqué a él para darle un abrazo. Theodore me estrechó con firmeza y dijo:

—Cuida a mi hijo, por favor.

—Lo haré. Lo prometo —murmuré para que nadie más escuchara. Pero al separarme, me encontré con la mirada de Dom, que me observaba con los ojos entrecerrados.

Después de que se marcharan, Dom me hizo girar hasta quedar frente a él:

—¿Qué te ha dicho mi padre?

—Es un secreto entre él y yo.

Me miró fijamente y me besó la mano. Con la otra sujetaba con fuerza mi taza de vino.

Abrí el cucurucho de papel y cogí más nueces. Al estar cubiertas de azúcar en polvo, terminé con el pelo lleno de pequeños rastros.

—Oh, maldita sea. ¿Cómo ha podido pasar?

—No te preocupes, te ayudaré a limpiarte.

—Es muy difícil de quitar. Tengo azúcar por todos lados. Soy un verdadero desastre.

—No, eres jodidamente adorable, y te amo.

Respiré hondo, levanté la vista y parpadeé. ¿Estaba alucinando? ¿O acaso, después de un día tan mágico, a Dom se le había ido la olla? No podía haber dicho eso justo allí, en medio de un mercadillo navideño, dentro de un iglú.

Tragué saliva, sin saber qué decir.

—Te amo, Reese.

—Dios mío. Pensé que lo había imaginado.

—¿Qué? —preguntó con una risa.

—¿Puede ser que lo digas porque hemos pasado un día... ya sabes... tan bonito? —Desvié la mirada hacia su taza, tratando de calcular cuánto había bebido—. Además, has tomado un poco de vino.

—No estoy borracho, Reese. Lo digo en serio. Te amo.

—¿Estás seguro? Porque yo llevo enamorada de ti desde hace tiempo, y no quiero ilusionarme si no lo sientes de verdad.

—No lo diría si no estuviera seguro. Y si hubiera esperado hasta que llegáramos al dormitorio para decírtelo, te lo demostraría con hechos.

—Has elegido el momento perfecto. Siempre recordaré este lugar, la hora, y el día en que me lo dijiste.

—Sí, aunque ahora mismo no pueda tenerte como quiero.

—Guarda esa idea para ponerla en práctica cuando terminemos el paseo —dije con una sonrisa.

—¿Quieres decir que aún no hemos terminado?

—¡Por supuesto que no! Estaba yendo despacio por consideración a tu padre. ¿Sabías que hay seiscientas mil luces en el predio?

—No —respondió en tono comedido.

—Así es. Y aún no hemos visto ni la mitad.

—¡Reese!

—No. No es negociable —insistí.

Dom me dio un beso en la frente y dijo:

—Vale. Si te hace feliz, pasaremos más tiempo aquí. Pero no te olvides de la cena en casa de tu tía.

Me acurruqué contra él, y le di un abrazo. Incliné la cabeza y le pasé la nariz sobre el pliegue del cuello antes de estamparle un suave beso, con cuidado de no derramar la taza que sostenía con una mano.

—¿Qué estás haciendo, Reese?

—Upss. —Di un paso atrás—. Lo siento, no volverá a pasar. Es que tu aroma es irresistible y tu cuello mi debilidad.

—Vamos, preciosa. Sigamos con el paseo —dijo Dom, esbozando una sonrisa mientras tomaba mi mano con firmeza—. Disfruta del

mercadillo. Ya tendremos tiempo de llegar a casa, saciar mis ganas de ti, e ir a casa de tu tía.

***

La cena de Acción de Gracias de mi tía era legendaria. Normalmente, toda la familia ayudaba en la preparación, y estaba segura de que ese día no sería la excepción. Me sentía un poco culpable por haber estado fuera todo el día, pero podía vivir con ello tras la maravillosa jornada que había pasado.

Conduje a Dom al interior de la casa, y me reí al oír un tumulto de voces y el llanto de un bebé desde la cocina.

—Bueno, llegó el momento de la verdad —dije con una enorme sonrisa.

Dom me apretó la mano y respondió:

—Reese, nos lo pasaremos muy bien.

Declan, Travis y Kimberly estaban junto con sus parejas, pero fue la abuela quien nos vio primero y se acercó con John.

—¡Hola cariño! Bienvenido, Dominic. Qué bien que hayáis venido. —La abuela nos dio un abrazo a cada uno.

John también me abrazó y se volvió hacia Dom para tenderle la mano:

—Me alegro de volver a verte —dijo Dom.

La tía Lena nos sonrió, pero levantó las manos llenas de perejil picado en señal de advertencia:

—Tendréis que disculparme, pero no estoy en condiciones de saludaros como es debido. Dom, me alegro de que hayas venido.

El tío Emmett se lavó las manos rápidamente en el fregadero y procedió a palmear el hombro de Dom y a estrecharle la mano.

—Hola, soy Emmett, el tío de Reese.

—Y estos son mis primos Luke, Tyler y Tate —les presenté.

—Es un placer conoceros —dijo Dom—. Reese me ha hablado mucho de todos vosotros.

—Y nosotros hemos oído que Reese y tú ya habéis comido hoy con tu padre —dijo Lena.

—Así es.

—Bueno, espero que os haya quedado espacio para todas las cosas ricas que he preparado.

Miré por el rabillo del ojo a Dom, conteniendo la risa.

—Reese me avisó, así que he hecho un hueco —respondió con una sonrisa.

Mi tía estaba siendo muy *atenta* con él, como era de esperar.

—Bien, el pavo está reposando y estamos preparando los últimos detalles —explicó.

—Estupendo —dijo Dom—. Reese me ha dicho que tienes un sistema muy organizado para dividir el trabajo entre todos. Estoy listo para empezar.

Vaya. Se la había ganado por completo.

Mientras trabajábamos codo con codo, noté que Lexi y Kendra susurraban en voz baja. Cuando se dieron cuenta de que las estaba mirando, me sonrieron. Tenía la sensación de que no nos quitarían el ojo de encima en toda la velada, pero eso era normal en mi familia.

Dom se había convertido en el centro de atención, y yo no podía estar más encantada. Hacía años que no me sentía tan feliz. Después de que mi familia tuviera que soportar al Grinch en el que me había convertido durante un tiempo, estaba agradecida de poder compartir con ellos mi felicidad.

*Este Día de Acción de Gracias estaba siendo simplemente perfecto.*

# Capítulo Veinticuatro

# Reese

Conforme el tiempo se volvía cada vez más frío, en el hotel organizábamos actividades de interior para divertir al personal. A principios de diciembre montamos un puesto de ponche junto a la máquina de café, sin alcohol, por supuesto.

Ese año celebramos la fiesta de Navidad de la empresa antes de lo habitual porque mucha gente tenía previsto tomarse las vacaciones justo en esa época.

La fiesta comenzaría a las seis de la tarde y tendría lugar en el bar. Lo habíamos cerrado al público a las cuatro para montar la decoración y organizar las mesas.

Había invitado a Dom, porque quería presumir de novio ante todo el mundo. Yo también le había acompañado a la fiesta de Navidad de su empresa y a otras dos a las que no podía faltar. Para mí no suponía un problema: me encantaban todas las fiestas.

Kimberly y yo hicimos algunas compras en *Waldorf Fashion*, costumbre que teníamos de antes de conocerle, pero que ahora resultaba aún más divertida. Esperaba que apareciera por la tienda cuando estábamos allí, pero no ocurrió.

La velada en el hotel sería maravillosa. Luke y Meg confirmaron su asistencia, al igual que Tyler y Kendra. Por lo general, invitábamos a toda la familia, aunque muchos estaban bastante ocupados en esas fechas y no podían acudir. Y aunque la presencia de Dom resultaba un gran incentivo para el cotilleo, me sorprendió que no asistiera toda la familia.

Un llamado a la puerta me sacó de mis pensamientos.

—¡Adelante! —dije.

La puerta se abrió y entró Declan.

Me recosté en la silla y pregunté en tono jocoso:

—¿Te has apuntado a la fiesta después de todo?

Pero no sonrió mientras tomaba asiento en la silla frente a la mía. Me incorporé de inmediato. Fue entonces cuando me di cuenta de que no estaba allí por la fiesta.

—No, a decir verdad, no recordaba que era hoy. Quería contarte que me he reunido con los abogados de Malcolm, y lo cierto es que no tienen fundamentos para demandar al hotel.

—Entonces, ¿por qué se empeña en hacerlo? —pregunté con el ceño fruncido.

Declan hizo una mueca:

—No lo sé.

—Por la cara que llevas, seguro que tienes una teoría, aunque no sabes si compartirla conmigo o no.

Mi primo suspiró y respondió:

—Mi teoría es que Malcolm cree que, si insiste lo suficiente, terminarás cediendo y le darás un cheque.

Eché la cabeza hacia atrás:

—No puede ser. No he dado el brazo a torcer en todos estos años. Además, no he hecho nada malo. ¿Qué le llevaría a pensar que ahora sí estoy dispuesta a rendirme?

—No lo sé—dijo Declan—. ¿Tienes alguna idea? A ver, está casado y tiene trabajo, me cuesta creer que sea solo por venganza.

—Sí, eso es extraño. Quizás esté pasando por un mal momento económico. —Suspiré, dejando caer los hombros—. Lo siento, Declan. Ojalá tuviera una respuesta.

—Lo resolveremos. Pero tú no te preocupes por nada.

—Gracias por ocuparte. Me avergüenza tener que pedirte ayuda constantemente.

—Reese, ya sabes que no me molesta ocuparme de los asuntos familiares.

—Lo sé, pero parece que mi porcentaje de problemas legales supera con creces al del resto.

—No pasa nada, ¿vale?

—Bueno, ya que estás aquí, ¿subimos juntos al bar? ¿Puedo ofrecerte una copa?

Declan se encogió de hombros:

—¿Y por qué no? Es época festiva y no tengo ningún compromiso esta noche.

—¿Y Liz?

—Está en el *catering* de un evento —respondió con indiferencia.

—¿Y eso no te gusta?

—No entiendo por qué trabaja tanto. Yo puedo hacerme cargo de todo.

Su respuesta me derritió el corazón.

—Ella lo sabe, pero la pastelería era su sueño. No creo que lo padezca como un trabajo.

—Es justo lo que ella dice —refunfuñó en voz baja.

—¿Ves? Toma en cuenta su opinión —dije mientras subíamos las escaleras hacia el bar—. Mmm, ¡qué bien huele!

—Hace semanas que huele a vino caliente —replicó Declan.

—Cierto, pero este lleva ron.

—¿Cómo puedes notar la diferencia?

Me di un golpecito en la nariz:

—Es un superpoder.

El bar se había transformado por completo. La decoración era sutil con globos rojos y dorados colocados estratégicamente por la sala, además de los dos árboles de Navidad. Me alegré de haber cambiado de compañía de decoración; el año anterior se había pasado de moderna para mi gusto. No creía que hubiera que modernizar la Navidad.

—¿A qué hora llega la gente? —preguntó Declan.

—En veinte minutos, más o menos. Vamos a buscar algo de beber.

Nos acercamos a la barra y Tom nos sirvió una copa de vino caliente a cada uno. Declan y yo brindamos, y bebimos mientras nos poníamos al día.

Dom llegó diez minutos después. Luego Tyler, Kendra, Luke y Megan llegaron al mismo tiempo.

—Declan, no sabíamos que vendrías —saludó Luke.

—He venido a echaros una mano para interrogar a Dom —respondió Declan con un guiño.

—Me estáis dando demasiada importancia —apuntó Dom con una risa.

—Sí, lo sabemos —dijo Tyler, que lo miraba atentamente.

Empezaron a hacerle preguntas, algunas sobre la empresa, otras sobre nuestra relación, las cuales respondió con mucha facilidad.

Estaba muy orgullosa de él.

Poco a poco, los empleados empezaron a aparecer. Algunos subieron directamente de la oficina; otros fueron a casa para cambiarse de ropa. La única que no podía asistir era Sarah, la recepcionista, pero tenía una sorpresa para ella más tarde. Después de dar mi discurso y saludar a todo el mundo en el bar, bajaría a cubrirla para que al menos pudiera tomarse un vino caliente. Los botones se turnarían entre ellos para subir a disfrutar de la fiesta.

A medida que iba llegando más gente, me preguntaba si debía esperar para dar mi discurso; Travis y Kimberly aún no habían llegado y quería que ellos también dijeran unas palabras.

Me saltó una alarma al ver a uno de los botones entrar al bar. Se suponía que no debía estar allí, a menos que surgiera algún problema. Lo que deduje que estaba ocurriendo cuando se dirigió hacia mí.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Hay un hombre que insiste en verla. No queremos dejarle subir, pero está causando jaleo en la recepción y está incomodando a los huéspedes.

—¿Quién es? —pregunté, y enseguida caí en la cuenta—. ¿Malcolm?

Asintió.

—¡Maldita sea! —exclamó Declan—. El abogado debe haberle informado de nuestra reunión.

Respiré hondo antes de girarme hacia mi familia:

—Quiero que todos os quedéis aquí. Yo bajaré a hablar con él.

—No irás sola ni de coña —dijo Dom—. Voy contigo.

—No, ni hablar. Yo...

—¡Dios mío! —gritó Kendra con los ojos como platos.

Me giré y vi a Malcolm caminando hacia nosotros.

—Mierda, parece que ha conseguido burlar a los de seguridad —dedujo el botones.

—Joder, ¡qué suerte tengo de ver a todo el clan al completo! —exclamó Malcolm con sarcasmo con la mirada puesta en Declan.

Dom dio un paso adelante:

—¡Fuera de aquí!

Malcolm lo ignoró y se dirigió a mí:

—Reese, necesito hablar contigo.

—¿Cómo te atreves a aparecer aquí? Estamos celebrando la fiesta de Navidad del hotel —le espeté enfurecida.

Malcom sonrió con satisfacción:

—Sabía que así me prestarías atención. Aunque debo decir que no contaba con que todos estuvieran aquí.

—¡Fuera! —gritó Tyler.

Debía sacar a Malcolm de allí. Tenía un talento impresionante para sacar de las casillas a cualquier persona, y lo último que quería era involucrar a alguien más de la familia. Tyler ya había tenido un lío un tiempo atrás por culpa de Malcolm, y la liga de *hockey* lo mandó al banquillo. Me negaba a permitir que otro se viera afectado por él.

—¡¿Crees que eres intocable?! ¡¿Que puedes estafarme y salirte con la tuya?! —gritó Malcolm escupiendo saliva por todas partes.

—Por el amor de Dios —dijo Declan—. Ya le he dicho a tus asesores que no tienes ningún fundamento legal para iniciar una demanda.

—Sí lo tengo, existe algo llamado...

—Malcolm, no es el momento ni el lugar. Me pondré en contacto contigo para hablar —dije con la mayor calma posible.

—¡Y una mierda! Llevas años siendo una auténtica cobarde y te escudas en Declan.

Dom se puso delante de él y lo cogió por el cuello:

—Si no te vas de aquí ahora mismo, te sacaré a golpes.

—Y entonces me darás un motivo para ir a por *ti* —respondió y dio un largo paso hacia atrás. Dom lo soltó.

Un frío gélido me caló los huesos.

*¡No!* No podía ir tras Dom. Ya había causado suficiente daño a la gente que amaba.

Los empleados nos miraban con cara de asombro.

—Malcolm, no vas a conseguir lo que quieres esta noche —dije.

Su expresión cambió al instante. Pareció replegarse y darse cuenta de que no era el momento de discutir y salir victorioso. Lo

único que quería era que abandonara el lugar antes de que liara un espectáculo aún peor.

—Vale. Pero si crees que me iré con las manos vacías o que no me corresponde una parte de todo esto, lo tendréis muy difícil.

Declan abrió la boca, pero le lancé una mirada de advertencia. Necesitaba que Malcolm pensara que conseguiría lo que quería para que nos dejara en paz. Quería celebrar la fiesta de Navidad con mis empleados. Era lo único que pedía.

—Siempre te has escudado en tu familia, Reese —se mofó Malcolm.

—¡Fuera! —grité.

Sabía que quería acorralarme a solas, pero no iba a darle esa satisfacción.

Malcolm miró hacia atrás. Dos guardias de seguridad le flanqueaban por ambos lados.

—De acuerdo, me iré. Pero no creas que es la última conversación que tendremos sobre este tema.

—Jamás pensaría eso —dije con sarcasmo.

Me costaba respirar mientras lo veía salir escoltado por los guardias. Debería haberles dado su foto para que le prohibieran la entrada, pero no me había percatado de eso hasta ese momento.

Cuando salió del bar, respiré hondo. Mi familia estaba conversando y Declan les estaba explicando algo con tono serio.

—Reese, ¿qué puedo hacer por ti? —preguntó Dom.

—Necesito estar un rato a solas.

—¿Dónde podemos ir? Te acompañaré.

—Al almacén detrás de la barra.

Dom me rodeó la cintura con un brazo y me llevó al almacén. Una vez dentro, me acarició la cara.

—Reese, dime cómo te sientes.

Respiré hondo y respondí:

—Necesito salir de aquí. No quiero defraudar a mi familia ni a los trabajadores, pero no creo que pueda mantener la compostura el resto de la noche.

—Nadie se sentirá defraudado. Vamos, te sacaré de aquí.

—Dame unos segundos más, ¿vale?

—Claro. Me quedaré aquí contigo.

Me mantuvo contra su pecho y, aunque me sentía más fuerte en sus brazos, sabía que no estaba de ánimo para una fiesta. Quería que nuestros empleados se divirtieran, y no se preocuparan por la jefa.

—Ya podemos irnos —dije al cabo de unos minutos.

Me cogió de la mano y salimos. Mi familia estaba en el mismo lugar que antes. Travis y Kimberly también habían llegado. Nos apresuramos hacia ellos:

—Escuchad —empecé—. Espero que no os importe, pero no puedo estar aquí esta noche.

—No te preocupes —dijo Travis. Por su expresión sombría, supuse que estaba enterado de lo que había pasado—. Kimberly y yo nos ocuparemos de todo. Dom, cuida de ella.

—Lo haré.

No sabía si despedirme de los empleados, pero aún faltaban muchos por llegar, y no quería generar revuelo.

Miré a Dom:

—Vamos.

Me cogió de nuevo la mano y me apretó ligeramente los dedos.

# Capítulo Veinticinco

# Reese

—¿Te apetece un plan de último momento? —me preguntó.

—Claro.

A decir verdad, me apetecía acurrucarme en una manta, pero no quería decirlo en voz alta.

—De acuerdo. Entonces nos vamos a la casa del lago.

Eso me arrancó una sonrisa:

—Me parece una idea genial. Pero, ¿tienes la casa preparada?

—Me ocuparé de todo. No te preocupes.

Acto seguido hizo una llamada desde su teléfono. El timbre reverberó en el altavoz del coche, y una voz femenina contestó:

—Buenas noches, señor Waldorf.

—Hola, Agnes. ¿Puedes ir a la casa y comprobar que esté todo en orden? Voy para allá.

—La casa está preparada, pero no hay nada en la nevera. ¿Quiere que compre algo para cenar o desayunar?

—Te agradecería que compraras algo para mañana. Ya hemos cenado esta noche.

—Por supuesto. Estará todo listo para cuando llegue.

Cuando cortó la llamada, me volví hacia él:

—No puedes hacer trabajar a esa pobre mujer a estas horas.

—Sé lo mucho que te gusta la casa del lago. Allí te sentirás mejor. Además, ella vive a cinco minutos. Factura por hora, y le hace falta el dinero.

—Has dicho que vive a cinco minutos... ¿cómo es posible que le falte dinero si todas las propiedades que hay allí son superexclusivas?

—Es una historia complicada. Pero no hablemos de ella, sino de ti.

—No —negué con firmeza—. Hablemos de cualquier otra cosa, por favor.

—¿Estás segura? Dices que hablar siempre ayuda.

Suspiré un momento y respondí:

—Lo sé, pero esta noche ha sido un desastre, y no me apetece pensar en ello ni un segundo más.

En parte aún temía que Dom entrara en razón y huyera despavorido. ¿Quién estaría dispuesto a tolerar a Malcom y sus amenazas? No podía librarme de él, y parecía que mi familia tampoco. Pero Dom estaba a tiempo de salvarse.

—Está bien, si eso es lo que quieres. Pero si cambias de opinión en cualquier momento, dímelo, ¿de acuerdo?

—Vale. —Tenía claro que esa noche no cambiaría de opinión en absoluto.

—¿De *qué* quieres hablar? —preguntó.

Me volví hacia él, tirando un poco del cinturón de seguridad para que no me hiciera daño en el cuello.

—Tengo un par de ideas para el regalo de tu padre.

—¿Qué?

—Sí. He estado pensando qué podría gustarle, y necesito tu opinión antes de encargarlo.

—¿Tienes un par de ideas?

—¿Por qué repites como un loro lo que digo?

—Lo estoy procesando. No me lo esperaba.

—Siempre hago listas. Con mis primos pensamos opciones para regalar, sobre todo para mis tíos, y luego nos ponemos de acuerdo y decidimos qué es lo mejor. Hasta tenemos un sistema.

—Un sistema —repitió, atónito.

Me eché a reír:

—¿Te digo qué ideas se me han ocurrido?

—Por supuesto.

—Encontré un tablero de ajedrez de edición especial con piezas coleccionables, además de un área de descanso al aire libre con asientos adaptados, donde podría moverse con facilidad por sí mismo.

—Creo que el tablero de ajedrez es una apuesta más segura.

—Ha sido muy fácil —dije con una sonrisa.

—¿También tienes una lista para mí?

—Sí —dije, un poco desconfiada—. Pero no pienso revelarte nada.

—¿Por qué no?

—Porque es una sorpresa.

—Entonces, ¿cómo vas a elegir cuál es el mejor regalo para mí?

—Voy a consultarlo con tu padre, por supuesto.

Dom giró la cabeza en mi dirección:

—¿Vas a consultarlo con mi padre?

—Sí. Me ha dicho que puedo llamarle cada vez que quiera.

—¿Has...? —pero se quedó mudo y volvió a centrarse en la carretera—. Reese, eres realmente la persona más increíble que he conocido. No recuerdo que alguien se haya esforzado tanto en tener un gesto tan bonito conmigo. De hecho, estoy seguro de que nunca nadie ha hecho algo así.

—Eso no puede ser verdad —dije. Se acostumbró a no esperar nada de nadie, pero yo iba a cambiar eso—. Me cae muy bien tu padre, y me ha contado unas historias muy divertidas de ti y tu familia. Disfruta mucho al recordar esas anécdotas.

—No me cabe duda de que le gusta hablar del pasado. Apuesto a que la cuidadora agradece esos momentos, le deben dar un rato de tranquilidad. —Dom estaba tan serio cuando lo dijo que me moría por besarlo. Significaba mucho para mí, y tenía que asegurarme de que lo supiese—. Es muy importante para él... y para mí.

—No digas tonterías, me lo he pasado pipa con tu padre. —Dom se acostumbraría a mis maneras, y muy pronto pensaría que era una completa entrometida, al igual que todo el clan Maxwell—. Oye, ¿podemos pasar primero por mi apartamento? Quiero cambiarme y llevar una muda de ropa.

—Claro.

—¿Tú necesitas pasar por tu casa?

—No, tengo ropa en la casa del lago.

***

Una vez en el apartamento, me cambié y empaqué lo más rápido que pude... Aun así, tardé casi una hora. Dom me esperaba pacientemente, y se reía cada vez que añadía algo a mi maleta de mano.

Cuando por fin subimos al coche, volví a hablar del tablero de ajedrez, intentando desviar la conversación del tema de Malcolm lo más posible. Además, seguía considerando la zona de descanso al aire libre con asientos adaptados. Pero al final, tenía que aceptar la opinión de Dom. Después de todo, él lo conocía mucho mejor que yo.

Cuando aparcó el coche en la entrada, la casa parecía habitada. No sabía si la ama de llaves estaba dentro cuando Dom abrió la puerta, pero la encontramos vacía.

—¿Ya se ha ido? —pregunté.

—Se empeña en no ser una molestia, por más que le insista que no es así. Pero debo reconocer que ahora mismo, me alegro de estar a solas contigo. —Sonrió—. ¿Quieres una copa?

—Claro. Sorpréndeme.

Fuimos a la cocina. Sacó hielo del congelador, luego una botella de *amaretto*, ron y zumo de naranja. La mezcla tenía una pinta buenísima. Chocamos las copas y bebimos un sorbo.

*Mmm, está delicioso.*

Me pasé el pelo por detrás de la oreja y Dom se inclinó hacia mí:

—Llevo toda la puñetera noche deseando estar a solas contigo.

—Lógicamente, no creía que fueras a quedarte toda la noche en la fiesta de empresa.

Me miró fijo:

—¿Piensas que iba a dejarte allí sola?

—Es un problema que no te corresponde —dije encogiéndome de hombros.

—Reese, eres parte de mi vida. ¿Lo entiendes? —Se paró frente a mí y me acarició la cara y el cuello—. No me importa cuánto tiempo dure la guerra con Malcolm. Estaré a tu lado en cada paso del camino, para apoyarte. No puedo luchar por ti, aunque créeme, me encantaría hacerlo.

—¿En serio? —susurré.

Me estaba derritiendo. Dom me apoyaba incondicionalmente. Mi amor por él no paraba de crecer.

—Sí. Haría cualquier cosa para mejorar tus circunstancias. Te mereces una vida sin preocupaciones. Eso es lo que quiero darte.

Dime qué necesitas.

—A ti, nuestra relación. Con eso tengo más que suficiente. Te amo —susurré.

—Y yo a ti. Jamás voy a fallarte, ¿de acuerdo? No importa lo que pase. Tienes que creerme.

—Te creo —murmuré.

—Ahora, vamos a quitarnos toda esta ropa. —Empezó a juguetear con mi bufanda, pero fue en vano—. No puedo con esto —dijo con evidente frustración.

—Déjamelo a mí —dije con una risa.

Mientras me quitaba la bufanda, Dom me desabrochaba los botones del abrigo. Me dio un beso en la clavícula, cosa que hacía siempre que tenía la ocasión. Me encantaba.

—La suavidad de tu piel es increíble —murmuró, y luego tiró el abrigo en el sofá.

—Ahora te toca a ti quitarte el tuyo —dije, desabrochando los botones.

Pese a que aún siguiera afectada por la situación de Malcom, sus caricias y besos hacían que mi mundo fuera un lugar mucho mejor.

# Capítulo Veintiséis

# Dom

Una corriente de deseo se apoderó de mí de tal forma que no pude hacer otra cosa que besarla con *pasión*. No hubo tiempo de terminar las copas que ya tenía otros planes en la cabeza: complacerla de todas las maneras posibles. Sabía a *amaretto* y ron, y por su forma de besar pausada pero decidida, supe que estaba un poco achispada.

—Reese, estoy loco por ti.

Gimió contra mi boca y sentí la reverberación en toda la garganta. Cogí el bajo de su jersey y ella levantó los brazos para que se lo quitara, con el efecto colateral de despeinar su cabello. Cómo me gustaba verla así.

Casi se me cortó la respiración al darme cuenta de que no llevaba sujetador y sonreí con lascivia.

—Te he sorprendido, ¿eh? —dijo con una sonrisa.

—Joder, sí —gruñí, y le cogí ambos pechos. Aún no había entrado en calor, pero eso iba a cambiar muy rápidamente.

Le acaricié los pezones con las palmas de las manos y volví a besarla, acompasando mis movimientos con la lengua. Cuando sus gemidos se intensificaron, llevé las manos hacia atrás para presionar los dedos contra su espalda. Quería tocarla por todos lados, besar cada rincón, y hacerlo todo a la vez.

Pero primero tenía que terminar de desvestirla.

Ella ya había empezado a desabrocharse los pantalones. Pero estaba tan desesperado que al bajárselos le rompí el tanga.

—¡Qué bruto eres! —exclamó—. Mira lo que has hecho.

—Lo sé —dije con un gruñido. Pero no me importaba. Le compraría cincuenta bragas nuevas.

Terminé de bajarle los pantalones y el tanga hasta los tobillos y Reese levantó las piernas para que pudiera quitarle la ropa del todo y arrojarla a algún lugar de la habitación. Me embebí de su belleza por unos instantes antes de arrodillarme frente a ella.

Era increíblemente hermosa, su oscura melena caía como una cascada sobre sus hombros y le cubría el pecho izquierdo. Su pecho

subía y bajaba rápidamente mientras ponía la mano justo por encima de su ombligo, contrayendo el abdomen antes de inclinarse hacia adelante. Sonreí cuando establecimos contacto visual y besé el lateral de su rodilla izquierda antes de subir por sus muslos. Quería alcanzar su centro.

Abrió las piernas sin tener que pedírselo. Pero en lugar de hacer lo que ella esperaba de mí, apreté con fuerza sus muslos y le pasé la lengua por la parte superior de su centro, incluido el clítoris. Gimió y meció las caderas hacia delante antes de inclinarse sobre mí. Me gustaba sorprenderla, y no podía ocultar la sonrisa.

Me tiró del cuello de la camisa al tiempo que seguía besándole el muslo, y me detuve un momento. Reese tiró aún más fuerte y tuve que desabrochar los botones superiores para que me la quitara por la cabeza y la arrojara al montón de ropa.

Me levanté despacio mientras sembraba un camino ascendente de besos por su torso y sus costillas, esquivando sus pechos a propósito. Ella pareció darse cuenta de mi estrategia, echó la cabeza hacia atrás y me ofreció su cuello.

—Me encanta tu cuello —le dije—. Y tus pechos, y tu culo, y tu coño. Sobre todo tu coño.

Reese jadeó y tiró de la cintura de mis pantalones con desesperación.

—No tan rápido —la detuve.

—Necesito verte. Y sentirte. Quiero tenerte desnudo.

Me aparté y le permití que me desnudara. Se deshizo de mis pantalones incluso más rápido de lo que yo le quité los suyos. Entonces volví a besarla, y la hice retroceder para alejarnos de la encimera. Agarré uno de los vasos mientras la guiaba hacia el mueble más cercano: un sillón.

Hice que se sentara y puse el vaso en la mesita junto al reposabrazos.

—¿Y el vaso para qué? —preguntó.

Saqué un cubito de hielo como respuesta.

—Oh —murmuró con la piel de gallina y mi polla se crispó.

Ver sus reacciones desataba algo feroz y primitivo en mi interior, desprovisto de toda razón. Con Reese podía dar rienda suelta a todo

mi deseo y pasión. Al principio, me lo cuestioné, pero ya no. Era lo mejor que me había pasado en la vida y había transformado mi existencia. Y quería demostrarle lo agradecido que estaba y lo feliz que me hacía.

Le puse el cubito bajo la clavícula, lo deslicé en línea recta descendente, y me detuve brevemente en el ombligo. Contrajo los músculos del abdomen y el hielo se deslizó más abajo. Lo atrapé justo cuando le rozaba su clítoris y Reese se desplomó en el sillón.

Ya estaba abrumada por las sensaciones, y aún nos quedaba mucho camino por recorrer. Quería sobrepasar todos sus límites.

No había terminado de recomponerse cuando me llevé el cubito a la boca y me acerqué al pezón. Al mismo tiempo, le rodeé el otro pezón con el hielo. Reese gimió y se retorcía en el sillón. Separó los muslos cuando dejé el cubito sobre la mesita y me centré en ella.

La besé a lo largo del rastro que el hielo había dejado para darle calor. Luego hice que se recostara en el sillón.

—Dom —murmuró—. ¿Qué pretendes?

—Quiero volverte completamente loca.

Con la mirada puesta en ella dibujé un círculo con la punta de la lengua alrededor de su clítoris. Reese cerró los ojos y clavó los dedos en el sillón. Aumenté el ritmo poco a poco y me deleité al ver cómo su cuerpo se estremecía con mis caricias.

Cuando supe que estaba a punto de explotar, presioné la lengua contra su clítoris, y me deslicé hacia abajo para introducirla en su centro. Reese echó la cabeza hacia atrás y empezó a gritar. Estaba al límite pero le faltaba algo más para alcanzar el clímax.

Verla desnuda en aquel sillón, con el pelo alborotado, era un sueño hecho realidad. Seguí introduciendo mi lengua y lamiéndola hasta sentir que se le contraían las nalgas. A partir de ese momento puse toda mi atención en succionarle el clítoris y sostenerle el culo con las manos, hasta que se elevó del sillón.

Fue entonces que aproveché para penetrarla con los dedos y con la otra mano frotarla suavemente.

Se corrió más fuerte que nunca. Todo su cuerpo se transformó y estremeció, y aunque abrió la boca fue incapaz de gritar.

Era increíble verla desmoronarse por completo. Quería que toda tensión abandonara su cuerpo. Giré los dedos que había introducido dentro de ella y gritó tan fuerte que empezó a sudar, y el pelo se le pegó a las sienes.

Cuando tuve la certeza de que estaba completamente agotada, me puse de pie. Luego me incliné para cogerla y llevarla a la planta superior, pero ella me apartó sin decir palabra y se sentó más erguida. Tenía un pícaro brillo en los ojos y se bajó del sillón para quedar de rodillas frente a mí. Cuando cogió el vaso que descansaba sobre la mesita y le dio un sorbo, pensé que tendría sed, pero me sorprendió que al segundo siguiente se llevara mi polla a la boca. Estaba fría y la sensación me tensó los testículos.

No me lo esperaba. Me estaba dando de mi propia medicina, y me encantaba. Con movimientos rítmicos, alternaba entre lametones y llevarse la polla por completo dentro de la boca. Ahora era ella la que me estaba volviendo loco.

Echó la cabeza hacia atrás e hizo un mohín:

—Es demasiado grande. Me está empezando a doler la mandíbula.

Antes de que pudiera responder, se dedicó a chupar solo la punta.

*¡Joder!*

—Reese —gruñí—, me encanta lo que estás haciendo, pero necesito penetrarte ahora mismo.

Pero no me soltó. Un pícaro brillo irradiaba de sus ojos, y al notar que movía el hombro, percibí que se estaba tocando a sí misma. *¡Madre mía!* Estaba a punto de correrse otra vez.

Me entró un subidón seguido de una oleada de placer. Exhalé bruscamente, al verla tocarse mientras me brindaba placer a mí. Supe que estaba a punto de correrse incluso antes de oírla. Sus hombros se estremecieron y se frotó con más rapidez. Apretó los labios alrededor de mi polla y empezó a gemir.

Exploté y derramé mi liberación en su boca mientras sentía su clímax. Mi cuerpo estaba tan tenso que ya ni siquiera estaba seguro de cómo seguía en pie.

Cuando por fin recuperé la cordura, me di cuenta de que sus ojos estaban vidriosos, completamente desenfocados. Retrocedí, y me agaché para ayudarla a levantarse. Se tambaleaba, pero se encontraba bien.

—Te tengo. Eres lo más bonito que he visto en mi vida, ¿lo sabías?

Sonrió y asintió mientras la acercaba contra mí. La besé despacio, con languidez, enredando nuestras lenguas, para demostrarle lo mucho que significaba para mí.

—Vamos —le dije, y la levanté. Tenía tanto sueño que ni siquiera intentó rodearme con las piernas. Pero no suponía problema alguno: tenía fuerza suficiente como para cargar con ella.

El dormitorio principal estaba a oscuras, salvo por la tenue luz de los adornos de Navidad del jardín que se filtraba por la ventana. La dejé en la cama y me tumbé a su lado.

Me tocó el pecho y bajó la mano hasta mi polla para comprobar si tenía una erección. Se rió cuando constató que así era.

—Siempre me excito contigo —confesé.

Se puso de lado para mirarme de frente. Me acerqué aún más a ella con mi miembro en la mano. Acababa de llegar al clímax, pero mi deseo no se había aplacado. Esa vez necesitaba enterrarme dentro de ella.

Me coloqué de tal forma que nuestras pelvis se alinearan, pero en lugar de penetrarla sin más preámbulos, le acaricié el clítoris con mi erección un par de veces. Sus gemidos se convirtieron en jadeos:

—¿Cómo haces para que vuelva a estar tan cachonda?

—A mí me ocurre lo mismo, Reese —le aseguré, y no pude hacer otra cosa que introducirme dentro de ella. La deseaba demasiado. Teníamos una conexión surrealista.

Entrelacé nuestras piernas para que ambos pudiéramos movernos. Mis acometidas no fueron ni lentas ni suaves.

—¡Joder! —exclamé.

Qué cerca estaba de perderme en ella.

Le toqué los pechos, pasé la mano por su cintura antes de bajar a amasarle las nalgas con fuerza. Seguí con mis fuertes embestidas hasta que Reese se corrió primero y me arrastró con ella.

Una vez pasado el frenesí, la oí recuperar el aliento con un ligero ronroneo. Me gustaba conocer ese detalle tan íntimo de ella. Y yo era el único que podía oírlo. También me encantó verla en la penumbra, con las gotas de sudor bajándole por el cuello y el pecho.

De repente, se echó a reír.

—¿De qué te ríes? —pregunté, y Reese se rió aún más fuerte. Ante su falta de respuesta añadí con el ceño fruncido—: Cariño, ¿tengo que preocuparme?

—Estaba pensando que menos mal que tu ama de llaves no estaba aquí. Aunque tampoco hace falta ser un genio para darse cuenta de lo que hemos hecho. No sé cómo me las apañaré para mirarla a los ojos después de la que hemos liado en la cocina, en el suelo y en el sillón.

—Y aún quedan más muebles que probar.

—Pues habrá que probarlos todos —dijo con una sonrisa.

Se acostó boca abajo y yo me llevé las manos detrás de la cabeza para mirarla. Cuando compré esa casa, sentí que faltaba algo, pero ya no. Me hacía muy feliz estar allí con Reese.

Me apartó una mano de debajo de la cabeza y cuando estaba a punto de preguntarle qué tenía pensado, sentí sus labios en mi hombro y luego más abajo, en mis bíceps.

—Me encanta tocarte los brazos después de hacer el amor o cuando me llevas en ellos —dijo.

—¿Qué quieres decir?

—Tus músculos se hinchan por el esfuerzo.

Me besó los abdominales y trazó una línea recta sobre mi tableta de chocolate. Sí, era el resultado de mucho esfuerzo y entrenamiento, pero si la hacía tan feliz, seguiría haciéndolo todos los días.

—¿Dónde piensas devorarme ahora? —preguntó.

—Como si fuera a decírtelo. Me gusta sorprenderte —respondí en tono burlón.

—Eso me genera un conflicto —dijo—. Por un lado, me gustan tus sensuales sorpresas. Por otro, la expectativa tiene el efecto de volverme loca.

—Es realmente una encrucijada —respondí con una sonrisa.

Dejó de besarme y me miró de lado:

—Así es. Entonces, ¿qué camino vas a elegir?

—Cariño, no te diré absolutamente nada. Quiero poner tu mundo del revés, y si puedo sorprenderte, pues mejor. Tu reacción es...

Suspiró y completó mi frase:

—Increíble. Sí, lo sé. Es como si por instinto supieras exactamente qué necesito.

—Me gusta descubrir tus rincones. —Le puse una mano en el pecho, directamente sobre el corazón—. Y también me gusta descubrir lo que hay dentro de ti.

Agachó la cabeza para cubrirse de la tenue luz, pero logré divisar una tímida sonrisa.

—Me haces tan feliz que no sé ni cómo ponerlo en palabras —murmuró.

—No hace falta decir nada. Mientras tú me recompenses con esa sonrisa, el mundo es un lugar maravilloso.

# Capítulo Veintisiete

# Reese

—¡Nunca antes había estado aquí! —exclamé.

Dom me había llevado a *Christkindlmarket*, el mercadillo navideño irlandés de Chicago.

—Me pareció buena idea probar algo nuevo.

Le sonreí. Diciembre era mi mes favorito del año, y era increíble poder compartirlo con Dom. Desde que todos los miembros de mi familia habían empezado a casarse o contraer pareja, me sentía culpable por pedirles que me acompañaran a los mercadillos y robarles tiempo con sus seres queridos. Afortunadamente, Dom estaba feliz de complacerme.

Los puestos me recordaron a los mercadillos navideños europeos que conocí tras una visita a Kimberly a París.

Estaba haciendo un par de fotos cuando me entró una notificación en el teléfono. Se me revolvió el estómago al ver el mensaje.

**Malcolm: Tal vez ahora me prestes atención.**

Busqué si tenía algún otro mensaje de él, pero no era el caso.

*¿Qué demonios quiere ahora?* Hacía una semana que no había tenido noticias suyas desde que irrumpió en el bar del hotel.

Guardé el teléfono decidida a disfrutar de la velada. Declan me había asegurado que Malcolm no tenía medios legales para reclamar nada. Solo quería intimidarme, pero no iba a permitirlo.

Mientras paseábamos por los puestos, apenas podía contenerme para comprar todo tipo de chucherías.

—Venga ya, Reese. Dime qué te apetece comer —dijo Dom.

—¿Cómo sabes que quiero algo? —pregunté con una sonrisa.

—Por la cara que pones cada vez que nos llega un aroma rico.

—Me apetece un cono de garrapiñada con miel.

Nos detuvimos ante uno de los puestos y compré un cucurucho lleno de cacahuetes.

—¡Están buenísimos! —exclamé—. Como tú.

Me clavó la mirada:

—No hables así en público. Sabes que mi control pende de un hilo.

—Tomo nota —dije con una risa.

—¿Quieres mirar todos los puestos?

—Eso es lo que iba a sugerir.

Nos estábamos congelando, así que caminamos a toda velocidad por el mercadillo. No pude contenerme y me paré en todos y cada uno de los puestos. Había una gran variedad de cosas, desde velas hasta globos pintados a mano, preciosas artesanías y otros artículos más *kitsch*, pero me encantaba.

Dom se tensó cuando llegamos a un puesto de bebidas.

—¿Tienes frío? —le pregunté antes de darme cuenta de que sostenía su teléfono. Lo que estaba leyendo eran malas noticias. Estaba segura—. ¿Dom?

Se aclaró la garganta, y guardó inmediatamente su teléfono en el bolsillo.

—¿Qué pasa? —insistí.

—Nada. —Me contestó tan rápido que supe que no eran solo malas noticias, sino un asunto personal. Si estuviera relacionado con los negocios, me lo diría—. ¿Va todo bien? ¿Tiene que ver con tu padre?

Me miró con incredulidad antes de besarme la frente:

—No, Reese, mi padre está bien. —Dudó un momento y prosiguió—: A tomar por culo. No quiero ocultarte nada.

Me puse tensa y, de repente, dejé de sentir frío.

Señaló con la cabeza una mesa vacía en un puesto donde había gente bebiendo vino caliente. Volvió a sacar el teléfono y me lo dio. Me quedé mirando la pantalla y, durante unos minutos, mi cerebro no pudo procesar nada. Hasta que me di cuenta que se trataba de un artículo que rezaba: "Magnate de la moda y heredera Maxwell". Lo leí a toda velocidad.

Sabía lo mucho que Dom detestaba ser el centro de atención, pero tampoco me parecía difamatorio, o eso creía yo. Sobre el final del artículo se especulaba con que yo fuese la tercera en discordia en su matrimonio. Había quedado constancia de nuestra relación en

aquel evento benéfico, que al fin y al cabo, fue poco después de que firmara los papeles del divorcio.

—Mucha gente sabe que hemos asistido juntos a varias fiestas de alto nivel. Pero no entiendo cuál es el propósito de todo esto, ni cómo se enteraron del evento benéfico —dijo Dom.

Tuve una sensación tan espantosa que se me apretó el estómago.

—Creo que esto puede ser obra de Malcolm —susurré.

—¿Por qué lo dices?

—Hace unos minutos recibí un mensaje suyo tan absurdo que decidí ignorarlo por completo. Decía que tal vez ahora le prestaría atención.

—Reese, no tienes responsabilidad de nada. Y el artículo no es malo en sí —dijo aunque su voz estaba tensa.

—¿Puede llegar a tener un impacto negativo en tu negocio?

—No tengo forma de saberlo. No me gusta que la gente especule si soy un hombre infiel o no, pero tampoco es el fin del mundo. No pierdas el tiempo preocupándote por eso, ¿vale?

—¿Cómo no voy a preocuparme? Nada de esto habría pasado si mi vida no fuese un caos permanente.

—Reese, estamos juntos en lo bueno y en lo malo, ¿recuerdas? Y a decir verdad, hasta podría ser algo bueno. Si consigo comprobar que Malcolm está detrás de todo esto, podría demandarlo por difamación.

—Te estás agarrando a un clavo ardiendo —insistí.

Quería desaparecer. *Sabía* que Dom intentaba mantener la calma por mí. Cuando le conocí, me había dicho que valoraba su intimidad por encima de todo y que no quería salir con una persona de alto perfil mediático.

—Tengo frío —dije.

—¿Quieres un vino?

—Sí, por favor.

Asintió y se puso en la cola.

No tardó ni dos minutos en darme una taza de vino caliente. Tomé un sorbo y disfruté al instante de la sensación de calor en mi interior. Tenía las manos heladas de tanto sostener el teléfono.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Dom.

—No creo que Malcolm vaya a rendirse. Pensaba que sí, pero es obvio que me equivoqué.

—¿Y qué? Lucharemos contra él.

—Pero no es tu lucha. Y odias salir en la prensa.

—No es nada con lo que no pueda lidiar.

—Deja de decir eso. No quiero que tengas que soportar cosas por mi culpa.

—No me importa —dijo con lentitud despacio, para recalcar que me llegara el mensaje—. Estamos juntos en esto —dijo y me besó la sien—. Los dos hemos pasado por muchas cosas. Es normal que surjan problemas de vez en cuando.

Negué con la cabeza:

—Sí, pero mis problemas son muy graves, y no quiero hacerle daño a la gente que más quiero.

Me llevé la mano a la frente para aliviar la tensión.

—¿Te encuentras bien? —preguntó.

—No, me está empezando a doler la cabeza.

—¿Adónde quieres ir? ¿A mi casa o a la tuya?

—A mi casa —dije.

—De acuerdo. Vamos.

Cogió la garrapiñada y bebí unos sorbos más de vino caliente, aunque ya no me apetecía.

Una vez dentro del coche, subió la temperatura de inmediato. Me entraron ganas de hacerme un ovillo y hundirme en mí misma, pero no quería ser grosera con Dom.

No hablamos en todo el trayecto a mi apartamento. Una vez dentro, me preparó un té caliente. Me acurruqué en el sofá con la taza y me la bebí enseguida.

—¿No quieres beber nada? —pregunté.

Se sentó a mi lado, y me observó atentamente:

—No, estoy bien. Lo único que me importa es que estés bien. ¿Quieres hablar de ello?

—No sé qué decir —dije sacudiendo la cabeza.

Quería mantenerlo a salvo, pero no sabía cómo. Deseaba estar sola con mis pensamientos, pero tampoco quería alejarlo. Dom me

había asegurado una y otra vez que estaría a mi lado de forma incondicional, pero yo seguía sin saber qué hacer. Me sentía tan perdida que, cuando salió de la ducha, fingí estar dormida.

Desde que estaba con Dom, parecía que mi insomnio había desaparecido. Hasta esa noche, en la que no pegué ojo.

# Capítulo Veintiocho

# Reese

A la mañana siguiente, Dom se fue temprano a una reunión, y yo me levanté con la energía renovada y un plan de acción.

No dejaba de repasar la noche en la que Malcolm se presentó en el hotel y me dijo que era una cobarde. Tampoco estaba muy equivocado: cada vez que tenía que enfrentarme a él durante los últimos años, asistía acompañada por alguien de mi familia por temor a que se pusiera violento. Ni delante de Francesca se atrevía a hablarme tan mal como cuando estábamos a solas.

Pero eso iba a cambiar.

No quise llamarle porque aún no estaba preparada para oír su voz, pero le envié un mensaje.

**Reese: Quiero hablar contigo y con Francesca.**

**Malcom: ¿Dónde?**

**Reese: Dame tu dirección.**

No nos reuniríamos en un lugar público. Estaba hasta el moño, y si las cosas se salían de madre, era mejor no tener espectadores.

La última vez que había estado a solas con los dos fue aquella terrible noche en la que los pillé teniendo sexo. Mi vida se desmoronó en quince segundos, mi corazón se partió en mil pedazos, y no fue hasta que conocí a Dom que empecé realmente a sanar la herida.

Cuando me envió la dirección me sorprendió que vivieran en un buen barrio. *¿Por qué tanta insistencia con el dinero si al parecer tienen una buena vida?* Tuve la precaución de ir en Uber para no tener que conducir a la vuelta. Dadas las circunstancias, sabía que no sería un encuentro agradable.

Salí del coche y eché un vistazo. La casa era relativamente pequeña, pero el alquiler tenía que ser considerable solo por la ubicación.

En cuanto llamé a la puerta principal, Malcom abrió y vi que Francesa estaba justo detrás. Entré y, de inmediato, noté la tensión en el ambiente. Nadie hablaba.

—Me he tomado la molestia de venir sola hasta aquí —empecé cuando se hizo evidente que ninguno de los dos iba a decir nada—, y después de tantos años de acoso, ¿no vas a decir nada?

Ambos intercambiaron una mirada. Me di cuenta en el acto de que esperaban acorralarme a su manera, tal como hicieron en el evento benéfico. Tal vez por eso habían asistido, no para hacer una donación ni obtener contactos comerciales, sino para llegar a mí.

—Sigo sin entender cuál es tu objetivo —continué—. ¿Para qué has vuelto a Chicago? ¿Para intimidarme y sacarme dinero? —Mi tono de voz era audaz, pero por dentro estaba aterrada.

Permanecieron en silencio. Alterné la mirada de uno a otro.

Al fin, Malcolm tomó la palabra:

—Fuiste muy injusta al suspender el proyecto del *spa*, y lo sabes.

—¿Me quieres hacer sentir culpable? —le dije a Malcolm—. El acuerdo se rompió porque te pillé follándote a mi amiga.

Francesca se puso roja. Bajó los ojos para evitar mi mirada.

—Estoy cansada de vuestros tejemanejes. Después de años de aprovecharos de mi dinero y generosidad, me clavasteis un puñal por la espalda.

—No, no fue así —negó Malcolm.

—¿En serio? ¿Te has olvidado de los viajes y todas las cosas que te compré? Sabías que siempre he sido muy desprendida con el dinero y que me gusta compartir con la gente que quiero. Pero vosotros dos habéis cruzado una línea que no tiene perdón. De todos modos, quiero saber cuánto tiempo llevabais juntos antes de que lo descubriera.

Miré directamente a Francesca, la que fue mi mejor amiga durante muchos años, incluso antes de conocer a Malcolm. Habíamos sido como hermanas desde la universidad; nos conocimos el día de la charla orientativa y desde entonces éramos uña y carne.

—Casi desde que empezaste a salir con él —respondió.

Mi corazón se hizo pedazos de nuevo. Casi me desvanezco al saber que llevaban juntos tanto tiempo. En mi cabeza me había imaginado un sinfín de escenarios de cómo habían empezado a verse a mis espaldas, pero nunca imaginé que hubiera sido casi

*desde* el principio. Las lágrimas comenzaron a empañar mi visión, pero esa nueva información acabó por darme fuerza.

—No puedo creer lo despiadados que sois, y peor aún, que después de tener un hijo no hayáis cambiado ni un poco.

Me preguntaba dónde estaría el bebé. Tal vez con la madre de Francesca, que siempre había soñado con ser abuela.

Francesca señaló a Malcolm con la mirada y me dijo:

—Es la única manera de conseguir dinero. Su sueldo apenas alcanza para cubrir los gastos, y yo quiero mantener el estilo de vida al que estoy acostumbrada —Su tono despiadado era nuevo para mí.

—De modo que recurrió a la única fuente de dinero conocida: yo. —Sentía que las paredes se me caían encima, pero poco a poco empecé a recobrar la compostura.

*No puedo creer que me hayan manipulado con tanta sangre fría.*

—¿Cómo te atreves a presentarte aquí y humillarme delante de mi esposa? —me espetó Malcolm.

Por extraño que pareciera, la palabra *esposa* no me generó ningún sentimiento. Ya no me dolía que estuvieran juntos. La traición era lo único que seguía ardiendo en mi interior, pero empezaba a aceptarla como parte de mi historia. No significaba que mi vida hubiera terminado, ni que no mereciera amor, sino que, tal como dijo Dom, todos teníamos un pasado.

—No vais a conseguir nada de mí.

Malcolm se puso blanco y Francesca le miró con disgusto.

—Así que ese es el motivo por el que has venido a Chicago... —continué—. Pues vuelve por donde has venido. No te voy a dar ni un duro.

Malcolm apretó la mandíbula.

*Sí, Declan tenía razón.*

—Ya no soy la mujer frágil y temerosa que dejaste atrás hace años. Me he reconstruido, sé lo que valgo, y nada de lo que hagas va a cambiar eso. Así que lárgate de mi ciudad —me mofé.

Francesca levantó las manos:

—¡Malcom, pero qué imbécil eres! Te dije que esto nunca funcionaría. Me vuelvo ahora mismo a casa de mis padres con nuestra hija.

—Cariño, no lo hagas, por favor. Te prometo que conseguiré dinero de una forma u otra —suplicó.

Pero se dio la vuelta y desapareció en una de las habitaciones.

No podía compadecerme de él. Se merecía todo lo que le estaba ocurriendo.

—¿Has visto qué mal sienta que te dejen tirado?

Caminé hacia la puerta principal con paso decidido. Malcom no hizo ningún movimiento para detenerme. En cuanto estuve fuera, respiré hondo y exhalé lentamente.

No podía creer lo que acababa de hacer. Por dentro, me estaba aplaudiendo a mí misma.

Era una mujer libre.

***

# Dom

—¿Qué quieres decir con cancelar todas las reuniones? —preguntó Charlene cuando llegué a la oficina.

—Tengo que atender un asunto muy importante esta mañana.

—¿Está relacionado con el artículo? —insistió mientras me sentaba en mi escritorio.

—¿Sabes si ha tenido mucha repercusión?

Hizo una mueca:

—La editorial se ha puesto en contacto para que hagas un comunicado al respecto. Me he negado rotundamente.

—Gracias —respondí con sinceridad.

—Y la prensa que va a cubrir el lanzamiento de la próxima colección también me ha llamado.

—Eso es inevitable, a ver cómo calmamos las aguas —dije con la mandíbula apretada.

—Debo decir que te lo estás tomando mucho mejor de lo que imaginaba —comentó Charlene con una ceja levantada.

Unos meses atrás, estaría hecho una furia. Pero en ese momento, lo único que quería era que Reese estuviese bien.

—¿Necesitas algo más? —preguntó.

—No, gracias.

En cuanto se fue, empecé a trazar un plan. La primera vez que investigué a Malcom, olvidé pedirle a mi equipo que me consiguiera su dirección, pero sabía a quién podía recurrir.

No tenía el número de Declan Maxwell, pero supuse que encontraría los datos de su bufete de abogados. Ingresé a su página *web* y llamé de inmediato. *¡No lo puedo creer! ¡Un Maxwell tiene sus datos de contacto en Internet*!

—Despacho de Declan Maxwell. ¿En qué puedo ayudarle? —respondió un hombre.

—Hola, necesito hablar con Declan Maxwell.

—¿Es usted un cliente?

—No.

—¿En qué puedo ayudarle?

—Dígale que Dominic Waldorf quiere hablar con él sobre Reese.

El interlocutor hizo un extraño sonido, y oí un lejano "Dice que es Dominic Waldorf" seguido de un "Pásame la llamada", probablemente el propio Declan.

—Enseguida le comunico —dijo el telefonista.

Unos segundos después, escuché la voz de Declan:

—¿Dominic?

—Así es.

—¿Qué ocurre?

—Necesito la dirección de Malcolm. Imagino que sabes dónde vive.

—Por supuesto que sí.

—Tengo que hablar con él cara a cara.

—Voy contigo —dijo Declan.

—Te lo agradezco, pero prefiero ocuparme solo.

—Escucha, ese tío es un cabrón. Sabe cómo sacar lo peor de ti.

—Sabe hacerlo con Reese y con vosotros porque os conoce desde hace años —dije con calma—. Pero a mí no me conoce de nada.

—Te aconsejo que pases de intimidarlo. Yo lo he hecho, y no sirvió de nada.

—Quiero que le quede bien claro que Reese no está sola. Al parecer es algo que le cuesta aceptar.

—Me parece bien. Te enviaré la dirección por mensaje.

Declan me envió la dirección y salí eufórico de mi oficina. Me subí al coche y conduje directamente hasta su casa hecho una furia, y eso que aún no lo tenía delante. No podía tolerar ver a Reese sufrir de ese modo, y lo peor fue que se cerró por completo. Me había dado cuenta de que se había hecho dormida, claro que sí. Conocía su cuerpo, sabía que estaba despierta, y no lo tomé a mal sino como una señal de que necesitaba su propio espacio.

Malcolm estaba delante de la casa cuando llegué, así como Francesca.

*¡Dos por uno!*

Unos segundos después, me percaté de que estaban peleando mientras ella cargaba unas maletas en su coche.

—Venga, Fran. No puedes irte así.

—Sí que puedo. Hace años que me prometiste que te pondrías las pilas y empezarías a ganar dinero de verdad. Me cansé de esperar. Tengo una vida que vivir.

—¡¿Qué demonios haces tú aquí?! —preguntó Malcolm cuando notó mi presencia.

—¡Joder! —exclamó Francesca—. Primero Reese y ahora este tío. ¿Qué has hecho? ¿Acaso has publicado nuestra dirección en el periódico?

*¿Ella lo está dejando? Es el karma haciendo de las suyas.*

Pero entonces asimilé la otra parte de la conversación y pregunté:

—¿Reese ha estado aquí?

—Sí —respondió Malcolm—. Por primera vez vino sola a negociar.

Parecía derrotado. ¿Qué le habría dicho Reese? Fuera lo que fuera, se lo merecía.

—¿Y tú qué? ¿También vas a dar por culo? ¿A *jugar* el rol de macho protector?

—Al menos *él* cuida de ella —replicó Francesca—. Tú ni siquiera puedes *mantener* a tu familia.

—Fran, no seas tan dura conmigo. —Se volvió hacia mí—: ¿A qué has venido?

—Primero, si vuelves a publicar una nota en esas puñeteras revistas de cotilleos, lo lamentarás de por vida. El motivo por el que no inicié acciones legales contra ti es para cuidar a Reese. Me alegro de que te diese tu merecido —dije con calma—. Te lo has ganado a pulso. Total, no he venido a desahogarme, y lo que ocurra entre vosotros dos me la suda. Pero que no se te olvide: Reese no está sola. Además de los Maxwell, me tiene a mí, y no voy a permitir que te salgas con la tuya. Me consta que trabajas para *Andamosi Investments*.

Dio un paso atrás y respondió:

—No, no es así.

Puse los ojos en blanco:

—Tengo contactos en todos lados, no pierdas el tiempo negándolo. Y por lo que acabo de escuchar, no te está yendo muy

bien económicamente, ¿verdad? Así que este es el trato: desaparece de la vida de Reese, o te quedarás además sin ese trabajo. ¿Entendido?

—Oh, por el amor de Dios. Malcolm, deja de cagarla. Si a duras penas *conseguiste* ese puesto —dijo Francesca—. Y a partir de ahora tendrás que pagarme una pensión alimenticia.

*Joder, ella es peor que él*. Malcom era un cabrón, eso estaba claro, pero era su marido, y no dudó un segundo en hacer leña del árbol caído.

Por otra parte, era justo lo que se merecía.

—¿Cómo te has enterado? —preguntó—. Es algo que ni Declan Maxwell sabía.

—Te has metido con la gente equivocada. Los Maxwell no son los únicos que saben investigar. —Me crucé de brazos y le fulminé con la mirada—. Vuelvo a repetir: no volverás a intentar ponerte en contacto con Reese ni con ningún Maxwell. No acudirás a la prensa. Y nunca, jamás, volverás a ver a Reese.

No esperé a ver sus reacciones, me di la vuelta y subí al coche. Tenía cosas más importantes que hacer, como demostrarle a Reese que era mi mundo entero.

Ella había ido hasta allí sin decírmelo. Quería que mi chica entendiera que estábamos juntos en todo y que siempre la apoyaría incondicionalmente.

# Capítulo Veintinueve

# Reese

**Asunto: Pedido listo**

**Estimada señorita Maxwell,**

**Nos complace informarle que el vestido que ha encargado a medida está listo para su recogida. Le recomendamos encarecidamente que venga después de las nueve de la noche para evitar esperas.**

Volví a leer el correo electrónico mientras me bajaba del Uber frente a la tienda. No recordaba haber pedido ningún vestido a *Waldorf Fashion*. Sí, había navegado por la página *web* y visto la opción de personalizar vestidos, ¿pero me habría olvidado de la compra?

*No sería la primera vez que se me iba la olla con las compras.*

Como la tienda estaba vacía, miré el horario de atención al público pegado en la puerta. Quizá la dependienta se había equivocado y tendría que haber llegado una hora antes, porque según el cartel, llevaban veinte minutos cerrados. Pero como ya estaba allí de todos modos, probé abrir la puerta y, para mi sorpresa, cedió.

*Quizás la chica me esté esperando.*

—¿Hola? —saludé—. ¿Estáis abiertos? Soy Reese Maxwel. Tenía una cita para recoger un vestido.

Nadie contestó. Estaba a punto de darme la vuelta y marcharme cuando oí pasos en la parte trasera de la tienda.

Me acerqué al mostrador con la cartera en la mano y la apoyé cerca de la caja registradora.

—Parecía que estabais cerrados.

—Así es —respondió la voz retumbante de Dom.

Expulsé un suspiro y me di la vuelta:

—Dom, no esperaba verte aquí.

—¿En serio? ¿No te pareció sospechoso el correo electrónico? —preguntó con una sonrisa.

Tragué saliva:

—Espera un segundo. ¿Te inventaste todo esto para que viniera a la tienda?

—Culpable.

—¿Por qué?

—Me pareció que ya era hora de hacer realidad la historia de nuestro primer encuentro.

—¡Oh! —exclamé y eché un vistazo a la tienda—. Es verdad.

—Llegaste fuera del horario de atención al público, y necesitabas un vestido muy particular. Pero en vez de encontrar a una dependienta que te ayudara, me encontraste a mí. Te amo, Reese. Tanto que haría cualquier cosa para hacerte feliz, absolutamente cualquier cosa. No dejaré que nada ni nadie se interponga entre nosotros.

Sentí que mis piernas caminaban por sí mismas hasta quedar uno frente al otro.

—Yo también te amo. Me sorprende que recuerdes la historia con tanto detalle.

—Lo recuerdo todo. Aunque debo reconocer que me gusta mucho más nuestra verdadera historia.

Agaché la mirada y pregunté:

—¿La de mi crisis existencial en el guardarropa?

—Estabas siendo tú misma, abierta e irrefrenable, y me cautivaste.

Levanté la vista con el corazón a mil por hora. Las luces se apagaron y pregunté:

—¿Y esto?

—Las luces se apagan automáticamente a las nueve. —Las únicas rendijas de luz eran los adornos navideños del escaparate.

Volví a mirar a Dom. Parecía aún más sexy que antes.

—Nuestro comienzo al final no es tan relevante. Lo único que tengo claro es que no quiero que se acabe. —Tomó mis manos entre las suyas y se acercó a mí—. Sé que has visto a Malcolm esta mañana.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté casi sin aliento.

—Porque yo también fui a verle y me lo contó.

—Ay madre.

—Reese, cuando te dije que estábamos juntos en esto, iba en serio. Sé que eres una mujer fuerte y que puedes con lo que sea. Pero quiero que tengas la certeza de que tienes mi apoyo incondicional. Soy tuyo.

—Lo sé.

—Prométeme que no volverás a hacerte la dormida.

—Te lo prometo —respondí a duras penas.

—Quiero hacerte tan feliz como tú me haces a mí.

—¿Lo dices en serio?

—¡Claro que sí! Eres lo mejor que me ha pasado y me has enseñado a ser feliz. No pensé que fuera posible, ni que existiera la felicidad. Además, no me dejaste ninguna opción.

—¿Estás diciendo que te obligué a enamorarte de mí? —dije con una pícara sonrisa.

—Algo así. Eres tan puñeteramente adorable que no pude hacer otra cosa que rendirme a tus pies. —Inclinó la cabeza para que nuestras frentes se tocaran. Me sentía viva y amada—. Al principio fui un tonto e intenté resistirme —susurró—. Pero ahora tengo la certeza de que te amaré toda mi vida.

Me besó la mejilla con exquisita lentitud. Adoraba su olor. Amaba todo de él.

Al sentir su incipiente barba me estremecí. Todo lo que él hacía me cautivaba.

Cuando su boca llegó a la comisura de mis labios se quedó inmóvil, pero yo giré la cabeza para recibirlo y entregarme sin restricciones. Ese beso me recordó mucho al primero.

En ese entonces me había sorprendido muchísimo, pero me moría por que me besara. Lo mismo me ocurría ahora. Lo único que quería era sentir su boca y sus manos por todo mi cuerpo.

Llevó las manos bajo mi abrigo y desabrochó algunos botones para llegar a mi cuerpo. Sentí sus dedos clavarse en mi cintura. Cuando retrocedió, me incliné hacia él con avidez. Como en una nebulosa, me di cuenta de que nos estábamos desplazando.

—¿Adónde vamos? —pregunté cuando hicimos una pausa para respirar.

—A donde nadie pueda vernos.

—Buena idea. —Confiaba en él ciegamente.

Entonces oí el ruido de una cortina que se abría, vi que estábamos en los probadores y que dos luces de neón laterales se encendieron con el movimiento. Dom estaba irresistible.

—Con esta luz me apetece mucho quitarte la ropa —murmuré.

Sus ojos brillaron en la oscuridad, y todo mi cuerpo se despertó, en especial los picos de mis pechos.

—Estaba pensando lo mismo.

—Ya veo. Este es el propósito de la invitación.

—A decir verdad, no era el propósito, pero ahora que estás aquí, no puedo pensar en otra cosa. Quítate toda la ropa —dijo con su grave voz de barítono. Se sentó en la silla, se inclinó hacia delante y apoyó los codos en las rodillas, con los ojos fijos en mí.

—¿Por dónde quieres que empiece? —pregunté.

—Tú decides.

*Vaya, qué complaciente que está hoy.*

Me desabroché la blusa lentamente, empezando por los botones de arriba y bajando hasta sacarla de debajo de la falda y desabrocharme el resto. Luego procedí con los botones de las mangas y me quité la blusa muy despacio antes de proseguir con la falda. Evité el contacto visual, de lo contrario sería incapaz de continuar. Era imposible ignorar su presencia; oía su respiración incluso a unos metros de distancia. Podía sentir cómo la excitación recorría mi cuerpo mientras bajaba la cremallera de la falda.

Sonreí para mis adentros mientras me quitaba las medias y las bragas, y las arrojaba al montón de ropa que yacía en el suelo. Cuando me enderecé, oí un grito ahogado. Vi que estaba sentado justo en el borde del asiento.

—Ven aquí.

—¿Ahora mismo?

—Sí, ahora mismo, joder.

Me desabroché el sujetador por la parte delantera y lo dejé caer. Nunca me había sentido tan sexy como en ese momento.

Dom se puso recto y me recorrió el muslo derecho con los dedos. Jadeé al sentir una inesperada descarga de placer. Llevó los dedos a mi nalga, sus caricias se volvieron tan suaves como una pluma, pero

lograban llegar hasta lo más profundo de mi ser. Empezó a acariciarme el otro muslo llevando los dedos en sentido ascendente más despacio que antes. Entonces posó su boca en la parte inferior de mis pechos. Eché la cabeza hacia atrás y disfruté de la sensación.

Me acarició la entrepierna y empecé a gemir de placer. Acto seguido rozó mi entrada con dos dedos, y por instinto, me froté contra él. Al colocarme en su regazo y aferrarme a sus hombros aprovechó para besarme con voracidad. Respondí con toda mi pasión y mi alma. Le amaba con locura y adoraba la exquisita sensación de tener sus manos en mi cuerpo. Cada vez que pensaba que no podía sorprenderme, me demostraba lo contrario.

—Estoy a mil, cariño. Necesito estar contigo —dijo contra mi boca mientras yo tiraba de su camisa para quitársela. Me aparté hacia atrás sobre sus muslos para desabrocharle el cinturón y liberar su erección lo más rápido posible. Era increíble lo empalmado que estaba.

Me volvió a colocar sobre su regazo, y en ese momento me di cuenta de lo que estaba a punto de hacer, justo un instante antes de que sucediera. Deslizó su erección a lo largo de mi abertura y me empapé en cuestión de segundos. Cerré los ojos con fuerza, y temblé cuando el primer espasmo sacudió mi cuerpo. Ya no me avergonzaba excitarme tan rápido; al contrario, mi cuerpo confiaba completamente en él, y me entregué al placer sin reservas.

Con la mano en la nuca, me atrajo hacia él para besarme. Me encantó la sensación de su lengua explorando la mía y su polla rozándome el clítoris.

Me cogió por las caderas y froté mi cuerpo contra el suyo. No tuvo piedad ni me dio la más mínima tregua. Me corrí al segundo y con una intensidad que me desbordó. Gemí sin control, y me aferré a él con todas mis fuerzas para frotarme con salvaje abandono. Mecí las caderas hacia delante y hacia atrás hasta quedar total y completamente satisfecha.

Todo mi cuerpo temblaba mientras recostaba la cabeza en la curva de su cuello. Fue entonces cuando me di cuenta de que él seguía vestido y yo desnuda.

—Eres increíblemente sexy. Eres mi fantasía hecha realidad —me dijo al oído.

—Yo estaba a punto de decir que pones mi mundo del revés.

—Cuando quieras, Reese. Te deseo tanto que a veces pienso que no es normal.

Tragué saliva. Había conseguido olvidar por completo el hecho de que nos encontrábamos en su tienda. Estaba cerrada, claro está, el cambiador estaba al fondo y habíamos cerrado la cortina, pero aun así, me parecía muy imprudente.

Dom se levantó y colocó la silla frente al espejo.

Me cogió de la mano y me llevó delante de la silla. Mientras contemplaba mi desnudez, se quitó la ropa, lo que supuso un nuevo nivel de erotismo. Primero se quitó la camisa y luego se bajó los vaqueros. No llegó a quitarse los bóxers que ya estaba yo para liberar su erección, y bombear una vez.

Dom tomó asiento y señaló su piernas:

—Siéntate aquí, preciosa. Quiero mirarte... Mirarnos en el espejo.

Me senté sobre sus piernas de forma tal que ambos quedamos de cara al espejo, le agarré la base de la polla, pero en lugar de introducirla dentro de mí, me froté contra la punta tal como él me había hecho antes.

—Reese, joder. —Como tenía la boca sobre mi hombro, su voz sonaba amortiguada—. Cariño.

Tragué saliva, incapaz de responder.

La imagen que devolvía el espejo era increíblemente sexy. Me acarició los pechos con avidez antes de llevar una mano al clítoris. Se me nubló la vista durante unos segundos y pestañeé rápidamente para recuperar el sentido. Lo necesitaba dentro de mí más que ninguna otra cosa, de modo que moví las caderas para acogerlo por completo y presionar la espalda contra su pecho.

Me quedé quieta, incapaz de moverme. ¿Cómo podía sentir tanto placer? ¿Siempre había sido así, o ese día era aún mejor porque habíamos superado nuestros miedos y confesado nuestros sentimientos? No lo sabía, pero lo sentía tan dentro de mí que apenas podía respirar. Un momento después empecé a empujar las caderas hacia delante y hacia atrás.

No dejó de tocarme el clítoris ni un segundo, alternando suaves caricias con pellizcos más intensos. Me encantaba verlo y estaba a punto de perder la cabeza. Ya no era yo quien controlaba mi cuerpo, sino Dom.

—Me encanta cuando te rindes a mis caricias, Reese —gruñó.

—¡Oh Dios mío, sí! —exclamé.

Cerró los ojos y sentí su boca en mi espalda como una O. Se corrió un instante después, y entonces perdí completamente el sentido de mí misma y me rendí al clímax. La ola me avasalló sin previo aviso. No la vi venir, de repente me vi envuelta en el placer implacable de sus dedos acarciándome el clítoris. No sabía cómo me las apañaba para seguir montada sobre él cuando todos mis músculos parecían desfallecer.

Me sentí increíblemente relajada, me recosté en él y así nos quedamos.

—¿Tienes frío? —me susurró al oído al cabo de un rato.

—No, lo único que tengo es una felicidad enorme. ¿Es normal?

—Yo estoy igual, así que mi respuesta es sí.

—Hemos pasado de liarla sobre los muebles de tu casa a liarla en tu tienda.

Se rió, y me enderecé un momento, todavía en su regazo, antes de levantarme.

—Ha sido increíble, Reese. Cuando quieras repetir, solo tienes que llamarme.

Me puse roja como un tomate, y me miré en el espejo:

—Debería taparme.

—Eres preciosa, cariño.

Estaba a punto de coger la blusa pero me agarró la cara para besarme con ternura y delicadeza. Suspiré contra su boca y acaricié su muñeca con las yemas de los dedos. Me encantaba sentir su pulso. Lo tenía acelerado por mi culpa.

Pero Dom detuvo el beso en cuanto empecé a temblar:

—Ahora sí que tienes frío, ¿verdad? Lo sabía. Vamos a vestirnos así no te resfriarás.

Ambos nos vestimos sin más dilación.

—¿Hay un baño por aquí? —pregunté.

—Sí, te acompaño.

Le eché un vistazo al probador:

—Se darán cuenta de lo que hicimos.

—Tranquila, eso no pasará.

Me acompañó hasta el baño de empleados al fondo de la sala. Le pasé un par de toallitas húmedas que siempre llevaba conmigo y nos limpiamos las manos.

—Bien, misión cumplida. Hemos borrado las pruebas del crimen con éxito.

Dom se echó a reír:

—¿Del crimen? ¿Así lo llamas? —dijo mientras volvíamos a la entrada de la tienda.

—¿Cómo lo llamarías tú?

—A ver... ¿el crimen perfecto?

Me reí antes de contestar:

—Buena definición... Te amo, Dom.

—Yo también te amo. Falta una cosa más para completar la historia.

—Mmm... ¿y qué sería? —pregunté.

—El vestido.

—No te sigo —dije con el ceño fruncido.

—¿Recuerdas nuestra historia inventada? Habías venido a la tienda a comprar un vestido.

—Es verdad, ¿por qué vendría aquí si no? Pero nunca aclaramos si llegué a comprar uno o no —dije con una sonrisa en la oscuridad.

—Es que tengo un vestido que te quedaría impresionante.

Tragué saliva:

—¿En serio? —Estaba emocionada de que hubiera elegido algo para mí.

—Sí. Y me gustaría que te lo probaras.

—¿Ahora mismo?

—Sí. —Su voz sonaba peligrosa y muy sensual. Mis partes femeninas estaban ya en alerta máxima. Aunque a decir verdad, todo lo que Dom hacía me excitaba.

—Vuelve al probador; yo iré a buscarlo —dijo, antes de alejarse.

Entré al cambiador sonriendo. Por cómo iba avanzando la noche, ya podía imaginarme lo que iba a suceder a continuación.

Pasaron tres minutos de absoluto silencio antes de escuchar sus pasos. Me quedé boquiabierta al ver lo que llevaba en las manos. Era un vestido rojo oscuro con un pequeño lazo alrededor de la cintura, corpiño de terciopelo, mangas y falda de organza. La falda constaba de varias capas, por supuesto, pero las mangas eran translúcidas.

—Es precioso —dije.

—Pruébatelo.

—Vale, pero no puedes entrar a mirar.

—¿Por qué no?

—Porque te conozco. Acabarás convenciéndome para cometer otro crimen perfecto.

—De acuerdo. Póntelo y enséñamelo después —dijo con una sonrisa.

—Ese es el plan —respondí, y cogí el vestido.

Me cambié en tiempo récord. No podía dejar de mirarme en el espejo. El vestido era absolutamente perfecto. Nunca me había sentido tan guapa.

—Ya puedes mirar —le dije desde dentro del cambiador.

Apartó la cortina en una fracción de segundo, me miró durante unos instantes y murmuró:

—Reese, cariño... eres la mujer más bella del mundo.

—Gracias...

Me abrazó por detrás y colocó la silla en su sitio. Luego me puso una mano en el abdomen:

—Te queda increíble.

—Es como si estuviera hecho para mí. —Como Dom apartó la mirada, pregunté—: ¿Qué ha pasado aquí?

Me dedicó su sonrisa más encantadora:

—Lo encargué especialmente para ti.

Mis ojos se abrieron de par en par:

—¡Vaya! ¿Por qué?

—Porque se me quedó grabada la descripción del vestido que hiciste aquella vez en el coche. Le di los detalles a uno de los

diseñadores, me sugirió esta idea y la aprobé al instante. Sabía que te representaba. Eres única. Hace un tiempo que me lo entregaron y pensaba dártelo como regalo de Navidad, pero no me he podido aguantar —dijo con una enorme sonrisa.

—Ya veo. Gracias. —Me di la vuelta para mirarme en el espejo—. No puedo estar más contenta. Es despampanante. —Dom también contemplaba el espejo—. Oye...

—¿Qué? —preguntó haciéndose el inocente.

—Conozco esa voz, esa mirada. Ya estás pensando en quitármelo, ¿verdad?

—Te queda increíble. Pero nada se compara a tenerte desnuda.

Mi centro íntimo empezó a palpitar con desesperación ante sus palabras. Con una sonrisa, me di la vuelta para besarle como es debido. Me acurruqué contra él para sembrar un camino de besos en su nuez de Adán y toda la piel del cuello.

—Te has tomado todas estas molestias para recrear mi vestido imaginario. —Volví a besarle el cuello y me aparté—. Un momento, ¿cómo te las has apañado para dar con la talla si no sabes mis medidas?

—No, pero he seguido tu ejemplo y le pedí ayuda a Kimberly.

La emoción me embriagó.

Le besé la comisura de los labios antes de rozar apenas mi boca en un casto beso para luego estamparle el beso más apasionado del mundo. Dom abrió la boca, ávido por mis labios y me hizo retroceder hasta que mi espalda quedó apoyada contra el espejo.

—Reese, te necesito.

—Yo también te necesito —murmuré. Lo necesitaría todos los días del resto de mi vida. Lo amaba tanto que no podría soportar estar mucho tiempo lejos de él—. Aún nos queda un rato más en la tienda, ¿verdad? —pregunté con picardía.

Sonrió contra mi piel.

—De eso puedes estar segura.

# Capítulo Treinta

# Reese

El veinticuatro de diciembre me desperté al amanecer con tanta energía que ni siquiera sentía la necesidad de tomarme un café.

A mi lado, Dom dormía profundamente. Le di un tierno beso en el torso antes de salir de la cama sin hacer ruido. La noche anterior había tenido la precaución de dejar la ropa en el baño, ya que preveía que ese día, al igual que todos los veinticuatro y veinticinco de diciembre, me levantaría muy temprano.

Tenía un gran día por delante: en dos horas llegaría el árbol. Tampoco es que llevara la cuenta, pero estaba deseando empezar a decorarlo. El día anterior me había encargado de guardar el árbol pequeño de decoración en su respectiva caja.

Más de una vez Kimberly me había preguntado por qué esperaba hasta ese día para montar el árbol grande. Y la explicación era que nuestra madre siempre lo armaba en Nochebuena, y quería mantener su tradición. Aunque con el árbol pequeño *hacía* trampa.

Fui a la cocina, miré un momento la cafetera antes de decidir que no necesitaba café, y en cambio, me preparé un chocolate caliente, ideal para ese momento del año. Mi receta especial incluía unas gotas de extracto de vainilla y canela en polvo. Era el espíritu navideño hecho taza.

Abrí la nevera y sonreí al sacar la nata. *Claro que sí. En Navidad no se cuentan las calorías*. Y no sentía ninguna culpa.

Me quedé mirando las calles nevadas de Chicago a través de los enormes ventanales mientras tomaba un sorbo de chocolate y planeaba cómo decorar el árbol.

Veinte minutos después, oí ruidos en el dormitorio y supuse que Dom se estaba despertando. Bebí mis últimas gotas de chocolate y fui en su búsqueda. Sentado en la cama parecía un regalo *celestial*. Me gustaba verlo a primera hora de la mañana con los ojos hinchados por el sueño.

—Buenos días —saludó y se acercó al borde de la cama—. ¿Cuánto tiempo llevas despierta?

—No mucho. Pero ya me he tomado un chocolate caliente.

Me hizo un gesto con el dedo para que me acercara, y me coloqué inmediatamente entre sus muslos, apoyando las manos en sus hombros. Me encantaban las mañanas así.

Me dio un beso en el abdomen, por encima de la blusa, antes de recostar la cabeza sobre mi vientre, e inspiró profundamente. Cuando levantó la mirada le apuré:

—Venga, date prisa. El árbol llegará en una hora.

—Vale —respondió y acto seguido se levantó de la cama en dirección al baño.

Ambos aprovechamos para darnos una rápida ducha.

Una vez en el salón, hice el inventario de los adornos. Tenía suficientes como para decorar tres árboles, y nunca había logrado ponerlos todos juntos.

—Todavía no me puedo creer que no me haya ganado el árbol —dije con un mohín, recordando que no había ganado el sorteo y tenía que conformarme con otro.

Dom me rodeó la cintura con un brazo y me besó la nuca:

—Tendrás suerte el próximo año, cariño.

—Lo sé, pero tenía mucha esperanza de que me tocara. —Me acurruqué contra él, feliz de tenerlo en casa. Desde que había comprado ese apartamento, no había llegado a sentirlo del todo como mi hogar... hasta ese momento.

Sonó el timbre, y los dos nos sobresaltamos.

—¡Ha llegado! —grité.

Por suerte, a Dom pareció no importarle mi comportamiento infantil, y con una sonrisa dijo:

—Venga, vamos a recibir el árbol.

Abrí la puerta con una sonrisa de oreja a oreja. Cuatro hombres cargaban un enorme abeto que apenas pasaba por el pasillo.

—¿Señorita Reese Maxwell? —preguntó el que estaba en la parte delantera.

—Sí, entrad.

Cada Navidad temía que el árbol no pasara por la puerta. Pero ese año me dio la impresión de que el diámetro era más ancho de lo normal. Les costó mucho trabajo y tiempo meterlo dentro del apartamento.

—Vaya, vaya —murmuré. Estaba segura: era más grande que el que había pedido—. ¿Cuánto mide? —pregunté a uno de los hombres.

—Cuatro metros.

Me quedé boquiabierta:

—¡Estoy segura de haber encargado el de tres metros!

¿Y si se habían equivocado y alguien estaba esperando recibir ese precioso árbol? Deseaba ese enorme abeto con toda mi alma, pero tampoco quería arruinarle la Navidad a nadie.

Dom me dedicó una sonrisa cómplice.

—¿Tú tienes algo que ver con todo esto? —susurré mientras los hombres se dirigían al salón para colocar el árbol en su respectiva base.

—Sí.

—¿Cómo lo has conseguido?

—Al ver tu cara de decepción cuando no te tocó el árbol que querías, hablé con los dueños del vivero, ellos a su vez me pusieron en contacto con otros viveros. Una cosa llevó a la otra, y terminé consiguiendo este árbol.

—Te aclaro que si estuviéramos solos, te mostraría cuán agradecida estoy contigo de todas las formas posibles. —Pero como no era el caso, lo único que pude hacer fue acercarme a él y darle un beso.

—Es el mejor regalo de Navidad que pudiese pedir —dije.

Los empleados cogieron dos enormes escaleras del camión, y observamos cómo colocaban el árbol con mucha fuerza y destreza.

—Ya está, señorita. Firme aquí —dijo uno de los chicos después de montarlo con éxito.

No podía dejar de mirar el abeto: era impresionante y bellísimo. Firmé sin prestar mucha atención y Dom los acompañó a la puerta.

—Puede que este año ocupe todos mis adornos. No sé ni por dónde empezar... —me pregunté cuando Dom regresó. Estaba de pie con una sonrisa junto a un montón de adornos. Tenía juegos separados para el árbol pequeño y para el grande.

Puse mis manos sobre mis caderas:

—No me mires así. Esto requiere de estrategia y no puede hacerse a la ligera. Lo tenía todo planeado, pero ya no me vale porque el árbol es mucho más grande.

—Eres la única persona en el mundo que necesita una estrategia para decorar un árbol. ¿Quieres papel y boli para hacer un boceto?

—No te quedes conmigo.

—No, en absoluto. Solo quiero facilitarte las cosas —respondió con una sonrisa.

—Empezaré con las bolas rojas, que es una apuesta segura, y luego completaré los espacios con las doradas.

—Suena bien.

Batí las pestañas y pregunté:

—¿Quieres ser mi ayudante? Prometo que te lo compensaré con creces cuando terminemos.

Dom se rió entre dientes y respondió:

—Te habría ayudado de todos modos, pero aceptaré la compensación.

Empecé a colocar los adornos redondos más grandes. Dom se encargó de desplazar la enorme escalera alrededor del árbol.

—Está quedando muy bien —dije después de la primera ronda—. Veamos con qué seguimos.

Dom se aclaró la garganta:

—Tengo un adorno muy especial para ti.

—¿Me has comprado un adorno? —pregunté atónita.

Asintió y me entregó una hermosa caja.

Estaba muy emocionada. El bonito embalado era un indicio de que sería algo especial.

Quité la tapa con cuidado y mi corazón se derritió. Era una bola pintada a mano. La saqué de la caja con cuidado y la sostuve en la palma de mi mano. Tenía un dibujo con lentejuelas rojas, doradas y blancas que imitaban la nieve. Era el adorno más extraño que había visto y tenía un pequeño hueco en el centro.

—Ese hueco es para abrir la bola —dijo Dom, que se había percatado de mi confusión.

—¿Y eso para qué?

—Ábrela y veremos.

De repente, me invadió una oleada de curiosidad y nerviosismo. La abrí con cuidado y quité la mitad superior.

—¡Dios mío! —suspiré.

Dentro había un anillo con un impresionante rubí con forma de rombo.

Abrí la boca, pero no podía emitir palabra alguna.

Dom cogió la parte inferior del adorno de mi mano y se arrodilló:

—Reese Maxwell, no puedo imaginar mi vida sin ti. —Sacó el anillo, y dejó el adorno en el suelo. Yo seguía aferrada a la mitad superior, incapaz de contener mi inmensa felicidad—. Te amo, Reese. Me has robado el corazón, el cuerpo y el alma y quiero seguir estando a tu lado toda la vida. En este día del año que tanto significa para ti, quiero pedirte que seas mi esposa. Que confíes en mí para hacerte la mujer más feliz, para amarte y cuidarte por el resto de nuestros días.

—Sí, quiero —susurré, preocupada de no poder esbozar ninguna otra respuesta por la intensidad de la emoción. Pero Dom me oyó. Abrió un poco los ojos, y su sonrisa se agrandó—. Te amo, Dom. Me encantaría ser tu esposa.

Con una enorme sonrisa, Dom deslizó el anillo en mi dedo, donde lucía mucho más hermoso que en la bola. En lugar de ponerse de pie, tironeó mi mano con un gruñido y acabamos tumbados en el suelo. Sonreí al sentir su fuerte abrazo, y lo besé con lujuria.

Me toqué el dedo anular con el pulgar para sentir la alianza. Estaba mareada de felicidad.

—Jamás olvidaré este día —dije antes de apartarme un poco hacia un lado—. El día que me regalaste un árbol enorme y este anillo precioso.

—Pareciera que ambas cosas están a la par —dijo con un brillo en sus ojos.

—No, no he dicho eso. Solo que recordaré las dos cosas con mucho amor.

Nos levantamos al mismo tiempo. Dom recogió del suelo la mitad inferior de la esfera y me la entregó. Volví a cerrar la bola y la coloqué en la mesita junto al árbol.

—No puedo creer que me lo propusieras de este modo —susurré con la mirada puesta en él—. Es impresionante cómo te lo curras para sorprenderme y hacerme sentir especial.

—Así es, Reese. Y te prometo que lo seguiré haciendo por el resto de nuestras vidas.

Sonreí y miré al árbol y luego a la bola roja.

—¿Dónde la vas a poner? —preguntó.

—Creo que justo aquí, en el centro. Para que pueda verse desde casi cualquier punto de la habitación. ¿Qué te parece?

—Tú eres la jefa de decoración.

—Tienes razón—asentí con una sonrisa.

Colgué la bola y di un paso atrás:

—Bueno, creo que este es el lugar adecuado. —Me volví hacia el resto de los adornos y me di unos golpecitos en la barbilla mientras consideraba los pasos a seguir—. Veamos. Continuemos con los dorados. —Era prácticamente un monólogo, pero Dom movió la escalera en la dirección que yo le indicaba.

Se me vino un *flash* a la cabeza de nosotros dos siguiendo esa tradición año a año, tal vez incluso con tres niños pequeños. Con esa imagen en la cabeza y una sonrisa en el rostro, subí unos peldaños de la escalera. Podía ver nuestro futuro con claridad y me moría de ganas de compartirlo con esa persona increíble.

# Primer Epílogo

# Reese

—¡Cariño, estás preciosa! —exclamó la abuela.

—Gracias.

Mi tía Lena, que también estaba junto a mí, jugueteaba con el velo con el pretexto de acomodarme el peinado, pero sospechaba que en realidad intentaba disimular las lágrimas.

—Tía Lena —pregunté con delicadeza—, ¿estás bien?

Me miró con los ojos vidriosos:

—Por supuesto. Solo un poco emocionada.

—Lena, no hagas llorar a la pobre —le reprendió la abuela, pero a ella también le temblaba la voz.

—¿Y si aprovechamos para llorar todas juntas ahora? —sugirió Kimberly. Terminó de abrocharse los zapatos y se levantó—. Así no corremos el riesgo de llorar a moco tendido más tarde, en un momento inoportuno. Y cuando digo "corremos el riesgo" me refiero a mí.

Me di la vuelta para mirarlas a las tres:

—Podéis llorar todo lo que queráis, no tenéis por qué conteneros. Todas llevamos maquillaje resistente al agua —dije abrumada por los nervios y la emoción.

Volví a ponerme delante al espejo. Mi increíble vestido de novia pertenecía a una colección llamada *Fairy-Tale Wedding*, y me sentía como en un cuento de hadas. El vestido era de manga corta con un encaje absolutamente impresionante que revestía todo el corset.

La parte inferior tenía un estampado diferente, pero era igual de espectacular. Además, tenía la opción de hacer un cambio de *look*: la falda con la empezaría la ceremonia iba pegada al cuerpo, pero cuando empezara la fiesta, lo podía cambiar por una más amplia que me hacía ver como una princesa. Con la ventaja añadida de permitirme bailar sin restricciones. El velo era largo y también de encaje.

—¡Tía Reese! Estoy aquí —dijo Paisley, que estaba por entrar al dormitorio.

Cuando Dom y yo empezamos a planificar la boda, sabíamos que queríamos algo íntimo con amigos y familiares. Nos gustaba tanto la casa del lago que decidimos celebrarla allí mismo. Le sugerimos a la *wedding planner* montar una preciosa carpa en el enorme jardín, lo cual gestionó sin problema. Al celebrar la fiesta en nuestra propia casa también evitábamos que se colara la prensa.

El artículo que se había publicado resonó durante varios meses. Los periodistas no le dieron tregua al departamento de Relaciones Públicas para que Dom emitiera un comunicado, pero lo ignoraron por completo.

Más adelante se publicaron varios artículos sobre la boda, pero tanto Dom como yo aprendimos a vivir con eso. Hacía meses que no teníamos noticias de Malcolm, aunque me llegó la información de que Francesca le había pedido el divorcio y le reclamaba hasta el último céntimo.

Paisley irrumpió y me miró maravillada:

—Oh, tía Reese, eres la novia más preciosa de la familia. —Luego apretó los labios e hizo un gesto muy cómico con los ojos—: Tú también estás muy guapa, abuela.

La abuela se rió:

—Venga ya, Paisley. En algo tienes razón: Reese es la novia más guapa que he visto. —Me dio un rápido abrazo antes de que Lena y Kimberly se sumaran.

Mi padre y su esposa habían llegado esa mañana, después de dejar a mi hermana pequeña en Londres con sus abuelos maternos. Sí, estuvo presente en la boda de la abuela, pero los vuelos largos y el *jet lag* le sentaban muy mal a los niños.

Había invitado a mi madrastra a que me ayudara a vestirme, para que no se sintiera excluida, pero me aseguró que no le importaba esperar abajo con los demás. Kimberly, Lexi, Kendra, Liz, Megan y Avery llevaban toda la mañana pendientes de mí.

—¿Estás lista para bajar? —preguntó Paisley.

Asentí:

—Sí. Abuela, tía Lena, id vosotras primero. Paisley y yo iremos detrás.

—Tal y como practicamos —dijo Lena.

—Sí, por supuesto —respondió Paisley que me sostenía la cola del vestido.

—Lo estás haciendo muy bien, Paisley. Te quiero. Y si se te cae o sucede cualquier percance, no te preocupes, ¿vale? —le aseguré.

—No se me caerá —me dijo con tanta determinación que apenas pude contener la risa. Ella también me sostenía el ramo.

—Vamos entonces.

Bajamos la escalera con cuidado y me levanté el vestido para no pisarlo. El suelo de madera estaba un poco resbaladizo.

Me latía todo el cuerpo, no solo el corazón. No podía creer que hubiera llegado el gran día. Aunque estábamos deseando casarnos, seguí el consejo de la abuela: las bodas en verano tenían un encanto especial. Y por eso con Dom decidimos celebrarla en agosto.

La *wedding planner* había hecho un trabajo espectacular, dispuso rosas blancas y rosadas por todas partes, con lazos a juego. Los ventanales del salón estaban abiertos y comunicaban al jardín. Los invitados caminaban por la carpa y las sillas estaban dispuestas para la ceremonia. Una vez terminada, los empleados las colocarían en torno a las mesas.

—¡Reese ya está aquí! —exclamó alguien. Podría haber sido el tío Emmett o mi padre.

Unos minutos después, mi padre se acercó con una sonrisa de oreja a oreja, y Paisley me dio el ramo de flores.

—Mi querida niña. Estás absolutamente preciosa —dijo con lágrimas en los ojos.

—Gracias, papá. Estoy tan feliz de que estés aquí.

—¡Por supuesto! No podía perderme las bodas de mis chicas, y por chicas me refiero a tu abuela también.

Me reí entre dientes mientras me ofrecía su brazo y le pregunté:

—¿Estás listo?

—¿Para entregar a mi hija? No. Creo que ningún padre está preparado para eso.

—Tío Harvey, eso no vale. Tienes que decir que sí y desearle lo mejor —dijo Paisley con el tono más mandón que le había oído nunca.

Mi padre la miró de costado:

—Tienes razón, Paisley. —Se volvió hacia mí y preguntó—: ¿Vamos?

Asentí.

Cuando empezó a sonar la música, puse con cuidado un pie delante del otro. Los invitados se habían reunido a ambos lados de la carpa, formando una especie de pasillo. En cuanto entramos, todos se apresuraron a ocupar sus asientos. Respiré hondo e intenté ignorar la cantidad de gente que nos rodeaba.

Mis ojos se clavaron en los de Dom que me estaba esperando al final del pasillo con la oficiante.

Las emociones bullían en mi interior y apenas podía contener las lágrimas. Estaba decidida a no romper el contacto visual, pero tuve que hacerlo porque necesitaba vigilar mis pasos. Si no prestaba atención, corría el riesgo real de pisarme el vestido, el cual no podía levantar porque tenía las manos ocupadas con el ramo.

Volví a levantar la vista cuando estábamos a pocos metros de Dom. Nunca me cansaría de contemplar esos preciosos ojos que me miraban con amor. El destino hizo que me cruzara con un hombre que estaba dispuesto a amarme eternamente. Después de todo los avatares de la vida, tenía mucha suerte de tenerlo.

—Dom —empezó mi padre con voz ronca—, eres un hombre muy afortunado, y yo soy un padre muy afortunado por tenerte como yerno. Cuida bien de mi chica y hazla muy feliz.

—Es mi único propósito, señor —dijo.

Dom y yo nos colocamos uno al lado del otro.

Miré hacia atrás y vi a Paisley acomodando la cola de mi vestido en el suelo de la forma en que la tía Lena le había indicado. Quería darle un fuerte abrazo. Lo estaba haciendo estupendamente. Le entregué el ramo, respiré hondo, y me giré para mirar a la oficiante. Dom tomó mis dos manos entre las suyas.

—¿Tenemos permitido hacer esto? —Estaba tan enamorada de él que no me acordaba de lo que se debía o no hacer en las bodas.

—Siempre hemos hecho las cosas a nuestra manera —dijo con una sonrisa.

La oficiante empezó con su discurso habitual de por qué estábamos reunidos allí ese día. Dom entrelazó nuestros dedos y los

apreté con fuerza. Habló de la importancia del matrimonio y de apoyarse mutuamente, y yo absorbía cada palabra.

Teníamos la intención de recitar los votos tradicionales, pero ni en los ensayos podía evitar llorar como una Magdalena, y decidimos descartarlos. Cuando llegó el momento, la oficiante nos hizo un gesto y nos miramos a los ojos.

—Te amo, Reese —dijo Dom—. Prometo amarte y respetarte todos los días de mi vida.

—Y yo prometo hacer lo mismo, hasta mi último aliento.

Unas lágrimas corrieron por mis mejillas. Él me las secó con el dorso de los dedos y me sonrió.

—Por eso no quería recitar los votos —dije. Habíamos decidido decir un simple "Te amo", pensando que así no lloraría.

Pero tampoco.

La oficiante nos sonrió, con los ojos un poco empañados, y continuó la ceremonia:

—He tenido varias reuniones con los novios en este último tiempo, y me ha llamado la atención lo enamorados que están, algo que rara vez veo en otras parejas. Y créanme, he visto muchas. Es un placer para mí declararlos marido y mujer. —Dirigiéndose a Dom, añadió—: Ya puedes besar a la novia.

Me miró y sonrió, antes de inclinarse para presionar sus labios contra los míos. Prolongó el beso unos segundos antes de separarnos.

Todos irrumpieron en un acalorado aplauso, incluso hubo algunos vítores y silbidos —probablemente de mis primos— que nos hicieron reír a los dos.

Dom entrelazó nuestros brazos y caminamos despacio hacia nuestras familias, que se agolparon para felicitarnos.

El padre de Dom estaba en la última fila junto a Dora y abrió los brazos de par en par con una enorme sonrisa:

—¡Ahí está la novia! Ven aquí, quiero darte un abrazo.

Me incliné para recibir su abrazo.

—¡El velo! —gritó Paisley que estaba justo detrás de mí, y se apresuró para evitar que la tela quedara atrapada bajo la silla de ruedas o algo por el estilo.

Una vez que lo tuvo bajo control, le di un abrazo de todo corazón, y Dom hizo lo mismo.

—Me alegro por ti, hijo mío —dijo Theodore—. Por los dos.

Mientras la familia se reunía a nuestro alrededor y seguían felicitándonos, los trabajadores aprovecharon para quitar las sillas y colocarlas en las mesas.

—Venga, tía Reese, quédate así que quiero hacerte unas fotos —ordenó Paisley.

—¿Solo con Dom, o con todo el mundo?

—Vosotros dos primero; luego, con los demás —dijo.

Tenía la intención de hacer fotos en la boda, y cuando le pedí que se ocupara de la cola del vestido, puede que le haya añadido una presión adicional. Hizo una docena de fotos antes de que el fotógrafo profesional que habíamos contratado para la boda tomara el relevo.

Liz se acercó con pasos apresurados y los ojos muy abiertos. Su tensión era evidente, al punto de olvidar el velo.

—Liz, ¿qué pasa? —pregunté.

Alternó la mirada entre Dom y yo y dijo:

—Tengo un pequeño problema. Creo que los niños han hecho una travesura y han dejado marcas en la tarta.

Solté una carcajada, y Dom se rió, negando con la cabeza.

—Liz, relájate. —Me encantaba que hubiera hecho nuestra tarta.

—¿No te importa? —preguntó.

—No. Mientras siga en pie y se pueda cortar, no pasa nada.

Dom se inclinó hacia mí, y me besó la sien:

—No hay nada que pueda arruinarnos el día.

—Así es —asentí. Era, sin duda, el día más feliz de mi vida.

Dom y yo seguíamos riéndonos cuando el fotógrafo le indicaba a todos cómo colocarse a nuestro alrededor.

Me sentía bendecida por estar rodeada de mi familia. Me habían enseñado a vivir, a ser fuerte y, sobre todo, a ser yo misma. Había aprendido mucho de cada uno de ellos y estaba muy agradecida de que me acompañaran en un día tan especial.

# Segundo Epílogo

# Reese

## *Seis años después*

—¡Qué buena idea hemos tenido! —exclamó Kimberly.

—Totalmente —respondí mientras me tocaba la barriga.

Habíamos decidido pasar las vacaciones todos juntos. Como la familia no paraba de crecer, no era fácil coordinar una reunión en la que pudiésemos estar todos. El lugar era lo de menos: Hoteles Maxwell se había convertido en una gran cadena y contaba con siete magníficos establecimientos.

—Aspen siempre será un lugar muy especial para mí —dijo Kimberly, que había propuesto ese sitio para la reunión familiar. Además, ella también esperaba un bebé.

Me encantaba estar embarazada al mismo tiempo que mi hermana y que nuestro vínculo se fortaleciera aún más. Para Kimberly y Drake sería su segundo hijo.

—Salgamos con los demás —sugirió.

—Buena idea.

Habíamos reservado *suites* contiguas en la planta baja, principalmente porque contaban con pequeños jardines donde podíamos reunirnos. Los empleados quitaron los separadores para que los niños circularan libremente por los jardines... y había *muchos* niños.

Tyler y Kendra tenían dos pares de gemelos que habían nacido con un año de diferencia. Eso sí que era una familia numerosa. Pero mi primo estaba disfrutando plenamente de la paternidad. Tyler rechazó un trabajo para entrenar a su antiguo equipo, y así estar presente en la infancia de sus hijos. Ya tendría tiempo de ser entrenador más adelante.

Tate y Lexi tuvieron un niño el año anterior; Liz y Declan dos niñas adorables; y Luke y Megan un par de gemelos tres años atrás. Fue en ese momento cuando comprendimos que, en nuestra familia, debía existir algún gen predispuesto a tener gemelos que había

permanecido latente hasta que nuestra generación comenzó a tener hijos.

Travis y Bonnie habían tenido a su segunda hija hacía tres años. Avery y Sam también tuvieron una niña adorable.

Dom y yo tampoco nos habíamos quedado atrás. Se acercó a mí con Millie en brazos, nuestra hija de un año, y Harry, de cuatro, de la mano. Siempre había soñado con una familia numerosa, pero lo cierto era que mi embarazo actual fue totalmente inesperado. Pensaba que no podría quedarme embarazada durante la lactancia, pero estaba equivocada. Aún así, Dom y yo estábamos más felices que nunca.

Harry me besó el vientre:

—¿Cuándo va a salir el bollito? —preguntó, con lo cual me partí de risa y Dom se limitó a negar con la cabeza.

Le habíamos dicho que tenía un bollo en el horno y, desde entonces, no paraba de preguntar cada dos por tres si estaba listo. Estaba creciendo a pasos agigantados, pero a veces se me olvidaba de que aún era un niño y se tomaba todo al pie de la letra.

—Todavía no, Harry. Aún quedan unos meses —le expliqué.

—Cariño, ¿te encuentras bien? ¿Quieres tumbarte un rato? —preguntó Dom.

—Ya me he tumbado —dije.

—Sí, dos segundos —dijo Kimberly con una risa.

—Gracias por tu apoyo, Kimberly —dijo Dom con una sonrisa.

—Estoy bien —aclaré.

En los anteriores embarazos, había padecido náuseas durante los nueve meses, pero el tercero no estaba siendo tan malo.

—¿Puedo ir a jugar con mis primos? —preguntó Harry. Hablaba sorprendentemente bien para un niño de su edad. Era una de las razones por las que a veces olvidaba que aún era tan pequeño.

—Claro —dije—. Fue una gran idea quitar los separadores de los jardines de las *suites*.

—Ha sido todo un acierto —dijo Dom, antes de besarme en la mejilla y llevar una mano a mi vientre.

—Está durmiendo ahora. —Nunca me cansaría de la hermosa sensación de gestar un ser humano, de sentir cada vez que se daba

la vuelta e incluso cuando se despertaba.

—¿Segura que no quieres tumbarte?

—No, he dormido en el avión.

—Lo sé —dijo Dom.

—*Todos* lo sabemos —añadió Sam, que se acercó por detrás.

Me di la vuelta para mirarle:

—¿Qué dices?

—Oh, nada —respondió y puso cara seria.

—¿Primo? —insistí y le señalé con el dedo.

—Estabas roncando.

Me llevé la mano a la boca y exclamé:

—¡Dios mío! ¿Y todos me habéis oído?

—Todos no... Pero la mitad del avión, sí.

—Madre mía. —Me giré hacia Dom—: ¿Por qué no me despertaste?

—Estabas agotada, claro que no iba a despertarte.

Volví a mirar a Sam:

—¿Hay algún medicamento para eso?

—¿Para dejar de roncar? —preguntó perplejo.

—Sí, así no vuelvo loco a todo el mundo en el viaje de vuelta.

Sam miró a Dom como pidiendo ayuda, pero este le dijo:

—Tú solito te la has buscado, hombre. Ahora es tu problema.

—No hay nada que pueda hacer ahora. Relájate, ¿vale? Oh, creo que alguien me llama —dijo Sam que salió corriendo rápidamente.

Me di cuenta de su mentira, pero se lo dejé pasar.

—No te preocupes. Eres preciosa —dijo Dom con un beso en la frente.

A pesar de llevar unos meses de embarazo, mi barriga era tan grande que apenas podía abrazarle. La gente me preguntaba si esperaba gemelos, pero no era el caso. Ya lo había consultado varias veces con el médico.

Habíamos encendido una enorme hoguera que tratamos de proteger colocando un círculo de bancos alrededor, para mantener a los niños alejados.

Los únicos que faltaban eran mi padre y su familia, Lena y Emmett, y la abuela y John. A la abuela ya no le apetecían los viajes

en avión, y mis tíos decidieron quedarse por si ella y John necesitaban algo.

Paisley tampoco había querido ir. Tenía su propio grupo de amigas y le aburría irse de vacaciones con su familia. Tate aún lo estaba procesando, aunque no tenía ni un segundo libre con sus hijos pequeños.

Me senté en un banco, y no sabía si volvería a levantarme o rodar directamente.

—Te traeré algo de comer —dijo Dom.

—Gracias.

Tate estaba a mi lado, peinando a su hija. Se me enterneció el corazón al ver al grandullón de mi primo sostener el cepillo rosa brillante y pasarlo con cuidado por sus sedosos mechones.

—¿Te pone triste que Paisley no esté aquí con nosotros? —pregunté.

—Me estoy acostumbrando, poco a poco —refunfuñó.

—No te creo una sola palabra.

Se echó a reír:

—Es verdad, pero no queda otra que asumirlo, y estoy contento de estar aquí con todos.

—Es uno de mis hoteles favoritos —dije. Al pie de las Montañas Rocosas, la vida parecía más sencilla y calma. No teníamos nada de qué quejarnos, excepto mis ronquidos.

Dom volvió con un plato de comida y se sentó a mi lado. Nuestra hija se había quedado dormida sobre él.

—Puedes dejarla en una cuna de viaje. —Con tantos niños, tuvimos la precaución de montar varias cunas para las siestas.

—No, estoy bien así. Me gusta que duerma en mis brazos.

Mi corazón latió con fuerza. Su amor por nosotros nunca dejaría de sorprenderme. Y nunca lo daría por sentado.

—También tenemos vinos Maxwell circulando por ahí. Pero solo para los que pueden beber alcohol —añadió Tate, que me miró con una disculpa en sus ojos.

Me eché a reír:

—No pasa nada. Me gusta que los demás disfruten.

—Creo que hemos sido demasiado optimistas con todos estos bancos —dijo Declan, que se acercó a nosotros con una copa de vino en la mano. Era el primer descanso que se tomaba desde que llegamos. Parecía estar constantemente yendo detrás de un niño u otro, incluso de los que no eran suyos—. Si ni siquiera podemos sentarnos todos al mismo tiempo.

—No, es imposible —respondí, y busqué a Harry con la mirada, aunque sabía que Dom no le quitaba el ojo de encima.

Luke se acercó a nosotros con un bebé dormido en brazos. Justo entonces, Tate saltó del banco para ir tras su hija que se había zafado de su regazo.

Estábamos todos muy ocupados con los niños, pero nos las arreglamos para disfrutar de la merienda en el jardín. El tiempo era perfecto para la semana que teníamos por delante, y eso no era muy frecuente en junio en las Montañas Rocosas.

***

Unas horas más tarde, los niños se habían quedado sin energía. Estábamos disfrutando de uno de esos raros y breves momentos de silencio, cuando Dom se levantó de repente con una copa y bajó a nuestra niña a la cuna.

Se aclaró la garganta:

—¡Atención, por favor! Me gustaría decir unas palabras.

—Te escuchamos —dijo Tate a mi lado.

—Estoy muy contento de estar aquí hoy todos juntos y pasar tiempo en familia. Cuando os conocí hace seis años, me di cuenta al instante de que erais un grupo especial por cómo apoyasteis incondicionalmente a Reese y cómo me aceptasteis en vuestras filas. Estoy orgulloso de ser parte de la familia Maxwell y de estar aquí con todos vosotros. No podría tener una esposa más cariñosa ni una familia más buena, y quiero brindar por ello.

Se oyó un coro de "¡salud!" y "¡chinchín!" junto al chocar de las copas.

Dom se sentó a mi lado y le besé la mejilla:

—Bebe otra copa por mí, ¿vale? —susurré—. Y gracias por las bonitas palabras.

—De nada, mi amor.

Travis se unió a nosotros en ese momento. Había estado dentro del hotel charlando con el personal.

—Me pareció que estábais brindando —dijo.

Dom parpadeó:

—Tío, no me había dado cuenta de que no estabas aquí.

Travis se echó a reír:

—Normal, si es que somos demasiados Maxwell. Me muero de hambre, más tarde me pondré al día contigo.

Nos quedamos en el jardín hasta que se puso el sol y luego volvimos a nuestras respectivas habitaciones. Teníamos la agenda repleta de actividades al día siguiente; de modo que ese día aprovechamos para relajarnos y disfrutar de estar juntos.

La *suite* estaba extrañamente silenciosa. De algún modo, habíamos conseguido que nuestros dos hijos se durmieran en tiempo récord. Me metí bajo las sábanas y Dom se colocó detrás de mí. Se puso de lado, apoyó la cabeza en el codo y me puso la otra mano en el vientre. Me besó el cuello con ternura y me retorcí contra las sábanas. En ese momento, el bebé se dio la vuelta.

—¿Has sentido eso? —pregunté.

—¡Sí! —exclamó con una enorme sonrisa—. Me encanta cuando estás embarazada.

—A mí también, sobre todo porque esta vez es más llevadero —dije con una sonrisa.

—Después de que ella nazca, ¿buscaremos al cuarto? —preguntó moviendo las cejas.

Sonreí y me llevé una mano a la barriga:

—Para eso tendrás que echar mano del legendario "encanto Waldorf".

Había sido un privilegio crecer en una familia numerosa y me hacía muy feliz haber formado nuestra propia familia.

Este es el final de la serie. Suscríbete a mi boletín para recibir un libro mío gratis y para recibir noticias sobre nuevos libros y ventas.

Lista de Libros:

Los Hermanos Maxwell

La Familia Bennett

La Familia Connor

Solteros Muy Irresistibles

# Contacto de la Autora

Laylahagen.com
Únete alGrupo de Lectores de Layla